MEMORIAS DE GUERRA

Los años de la victoria

ERWIN ROMMEL

MEMORIAS I

Pocos líderes militares han gozado de tan merecido prestigio y reconocimiento entre sus enemigos como el mariscal alemán Erwin Rommel. Nadie como él ha representado la figura del militar profesional, dotado de un innato y ágil sentido práctico que demostró en muchas de sus brillantes decisiones sobre el campo de batalla. Rommel puede resistir perfectamente el juicio de Napoleón, cuando afirmó que «el mejor general será aquél que durante la guerra cometa menos errores». Las «Memorias» de Rommel constituyen un extraordinario documento vivo y personal, en el que se refleja la gran capacidad para la estrategia del hombre que dirigió los célebres Afrikakorps alemanes durante la segunda guerra mundial e intentó detener la invasión de Europa por las fuerzas aliadas. Un testimonio apasionante, que destaca por su interés humano y por su gran valor documental.

epublibre

Erwin Rommel

MEMORIAS I: LOS AÑOS DE LA VICTORIA

ePub r1.3
Titivillus 23.10.2024

Título original: *The Rommel Papers*
Erwin Rommel, 1954
Traducción: Julio Fernández-Yáñez Gimeno

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: el nota
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Memorias I: Los años de la victoria
Cubierta
Introducción
Cómo fueron recuperados los documentos de Rommel
Advertencia
Primera Parte: Francia (1940)
Capítulo I: La ruptura a través del Mosa
Capítulo II: El cerco se cierra
Capítulo III: La ruptura por el Somme
Capítulo IV: Persecución hacia Cherburgo
Segunda Parte: Victoria en África (Febrero 1941 - Mayo 1942)
Capítulo V: Causas y efectos de la derrota de Graziani
Capítulo VI: Primer período de la guerra en África
A través de Cirenaica
Primeras lecciones
El asalto a Tobruk
La batalla en la frontera
Capítulo VII: La ofensiva inglesa durante el verano de 1941
Análisis de la batalla de Sollum
Capítulo VIII: La campaña de invierno 1941-1942
El ataque inglés
La batalla de tanques del Totensonntag
La incursión en Egipto
Repliegue
Retirada de Cirenaica
El contraataque

Resumen de La campaña de invierno
Tercera Parte: Siguen las victorias (Mayo - Septiembre 1942)
Capítulo IX: Gazala y Tobruk reagrupación de fuerzas
El equilibrio de fuerzas
Reglas para la guerra en el desierto
Lucha por la iniciativa, 26 de mayo a 15 de junio de 1942
Victoria en el desierto
La segunda batalla de Tobruk
La conquista de Tobruk
Capítulo X: Persecución en Egipto
Capítulo XI: La iniciativa cambia de bando, el obstáculo de el Alamein
El frente se estaciona
Ojeada retrospectiva
Memorias
Índice de Croquis
Autor
Notas

MARISCAL ROMMEL

MEMORIAS I

LOS AÑOS DE LA VICTORIA

PRESENTADAS POR

B. H. LIDDELL HART

Con la cooperación de

LUCIE-MARIE ROMMEL
MANFRED ROMMEL
y el General FRITZ-BAYERLEIN

Introducción

La huella que Rommel trazó en la Historia con su espada se ve realzada ahora por el vigor expresivo de su pluma. Jamás jefe militar alguno ha escrito un relato de sus campañas capaz de compararse al de Rommel en realismo, interés humano y valor documental. Ocultos en diversos lugares y recuperados posteriormente, la mayor parte de los documentos que forman sus memorias aparecen reunidos en el presente volumen.

El Mariscal ofrece, con estilo inimitable, un cuadro gráfico de sus operaciones y métodos de mando. Ningún otro ha conseguido describir como él el dinamismo de la Blitzkrieg y el avance incontenible de las fuerzas acorazadas. La sensación de movimiento y de vigor resulta electrizante en multitud de pasajes. Rommel parece llevar consigo al lector en su coche de mando.

Los grandes comandantes suelen ser pésimos escritores. Además de carecer de la habilidad necesaria para explicar sus actos, tienden a mostrarse obscuros acerca de sus reacciones internas, y al relatar lo que hicieron, apenas si nos hablan de su período de gestación. Napoleón fue excepcional en este aspecto, pero la brillantez de sus relatos se ve empañada por una absoluta falta de escrúpulos y por su tendencia a falsearlo todo. Igual que César, no piensa sólo en el colorido de su prosa, sino también en los posibles efectos propagandísticos de aquélla.

Por el contrario, el estilo de Rommel es admirablemente objetivo, concreto y gráfico. Al redactar su diario experimentó, al igual que otros hombres famosos, el deseo de situarse claramente en una época determinada de la Historia. Pero al tiempo que demuestra un deseo muy natural de justificación, se subordina siempre al candente interés de las lecciones militares, derivadas de sus campañas. Todo cuanto dice puede soportar perfectamente el examen más minucioso y crítico. Es posible que se observen algunos errores de tipo puramente material, pero son siempre menores a los que existen en otros libros publicados cuando ya la contienda había finalizado y se disponía de multitud de datos. Alguna que otra interpretación parecerá, tal vez, extraña, pero no se podrá reprochar a Rommel ni un solo error intencionado en beneficio de su crédito personal o del prestigio de su patria, como con tanta frecuencia suele ocurrir.

La claridad y pulcritud de su narración resultan aún más asombrosas si se tienen en cuenta las variadas impresiones que el Mariscal debió experimentar en el transcurso de las veloces batallas de tanques, especialmente en el desierto. La diafanidad del relato se debe en gran parte a la manera de mandar de Rommel, a su costumbre de marchar siempre en vanguardia y a su propósito de situarse en el lugar preciso en el momento crucial de la batalla. Asimismo debe tenerse en cuenta su prolongado adiestramiento en la observación del adversario, que le hacía distinguir en un segundo los detalles esenciales, y a su habilidad para sopesar cualquier posible consecuencia derivada de aquéllos. Su pasión por las fotografías muestra bien a las claras una peculiaridad de su carácter, similar a la de Lawrence de Arabia, durante la Primera Guerra Mundial.

Existían semejanzas notables entre ambos famosos jefes, maestros de la guerra en el desierto, aunque difirieran en otros aspectos temperamentales, perceptivos e incluso filosóficos. Ambos poseían un acusado sentido de la medida, un fino instinto para la sorpresa, un soberbio golpe de vista al escoger el terreno, flexibilidad, energía y unas ideas muy personales acerca del arte de mandar. Otro factor que contribuye a unirlos es el de haber sabido aplicar determinadas novedades a la guerra en el desierto. Lawrence, famoso por su sabia utilización de los camellos, fue el primero en percibir que la velocidad resulta elemento esencial en tales territorios, demostrándolo, aunque en sentido puramente embrionario, al poner en juego unos cuantos automóviles blindados y aviones. La utilización de medios acorazados como los que mandaba Rommel hubieran hecho las delicias de Lawrence, gran conocedor del arte militar y amigo de cuanto significara renovar los viejos sistemas.

Rommel sentía asimismo la necesidad de expresarse sobre el papel tanto como en la acción. Ello se hizo evidente mucho antes de que su fama de gran jefe se extendiera por el mundo, gracias a sus tratados de táctica, de extraordinario mérito, inspirados en sus experiencias de la Primera Guerra Mundial, en la que tomó parte como joven oficial de infantería. La mayoría de los libros de táctica que se emplean en las escuelas militares son volúmenes tristes y de una pesadez plúmbea. Los suyos, en cambio, se distinguen por la gran vivacidad que alienta en ellos. Las características de la guerra actual y el papel que imaginaba desempeñaría en ella le dieron mayor aliento en su tarea y supo aprovechar todas las circunstancias favorables para llevarla a cabo. Era escritor nato, del mismo modo que soldado por vocación. El mismo espíritu de espontaneidad y de eficacia domina sus diseños,

efectuados con lápiz negro y de colores, de las operaciones que imaginaba o planeaba.

A través de la guerra mantuvo constantemente en proyecto la redacción de un libro en el que relatara todas sus experiencias bélicas, y de acuerdo con dicha idea tomaba notas sin descanso..., notas que ampliaba a pequeños comentarios, siempre que tenía tiempo para ello.

La muerte le impidió llevarlo a la práctica, pero aquellas notas y observaciones forman la base del presente volumen, que no tiene parangón en su género. Quizá le falte pulimento, pero sus valores literarios resultan definitivos. Junto a una claridad deslumbradora, flota en él un dramatismo extraordinario, mientras su valor se ve aumentado de continuo por los comentarios que contribuyen a aclarar determinados pasajes. La parte dedicada a «Reglas para el Combate en el Desierto» constituye una obra maestra de temas militares, y todo el conjunto aparece salpicado de sabias reflexiones, a menudo algo irónicas, acerca de la concentración antes en el tiempo que en el espacio, el efecto de la velocidad sobre fuerzas mayores en número, la flexibilidad como medio de sorpresa, la seguridad que puede proporcionar la audacia, la cerril mentalidad de quienes dirigen la Intendencia, la necesidad de crear nuevos sistemas y no ceñirse siempre a idénticas normas, el valor de la réplica indirecta a los movimientos del enemigo, la revisión radical de las normas que rigen las operaciones terrestres cuando el apoyo aéreo resulta insuficiente, la insensatez de practicar represalias inútiles, la locura de algunos actos de brutalidad y la estupidez de unos manejos burocráticos demasiado complicados.

Hasta haber buceado en sus papeles, lo consideré un táctico excelente y un jefe ilustre, aunque sin haber captado aún su profundo sentido de la estrategia, desarrollado en parte

tras arduas reflexiones. Resultó una sorpresa para mí el enterarme de que un hombre tan práctico y activo era también un gran pensador, y que su atrevimiento estaba en muchas ocasiones perfectamente justificado. Algunas de sus audacias pueden ser criticadas, pero jamás fueron golpes a ciegas ni atolondradas temeridades. Al analizar sus operaciones se observa claramente que algunos de sus reveses resultaron tan graves o más para sus adversarios. En determinadas circunstancias, estos últimos quedaron tan impresionados, que su momento de estupor le facilitó la retirada.

Otro de los detalles por los que puede ser medido un comandante es el de su influencia sobre el enemigo. En este sentido, la talla de Rommel resulta gigantesca. En siglos de continua lucha, tan sólo Napoleón logró pasmar de un modo semejante a los ingleses.

Pero el Mariscal fue algo más que un mero campeón para aquéllos. El temor ante sus grandes dotes de caudillo se transformó en una admiración casi afectuosa hacia él, como hombre. Tal sentimiento, que tuvo como origen la rapidez y decisión de sus operaciones, se vio incrementado más tarde, al observar cómo cumplía los preceptos humanitarios del código militar y hacía objeto de una conducta en extremo caballerosa a los prisioneros de guerra, a los que solía visitar personalmente. Convirtióse en el héroe del 8.° Ejército inglés, hasta el extremo de que sus componentes habían adoptado la costumbre de calificar cualquier acción notable como de un hecho «a lo Rommel».

Tal intensa admiración hacia el jefe enemigo implicaba el peligro de una disminución en la moral de la tropa, y tanto los comandantes británicos como los jefes de Estado Mayor hicieron cuanto estuvo de su mano para destruirla. Sin embargo, debemos advertir que semejante contrapropaganda

no iba encaminada a denigrar su persona, sino a disminuir su prestigio militar. Sus últimas derrotas proporcionaron excelente material, y no hubiese sido lógico que el enemigo hiciese resaltar que las mismas se debían a obstáculos en el abastecimiento, o insistiera en la maestría de las retiradas. La Historia establecerá las comparaciones y aclaraciones necesarias, corrigiendo, como es costumbre, los juicios superficiales que surgen a raíz de las victorias. Aníbal, Napoleón y Lee fueron derrotados. Sin embargo, consiguieron elevarse sobre sus vencedores en el criterio decisivo de la posteridad.

No deben olvidarse las múltiples circunstancias que se hallan más allá del alcance de un jefe. Teniéndolas en cuenta es como mejor comprenderemos su actuación. El factor más destacado en todos los éxitos de Rommel consiste en haberlos logrado a pesar de su inferioridad de material y la carencia de un dominio absoluto del aire. Ningún otro general, en cualquiera de los bandos contendientes durante la pasada guerra, ganó batallas en tales condiciones, exceptuando quizás a los primeros jefes bajo el mando de Wawell. Pero debe tenerse en cuenta, cosa muy importante, que estos últimos luchaban contra italianos. Los éxitos de Rommel no fueron continuos, y alguna vez sufrió derrotas evitables; pero al lidiar contra fuerzas superiores, el error más nimio puede conducir a fatales consecuencias, mientras que si se cuenta con recursos sobrados, las equivocaciones pueden irse cubriendo de una manera u otra. Por su audacia y rapidez de movimiento, así como por su decisión a toda prueba, Rommel puede resistir perfectamente el juicio de Napoleón cuando advirtió que «el mayor general será aquel que durante la guerra cometa menos errores».

Sin embargo, la frase tiene una nota en exceso pasiva para adaptarse a la naturaleza de la guerra moderna, y pudiera

provocar un pernicioso exceso de precauciones. Sería mejor transformarla en la siguiente: «El mayor general es aquel que obliga a su enemigo a cometer más errores». Bajo este prisma, Rommel ve aumentado aún más el resplandor glorioso de sus hazañas.

La adecuada comparación entre las técnicas puestas en práctica por los diversos jefes militares a través de la Historia ha de basarse en un arte personal, que nada tiene que ver con los distintos sistemas. Debe realizarse un estudio del uso que hicieron de los medios puestos a su alcance, en especial de la movilidad, flexibilidad y sorpresa, con el fin de destruir el equilibrio material y mental de sus oponentes, y una vez descubiertos sus conceptos, calcular hasta qué punto lo conseguido era producto del cálculo.

Bajo este punto de vista el valor del diario de Rommel resulta incalculable, ya que su redacción no pudo ser revisada a la luz de la postguerra. Lo mismo puede decirse de sus cartas personales, que reflejan de manera espontánea el modo en que abordaba sus problemas. Es precisamente en esto último, más que en el acto en sí, en lo que un hombre revela el curso de sus pensamientos y el estado de su ánimo.

Las *Memorias de Rommel* lograrán despejar la atmósfera de controversia provocada alrededor de su figura por diversos motivos. El Mariscal escribió sus notas mucho antes de que pudiera formarse una idea clara de las discusiones que suscitarían fuera de Alemania y adoptara una actitud determinada frente a ello. Las cartas a su esposa tienen todavía un carácter más íntimo y personal. Resulta notable la sinceridad de unos comentarios que, sin duda, serían conocidos por otras personas. Gracias a tales fuentes, el lector adquiere una idea perfecta de la personalidad de Rommel y de las causas que le impulsaban a la acción. Es posible que la imagen del

Mariscal adopte tonos diversos según la idiosincrasia de cada cual, pero apenas si existen puntos obscuros respecto a su ser intrínsecamente humano, y a las varias facetas de su vida en campaña.

Rommel era muy humano, aparte de sus extraordinarias dotes de energía y de su indiscutible genio militar. Todos sus defectos quedan perfectamente plasmados en sus notas y cartas. Como muchos jefes señeros de la humanidad, tenía un carácter apenas maduro, en apariencia. Durante la época de sus grandes triunfos, su actitud era casi infantil, peligrosamente falta de filosofía, y su posición ante la lucha adolecía de ciertas inhibiciones que a veces obraron efectos muy notables. En la primera parte de la guerra sus cartas sugieren que consideraba el conflicto como una especie de tremendo juego; un juego para el que, en servicio de la patria, había sido adiestrado con una devoción a toda prueba. Todo comandante deseoso de atacar sin descanso ha de pensar así. Rommel poseía una capacidad inimitable para la reflexión, pero ésta no intervino en sus procedimientos hasta los últimos meses de su vida.

Como tantos esforzados militares, no hallaba fácil el mostrarse tolerante con los puntos de vista contrarios, especialmente entre quienes luchaban a su lado, y ello queda de manifiesto en sus amargos comentarios acerca de Halder y de Kesselring, muchas veces injustos. Debe recordarse también que durante las últimas etapas de la campaña de África era un hombre enfermo, condición que le inducía a entenebrecer las cosas. Sin embargo, tenía poca malicia —sus explosiones de mal humor eran excepcionales— y se sentía dispuesto a reparar una injusticia, una vez aplacado. Puede observarse esto último en el alto tributo que paga a Kesselring en sus reflexiones finales. Sus comentarios sobre el enemigo, fran-

cés, inglés o americano, demuestran que no sentía odio hacia él y que estaba dispuesto a reconocer sus cualidades.

La actitud de Rommel hacia el *Führer* y su lealtad hacia el mismo constituyen un enigma para quienes, por no conocer la mentalidad del soldado profesional, especialmente en Alemania, no pueden imaginar cómo se ven las cosas bajo semejante situación de ánimo. Las *Memorias* destacan claramente dos factores que sostuvieron en algunas ocasiones su lealtad de militar. Es fácil observar como su dinamismo lo hacía responsable de todo ante Hitler, y como las obstrucciones sufridas por parte de ciertos sectores con los que se hallaba en estrecho contacto, le impulsaron a simpatizar aún más con el distante *Führer*. Tal estado de cosas continuó mientras Rommel pensó de un modo estrictamente militar. Pero la amplia autoridad de que gozara en África, los problemas a que había de enfrentarse de manera independiente, y la impresión que le causaba la superioridad material del adversario, ampliaron gradualmente sus reflexiones, allanando el camino para un determinado cambio de actitud a su regreso a Europa, cuando entró en contacto directo con Hitler. Hubiera sido una locura registrar sobre el papel semejante transformación —aunque en algunas cartas se observan síntomas de disgusto disfrazado—, pero existen muchos detalles que lo hacen suponer. Su hijo y sus ayudantes lo han corroborado, aportando detalles de cómo fue quebrantándose su ánimo, y del modo en que decidió derrocar a Hitler, cosa que le costó la vida.

Sin embargo, la importancia capital de las *Memorias* descansa en la abundante luz que derraman sobre el genio militar de Rommel. La evidencia confirma el parecer de los soldados ingleses que lucharon contra él, y demuestra *que* la estimación de éstos se hallaba más cerca de la realidad que los ardides de una propaganda encaminada a rebajar su formi-

dable reputación. La «leyenda de Rommel» tenía una base firme. Excepto aquellas veces en que estuvo a punto de ser muerto o capturado en el transcurso de una batalla, la suerte le favoreció menos que a muchos otros jefes que han conseguido la fama. Ahora que sus procesos mentales y sus conceptos de la lucha han quedado revelados, resulta evidente que sus éxitos fueron completamente merecidos y que la casualidad jugó muy poco en ellos.

No es éste el lugar para una breve biografía de Rommel, ya escrita de manera admirable por Desmond Young en su libro sobre el Mariscal, pero no estará de más resumir los hechos principales llevados a cabo bajo su jefatura, y discutirlos someramente, comparándolos a la experiencia general de la campaña.

En muchos aspectos, el genio y la originalidad se dan la mano. Sin embargo, esta última es rara en quienes se han visto aclamados como grandes artífices de las batallas. La mayoría obtuvieron sus éxitos valiéndose de medios convencionales, que, desde luego, supieron manejar muy bien, y sólo unos cuantos buscaron nuevos procedimientos y sistemas. Y ello resulta extraño, ya que la Historia demuestra que el destino de las naciones se ha visto muchas veces decidido, y la marcha de la humanidad obligada a cambiar de camino, por el empleo de armas y tácticas nuevas..., especialmente estas últimas.

Pero tales cambios se originaron por regla general en la mente de un estudioso con deseos de novedad, y por la influencia de éste sobre los militares de su época, más que por la acción personal de un comandante ilustre. En la historia de la guerra, las ideas brillantes han abundado menos que los grandes generales, pero sus efectos tuvieron un alcance muchísimo mayor. La distinción entre ambas cosas nos hace

recordar que existen dos formas de genio militar: la que concibe y la que ejecuta.

En el caso de Rommel, ambas estaban perfectamente conjuntadas. Aunque la teoría de la *Blitzkrieg*[1] —nuevo estilo de campañas caracterizadas por su extraordinaria movilidad y el empleo de medios motorizados y acorazados— había sido concebida en Inglaterra antes del conflicto, la rapidez con que Rommel la asimiló, y el modo en que logró ponerla en práctica, demuestran su carácter original y su innata capacidad de percepción. Junto con Guderian quedó convertido en el exponente de una nueva idea. El hecho resulta aun más notable si se considera que no tenía experiencia alguna con los tanques, hasta serle otorgado el mando de la 7.ª División Panzer, en febrero de 1940, y que dispuso de menos de tres meses para estudiar la teoría y solucionar el problema de manejar tales fuerzas, antes de entrar en acción. Su brillante cooperación en la guerra de tanques, que produjo el colapso de Francia, le permitió aplicar el nuevo concepto a la campaña de África, con la ventaja de un mando independiente, cosa de que Guderian nunca disfrutó en Europa, en beneficio de sus oponentes. Además, en África, Rommel demostró una sutil aplicación de la teoría de atacar y defenderse al propio tiempo, conduciendo a los carros enemigos a trampas ingeniosamente preparadas, antes de lanzarse a sus escalofriantes ofensivas. También en otros aspectos se mostró maestro de la nueva táctica.

Es significativo que Rommel fuera uno de los pocos ilustres militares de la Historia que han logrado distinguirse también como pensadores y literatos destacados. Y aun más, el que la ocasión de demostrar sus cualidades como Jefe llegara gracias a sus escritos, porque fue su libro *Infanterie grieftan* (La Infantería ataca) el que atrajo primero la aten-

ción de Hitler hacia él, preparando el camino para su sensacional encumbramiento.

Rommel consiguió cuanto se proponía, porque estaba dotado también de genio para la ejecución de sus proyectos. El punto a que llegaba en tan admirable cualidad queda patente si se repasan las cualidades demostradas por todos los grandes jefes de la Historia, aunque el grado de las mismas haya variado en cada caso.

En los tiempos primitivos, cuando las armas eran de corto alcance y eficacia relativa, y cuando el campo de batalla consistía en un terreno escogido por los generales, la cualidad más apreciada en los mismos era el «golpe de vista», término expresivo en el que se condensaban la observación aguda y la intuición profunda. Todos los grandes capitanes poseyeron en alto grado la cualidad de conjuntar de manera instantánea terreno y situación. Ello volvió a ocurrir en África, debido a la naturaleza de las velocísimas unidades acorazadas y al moderado número de fuerzas empleadas en la lucha.

En tiempos posteriores, y conforme el alcance de las armas se fue haciendo mayor, mientras los ejércitos se ampliaban considerablemente, creció también la necesidad de que el «golpe de vista» quedara substituido por otra cualidad mejor: la de la percepción «interna» del momento, el poder de penetrar —como dijo Wellington— lo que está ocurriendo «al otro lado», detrás de las líneas enemigas y en los cerebros que las sitúan. En la actualidad, más aun que en el pasado, todo jefe ha de dominar perfectamente la psicología del bando opuesto. El grado en que Rommel poseía semejante sentido «interior» puede apreciarse en sus *Memorias* de manera tan clara como examinando sus operaciones.

Tal sentido representa a su vez el fundamento de otro elemento esencial y aun más positivo, dentro del genio militar: el poder de crear sorpresa, de poner en marcha la operación inesperada que hace perder el equilibrio al adversario. Porque el efecto completo debe verse reforzado por un agudo sentido del tiempo y por la capacidad de desplegar una movilidad extraordinaria. Velocidad y sorpresa son cualidades gemelas, y constituyen la base ofensiva de un verdadero general. Su desarrollo, al igual que el de los sentidos informativos, depende de una facultad que podríamos denominar «imaginación creadora».

En poder para lanzar el movimiento sorpresa, en agudeza para calcular el tiempo y en capacidad para movilizar los diversos elementos de la acción, es difícil encontrar quien pueda compararse a Rommel, excepto Guderian, el «primer ministro» de la guerra relámpago. Más adelantada ya la contienda, Patton y Manteuffel desplegaron cualidades similares, pero no puede establecerse comparación alguna, a causa del campo más limitado en que se movieron estos últimos. Lo mismo ocurre si retrocedemos al pasado, cuando el material era tan distinto al moderno, aunque sabemos que Seydlitz, Napoleón y Bedford Forrest se sirvieron muchas veces de la velocidad para sorprender a su adversario, y los grandes jefes mongoles, tales como Gengis Kan y Sabutai, practicaron un dinamismo semejante. El secreto de tal combinación no ha sido revelado de manera más clara que en las *Memorias* de Rommel.

Al procurar hacer perder el equilibrio al contrario, un jefe no debe correr idéntico peligro. Necesita estar dotado de esa cualidad que Voltaire consideraba la piedra angular de los éxitos de Marlborough: «tranquilo valor en medio de un tumulto, y serenidad frente al peligro, es decir, lo que los ingle-

ses denominan sangre fría». Pero debe añadirse ese concepto que los franceses describen perfectamente en una frase: *le sens du practicable*. El sentido de lo posible y de lo que no lo es, tanto en cuestiones tácticas como administrativas. La combinación de ambos factores puede quedar resumida en la facultad de un cálculo frío y realista. La senda de la Historia está sembrada de restos de planes, perfectamente calculados, pero que no triunfaron por falta de aquellas cualidades.

Aun añadiremos más, por lo que a Rommel respecta. Junto a un valor a toda prueba, poseía ese temperamento propio de los artistas, que los lleva desde el mayor entusiasmo a la depresión más absoluta. Sus cartas lo demuestran claramente. Con frecuencia era criticado en los círculos militares alemanes, incluyendo el suyo propio, por no tener demasiado en cuenta las dificultades del aprovisionamiento, e intentar operaciones estratégicas de mayor alcance que el permitido por la administración. En algunas ocasiones tal parecer queda corroborado por el resultado final. Sin embargo, y según muestra el diario, los riesgos corridos habían sido objeto de un cálculo más profundo que el que a primera vista parece. Solía pedir más de lo que la Intendencia estaba dispuesta a conceder, con el fin de obtener al menos lo necesario para su estrategia. Aunque ésta no funcionara a veces según sus pronósticos, resulta asombroso lo que en ocasiones pudo lograr de la administración, consiguiendo resultados que de otro modo no hubieran sido factibles.

Finalmente, y por encima de las otras cualidades que determinan al jefe nato, se encuentra la de poseer dotes de mando. Ésta es la dínamo que mueve el vehículo de las batallas, y sin la cual de nada serviría la habilidad del conductor. Gracias a la influencia de una dirección eficaz, las tropas rin-

den, a veces, más de lo que pudiera imaginarse, destruyendo los cálculos «normales» del enemigo.

No existe duda de que Rommel poseía dicho don, en grado sumo, mereciendo el calificativo de «Gran Capitán» con que se le distingue. Aunque exasperara a los oficiales de Estado Mayor, era adorado por sus soldados, y lo que consiguió de ellos en momentos cruciales es algo que sobrepasa a cuanto se pudiera imaginar.

B. H. Liddell Hart

Cómo fueron recuperados los documentos de Rommel

Mi padre dejó, a su muerte, un número considerable de documentos, acumulados durante sus campañas. Había entre ellos órdenes militares, informes, partes al Alto Mando, etc. Además de dichos documentos oficiales, existían un número determinado de volúmenes, comprendiendo su diario personal y notas varias acerca de la campaña de Francia en el año 1940 y de la guerra en el desierto.

Después de la Primera Guerra Mundial, mi padre publicó un libro sobre táctica de Infantería, basado en sus propias experiencias. Mientras lo estaba redactando, observó que había guardado muy pocos de los documentos esenciales y que su diario le servía de poco; existían lagunas en los períodos más importantes, durante los cuales estuvo tan ocupado en la lucha, que no tuvo tiempo para escribir nota alguna.

Es indudable que intentaba publicar otro libro acerca de las lecciones militares derivadas de sus experiencias en la Segunda Guerra Mundial, y esta vez decidió no encontrarse en situación desventajosa, por lo que respecta a anotaciones tomadas sobre el terreno.

Desde el momento de cruzar la frontera, el 10 de mayo de 1940, empezó a llevar un diario personal de las operaciones, que dictaba al fin de cada jornada a uno de sus ayudantes.

Siempre que se producía un pequeño intervalo, redactaba reflexiones breves sobre lo ocurrido.

Conservó todas sus órdenes oficiales, sus informaciones y sus documentos. Además tenía centenares de mapas y de croquis de las operaciones, que él o sus ayudantes habían trazado con lápices de colores, y algunos de los cuales fueron luego cuidadosamente terminados con tinta; había también diseños para los mapas que más tarde ilustrarían su obra.

Cuando los acontecimientos adoptaron un giro menos favorable, se impuso la tarea de que un relato objetivo y extenso de sus campañas sobreviviera a su posible fallecimiento, eliminando así toda posibilidad de que sus actos fueran mal interpretados. A su regreso de África trabajó en ello con gran secreto, dictando o entregando hojas para ser pasadas a máquina, unas veces a mi madre y otras a sus ayudantes. Al regresar de Francia en agosto de 1944, empezó a escribir un relato de la invasión, que destruyó, cuando se hizo patente que sospechaban de su complicidad en el complot del 20 de julio. Por otra parte, existían algunos documentos que hubiese quemado, de haber tenido tiempo.

Era un fotógrafo entusiasta, y pensando, sin duda en el libro que entonces preparaba, había regresado a Italia después de la Primera Guerra Mundial, para obtener fotografías muy necesarias para sus croquis de carácter táctico, allí donde estuvo luchando en 1917. La empresa no fue fácil, porque los italianos no recibían gustosos a los oficiales alemanes que recorrían sus territorios fronterizos, armados de una cámara. Mi padre viajaba en una motocicleta, acompañado de mi madre y haciéndose pasar por «maquinista».

Había tomado miles de fotografías, tanto en Europa como en África, algunas de ellas en color, para el libro que pensaba escribir acerca de la Segunda Guerra Mundial. Solía enfocar

su máquina durante los avances, y una vez me dijo: «No quiero registrar mis retiradas».

Escribía diariamente a mi madre, y había conservado casi un millar de dichas cartas.

Pero sólo una parte de dicho material sobrevivió al cúmulo de vicisitudes que se abatieron sobre él.

Durante los meses que precedieron al estallido de la guerra dirigió la Academia de Guerra de Wiener Neustadt, situada a unos 45 Km. al sur de Viena. La Academia estaba instalada en un enorme y viejo castillo. Cuando, en 1943, las escuadrillas de bombarderos americanos y británicos empezaron a atacar la ciudad, y nuestra casa estuvo en peligro de quedar destruida, depositamos algunos documentos de mi padre en las profundas bodegas del castillo, mientras otros eran enviados a una granja en el sudoeste de Alemania. El resto lo conservamos en nuestro poder, cuando en otoño de 1943 nos trasladamos de Wiener Neustadt a Herlingen, a 8 Km. de Ulm, en Württemberg.

La muerte de mi padre hizo que mamá se sintiera ansiosa por recuperar sus documentos, no sólo por razones personales, sino para que cuando se escribiera la historia, pudiera ser contada la verdad. Durante los funerales, un oficial de las S.S. había tratado de indagar lo sucedido con aquéllos. No caímos en la trampa. Sin embargo, era muy probable que se realizaran tentativas para arrebatárnoslos.

En consecuencia, mi madre empezó a reunirlos en la casa. Fui a Wiener Neustadt para recoger los que habíamos dejado en las bodegas del castillo. Por aquel entonces no se necesitaba ser profeta para comprender que, a su debido tiempo, las tropas soviéticas llegarían al lugar. En efecto, seis meses más tarde saquearon el castillo, reducido a un montón de es-

combros, después de la heroica resistencia ofrecida por los cadetes alemanes que se instruían allí. Todo fue robado.

Con la ayuda de la hermana de mi padre y del Capitán Aldinger, su ayudante, mamá empezó a empaquetar los documentos, disponiéndolos para la evacuación, si ésta se hacía necesaria. Su intención era situarlos en lugares distintos, ya que lo más probable era que, de estar concentrados en un mismo sitio, acabasen por descubrirlos.

A mediados de noviembre de 1944 el Capitán Aldinger, que había ayudado a mi madre a poner en limpio lo referente a papá, recibió la orden del Alcalde de Ulm de presentarse en la estación principal de la ciudad. Se añadía que un oficial de la Plana Mayor del General Maisel se encontraría allí para discutir con él ciertos asuntos. El General Maisel era quien un mes antes había acompañado a mi padre a su partida. El Capitán Aldinger tendría que regresar con él a Herrlinger.

El propósito de aquella visita resultaba obscuro para mi madre y para el Capitán. ¿Se había planeado alguna detención? ¿Proyectaban proceder a un registro en busca de las notas? Nadie podía decirlo.

La tarea de ocultar el resto de los documentos procedió a pasos acelerados. Al atardecer del 14 de noviembre, y exceptuando algunas notas personales, sólo quedaban en la casa documentos oficiales calificados de «secretos», y que en un momento dado habrían forzosamente de ser entregados.

La mañana del 15 de noviembre, Aldinger partió de Herrlingen hacia Ulm. «—Dejaré el coche aquí —dijo—; sólo Dios sabe cuándo estaré de regreso. Quizá me detengan, pero en caso contrario regresaré enseguida a Herrlingen».

Mi madre esperó, pero por la tarde empezó a sentirse seriamente alarmada, pensando que, en efecto, Aldinger habría

sido arrestado. El peligro de que esto ocurriera resultaba muy grande, porque, exceptuándonos a nosotros dos, él era el único que conocía la causa verdadera de la muerte de papá. Hacia las tres se abrió la puerta del jardín y entró. Venía solo y llevaba bajo el brazo un voluminoso paquete envuelto en papel blanco. Por fortuna sus sospechas resultaron infundadas. El oficial de Maisel había hecho entrega del bastón de Mariscal y de la gorra, que los dos Generales habían retirado a mi padre el 14 de octubre, después de su muerte. Llevaron ambos trofeos al Cuartel General del *Führer*, y, como supimos más tarde, fueron guardados durante algún tiempo en el escritorio de Schaub, ayudante de Hitler. Después de la muerte de mi padre, el Capitán Aldinger había protestado repetidamente, en nombre de mamá, por aquella conducta improcedente. Contra todo lo esperado había logrado salirse con la suya.

Por aquel entonces la mayor parte de los documentos estaban ya situados en dos granjas del sudoeste de Alemania: unos, en una caja oculta tras la pared de un sótano; los otros, bajo un montón de cajones vacíos en una bodega. Una cajita con multitud de notas acerca de la batalla de Normandía, fue enterrada por un amigo entre los muros de una casa en ruinas de Stuttgart, en cierta parte de la ciudad, tan asolada por repetidos ataques aéreos, que no podía ya ser considerada objetivo militar. El diario de mi padre, entre 1943-1944, quedó depositado en un hospital, y otro material diverso remitido a mi tía de Stuttgart. Mi madre retuvo en Herrlingen las notas que habían formado el manuscrito original de la campaña de África, las películas tomadas en Francia durante las victorias de 1940, y sus cartas personales.

De manera harto extraña, mi madre estaba tan preocupada con el temor de que las autoridades nazis se apoderaran

de los documentos, que no se le ocurrió la posibilidad de que los aliados, ya muy próximos, pudieran demostrar parecido interés.

Durante la segunda mitad de abril de 1945 los bombardeos se hicieron continuos. Hora tras hora los proyectiles yanquis de gran peso estallaban en Ulm, que ardía en varios lugares. Desde el oeste y el norte llegaba el tronar de la artillería, cada día más cercano y amenazador. Los restos del Ejército alemán discurrían desarmados por el valle donde se encuentra Herrlingen. Los soldados iban a pie o en carros, temiendo siempre el ataque de los bombarderos y cazas estadounidenses. La *Volksturm*[2] local, en la que servían jóvenes de catorce años y ancianos de sesenta y cinco, había sido movilizada, y por todas partes se veían letreros proclamando: «Quien no defienda Ulm es un cobarde».

Un día, debió ser el 20 de abril, mi madre, que miraba por la ventana, vio los tanques americanos aproximarse a Ulm. Cuando al día siguiente los soldados aliados procedieron a incendiar parte del pueblo vecino, bajo la falsa sospecha de que se ocultaban guerrilleros en las casas, y cuando largas columnas de refugiados del mencionado pueblo llegaron a Herrlingen, empezó a alarmarse seriamente por la suerte de los documentos que aún se hallaban en casa, y dispuso las cartas, las notas y las películas de modo que pudiera llevárselas consigo en un momento dado. Parte de todo ello lo colocó en una vieja maleta, que, con la ayuda de unos vecinos, enterró en el jardín.

Las tropas americanas ocuparon Herrlingen y fueron apostados centinelas en todas partes. Era imposible enterrar más material. Entre los primeros americanos que acudieron a visitar a mi madre se encontraba un tal Capitán Marshall, del Séptimo Ejército, el cual preguntó si había documentos

en la casa. Confiando en que las cartas particulares no serían confiscadas, mamá le contestó: «—Sólo tengo las cartas de mi esposo». «—¿Dónde están?», preguntó Marshall.

Bajamos al sótano, y cuando vio los innumerables sobres que contenían las cartas, metidos en una caja, declaró: «—Tendré que llevármelas. Hemos de echarles una mirada. Dentro de unos días las tendrá aquí otra vez».

Sin embargo, más tarde se dijo a mi madre que la devolución de las cartas sufriría un retraso. Quince días después vino el intérprete del Capitán Marshall, quien manifestó: «—El Capitán lamenta profundamente no poder mantener su promesa, porque el Ejército ha decidido que los documentos sean enviados a Washington».

Un día, a mediados de mayo, sobre las ocho de la mañana, se ordenó a mamá que abandonara la casa, a las nueve. Una unidad americana debía alojarse en ella. Mientras se estaban empaquetando nuestras cosas, los soldados americanos empezaron a abrir armarios y cajones y a rebuscarlo todo. Numerosos documentos importantes (notas sobre África y mapas trazados a mano) que se encontraban en los estantes de la biblioteca, en el escritorio y en la bodega, desaparecieron, sin que hayan vuelto a recuperarse. Cuanto mi madre pudo conseguir fue llevarse en una carretilla una maleta conteniendo las películas, el manuscrito de la campaña de África y la historia oficial de la 7.ª División Panzer en Francia en 1940, de la que sólo se habían hecho tres copias.

Los documentos guardados en otros lugares tuvieron destinos diferentes.

En la granja del sudoeste de Alemania aparecieron americanos que, anunciando pertenecer al servicio de contraespionaje, pidieron ver los baúles que el Mariscal Rommel había guardado allí. Por desgracia, algunos de dichos baúles y cajas

habían sido sacados de la bodega y colocados en otros lugares de la casa. Los americanos se llevaron un cajón y un baúl. El primero contenía documentos, notas y croquis de la Primera Guerra Mundial, utilizados en su libro *La Infantería ataca*. En el baúl estaba el equipo completo de la «Leica» (una cámara y doce accesorios diferentes), efectos personales y unas tres mil fotografías. Mi padre estaba muy orgulloso de sus clisés en color, algunos de los cuales fueron impresionados corriendo bastante peligro. Recuerdo uno de ellos, muy notable, en el que se veía a la infantería australiana atacando a la bayoneta. Había varios miles de fotografías más, recogidas de corresponsales de guerra y soldados entre 1940 y 1944, algunas de ellas rotuladas.

Los americanos dieron un recibo por el cajón y el baúl, pero los oficiales llegados posteriormente, que intentaron ayudarnos en la recuperación de aquéllos, y a los que mostramos el «recibo», dudaron mucho de que aquella gente hubiesen actuado bajo órdenes oficiales. Quedó en la granja otra caja, conteniendo el diario personal de mi padre desde 1940 a 1943, así como notas sobre la campaña de Francia de 1940, y dos cajas con mapas. El propietario de la granja había negado poseer más material, a pesar de las amenazas de los oficiales de contraespionaje, y a partir de entonces, hizo lo posible para que las dos cajas continuaran en nuestro poder. Sin embargo, el diario y las notas sobre la ocupación de Francia en 1940 fueron robados del desván, en un momento de descuido, por una persona desconocida.

En la otra granja habían penetrado fuerzas marroquíes, que sacrificaron el ganado y las aves y encendieron fogatas en el patio. El lugar fue registrado concienzudamente por los soldados, sin que por fortuna ninguno de ellos sospechara la

existencia de otro escondrijo, tras un montón de cajones vacíos. De este modo pudieron salvarse los documentos.

Los papeles guardados por mi tía, y los enterrados en las ruinas de Stuttgart sobrevivieron al colapso de Alemania.

Cuando mi madre se vio precisada a abandonar la casa, encontró alojamiento provisional en un cuartito situado por los alrededores. Fue allí donde realizó un inventario del material que aún seguía en su poder. La caja enterrada en el jardín de Herrlingen fue recuperada y trasladada a otro lugar, y se recogieron las cajas guardadas en la granja evacuada ya por los marroquíes. Cuando encontró nuevo alojamiento en la escuela de Herrlingen, se lo llevó consigo todo.

Al enterarse de que iban a efectuarse procesos de desnacificación contra mi padre, con objeto de confiscar cuantos efectos hubiese dejado, volvió a cargar la carretilla y ocultó los documentos en un lugar alejado de donde vivía. Por fortuna aquellas amenazas no se confirmaron, aunque supimos de otro caso en que fueron confiscados a un oficial documentos similares.

Animado por el Brigadier Young y por el Capitán Liddell Hart, que deseaban editar los documentos, empecé a reunirlos, trayéndolos desde donde se hallaban. Fue posible todavía traducir apresuradamente unos cuantos fragmentos e incorporarlos en calidad de apéndice a la biografía escrita por el Brigadier Young, que se estaba ya imprimiendo.

El General Speidel, antiguo jefe de Estado Mayor de mi padre, realizó repetidos esfuerzos para conseguir la devolución de las cartas. El Brigadier Young rogó al General Eisenhower que intercediera cerca de Washington con aquella finalidad. Por último, y gracias a los esfuerzos del Capitán Liddell Hart y tras muchos aplazamientos, las cartas fueron entregadas al General Spiedel por el Coronel Nawrocky, por

encargo del Servicio Histórico Militar. Parece ser que en Washington habían sido archivadas no bajo el epígrafe de «Rommel», sino bajo el de «Erwin», nombre de pila de mi padre, con el que las firmaba. Faltan todavía algunas, en especial de las escritas durante la invasión. Sin embargo, otros documentos relacionados con Normandía nos fueron devueltos.

Con la recuperación de las cartas creemos haber recobrado cuanto ha sobrevivido a las destrucciones de la guerra, a las efectuadas por mi padre mismo para su seguridad personal y al pillaje inevitable en todo conflicto bélico.

Manfred Rommel

Advertencia

La mayor parte de los documentos de Rommel tratan de la campaña de África. El conjunto de ellos se da a conocer en este volumen. La única parte de la historia que no abarca es la campaña de invierno 1941-42, que hubiera escrito de haber vivido. Un capítulo de la misma ha sido aportado por el General Bayerlein —entonces jefe de Estado Mayor del Afrika Korps—, con ayuda de cartas y anotaciones de Rommel, así como con su conocimiento personal de los puntos de vista de aquél. La propia habilidad y experiencia de Bayerlein como jefe de unidades acorazadas hace su aportación doblemente interesante.

La historia de la campaña de 1940, por Rommel, es, en conjunto, de un interés enorme, pero en algunos lugares se entretiene en detalles de menor importancia, relativos a los movimientos de las tropas, mientras que algunas jornadas carecen de peculiaridades sobresalientes. Dichos pasajes han sido eliminados, según se indica en el texto.

Durante los meses que, en 1943, pasó en Italia, Rommel no llevó a cabo operaciones, pero en su diario se encuentran una serie de anotaciones reveladoras, acerca del golpe de estado, y los esfuerzos alemanes para impedir que Italia se pasara al otro bando. Manfred Rommel ha resumido estos pasajes, así como las cartas de su padre, «en un capítulo muy breve».

El Mariscal no vivió lo suficiente como para escribir la historia de la campaña de Normandía, pero dejó muchas notas y documentos, que tratan especialmente de sus ideas y planes, antes de que aquélla se produjera. El General Bayerlein los ha reunido, incorporando las cartas escritas por Rommel en aquel tiempo.

En un capítulo final, Manfred Rommel relata la muerte de su padre, y narra las incidencias de las tensas semanas que precedieron a la llegada de los encargados de cumplir las órdenes de Hitler.

El valor e interés de dichos capítulos, así como de toda la narración del Mariscal, queda incrementado por el contenido de sus cartas, en las que se refleja a cada instante el curso de su pensamiento, así como la situación de las operaciones, precisando el momento histórico en que transcurre el relato.

Por atareado que estuviera, escribió casi diariamente a su esposa, aunque las misivas suelen ser breves. Por regla general las redactaba a primeras horas de la mañana, y a veces en pleno movimiento, dentro de su automóvil blindado o de un tanque. Con frecuencia se observa en ellas cierto temblor en los rasgos, provocado por el traqueteo del vehículo, o por el frío de las horas que preceden al alba.

Como debía mostrarse discreto, por lo que a las operaciones respecta, resulta extraña su franqueza en ciertas ocasiones, teniendo en cuenta el riesgo de que las cartas pudieran ser abiertas por la censura normal o la secreta.

Muchas de ellas son simples notas afectuosas, pero en este volumen hemos incluido, de preferencia, aquellas que contienen algún comentario significativo.

* * *

Debo expresar, ante todo, mi profunda gratitud a Manfred Rommel y al General Bayerlein, por el excelente trabajo rea-

lizado al seleccionar y clasificar el material. Quedé gratamente impresionado por la diligencia y habilidad de ambos, durante los meses que cooperamos juntos en la labor. La primera parte recobrada fue la que se refiere a la campaña de África, publicada en Alemania bajo el título de Krieg ohne Hass (Guerra sin odio), con cierto número de notas por Manfred Rommel y el General Bayerlein. Las notas en cuestión han sido conservadas en el presente volumen —en el que, por vez primera, aparece reunido todo el material—, mientras yo añadía párrafos que aclarasen determinados puntos y formaran un fondo histórico en el que se combinaran las reacciones y observaciones de Rommel y las de los aliados.

Por la recuperación de las cartas y su entrega a *Frau* Rommel debo expresar mi agradecimiento al Mayor General Orlando Ward, Jefe del Servicio Histórico Militar de los Estados Unidos, así como al Brigadier General S. L. A. Marshall, eminente analista e historiador militar, cuya ayuda solicité oportunamente.

Quisiera también citar a Mark Bonham Carter, Paul Findlay, traductor del original alemán y ayudante inapreciable, y a Ronald Politzer, además de Manfred Rommel y el General Bayerlein, quienes hicieron agradable y llevadera la tarea de editar estas Memorias.

B. H. Liddell Hart

Primera Parte: Francia

(1940)

La ofensiva en el Oeste y el avance de la División de Rommel (mayo - junio de 1940).

Capítulo I: La ruptura a través del Mosa

El 10 de mayo de 1940 Hitler lanzaba su esperada invasión del Oeste[3], consiguiendo una fulgurante victoria, que cambió el rumbo de la época, ejerciendo efectos muy notables sobre el futuro de otros pueblos.

El acto decisivo del drama que conmovió al mundo entero inicióse el día 13, cuando Guderian cruzó el Mosa con su Cuerpo acorazado, en las cercanías de Sedan, mientras la División Panzer de Rommel hacía lo propio junto a Dinant. Las brechas quedaron pronto convertidas en amplias zonas, a través de las cuales afluían los tanques alemanes. Al cabo de una semana llegaban al Canal, aislando de este modo a las fuerzas aliadas de Bélgica. El desastre condujo a la caída de Francia y la amenaza sobre Inglaterra. Aunque esta última se las compuso para resistir detrás de su foso marino, su recuperación sólo pudo lograrse tras una guerra prolongada en la que se vio envuelto el mundo entero. Las consecuencias de aquella ofensiva de mayo fueron tremendas, y su precio sigue sin poderse calcular exactamente.

Después de aquella catástrofe, la derrota fue considerada inevitable, y el ataque de Hitler se calificó de arrollador. Pero las apariencias eran muy distintas a la realidad, según han puesto en evidencia ciertas declaraciones publicadas después de la guerra.

En vez de poseer una aplastante superioridad numérica, como se suponía entonces, los ejércitos alemanes no podían

compararse a los del adversario. La ofensiva fue lanzada con 136 divisiones, a las que se enfrentaron 156 entre francesas, inglesas, belgas y holandesas. Era sólo en aviación en lo que los germanos poseían una superioridad indudable, tanto en número como en calidad. Sus tanques no llegaban al número de los de su adversario, ya que sumaban apenas 2,800, contra los 4,000 de los aliados. Eran inferiores también en medios acorazados y en armamento, aunque poseían quizás una mayor velocidad. La principal ventaja alemana, además de la aviación, descansaba en la rapidez con que avanzaban sus carros y en la superior técnica desplegada por éstos. Los jefes de las unidades acorazadas habían adoptado y llevado a la práctica, con efectos decisivos, las nuevas teorías concebidas en Inglaterra, pero no comprendidas por los jefes ingleses y franceses.

De las 136 divisiones alemanas, sólo 10 eran blindadas, pero esta pequeña fracción, utilizada en los ataques en profundidad, decidió virtualmente la campaña, antes de que la masa del Ejército alemán entrara en acción.

Los brillantes resultados obtenidos por dichas puntas de lanza compensaron el escaso número de los efectivos, y lograron sobreponerse al estrecho margen de que disponían. Dicho éxito hubiera podido evitarse, de no ser por la parálisis y a menudo el derrumbamiento moral de los jefes y tropas aliados, que debían enfrentarse a un ritmo y a una técnica para los que no estaban preparados. Incluso así, el éxito de la invasión tuvo como base una serie de extraordinarias circunstancias, además de la preparación y la destreza de jefes dinámicos como Guderian y Rommel.

El proyecto original para la ofensiva del oeste se apoyaba en el plan Schlieffen, anterior a 1914, dando más importancia al ala derecha, donde el Grupo de Ejércitos «B», de Bock,

avanzaría atravesando la llanura belga. Pero a principios de 1940 dicho plan fue variado, según las advertencias de Manstein, el cual propuso un ataque más atrevido y sorprendente, a través de la región montañosa de las Ardenas, en el Luxemburgo belga. El centro de gravedad pasaba así al Grupo de Ejércitos «A», de Rundstedt, que se hallaba frente a dicho sector, y al que se otorgaron siete de las diez divisiones acorazadas disponibles y la mayor parte de las de infantería.

El ataque principal hacia el Mosa estaba dirigido por el Grupo Panzer de Kleist, que marchaba a la vanguardia del 12.° Ejército de List. Tenía dos puntas de lanza, la más fuerte de las cuales estaba formada por el Cuerpo Guderian, compuesto por tres divisiones acorazadas, y que realizó el avance principal cerca de Sedan, mientras que el de Reinhardt, de dos divisiones acorazadas, trataba de atravesar por Montherme. Más a la derecha, y operando bajo el 4.° Ejército de Kluge, el Cuerpo Acorazado de Hoth avanzó a través de las Ardenas septentrionales, con ánimo de cubrir el flanco del grupo Kleist y atravesar el Mosa, entre Givet y Namur. Este ataque secundario tenía dos puntas de lanza de menor importancia, formadas, respectivamente, por la 5.ª y la 7.ª Divisiones Panzer.

La 7.ª, bajo el mando de Rommel, era una de las cuatro divisiones «ligeras» que durante el invierno habían sido convertidas en «Panzer», y poseía tan sólo un regimiento de tanques, en vez de dos, con un total de 218 vehículos blindados, más de la mitad de los cuales eran de construcción checa[4].

La conversión se había efectuado teniendo en cuenta las experiencias de la campaña polaca. Ferviente partidario de la infantería, Rommel tuvo que reconocer las cualidades del arma blindada. No había sido hasta el 17 de febrero cuando

asumió el mando de la 7.ª División, en Godesberg, sobre el Rin, pero aprendió con suma rapidez la nueva técnica, adaptándose a ella con una celeridad extraordinaria. En el terreno de la infantería había sido siempre un jefe de tipo «ofensivo», manejando a sus soldados como si se tratara de fuerzas móviles. Tal cualidad le servía ahora para hacer lo propio con medios mucho más eficaces.

El día en que se inició la ofensiva tropezóse con muy escasa resistencia. El grueso del ejército belga se hallaba concentrado para defender la llanura donde se encuentran las grandes ciudades, mientras la región montañosa y cubierta de bosque del Luxemburgo belga, más allá del Mosa, era confiada a los *Chasseurs Ardennais*, cuya misión consistía esencialmente en detener a las formaciones enemigas hasta que los franceses acudieran a dar frente al amplio ataque de flanco que amenazaba su frontera. Tales eran los cálculos sobre los que se basaba el plan belga.

El francés partía de un concepto más ofensivo. El 1.º y 7.º Ejércitos, que comprendían el grueso de las formaciones mecanizadas, penetraron profundamente en la llanura belga, junto con las fuerzas expedicionarias inglesas. Entretanto, el 9.º Ejército, que formaba el pivote de dicha maniobra, realizó un avance envolvente, más corto, sobre la frontera belga, con el fin de situarse sobre el Mosa, desde Meziéres a Namur. Estaba formado por siete divisiones de infantería, una de ellas motorizada, y dos de caballería, con jinetes que disponían de elementos mecanizados. La caballería fue lanzada hacia adelante, a través del Mosa, la noche del 10 de mayo, y al día siguiente penetró en las Ardenas, para tropezar con las fuerzas acorazadas alemanas, que avanzaban rápidamente tras haber arrollado a la mayoría de las defensas belgas del sector.

La víspera del ataque, y durante las últimas y tensas disposiciones, Rommel escribió esta breve carta a su esposa, tras la que sigue su propio relato:

9 mayo 1940.

Queridísima Lu:

Por fin nos estamos preparando. Esperemos que esta vez no sea en vano. Por los periódicos te irás enterando de lo que ocurra en los próximos días. No te preocupes. Todo saldrá perfectamente.

Relato de Rommel:

En el sector asignado a mi división, el enemigo estuvo disponiendo obstrucciones de todo género durante los últimos meses. Carreteras y caminos se veían cruzados por barricadas, y en las rutas principales abríanse grandes hoyos provocados por elementos explosivos. Sin embargo, la mayoría de los reductos no fueron defendidos por los belgas, y sólo en algunos lugares mi división se vio detenida por poco tiempo. La mayoría de los núcleos de resistencia quedaron rebasados, pasando a campo través. En todas partes las tropas se pusieron a la tarea rápidamente, destruyendo los obstáculos y dejando libres las comunicaciones.

En nuestro primer choque con tropas mecanizadas francesas, la rapidez de nuestro fuego las obligó a huir precipitadamente. He observado una y otra vez que en tales encuentros la victoria se inclina del lado de quien haya inmovilizado primero al adversario con sus armas. Quien se limita a permanecer esperando acontecimientos lleva las de perder. Los motoristas que encabezan la columna deben mantener dispuestas sus ametralladoras y abrir fuego con ellas en cuanto se oiga un tiro del adver-

sario. Ha de obrarse así incluso cuando se desconoce la exacta posición de aquél, en cuyo caso precisa desparramar los proyectiles sobre el terreno que se encuentre en su poder. La observación de esta regla reduce mucho, a mi entender, las bajas propias. Constituye un grave error el detenerse y buscar cobijo sin contestar al adversario, o esperar la llegada de nuevas fuerzas que tomen parte en la acción.

La experiencia de aquellos primeros encuentros demostró que, especialmente en los ataques de tanques, el actuar de manera inmediata sobre la zona donde se considera oculto al enemigo, en vez de esperar a que varios tanques propios hayan sido tocados, decide la victoria. El fuego a discreción con ametralladoras y antitanques de 20 mm. sobre un bosque en los que el adversario tiene emplazados los suyos resulta tan eficaz, que en muchos casos aquél no puede responder, y opta por abandonar la posición. En combates contra tanques enemigos —que por regla general están armados con corazas más gruesas que los nuestros—, el iniciar los disparos con rapidez ha conseguido resultados notables.

11 mayo 1940.

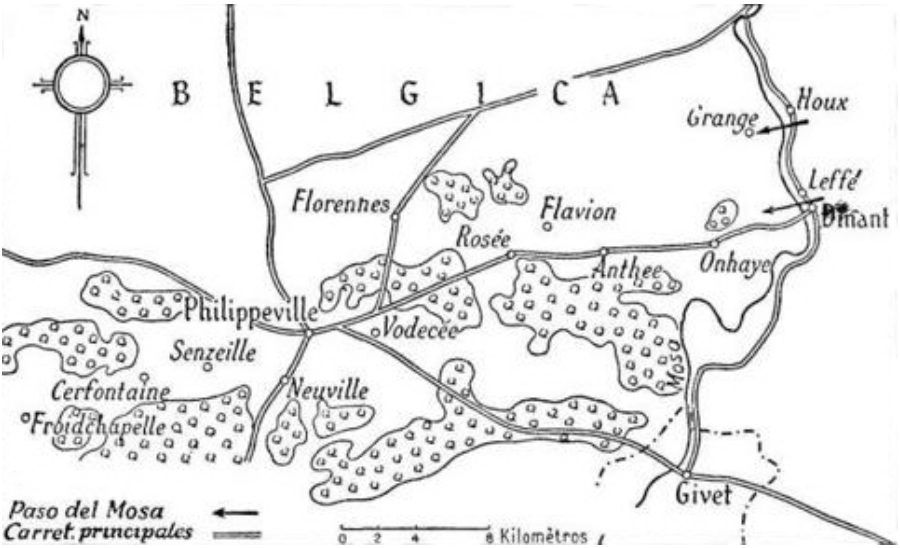
Queridísima Lu:

Por primera vez en toda la jornada puedo disfrutar de un breve respiro, que dedico a escribirte. Hasta ahora todo marcha a las mil maravillas. Me encuentro más a vanguardia que mis vecinos. Estoy ronco de tanto gritar órdenes. He dormido tres horas y comido algo. Por lo demás, me encuentro perfectamente. Conténtate con esto, por ahora. Estoy demasiado fatigado para continuar.

Siguiendo la retirada de la 1.ª y 4.ª Divisiones de Caballería francesa, las tropas avanzadas de Rommel llegaron al Mo-

sa la tarde del 12 de mayo. Era su intención cruzarlo, pisando los talones al enemigo, y establecer una cabeza de puente en la orilla opuesta. Pero los puentes de Dinant y Hoitx fueron volados por los franceses cuando empezaban a atravesarlos los primeros tanques, y Rommel se vio obligado a utilizar botes de caucho remolcados. El ataque en cuestión se realizó a la mañana siguiente, sufriendo las tropas muchas bajas hasta conseguir su objeto. Rommel prosigue:

> El 13 de mayo, hacia las cuatro, fui en coche a Dinant, con el Capitán Schraepler. Toda la artillería divisionaria se encontraba en posición, según lo ordenado, con los observadores de vanguardia instalados en los puntos cruciales. En Dinant encontré sólo a unos hombres del 7.° de Fusileros. Las granadas estallaban en la ciudad, procedentes de las posiciones artilleras francesas al oeste del Mosa, y se veían algunos tanques destruidos en las calles que llevaban al río. El rumor de la batalla llegaba hasta nosotros desde el valle.
>
> No había posibilidad de que mi coche de mando descendiera la áspera pendiente sin ser observado, de modo que Schraepler y yo lo hicimos a pie, a través de la arboleda, alcanzando el fondo del valle. El 6.° Regimiento de Fusileros iba a cruzar la corriente en botes de goma, pero se veía contenido por intenso fuego de artillería y por las armas ligeras, sumamente molestas, que los franceses manejaban desde la rocosa orilla occidental.



El paso del Mosa.

La situación distaba mucho de ser agradable. Nuestros botes quedaban destruidos uno tras otro por el fuego de flanco de los franceses, y el cruce del río hubo de detenerse provisionalmente. Los soldados enemigos estaban tan bien ocultos, que era imposible localizarlos, ni aun a través de un cuidadoso examen con los prismáticos. Una y otra vez dirigían su fuego contra el sector en el que yo y mis acompañantes —los jefes de la Brigada de Fusileros y del Batallón de Ingenieros— nos hallábamos. Una cortina de humo tendida sobre el agua hubiera evitado mayores males, pero no disponíamos de tal medio. Hube de ordenar que se incendiaran unas cuantas casas del valle con el fin de obtener el camuflaje que necesitábamos.

Conforme iban transcurriendo los minutos la reacción enemiga se intensificaba. Un bote de goma averiado descendía la corriente con un herido grave, aferrado a su borda, pidiendo socorro a grandes voces. El pobre estaba a punto de ahogarse, pero no fue posible prestarle ayuda a causa del nutrido fuego de que se nos hacía objeto.

Entretanto, el pueblo de Grange (*2 Km. al oeste de Houx y del Mosa y casi 5 al noroeste de Dinant*), sobre la orilla izquierda, había sido tomado por el 7.° Batallón Motociclista, aunque sin conseguir limpiar el terreno con la deseada rapidez. En consecuencia, di órdenes para que el enemigo fuese eliminado de las rocas de la orilla occidental.

Acompañado del Capitán Schraepler me dirigí hacia el sur en un «Panzer IV», para ver cómo iban las cosas en el 7.° Regimiento de Fusileros. Por el camino caímos varias veces bajo el fuego adversario, y Schraepler resultó herido en un brazo por la metralla de una granada. Conforme avanzábamos se nos rendían soldados franceses desperdigados.

A nuestra llegada al 7.° de Fusileros, éste había conseguido situar una compañía en la orilla opuesta, pero la resistencia enemiga se hizo tan violenta, que el equipo flotante quedó reducido a pedazos y el cruce se detuvo. Buen número de heridos recibían atención en una casa, junto al puente destruido. Como más al norte, tampoco allí se veía al enemigo encargado de detener la travesía del Mosa. No era posible situar a más hombres en la otra orilla sin poderoso apoyo artillero y de tanques que destruyeran los nidos enemigos. Me dirigí, pues, al Cuartel General de la División, donde me encontré al Coronel-General von Kluge, jefe de Ejército, y al Comandante de Cuerpo de Ejército, General Hoth.

Tras haber debatido la situación con el Mayor Heidkaemper y realizado los preparativos necesarios proseguí, a lo largo del Mosa, hasta Leffé (*pueblo en las afueras de Dinant*), con el fin de intentar otro paso por allí. Había ya dado órdenes para que varios «Panzer» III y IV y un destacamento de artillería se pusieran a mi disposición. Abandonamos el vehículo de transmisiones en un lugar situado a unos 500 m. de la orilla y proseguimos a pie, atravesando granjas desier-

tas, en dirección al Mosa. En Leffé encontramos cierto número de botes de goma, más o menos estropeados por el fuego enemigo, tirados en la calle, allí donde nuestros hombres los dejaron. Llegamos al río tras haber sido bombardeados por nuestra propia aviación.

Una vez en la presa de Leffé, echamos una ojeada al puente para peatones, obstaculizado por el enemigo con una plancha erizada de púas. Por el momento había cesado el fuego en el valle y torcimos hacia la derecha, atravesando algunas casas, hasta el lugar del cruce. La operación estaba paralizada por completo, y los oficiales se mostraban átonamente preocupados por las bajas sufridas entre la tropa. En la otra orilla se veían algunos hombres de la compañía que había atravesado la corriente, entre ellos bastantes heridos. También se observaban botes de goma inutilizados. Los oficiales informaron de que nadie se atrevía a mostrarse, ya que el enemigo disparaba inmediatamente.

Varios de nuestros tanques y armas pesadas se hallaban emplazados en el embarcadero, al este de las casas, pero al parecer habían agotado hasta el último cartucho. Sin embargo, los tanques pedidos por mí llegaron al poco rato, seguidos por dos obuses de campaña del Batallón Graseman[5].

Todos los puntos de la orilla opuesta, en los que se suponía la existencia de tiradores, fueron sometidos al fuego de las nuevas armas, concentrándose en peñascos y construcciones. El Teniente Hanke[6] derrumbó un reducto de cemento, en la rampa del puente, mediante varios disparos. Los tanques, con sus piezas apuntando hacia la izquierda, avanzaron lentamente en dirección norte, a unos 50 m. del Mosa, vigilando estrechamente las laderas opuestas.

Bajo la protección de su fuego se reanudó el paso del río, y se tendió un cable mediante el cual poder remolcar varios

grandes pontones. Los botes de goma cruzaban en uno y otro sentido, haciendo uso de sus remos, y transportando a nuestra orilla a los heridos. Un soldado que cayó de uno de ellos pudo cogerse al cable y se hundió en la corriente, rescatándolo el soldado Heidenreich, el cual se zambulló, logrando arrastrarlo hasta la orilla.

Tomé personalmente el mando del segundo batallón del 7.° Regimiento de Fusileros, dirigiendo sus operaciones por algún tiempo.

En compañía del Teniente Most crucé el Mosa en uno de los botes, uniéndome a la compañía que se encontraba allí desde primeras horas de la mañana. Desde su puesto de mando podíamos ver cómo las Compañías Enkefort y Lichter realizaban rápidos progresos.

Me dirigí hacia el norte, a lo largo de un profundo barranco, para unirme a la Compañía Enkefort. En el momento en que llegábamos, alguien dio la voz de alarma: «—¡Tanques enemigos frente a nosotros!». La compañía no tenía piezas antitanques, y en consecuencia di orden de que todas las armas disparasen sobre los vehículos con la máxima rapidez, tras de lo cual los vimos retroceder y situarse en una hondonada, a unos 1,000 m. al noroeste de Leffé. Gran número de soldados franceses que andaban desperdigados por los alrededores se hicieron visibles por entre los arbustos y entregaron sus armas.

Según otros relatos, la intervención de Rommel tuvo un carácter más decisivo de lo que él mismo nos cuenta. Las tropas alemanas estaban siendo diezmadas por la intensidad del fuego defensivo francés, cuando llegó al lugar del combate y procedió a organizar un nuevo asalto, que dirigió personalmente. Por fortuna para él, la 7.ª División de Infantería gala, encargada de la defensa del sector de Dinant, iniciaba la ocupación

de las posiciones, tras una prolongada marcha, y andaba escasa de antitanques, mientras la 1.ª División de Caballería no había conseguido reponerse aún del serio revés que le infligieran los tanques en las Ardenas. Por esta causa los atrevidos atacantes hallaron una defensa débil y pudieron ocupar terreno suficiente en la orilla izquierda del Mosa, desde el que proseguir la maniobra.

Acompañado de Most regresé al río y me hice transportar a mi lugar de procedencia, desde donde partí hacia el norte, con un tanque y un vehículo de transmisiones, hasta el lugar en el que el 6.° Regimiento de Infantería estaba cruzando. La operación se había reanudado por medio de botes de caucho y se encontraba en pleno movimiento. El comandante del Batallón Antitanque, Coronel Mickl, me dijo que había logrado emplazar veinte piezas en la ribera opuesta. Una Compañía de Ingenieros se ocupaba en preparar pontones de 8 toneladas, pero les detuve y les dije que utilizaran los de 16. Mi intención era lanzar al otro lado al Regimiento Panzer en cuanto fuera posible. Así que el primer puente de pontones quedó listo crucé por él con mi vehículo de ocho ruedas. Entretanto, el enemigo había lanzado un fuerte ataque, y el fuego de sus tanques se oía cada vez más cercano a la orilla del Mosa. Alrededor del punto por el que estábamos cruzando caían infinidad de proyectiles.

Al llegar al Cuartel General de la Brigada, en la orilla oeste, encontré la situación muy inestable. El jefe del 7.° Batallón Motociclista estaba herido, su ayudante había muerto y un fuerte contraataque francés nos había causado muchas bajas en Grange. Existía el peligro de que tanques enemigos pudiesen penetrar hasta el mismo valle del Mosa.

Abandonando mi camión de transmisiones, crucé de nuevo el río y di órdenes para que la Compañía Panzer y luego

el Regimiento Panzer cruzasen durante la noche por medio del transbordador. Sin embargo, teniendo en cuenta que la anchura del río era de unos 120 m., la tarea se presentaba lenta y difícil. A la mañana siguiente sólo teníamos quince tanques en el punto convenido, número alarmantemente pequeño.

A la salida del sol (*15 de mayo*) supimos que el Coronel von Bismarck había conseguido llegar hasta casi Onhaye (*cerca de 5 Km. al oeste de Dinant*), donde se estaba desarrollando un encarnizado combate contra un enemigo numeroso. Poco después llegó un mensaje por radio anunciándonos que su regimiento estaba cercado, en vista de lo cual decidí acudir inmediatamente en su socorro con todos los blindados a mi disposición.

Hacia las nueve, el 25.° Regimiento Panzer, bajo el mando del Coronel Rothenburg, avanzó por el valle del Mosa con los treinta tanques que habían podido ser transportados a la orilla izquierda, y alcanzó una hondonada a 500 m. al nordeste de Onhaye, sin tropezar con resistencia. Al parecer, von Bismarck había radiado «hemos llegado», y no «estamos cercados[7]», y se encontraba a punto de mandar una compañía de asalto por el norte de Onhaye, con el fin de asegurarse el lado occidental de la localidad. Semejante movimiento envolvente era de importancia capital para las próximas etapas de la operación, según se había puesto en evidencia durante un ejercicio realizado previamente en Godesberg. Cinco tanques fueron puestos a las órdenes de von Bismarck para dicho propósito. No se trataba de llevar a cabo un ataque con carros en el sentido usual de la palabra, sino de organizar un fuego de cobertura móvil para el ataque de la infantería en el desfiladero que se encuentra al oeste de Onhaye. Mi intención era colocar el Regimiento Panzer en

un bosque, a 1,000 m. al norte de la población, y luego concentrar al resto de las unidades en dicho punto, desde donde podrían ser empleadas en tres direcciones: norte, noroeste u oeste, según aconsejara la situación posterior.

Ordené a Rothemburg que avanzara por ambos lados del bosque hasta el punto indicado, y me situé en un «Panzer III», que lo seguiría de cerca.

Rothemburg avanzó por una cañada que se hallaba a la izquierda, con los cinco tanques que iban a acompañar a la infantería, manteniéndose a unos 150 m. por delante de aquélla. El fuego enemigo había cesado. Detrás siguieron veinte o treinta tanques más. Cuando el jefe de los cinco blindados alcanzó a la Compañía de Fusileros situada en la orilla sur del bosque de Onhaye, el Coronel Rothemburg partió con los suyos, bordeando la espesura en dirección oeste. Habíamos alcanzado el extremo sudoeste de aquélla, e íbamos a cruzar un campo cultivado, desde donde podíamos ver a los cinco tanques escoltando a la infantería a nuestra izquierda, cuando de improviso la artillería pesada y los antitanques enemigos empezaron a lanzar proyectiles sobre nosotros. Las granadas estallaban por doquier, y mi tanque fue tocado dos veces consecutivas, la primera en el borde de la torreta y la segunda en el periscopio.

El conductor abrió la escotilla y dirigióse hacia los matorrales más cercanos. Había recorrido apenas unos metros cuando el vehículo resbaló por una pendiente, en la parte occidental del bosque, y finalmente se detuvo, permaneciendo inclinado y en posición tal, que los antitanques enemigos, situados a menos de 500 m., en la orilla de un bosque cercano, no podían dejar de verlo. Yo había sido herido en la mejilla derecha por un fragmento de metralla del proyectil que esta-

lló en el periscopio, y aunque no se trataba de nada grave, la sangre manaba en abundancia.

Intenté hacer girar la torreta, con el fin de enfilar nuestro cañón de 37 mm. hacia el enemigo, pero no lo pudimos conseguir, debido a la inclinación del tanque.

La batería francesa abrió nutrido fuego sobre nuestro bosque, y lo más probable era que de un momento a otro tomara el tanque como objetivo, ya que se hallaba completamente al descubierto. En consecuencia, decidí abandonarlo con toda rapidez, llevándome a su tripulación. En aquel momento el subalterno al mando de los tanques que escoltaban a la infantería se presentó gravemente herido, manifestando: «Mi General, me han arrancado el brazo izquierdo». Salimos de la depresión arenosa en que nos hallábamos, mientras las granadas seguían estallando a nuestro alrededor. Frente a nosotros el tanque de Rothemburg se arrastraba con fuego en la trasera. También el ayudante del Regimiento Panzer había abandonado su vehículo. Al principio pensé que el tanque jefe había sido incendiado por un impacto en el depósito de gasolina, y me sentí preocupado por el Coronel Rothemburg. Sin embargo, se trataba solamente de las bengalas cuyo humo nos estaba resultando sumamente beneficioso. Entretanto, el Teniente Most había conducido mi vehículo blindado al bosque, donde resultó tocado en el motor, permaneciendo inmóvil. La tripulación no había sufrido bajas.

Ordené a los carros proseguir por el bosque en dirección este, cosa que resultaba casi imposible. Lentamente, el tanque en el que iba Rothemburg se abrió camino a través de los árboles corpulentos y de espeso ramaje. Fue la involuntaria cortina de humo tendida por él la que impidió al enemigo destruir más de nuestros vehículos. Si los tanques hubiesen hecho fuego con ametralladoras y cañones de 37 mm., sobre

el bosque ocupado por el enemigo en el momento del avance, los franceses hubiesen abandonado sus piezas de manera casi inmediata, ya que aquéllas se encontraban en posiciones muy vulnerables y nuestras pérdidas habrían sido menores. El ataque lanzado a última hora de la tarde por el 25.° Regimiento Panzer obtuvo pleno éxito, y por fin pudimos ocupar el lugar de reunión prefijado.

El control del oeste del Mosa y la flexibilidad para salir al paso de la cambiante situación, fueron posibles únicamente porque el jefe divisionario[8] se mantuvo siempre en perpetuo movimiento con su equipo de transmisiones, y pudo cursar órdenes directamente a los jefes de regimiento en la línea avanzada. La utilización exclusiva de la radio desde el puesto de mando no hubiese dado resultado, porque debido a la necesidad de usar el código, se hubiese tardado demasiado en mandar los partes a la división y en recibir las órdenes de ésta. Sin embargo, se mantuvo constante contacto radiofónico con la sección de operaciones divisionaria, que se encontraba más atrás, y cada mañana a primera hora, así como por las tardes, tenía lugar un detallado cambio de impresiones entre el comandante divisionario y su jefe de operaciones (denominado la). Este método demostró resultar sumamente eficaz.

Con su avance de aquella jornada, Rommel había abierto una brecha que tuvo consecuencias inmediatas, especialmente por su efecto moral sobre el General Corap, comandante del 9.º Ejército francés.

El día 13 se había conseguido cruzar el Mosa por tres lugares distintos, siendo Rommel el primero en conseguirlo. Por la tarde de dicho día, las tropas de vanguardia del Cuerpo Acorazado de Reinhardt habían llegado a Montherme, mientras Guderian penetraba en Sedan. Pero Reinhardt se hallaba

en situación muy precaria, y estaba luchando desesperadamente para mantenerla. No fue hasta las primeras horas del 15 cuando pudieron tender un puente por el que pasaron los tanques; pero a la salida de Montherme corría un escarpado desfiladero muy fácil de bloquear. Las tropas de Guderian tuvieron más éxito, pero sólo una de sus tres divisiones consiguió afianzarse, y al amanecer del 14 un único puente estaba terminado. Dicho puente tuvo la suerte de escapar a la destrucción tras haber sido atacado repetidas veces por las Fuerzas aéreas aliadas. Las tropas de Guderian tuvieron poco apoyo de la Luftwaffe, en aquella segunda jornada crucial, pero sus piezas antiaéreas tendieron una cortina de fuego tan destructora, que abatió unos 150 aviones entre franceses y británicos, impidiéndoles precisar el bombardeo. Por la tarde las tres divisiones acorazadas de Guderian habían cruzado el río. Tras haber rechazado fuertes contraataques desde el sur, el general torció en dirección oeste, hacia el lugar en el que el 2.° y 9.º Ejércitos franceses tenían establecido su contacto. Dicho punto empezó a ceder bajo sus enérgicos y hábiles ataques.

Aquella noche el comandante del 9.° Ejército francés tomó una decisión fatal, bajo la doble influencia de la proximidad de Guderian a su flanco derecho y la penetración de Rommel por el centro. Apresurados partes informaban de que miles de tanques afluían por la brecha. En vista de ello se dio la orden de abandonar el Mosa, y el 9.° Ejército se retiró en masa hacia una línea situada más al oeste.

En el frente de Rommel esta línea de resistencia corría a lo largo de la vía férrea, al este de Philippeville, y a 24 Km. del Mosa. A la mañana siguiente, día 15 de mayo, las posiciones eran rebasadas por Rommel, antes de que pudieran ser debidamente ocupadas, y bajo los efectos de tan arrollador avan-

ce, la confusión de la retirada convirtióse en absoluto derrumbamiento. Sus renovados ataques impidieron también un proyectado contraataque hacia Dinant, por la 1.ª División Acorazada francesa y la 4.ª División norteafricana, acabada de llegar al frente. La primera apareció en el flanco derecho de Rommel, pero en aquel momento decisivo se quedó sin combustible, y sólo unos cuantos tanques entraron en acción. El avance de Rommel rebasó dicho sector, mientras el enemigo permanecía inmóvil y muchos de sus tanques eran capturados antes de poder huir. Entretanto, la División norteafricana quedaba dispersada por el avance de los tanques y la corriente de fugitivos.

Para empeorar aún más las cosas, la orden de retirada de Corap había dejado un vacío en Monthermé, donde el ala derecha del 9.° Ejército había bloqueado al Cuerpo Acorazado de Reinhardt. Apenas se hubo iniciado la retirada, ésta se convirtió en una desordenada huida, y las tropas de vanguardia de Reinhardt pudieron resbalar por el flanco derecho del 9.º Ejército —más allá de las fuerzas que se oponían a Guderian— y proseguir durante muchos kilómetros hacia el oeste, por un camino completamente libre. Hacia la noche, también Guderian había eliminado la última línea de resistencia a la que se enfrentaba, y roto el frente, penetraba en terreno completamente libre. La brecha tenía más de 90 Km. de anchura.

El significado del relato de Rommel respecto a la jornada del 15 de mayo se hace más claro si se lo sitúa a la luz de los acontecimientos generales, dentro de la marcha de la operación.

Mi intención para el día 15 era la de avanzar directamente hacia nuestro objetivo con el 25.º Regimiento Panzer a la cabeza, disponiendo también de artillería y, si era posible, de

bombarderos en picado. La infantería seguiría el ataque de los tanques, parte a pie y parte transportada en camiones. En mi opinión lo esencial era que los cañones estableciesen una cortina de fuego a ambos lados del ataque, ya que las divisiones vecinas se encontraban todavía bastante atrás. La ruta del 25.° Regimiento Panzer, marcada en el mapa, rodeaba los arrabales de Philippeville (25 Km. al oeste de Dinant), evitando los pueblos, siendo nuestro objetivo la comarca que rodea a Cerfontaine (13 Km. al oests de Philippeville). Mi intención era marchar con el 25.° Regimiento Panzer, para poder dirigir el ataque desde la vanguardia y solicitar el apoyo de la artillería y de los aviones en picado en el momento decisivo. Con el fin de simplificar las comunicaciones por radio —ya que debido a la necesidad de emplear código los mensajes importantes solían llegar tarde—, convine un «eje de ataque» con el Ia y el comandante de artillería. El punto de partida de dicha línea se hallaba en la iglesia de Roseé, terminando en la de Froidchapelle. Todos los oficiales la marcaron en sus mapas. Si, por ejemplo, deseaba fuego de artillería sobre Philippeville, no tenía más que radiar: «Fuego nutrido alrededor de once». El comandante de artillería se mostró muy complacido con el nuevo sistema.

Hacia las nueve me entrevisté con un jefe de la Luftwaffe, quien me informó de que podía poner a mi disposición bombarderos en picado para aquella jornada. Los solicité inmediatamente, en cuanto los tanques se pusieron en camino, ordenándoles atacar frente a nuestras vanguardias. Me trasladé entonces al tanque de Rothemburg e indiqué a mi *Gefechtsstaffel*[9] que siguiera el ataque de los carros desde lugares cubiertos, con el vehículo acorazado y el camión de transmisiones.

Tras un breve encuentro con tanques enemigos cerca de Flavion, el Regimiento Panzer avanzó en columna a través de los bosques en dirección a Philippeville, pasando ante numerosos cañones y vehículos pertenecientes a una unidad francesa cuyos soldados se habían agazapado rápidamente en la espesura al acercarse nuestros tanques, tras haber sufrido seguramente muchas bajas por el ataque de los bombarderos en picado. Enormes cráteres nos obligaban a describir amplios rodeos. A unos 5 Km al noroeste de Philippeville hubo una breve escaramuza con tropas francesas que ocupaban las alturas y los bosques que rodean la ciudad. Nuestros tanques lucharon sin cesar en su avance, con las torretas hacia la izquierda, y el enemigo quedó pronto reducido al silencio. De vez en cuando, carros blindados, vehículos acorazados y antitanques eran blanco de nuestros disparos. También se hacía fuego sobre los bosques situados a derecha e izquierda, conforme pasábamos ante ellos. La Plana Mayor de la Artillería era informada, a cada momento, de los progresos de nuestro ataque, por medio de mensajes radiados sin clave, haciendo que la cortina funcionara perfectamente. El objetivo de la jornada fue pronto alcanzado.

Con una de las compañías de carros de Rothemburg, colocada bajo mi mando, regresé hasta donde se hallaba la infantería, estableciendo contacto con ella. En los terrenos elevados, a unos 1,000 m. al oeste de Philippeville, encontramos a dos de nuestros tanques detenidos por avería. Sus tripulaciones se dedicaban a la captura de prisioneros, y un grupo de éstos se había reunido junto a los vehículos. Centenares de motoristas franceses salieron de los matorrales, rindiéndose junto con la oficialidad, mientras otros intentaban huir por la carretera, en dirección sur.

Me ocupé, durante algún tiempo, de estos prisioneros, Entre ellos había varios oficiales que me formularon ciertas demandas, incluyendo la de poder conservar a sus asistentes y la de recoger su equipo en Philippeville, donde lo habían dejado. Como tenía gran interés en que la guarnición de la ciudad se rindiera cuanto antes sin lucha, accedí a todo ello.

La compañía de tanques que me servía de escolta dirigióse ahora hacia Neuville (*3 Km. al sur de Philippeville*) con objeto de cortar la retirada francesa hacia el sur. Al llegar con Most al lugar que ocupaba, la encontré luchando cerca de Neuville con ligera progresión hacia el sur, y amenazando con convertir la retirada francesa en franca huida. Como no tenía intención de proseguir más en aquella dirección, ordené romper contacto, y que la compañía continuara hacia el este.

A unos 500 m. al sur de Vocedée nos tropezamos con parte de la compañía de tanques Hüttemann, que se unió a nosotros. En el extremo sur de Vocedée sostuvimos un encuentro muy breve con una fuerza considerable de tanques franceses, que se decidió a nuestro favor. Los franceses cesaron el fuego, y fueron sacados uno a uno de sus vehículos por nuestros hombres. Unos quince carros quedaron en nuestro poder, algunos averiados y otros intactos. Como no era posible dejar allí una guardia, incluimos a estos últimos en nuestra columna, conservando a sus conductores franceses. Un cuarto de hora después alcanzamos la carretera principal Dinant-Philippeville, donde se hallaban las vanguardias de la brigada de fusileros, con el 8.° Batallón de Ametralladoras, los cuales seguían el ataque de los tanques. Hice subir a mi coche blindado a varios oficiales, y con la columna tras de mí, me lancé a gran velocidad por la polvorienta carretera hacia los arrabales del norte de Philippeville (*Rommel había torcido otra vez hacia el oeste*).

Por el camino describí la situación a los oficiales y les instruí acerca de sus nuevas tareas. Debido a nuestra gran velocidad (unos 65 Km. por hora) la nube de polvo que levantábamos era enorme. Cerca de Senzeille (*unos 6 Km. al oeste de Philippeville*) tropezamos con un grupo numeroso de motoristas franceses, completamente armados, que venían en dirección opuesta, y a los que fuimos capturando uno a uno conforme pasaban. La mayoría de ellos recibieron tal sorpresa al hallarse de improviso entre una columna alemana, que metieron sus máquinas en las cunetas y fueron incapaces de defenderse. Sin perder un minuto nos dirigimos a las montañas que se hallan al oeste de Cerfontaine, donde Rothemburg se encontraba con las unidades de vanguardia del Regimiento Panzer. Desde el momento de su llegada, la columna se había desplegado rápidamente, sin detenerse en aquella comarca. Mirando hacia atrás, desde una altura, conforme caía la noche, pude ver grandes nubes de polvo que se elevaban hasta donde mi vista podía alcanzar. Era un indicio claro de que la 7.ª División Panzer había empezado a moverse por el territorio recién conquistado.

El hecho de que el enemigo hubiera podido infiltrarse entre el Regimiento Panzer y la Brigada de Fusileros durante la tarde, se había debido únicamente al retraso de la última en ponerse en marcha. Los oficiales de una división acorazada deben saber pensar y actuar de manera independiente, dentro del plan general de campaña, sin esperar a recibir órdenes. Todas las unidades fueron enteradas de la hora en que se iniciaría el ataque y debieron estar preparadas para el mismo.

El día siguiente, 16 de mayo de 1940, recibí órdenes del Cuerpo de Ejército para permanecer en el Cuartel General. La razón me era desconocida. Hacia las nueve y media obtu-

ve por fin permiso para seguir avanzando hasta el nuevo Cuartel General. Poco después de mi llegada, la división recibió órdenes para perforar la Línea Maginot por Sivry y llegar por la noche a las alturas que rodean a Avesnes.

No se trataba de la Línea Maginot propiamente dicha, ya que ésta terminaba cerca de Longuyon, sino de su prolongación occidental, donde las fortificaciones eran menos poderosas. Sin embargo, los partes alemanes no solían distinguir entre una y otra.

Los cuerpos de Guderian y Reinhardt habían atravesado la prolongación de la Línea Maginot, después de cruzar el Mosa, y ahora avanzaban tras de aquélla en dirección oeste. Pero el cuerpo Hoth que había cruzado el río más al norte, por territorio belga, tenía aún que penetrar en ella en su giro hacia el sudoeste. Sivry se encuentra a 19 Km. al oeste de Cerfontaine, y Avesnes a 19 al oeste de Sivry.

Acababa de discutir el plan para nuestro ataque a la Línea Maginot con mi Ia, cuando el jefe del Ejército, Coronel General Von Kluge, llegó al lugar donde nos hallábamos, sorprendiéndose al ver que la división aún no se había movido. Le puse al corriente de nuestro plan. La intención consistía en alcanzar la frontera cerca de Sivry, mientras, al mismo tiempo, el batallón de reconocimiento exploraba la Línea Maginot en un amplio frente, y la masa de la artillería ocupaba posiciones alrededor de Sívry. Entonces el Regimiento Panzer, bajo una fuerte protección artillera, se movería desplegado hasta la línea de fortificaciones francesa. Finalmente la brigada de fusileros, cubierta por los tanques, tomaría las fortificaciones y eliminaría las barricadas. Hasta que no se hubiera conseguido todo ello no se iniciaría el avance hacia Avesnes con las unidades acorazadas en vanguardia y la ma-

sa de la división siguiendo a poca distancia. El General Von Kluge aprobó nuestro plan.

Pronto el batallón de vanguardia avanzaba rápidamente hacia Sivry, que se tomó sin lucha. La artillería y los antitanques entraron en posición, y recibieron instrucciones para abrir fuego inmediatamente hacia determinados sectores al otro lado de la frontera, para ver si el enemigo replicaba. Entretanto el 25.º Regimiento Panzer llegaba a Sivry y recibía órdenes para cruzar la línea y tomar Clairfayts (*5 Km. más allá*).

Como el día anterior, utilicé el tanque del jefe regimental. Pronto cruzamos la frontera francesa y los blindados prosiguieron lentamente, en columna, hacia Clairfayts, que se encontraba ahora a poco más de 1 Km. Cuando llegaron noticias, procedentes de una patrulla de reconocimiento, advirtiendo que la carretera que conducía a Clairfayts había sido minada, torcimos hacia el sur, y proseguimos desplegados por los campos, formando un semicírculo alrededor del pueblo. El enemigo no daba señales de vida, aunque nuestra artillería lanzaba granadas a su territorio con intervalos regulares. Pronto nos encontramos entre huertos y terrenos cultivados, que dificultaron el avance. El tanque de Rothemburg iba en vanguardia, con Hanke, mi ayudante, siguiendo detrás, en un «Panzer IV». Tenía orden de abrir fuego rápidamente a una señal mía, actuando como director de tiro para los demás. En los días anteriores se había hecho evidente que, con frecuencia, transcurría mucho tiempo antes de que la tripulación de los tanques iniciara sus disparos contra objetivos móviles.

De improviso, percibimos la silueta angulosa de las fortificaciones, a unos 100 m. de distancia. Detrás se encontraban tropas francesas completamente armadas, que al ver los tan-

ques, hicieron señales de rendirse. Empezábamos a imaginar que tomaríamos la Línea sin lucha, cuando uno de nuestros carros empezó a disparar, con el resultado de que la guarnición enemiga se encerró en sus blocaos de cemento, y momentos después los tanques que marchaban en cabeza eran objeto de nutrido fuego adversario, mientras las ametralladoras crepitaban por todo el sector. Sufrimos algunas bajas y dos de nuestros vehículos quedaron inutilizados. Cuando el fuego enemigo se hubo aplacado otra vez, nuestros servicios de reconocimiento señalaron la existencia de un profundo foso antitanque, detrás de las fortificaciones enemigas, que aún no habían abierto fuego. A retaguardia del enemigo existían aún más fortificaciones, y la carretera desde Clairfayts hacia Avesnes estaba bloqueada por gigantescos «erizos» de acero.

Entretanto, elementos del 25.° Regimiento Panzer habían entablado batalla con el enemigo, al oeste y a 2 Km. al sur de Clairfayts, mientras la artillería propia iniciaba un nutrido fuego bajo mis órdenes, y estaba tendiendo una cortina de humo sobre varios sectores de la Línea Maginot. La artillería francesa empezó a bombardear ahora Clairfayts y Sivry. Poco después, llegaron los motoristas con el pelotón de zapadores del 37.° Batallón Acorazado de Reconocimiento. Cubiertos por el fuego de los tanques y de la artillería, la infantería y los ingenieros penetraron en la zona fortificada. El pelotón de zapadores empezó a preparar la voladura del «erizo» que bloqueaba nuestro avance.

Mientras, un grupo de asalto de la compañía de ingenieros acorazada tomó el blocao de cemento. Los soldados se arrastraron hasta la tronera, y arrojaron una carga de más de 2 Kg. a través de aquélla. Como, tras repetidas conminaciones a la rendición, la guarnición seguía sin entregarse, se

arrojó una segunda carga. Un oficial y treinta y cinco hombres fueron hechos prisioneros, aunque más tarde pudieron libertarse de sus escasos guardianes y escapar, tras de que unas ametralladoras francesas hubieron abierto el fuego desde otra casamata.

Lentamente se fue haciendo de noche. En varios puntos de Clairfayts, y más hacia el oeste, algunas alquerías estaban incendiadas. Di órdenes para una rápida penetración en la zona fortificada, y efectuar un empuje lo más lejos posible en dirección a Avesnes. Plana Mayor y artillería fueron informadas rápidamente por radio. Ya era tiempo de que subiéramos al tanque de mando y nos pusiéramos en camino. Situándonos detrás de la compañía acorazada que iba en vanguardia, nos encontramos pronto rodando hacia el enemigo a través de los obstáculos puestos en la carretera y ya demolidos.

Mientras los zapadores del 37.° Batallón de Reconocimiento procedían a destruir los «erizos» de acero, se había reanudado la lucha, de manera violenta, contra los antitanques y las ametralladoras, emplazados junto a un grupo de casas, a 1 Km. al oeste de Clairfayts. Una salva tras otra habían sido disparadas a quemarropa sobre nuestros tanques e infantería, que aguardaban cerca de Clairfayts, pero finalmente las armas enemigas quedaron reducidas al silencio por uno de nuestros «Panzer IV».

El camino hacia el oeste estaba libre. La luna se hallaba muy alta, y por aquel entonces no era posible esperar obscuridad completa. En el plan para el avance había ordenado que los tanques de vanguardia disparasen a discreción sobre la carretera y la espesura, con ametralladoras y piezas artilleras, con el fin de impedir que el enemigo colocara minas delante de Avesnes. El resto del Regimiento Panzer seguiría

detrás de los tanques de cabeza, manteniéndose alerta para disparar salvas contra cualquiera de los flancos. La masa de la división tenía instrucciones para seguir al Regimiento Panzer, transportada en camiones.

Los tanques marchaban ahora en una larga columna por entre las fortificaciones y hacia las primeras casas, que habían sido incendiadas por nuestros disparos. A la luz de la luna podíamos ver a los hombres del 7.° Batallón Motociclista avanzando a pie a nuestro lado. De vez en cuando, una ametralladora o antitanque enemigo reaccionaba, pero sin que sus proyectiles cayeran cerca. Nuestra artillería lanzaba sus granadas en gran número sobre los pueblos y la carretera, muy por delante del regimiento. Gradualmente nuestra velocidad fue aumentando, y antes de que transcurriera mucho tiempo, habíamos penetrado 500, 1000, 2000, 3000 m. en la zona fortificada. Roncaban los motores, y las cadenas de los tanques producían un chirriar metálico. Era imposible saber si el enemigo disparaba o no, tal era el ruido de nuestros vehículos. Atravesamos la línea férrea, 1 Km. al sudoeste de Solre Le Château, y luego torcimos hacia el norte, para alcanzar la carretera principal, a la que llegamos muy pronto. Seguimos por la misma y pasamos las primeras casas.

La gente se despertaba sobresaltada ante aquel ensordecedor ruido. Algunas tropas estaban acampadas junto a la carretera, y vehículos militares aparecían en lugares despejados e incluso en la carretera. Paisanos y soldados franceses, con los rostros contraídos por el terror, yacían en las cunetas, a lo largo de los setos y en cualquier hueco en el que pudieran ocultarse. Pasamos columnas de refugiados, cuyos componentes habían huido hacia los campos, presas de pánico, abandonando sus medios de transporte. Proseguimos a velocidad sostenida hacia nuestro objetivo. De vez en cuan-

do lanzaba una ojeada al mapa, ayudándome con una luz provista de pantalla, o mandaba un breve parte por radio al Cuartel General de la División, para indicar nuestra situación y notificar los éxitos del 25.° Regimiento Panzer. En ocasiones observaba por la mirilla, para asegurarme de que no existía resistencia y de que manteníamos el contacto con la retaguardia. La comarca era llana y se extendía a nuestro alrededor iluminada por la luna. ¡Habíamos atravesado la Línea Maginot! Apenas podíamos creerlo. Veintidós años antes nos enfrentamos al mismo enemigo, obteniendo victoria tras victoria, aunque para perder finalmente la guerra. Ahora, en cambio, habíamos roto la formidable línea de defensa y proseguíamos rápidamente hacia el interior de su territorio. No se trataba de un hermoso sueño, sino de una tangible realidad.

De repente, en una altura a 300 m. frente a nosotros, y hacia la derecha de la carretera, se produjo un fogonazo. No podía ser sino un cañón enemigo, que bien parapetado tras un blocao de cemento, disparaba sobre el 25.° Regimiento Panzer. Más resplandores brillaron en otros lugares, aunque no pudimos ver los estallidos de las granadas. Informé rápidamente del peligro a Rothemburg, que se hallaba a mi lado, y por su conducto ordené que el regimiento aumentara su velocidad e irrumpiera en esta segunda línea fortificada, desplegándose a derecha e izquierda.

Se abrió fuego rápidamente. Las tripulaciones de los tanques habían sido instruidas acerca del modo de disparar antes del ataque. La mayoría de nuestras balas eran trazadoras, y el regimiento avanzó entre una densa lluvia de fuego, dirigida contra los dos lados. Pronto sobrepasamos la zona de peligro, sin contratiempos serios. Sin embargo, no era fácil detener el fuego, y atravesamos los pueblos de Sars Poteries

y Beugnies, entre el tronar de los cañones. La confusión del enemigo era completa. Vehículos militares, tanques, artillería y carros de refugiados, llenos de trastos, bloqueaban parte de la carretera, y hubieron de ser apartados sin ceremonias. Por todas partes se veían soldados franceses tendidos en el suelo, y las granjas estaban atestadas de cañones, tanques y vehículos. El avance hacia Avesnes se había hecho más lento. Por fin conseguimos acallar el fuego y continuamos a través de Semousies. Por todas partes, las mismas escenas: tropas y paisanos en desenfrenada huida a ambos lados de nuestra ruta. Muy pronto ésta se bifurcó. Un ramal iba a Maubeuge, que se hallaba a 16 Km., y el otro descendía hacia el valle, en dirección a Avesnes. Estaba abarrotado de medios de transporte y fugitivos, que se apartaban o había que apartar al acercarse los tanques. Cuanto más nos aproximábamos a Avesnes, mayor era la aglomeración.

En la ciudad, bombardeada poco antes por nuestra artillería, la población en masa deambulaba entre vehículos y cañones, a ambos lados de la carretera, frente a nuestra columna. Resultaba evidente que en ella había fuerzas francesas en abundancia.

No hice detener la marcha, sino que proseguí con el batallón de vanguardia hacia el terreno elevado, al oeste de Avesnes, donde proyectaba detenerme y proceder a una concentración de prisioneros y de material. Por el camino, destaqué a dos tanques para que reconociesen hacia el sur, por la carretera principal. A unos 500 m. fuera de la ciudad, en la carretera de Landrecies, hicimos alto, procedimos a un recuento de nuestras unidades y rodeamos a cuantas tropas francesas se hallaban por las cercanías. También allí todo estaba lleno de refugiados y de soldados. El tráfico fue deteni-

do y desviado. Muy pronto hubo de construirse un recinto para los prisioneros.

Entretanto, el fuego proseguía tras de nosotros, en Avesnes —a juzgar por el ruido eran piezas antitanques—, y pronto vimos elevarse llamaradas procedentes, al parecer, de carros o camiones incendiados. Habíamos perdido contacto con el Batallón de Tanques que iba tras de nosotros, y con el 7.° Batallón Motociclista.

Aquello no me preocupaba, porque en la confusión reinante se hacía fácil un embotellamiento. Lo esencial era que habíamos conseguido llegar a nuestro objetivo. Sin embargo, el enemigo —debía tratarse por lo menos de un Batallón de Tanques— hizo buen uso de la brecha abierta en el Regimiento Panzer, y carros pesados franceses empezaron a bloquear la carretera que cruzaba la ciudad. El 2.° Batallón del 25.° Regimiento Panzer trató enseguida de impedirlo, pero su tentativa fracasó, con la pérdida de varios vehículos. La lucha en Avesnes se fue recrudeciendo. Pudimos establecer contacto intermitente con el 2.° Batallón, por medio de la radio. La batalla se prolongó hasta cerca de las cuatro (*17 de mayo*). Por fin, Hanke, que avanzaba siguiendo mis órdenes desde el oeste contra la poderosa formación enemiga, pudo eliminar a los carros franceses con su «Panzer IV». Amanecía cuando terminó la batalla y pudo ser restablecido el contacto con el 2.° Batallón.

Entretanto, había mandado repetidos mensajes al Cuerpo de Ejército, a través del Estado Mayor Divisionario, preguntando si en vista de nuestra triunfal ruptura de la Línea Maginot, debíamos continuar el avance sobre el Sambre. Al no recibir respuesta, ya que las comunicaciones fallaban, decidí proseguir el ataque al amanecer, con objeto de tomar el cruce del Sambre en Landrecies, manteniéndolo libre. Ordené,

por medio de la radio, a las demás unidades que siguieran el avance del Regimiento Panzer en dirección a Landreciés (*17 Km. al oeste de Avesnes*).

Hacia las cuatro me puse en camino hacia Landreciés, con el batallón de vanguardia del Regimiento Panzer, de Rothenburg. El 7.° Batallón Motociclista, que entretanto se había aproximado, seguía detrás, mientras, más a retaguardia, el resto de la división tomaría también parte en la lucha. El fracaso de las comunicaciones por radio me habían dejado ignorante de la posición exacta de los regimientos, y mis órdenes habían sido lanzadas a la ventura.

Como durante la noche no habían llegado aprovisionamientos, debíamos mostrarnos cautelosos con la munición. Partimos hacia el oeste, bajo la claridad de aquel hermoso día, con nuestras armas en silencio. Muy pronto nos tropezamos con columnas de refugiados y destacamentos de tropas francesas, que se preparaban a marchar. Un verdadero caos de cañones, tanques y vehículos militares se mezclaban en una confusión indescriptible a carromatos de todo género, cubriendo la carretera y sus aledaños. Manteniendo silenciosos nuestros cañones y lanzándonos de vez en cuando a campo traviesa, conseguimos proseguir el avance, rebasando los obstáculos sin gran dificultad. Las tropas francesas, estupefactas, rendían sus armas y partían hacia el este apenas hacíamos acto de presencia. En ningún sitio se nos opuso resistencia. Los tanques enemigos quedaban rápidamente inutilizados, y el avance prosiguió sin el menor obstáculo. Centenares y centenares de soldados se nos rendían, junto con sus oficiales. En algunos lugares hubieron de ser sacados de vehículos que seguían la misma dirección que nosotros.

Un teniente coronel, al que atrapamos en su coche, se mostró extraordinariamente agresivo ante aquella contrarie-

dad. Le pregunté su rango y destino. Sus ojos expresaban un odio y una furia incontenibles, y me pareció hombre de un fanatismo sin límites. Teniendo en cuenta que, debido a la magnitud del tráfico, corríamos el peligro de que nuestra columna quedara seccionada en algunos lugares, decidí llevarlo con nosotros. El Coronel Rothenburg le hizo seña de que subiera a su tanque. Pero rehusó terminantemente, y tras haberle conminado por tres veces a obedecer, no hubo más remedio que abatirlo de un disparo.

Atravesamos Maroilles (*12 Km. al oeste de Avesnes*), cuyas calles estaban tan abarrotadas, que no era fácil abrirse camino, a pesar de nuestros repetidos gritos de «—¡A la derecha!». El avance continuó con el sol a nuestra espalda, sumergiéndonos en la ligera niebla matinal. A la salida de los pueblos la carretera estaba llena de tropas y de refugiados. Nuestros gritos de «—¡A la derecha!» producían escaso efecto, y la marcha se hizo lenta, mientras los tanques cruzaban el terreno por ambos lados. Por fin, conseguimos llegar a Landrecies, sobre el Sambre, donde tropezamos otra vez con un amontonamiento de vehículos y de tropas que llenaban las calles. Pero no hubo resistencia. Cruzamos el puente sobre el río, al otro lado del cual encontramos un acuartelamiento francés, lleno de tropa. Mientras la columna de tanques pasaba ante él, Hanke penetró en el patio, advirtiendo a los oficiales que formaran sus tropas y las hicieran partir hacia el este.

Aun creyendo que el grueso de la división se acercaba rápidamente a Landrecies, continué el ataque hacia Le Cáteau (*13 Km. al oeste de Landrecies*). Atravesamos un ancho bosque, que el enemigo utilizaba como depósito de municiones. Como avanzábamos con el sol a la espalda, los centinelas no pudieron distinguirnos hasta que estuvimos prácticamente

sobre ellos. Entonces se rindieron. Proseguí adelantando, hasta el monte situado al otro extremo de Le Cáteau, donde finalmente nos detuvimos. Eran las seis y cuarto de la mañana. Mi primera tarea consistió en comprobar si aún existía contacto con la retaguardia, tras de lo cual intenté ponerme al habla con el Cuartel General de la División.

La división de Rommel había avanzado 80 Km. desde la mañana anterior. Su penetración nocturna por medio de los tanques había sido un acto de gran atrevimiento. Tanto entonces como ahora, muchos jefes consideran sumamente arriesgada la continuación del avance en plena obscuridad, aun cuando se trate de explotar una victoria.

A la izquierda de Rommel, las fuerzas de vanguardia de los Cuerpos Panzer Reinhardt y Guderian se encontraban ahora a su mismo nivel. A primeras horas de aquel día, la división que formaba el ala izquierda de Guderian llegaba al Oise por Ribemont, 33 Km. al sur de Le Cáteau. Tal era la amplitud de la brecha por la que habían irrumpido los tanques, que éstos marchaban velozmente hacia la costa, a retaguardia de los Ejércitos aliados en Bélgica. Cualquier tentativa encaminada a rodearlos era ya inútil, porque cada vez que el mando francés señalaba una nueva línea de resistencia, era arrollada por los tanques germanos, antes de que las lentas reservas francesas hubieran llegado o entrado en posición.

Ya era hora de que la división consolidara nuestra reciente conquista, reuniendo al enorme número de prisioneros capturados, que formaban aproximadamente los efectivos de dos divisiones mecanizadas. Había mantenido a mi Plana Mayor constantemente informada de los acontecimientos, pero los mensajes fueron transmitidos a la ventura, desde el tanque de mando del Regimiento Panzer, y no existía medio

de comprobar si habían alcanzado su destino. No me complació demasiado el saber, poco después, que sólo una pequeña parte del Regimiento Panzer y del Batallón Motociclista se hallaban en el monte, al este de Le Cáteau. Inmediatamente mandé un oficial a retaguardia. Traté de retroceder para establecer contacto, pero pronto caí bajo el fuego de un antitanque que disparaba desde Le Cáteau, y tuve que regresar a mi punto de partida. Entretanto, Rothenburg, con parte del Batallón Panzer Sickenius, había luchado contra tanques franceses y antitanques, en la colina al este de Le Cáteau, reduciéndolos al silencio. Regresé al Batallón Panzer, que entretanto se había fortificado en posición erizo, y esperé allí la llegada de parte de los motociclistas, bajo el mando del Capitán Von Hagen. Me pareció que la situación frente a Le Cáteau era segura, y creyendo que el resto de la división se nos había ya aproximado, ordené a Rothenburg que se mantuviera allí, con la ayuda del Batallón Motociclista, que puse bajo su mando. Inmediatamente me dispuse a partir con mi vehículo de transmisiones y un tanque «Panzer III» como escolta, al objeto de reunir y desplegar a la unidad. Por el camino nos tropezamos con varios vehículos extraviados, pertenecientes al Batallón Motociclista y al Regimiento Panzer, cuyas tripulaciones nos advirtieron de ir con cuidado en Landrecies, ya que varios de nuestros vehículos habían sido atacados por carros. Proseguí (*hacia el este*) a gran velocidad. Al llegar a Landrecies, el tanque que iba en cabeza se perdió por las calles. Cuando, por fin, alcanzamos la carretera de Avesnes, vimos, a 100 m. de nosotros, un vehículo alemán destruido por el fuego enemigo. Un tanque o antitanque francés debía encontrarse por las cercanías, pero no tenía tiempo para detenerme, y proseguimos nuestro viaje. Al pasar junto a unos motoristas heridos, éstos nos gritaron frené-

ticamente que los lleváramos con ellos, pero por desgracia no pude ayudarlos. La situación era comprometida. Los dos vehículos cruzaron la zona peligrosa a pleno rendimiento de sus motores, y pronto alcanzamos la carretera de Maroilles. El tanque de escolta sufrió en aquel instante una avería.

Por todas partes se veían ahora vehículos, incluso en plena carretera. Oficiales y soldados franceses acampaban junto a sus armas. Pero, al parecer, no se habían repuesto aún del terror causado por nuestros tanques, y sin pérdida de tiempo los hicimos marchar mediante gritos y señales. No se veían formaciones alemanas por ninguna parte. Proseguimos a gran velocidad, a través de Maroilles. Al este del pueblo descubrimos de improviso un «Panzer IV» averiado, pero con el cañón de 75 mm. intacto. Suspiramos aliviados. En aquellos momentos, un «Panzer IV» significaba una protección muy eficaz.

Por doquier se veían tropas francesas, a ambos lados de la carretera, muchas acampadas junto a sus vehículos. Por desgracia no hubo manera de capturarlas, ya que carecíamos de hombres que las vigilaran. Cuando lográbamos hacerlas caminar hacia el este, obedecían sólo mientras el vehículo acorazado se hallaba a la vista; luego se apresuraban a desaparecer entre los matorrales.

Ordené al «Panzer IV» que no perdiera de vista la colina al este de Maroilles, y que mandara hacia el este cuantos soldados enemigos vinieran en dirección contraria. Reanudamos la marcha, pero apenas habíamos recorrido unos centenares de metros, el conductor nos avisó de que debía detenerse para llenar sus depósitos. Por fortuna llevaba varios bidones de gasolina. Entretanto, Hanke me dijo que, según la tripulación del «Panzer IV», el pueblo situado más allá había sido reconquistado por los franceses. No era cosa de enfren-

tarse a tanques y antitanques con mi vehículo ligeramente blindado, de modo que regresé junto al «Panzer IV» con la intención de establecer contacto radiado con los diversos sectores de la división, y organizar una rápida maniobra por el territorio conquistado. Por fortuna no se escuchaba ningún disparo por las proximidades.

Apenas me hallaba otra vez junto al «Panzer IV», cuando una compañía motorizada de fusileros apareció en el horizonte, aproximándose rápidamente desde Marbaix (*8 Km. al oeste de Landrecies*). Como existía ahora la esperanza de que otros destacamentos la siguieran, me puse de nuevo en marcha hacia Avesnes, sin tropezarme con nadie.

A poca distancia de Marbaix, un automóvil francés apareció por un camino lateral, a la izquierda, y cruzó la carretera por delante de mi vehículo blindado. A nuestros gritos se detuvo, y un oficial francés se nos rindió. Tras el automóvil seguía una caravana de camiones que avanzaba entre una densa nube de polvo. Actuando con decisión, hice que la columna torciera hacia Avesnes. Hanke saltó al primer vehículo, mientras yo me mantenía en el cruce durante un rato, gritando a las tropas e indicándoles que rindieran sus armas... La guerra había terminado para aquella gente. Varios de los camiones llevaban ametralladoras emplazadas en antiaéreos. Era imposible distinguir la longitud de la columna a causa del polvo, así es que en cuanto hubieron pasado diez o quince camiones, me puse a su cabeza y la conduje a Avesnes. Poco antes de llegar a la ciudad tuvimos que efectuar un rodeo, por estar la carretera bloqueada por vehículos ardiendo.

Por fin llegamos a la entrada sudoeste de Avesnes, donde encontramos parte del Batallón París (*nombre de su jefe*), instalado junto al cementerio. Sin detenerse, Hanke llevó el convoy a un lugar despejado, procediendo a desarmar a los

soldados. Vimos entonces que nos habían seguido unos cuarenta transportes, muchos de ellos con soldados.

El Cuartel General de la División llegó a Avesnes hacia las cuatro de la tarde y a partir de entonces, una unidad tras otra empezaron a afluir al territorio que habíamos conquistado durante la noche y primeras horas de la mañana. En el transcurso de la operación, el 2.° Batallón y el Regimiento de Artillería impidieron que cuarenta y ocho tanques enemigos entraran en acción al norte de Avesnes. Se encontraban formados a lo largo de la carretera, algunos con el motor en marcha. Varios conductores fueron hechos prisioneros en sus mismos carros. De este modo el 25.° Regimiento Panzer se salvó de un ataque por su retaguardia.

Las pérdidas de la 7.ª División Panzer durante la ruptura de la Línea Maginot (16 y 17 de mayo) fueron, según los partes oficiales de la unidad, 35 muertos y 59 heridos. Los prisioneros hechos en aquél sector ascendían a 10,000 hombres, junto con 100 tanques, 30 vehículos blindados y 27 cañones.

El informe concluye: «La división no ha tenido tiempo para recoger a muchos más prisioneros y material».

Tras haber situado a la división entre Le Cáteau y la frontera francesa al oeste de Sivry, me tomé una hora y media de descanso. Poco después de medianoche llegaron órdenes de proseguir el ataque al día siguiente, 18 de mayo, en dirección a Cambrai. Hacia las siete de la mañana se presentó el ayudante del 25.° Regimiento Panzer, informando de que una poderosa fuerza enemiga se había instalado en el bosque de Pommereuille (*a mitad de camino entre Landrecies y Le Cáteau*). El oficial se las había compuesto para atravesar las líneas, de oeste a este, en un vehículo blindado, aprovechando la obscuridad nocturna. El 25.° Regimiento Panzer, que aún ocupaba posiciones al este de Le Cáteau, necesitaba con urgencia

gasolina y municiones, y el comandante le había ordenado que se los procurase con la máxima urgencia.

Hacia las ocho puse en marcha una parte del Batallón Panzer, en dirección a Landrecies y Le Cáteau, con orden de establecer contacto con el regimiento y llevarle cuanto necesitaba. El 37.° Batallón Blindado de Reconocimiento seguiría detrás. Acompañado de Most y Hanke alcancé más tarde el grupo del Batallón Panzer en el bosque, a 1 Km. al este de Pommereuille, enzarzado en acción contra tanques franceses que interceptaban la carretera. La lucha era violenta y no existían posibilidades de rebasar al enemigo por los flancos. Nuestros cañones parecían ineficaces contra los fuertes blindajes franceses.

Dichos tanques llevaban una protección de entre 40 y 60 mm., mientras la de los germanos de tipo medio era de sólo 30, y aun menor en los ligeros.

Permanecimos algún tiempo observando la batalla de cerca, hasta que finalmente decidí llevar el batallón por el bosque vía Ors (*6 Km. al sudoeste de Landrecies*). Nos tropezamos otra vez con los franceses en los arrabales al norte de Ors, y el avance se hizo lento. Por alguna razón desconocida la columna de combustible y amunicionamiento del Regimiento Panzer no seguía al batallón. Era mediodía cuando finalmente llegamos a las posiciones de Rothenburg. Éste nos informó de que sus soldados habían rechazado fuertes ataques enemigos, pero que no podía avanzar por carecer de gasolina y munición. Por desgracia no me encontraba en situación de poder ayudarle en aquellos momentos.

Fueron enviadas a Pommereuille las fuerzas necesarias para abrir el camino más corto hacia Landrecies. Entretanto, una concentración artillera francesa empezaba a tender una espesa barrera ante nuestra posición erizo. El fuego era pre-

ciso, y hubimos de evacuar parte de nuestro sector. Confiando en que la lucha en Pommereuille quedara rápidamente decidida a nuestro favor, di órdenes al Regimiento Panzer para que se agrupara para el ataque a Cambrai. Hacia las tres de la tarde la situación se había estabilizado lo suficiente como para iniciar el avance.

Los pasajes que siguen en la narración de Rommel son muy detallados, pero carecen de interés, y hemos creído mejor suprimirlos. La columna de combustible y amunicionamiento dejada al sudeste del bosque de Pommereuille no alcanzó a los dos batallones del 25.° Regimiento Panzer, situados cerca de Le Cáteau hasta varias horas más tarde. Para cuando los tanques estuvieron lo suficientemente pertrechados, el Batallón Panzer al mando de Rommel se encontraba ya muy lejos por la carretera de Cambrai.

Ordené al Batallón París, reforzado, que asegurase las carreteras que conducían a Cambrai, hacia el nordeste y norte, lo más rápidamente posible. Llevando en cabeza sus escasos tanques y dos destacamentos de antiaéreos motorizados, el batallón maniobró sobre un amplio frente y en una gran profundidad, a través de los campos, hacia el noroeste, levantando una espesa nube de polvo. De vez en cuando los tanques y los antiaéreos disparaban ráfagas sobre los arrabales septentrionales de Cambrai. Incapaz de observar, a causa del polvo, que la mayoría de nuestros vehículos eran de escaso blindaje, el enemigo creyó que un ataque en gran escala se aproximaba a la ciudad, y no opuso resistencia alguna.

Nada más fácil que el modo en que el Mando francés utilizó sus unidades acorazadas. Tenía 53 batallones de tanques, contra los 36 de los alemanes. Pero estos últimos formaban en divisiones (diez), mientras casi la mitad de los franceses estaban destinados al apoyo de la infantería. Además, inclu-

so sus siete divisiones de tipo blindado se utilizaron fragmentariamente.

Antes de la guerra las únicas formaciones acorazadas francesas fueron las llamadas «divisiones ligeras mecanizadas» (200 tanques), procedentes de la antigua caballería. Los franceses tenían tres de ellas, que se emplearon en Bélgica. Existían también cuatro divisiones «acorazadas» de sólo 150 tanques, formadas durante el invierno. Éstas fueron arrojadas separadamente, una a una, contra las siete alemanas (de 260 tanques cada una) que atravesaron el Mosa como una vasta falange. La 1.ª División Acorazada francesa se dirigió contra Dinant, pero se quedó sin combustible y fue rebasada, como ya se contó antes. La 3.ª partió hacia Sedan, donde fue diseccionada para apoyar allí a la infantería. Estos fragmentos quedaron arrollados por las tres divisiones de Guderian. La 4.ª, al mando de De Gaulle, formada recientemente y todavía incompleta, entró en acción contra el flanco de Guderian, mientras éste avanzaba hacia el Oise, pero fue barrida hacia un lado. La 2.ª quedó desplegada en un trecho de 40 Km., a lo largo del río. pero las dos divisiones de vanguardia de Guderian rompieron tal débil línea de fracciones aisladas.

Las tres divisiones mecanizadas de Bélgica se estaban reuniendo al norte de Cambrai, y aunque dos de ellas habían sufrido serias pérdidas en su lucha contra el Cuerpo Panzer de Hoeppner, en la llanura belga, constituían aún una poderosa fuerza. El día 19 se les ordenó marchar al sur, sobre Cambrai y St. Quentin, pero no lo hicieron, porque gran número de sus tanques habían sido destinados a apoyar la infantería en diversos lugares.

En cuanto a los ingleses, tenían en Francia sólo diez unidades de tanques, distribuidas entre las divisiones de infan-

tería. La 3.ª División Blindada no embarcó hacia Francia hasta haberse iniciado la ofensiva alemana.

Capítulo II: El cerco se cierra

El empuje de la ofensiva finalizó para Rommel con la conquista de Cambrai, ya que el 16 de mayo los Ejércitos aliados en Bélgica habían empezado a abandonar su línea avanzada, y el 18 el ala derecha de las fuerzas acorazadas alemanas entabló combate con fuerzas que el l.º Ejército francés había mandado para cubrir la retaguardia. El terrible impacto de los Panzer había eliminado a dichas fuerzas en el último momento, desde Le Cáteau a Cambrai, pero la creciente resistencia y la amenaza del flanco causaban preocupación al Alto Mando alemán. Así, mientras los Cuerpos Guderian y Reinhardt seguían hacia el oeste, el de Hoth (del que formaba parte la división de Rommel) se detuvo mientras llegaban refuerzos de infantería, que se hicieron cargo de la protección del flanco norte.

El relato de Rommel de las dos siguientes jornadas puede ser resumido brevemente. Tras haber cubierto el espacio entre Le Cáteau y Cambrai, hizo una pausa para reorganizarse y esperar pertrechos, así como para proporcionar a los soldados un merecido descanso. Había planeado proseguir el avance al anochecer del 19, con intención de alcanzar el terreno elevado al sudeste de Arras.

A última hora de la tarde estaba discutiendo el proyecto, con su Plana Mayor, en el Cuartel General divisionario, cuando el jefe del Cuerpo, General Hoth, apareció súbitamente, ordenando un aplazamiento, basándose en que las tropas estaban exhaustas por sus esfuerzos de las jornadas anteriores. Rommel no compartía la opinión de Hoth. «—Las

tropas llevan veinte horas detenidas —dijo—, y un ataque nocturno a la luz de la luna nos ocasionará menos bajas». Hoth acabó por acceder.

El ataque hacia Arras empezó a la una cuarenta de la madrugada del día 20, y Rommel acompañó a la punta de lanza de los tanques, que a las seis llegaban a Beaurains (4 Km. al sur de Arras). Pero los regimientos motorizados de fusileros no siguieron la infiltración tan de cerca como se había planeado, y el general hubo de retroceder en su blindado para hacer que se apresuraran..., encontrándose con que los franceses habían cortado su línea de comunicación. Durante algunas horas su situación fue sumamente apurada, hasta que la normalidad quedó restablecida con la llegada de un regimiento de infantería acompañado de cañones. Estas tropas se situaron a la defensiva al sur de Arras, tras haberse recibido noticias de que cierto número de divisiones francesas y británicas estaban concentradas alrededor de la ciudad.

El día 21 la 7.ª División Panzer debía avanzar rodeando Arras, hacia el noroeste, con la División S.S. Totenkopf a su flanco izquierdo, mientras la 5.ª División Panzer avanzaba por el este de Arras. Protegiendo con la artillería su flanco expuesto, Rommel situó esta vez a su Batallón Acorazado de Reconocimiento entre el Regimiento Panzer que formaba la punta de lanza y los regimientos de fusileros que venían detrás, con el fin de asegurarse las comunicaciones y mantener libre la carretera. Tales precauciones quedaban por demás justificadas, según demuestra la continuación del relato.

Hacia las tres de la tarde di orden al Regimiento Panzer para acometer. Aunque los elementos blindados estaban por aquel entonces bastante reducidos, debido a pérdidas y averías, resultó un modelo de ataque. Cuando observé los resultados quedé convencido de que el avance de la 7.ª División

Panzer sería tan decisivo como las acciones de los días precedentes. Había pensado acompañar a los tanques, junto con el Teniente Most, mis enlaces, coche blindado y vehículo de comunicaciones, dirigiendo la operación por medio de la radio, pero los regimientos de infantería eran tan lentos, que hube de retroceder para ponerme en contacto con el 7.° de Fusileros y hacer que se apresuraran. No encontré a aquél por ningún sitio. A kilómetro y medio al norte de Ficheuz nos tropezamos casualmente con parte del 6.°, y tras haber seguido a la columna que formaba, torcimos hacia Wailly. A 1 Km. al este del pueblo se nos hizo fuego de cañón desde el norte. Una de nuestras baterías de obuses estaba ya en posición en la salida norte disparando sobre tanques enemigos que atacaban hacia el sur, procedentes de Arras.

Este ataque había sido organizado apresuradamente por los jefes aliados, en una tentativa para romper el cerco que se cerraba rápidamente sobre sus ejércitos en Bélgica. La 5.ª y la 50.ª Divisiones inglesas partieron hacia el sur de Arras, junto con la 1.ª Brigada de Tanques (para infantería), mientras los franceses intentaban cooperar con dos divisiones mecanizadas y dos de infantería. El ataque tardó más en organizarse de lo que se había supuesto, y fue lanzado antes de que su montaje quedara acabado. El 20, por la mañana, el Cuerpo Guderian penetraba en Amiens, y por la noche llegaba al mar cerca de Abbeville, cortando las líneas de abastecimiento y descargando un golpe mortal sobre los Ejércitos aliados.

Apremiado por la necesidad, el comandante inglés decidió iniciar el ataque sin esperar más tiempo a los franceses. En realidad se emplearon sólo dos batallones de tanques (el 4.° y el 7.° R.T.R., con setenta y cuatro carros en total), apoyados por otros dos de infantería. Parte de la 3.ª División Motoriza-

da Ligera francesa (setenta tanques) cooperó en el flanco derecho.

Como se disparaba sobre nosotros con ametralladoras, y la infantería habíase parapetado a la derecha, Most y yo nos lanzamos con los carros blindados hacia las piezas. Los servidores de éstas parecían convencidos de terminar rápidamente con nosotros, porque maniobraron con toda calma, lanzando una salva tras otra, sin preocuparse por el fuego con el que se les contestaba. Rebasándolas, llegamos a Wailly, desde donde llamamos al resto de los vehículos. El fuego de los tanques enemigos había creado caos y confusión entre nuestras tropas, que se hallaban en el pueblo, y las unidades se apelotonaban en caminos y cercados, con sus medios de transporte, en vez de proseguir la acción con todas las armas disponibles, rechazando al enemigo que parecía intentar un ataque. Tratamos de poner orden. Tras haber notificado al Cuartel General divisionario la crítica situación creada en Wailly y sus alrededores, nos dirigimos a un monte situado a 1 Km. hacia el oeste de la localidad, donde encontramos un destacamento de antiaéreos ligeros y varios antitanques, parapetados en barrancos y ocultos en un bosque, perfectamente a cubierto. A unos 1200 m. al oeste de nuestra posición, los tanques enemigos, llevando en cabeza a uno de gran tamaño, habían cruzado la vía férrea Arras-Beaumetz, destruyendo a uno de nuestros «Panzer III», mientras otros avanzaban por la carretera, desde Bac du Nord y a través de la vía hacia Wailly. La situación era extremadamente crítica, porque también había tanques enemigos muy cerca de Wailly, por el lado norte. Los sirvientes de una batería de obuses que se encontraban a cierta distancia abandonaron las piezas, emprendiendo la retirada junto con la infantería. Con ayuda de Most conseguí que los cañones reanudaran sus dis-

paros, a la máxima velocidad, contra los tanques. También antitanques y antiaéreos recibieron orden de abrir fuego, y personalmente indiqué el objetivo a cada pieza. Teniendo tan cerca a los blindados enemigos, sólo una extrema rapidez podía salvar la situación. Corrimos de una pieza a otra. Las objeciones de sus jefes, para los cuales la distancia era aún demasiado grande, quedaron eliminadas. Mi propósito no era otro que el de detener a los blindados por medio de una cortina de proyectiles. Pronto conseguimos eliminar a los que marchaban en cabeza. A unos 150 m. al oeste de nuestro bosquecillo, un Capitán inglés saltó de un carro pesado y avanzó tambaleándose hacia nosotros, con los brazos en alto. El conductor estaba muerto. También en las cercanías de la batería de obuses el fuego de nuestros antitanques y antiaéreos consiguió detener al enemigo —no obstante la distancia, superior a los 1200 e incluso 1500 m—. y obligarle a emprender la huida.

Dirigimos entonces el fuego contra los carros que atacaban desde Bac du Nord, consiguiendo mantenerlos a raya, incendiando a algunos, averiando otros y obligando por fin al resto a retirarse. Aunque durante el curso de la acción sufrimos nutrido fuego, los sirvientes de las piezas actuaron admirablemente. Parecía haber pasado lo peor, cuando Most se contrajo detrás de una pieza antitanque de 20 mm., muy cerca de mí. Estaba mortalmente herido, y la sangre le salía en abundancia por la boca. En aquellos momentos nadie disparaba, aparte del cañón a que me refiero. Sin embargo, el enemigo reanudó su bombardeo de nuestras posiciones en el bosque. Nada podía hacerse por Most, y el pobre falleció antes de que pudiéramos transportarlo a lugar cubierto tras de la posición. La muerte de aquel valeroso soldado me emocionó profundamente.

Entretanto, un violento combate se había iniciado, en la región Tilloy-Beaurains-Agny. Fuerzas acorazadas poderosas, salidas de Arras, atacaban al l.º Batallón del 6.º Regimiento de Fusileros, que avanzaba por aquel sector, infligiéndole cuantiosas pérdidas en hombres y material. El escaso calibre de los antitanques, que desplegamos con toda rapidez, nada pudo contra las gruesas corazas de los tanques británicos. Sometidos a intenso fuego artillero, la mayoría quedaron destruidos, y eliminados sus sirvientes, mientras los tanques avanzaban arrollándolos. Muchos de nuestros vehículos fueron incendiados. Las unidades de las S.S. que se hallaban en las cercanías tuvieron también que replegarse hacia el sur, ante el empuje de los blindados. Finalmente la artillería divisionaria y las baterías antiaéreas de 88 mm. consiguieron detener la presión adversaria al sur de la línea Beaurains-Agny. Veintiocho tanques enemigos quedaron destruidos por la artillería, mientras los antiaéreos se anotaban uno pesado y siete ligeros.

Mientras tenía lugar este duro encuentro alrededor de los Regimientos de Fusileros 6.° y 7.°, el 25.° Regimiento Panzer, de Rothenburg, había alcanzado su objetivo en atrevida incursión, y esperaba en vano la llegada del Batallón de Reconocimiento y de los regimientos de fusileros. Hacia las siete de la tarde ordené al Regimiento Panzer que girara hacia el sudeste, con el fin de establecer contacto, por el flanco y retaguardia, con los blindados enemigos que avanzaban hacia el sur, procedentes de Arras. Durante esta operación, el Regimiento Panzer tropezó con fuerzas enemigas superiores, compuestas de tanques pesados y ligeros, así como cañones, al sur de Agnez. Inicióse un encarnizado encuentro, en el curso del cual el Regimiento Panzer destruyó siete carros pesados enemigos y seis piezas antitanques, arrollando la posi-

ción enemiga, aunque a cambio de perder tres «Panzer IV», seis «Panzer III» y cierto número de carros ligeros[10].

Este choque sembró tal confusión en las filas adversarias, que, a pesar de su superioridad numérica, se retiraron hacia Arras. La lucha cesó al caer la noche. Entretanto, la situación al noroeste de Wailly había quedado restablecida por completo.

El ataque francés relatado por Rommel constituyó uno de los más serios intentos de los ejércitos cercados para liberarse antes de que llegara el fin, y aunque pequeño en escala, constituyó una seria sorpresa para los alemanes.

Ello se debió más al espesor de las corazas que a la penetración del avance. Los ingleses emplearon tanques lentos, pero poderosos, destinados a la infantería y denominados «Matildas». Poseían en total cincuenta y ocho pequeños «Mark I», armados solamente con ametralladoras, y dieciséis del último modelo, algo mayor, de «Mark II», con un cañón que lanzaba proyectiles de 2 libras. Su velocidad máxima era de 24 Km. por hora, pero tenían un blindaje de 75 mm. y resultaban inmunes a los antitanques germanos de 37 mm. e incluso a ciertos proyectiles de artillería. Los tanques franceses denominados «de caballería» (Somuas) eran más rápidos y de coraza más débil, aunque no tanto como la de los alemanes.

El ataque británico con tanques —no superiores en número a los del enemigo— se vio obstaculizado por el escaso apoyo de la infantería, el casi nulo de la artillería y la carencia de aviación. Fueron estas deficiencias las que obligaron a suspenderlo, tras unos comienzos muy alentadores, e iniciar la retirada después.

Pero su efecto moral sobre el Alto Mando germano resultó notable, aunque desproporcionado a su resultado material.

Discutiendo, después de la guerra, la campaña de 1940, el Mariscal von Rundstedt dijo: «—Un momento crítico surgió a causa del contraataque inglés al sur de Arras, el 21 de mayo, cuando ya con mis fuerzas había alcanzado el Canal. Temimos que nuestras divisiones acorazadas quedaran aisladas antes de que las de infantería pudieran acudir en su ayuda. Ningún contraataque francés constituyó tan seria amenaza como éste». Kluge y Kleist se sintieron especialmente afectados. El primero opinó que debía detenerse toda acometida posterior al oeste de Arras, hasta que la situación se hubiera estabilizado. También Kleist mostrábase nervioso y precavido. Así es que cuando Guderian torció hacia el norte desde Abbeville, el día 22, dirigiéndose a Boulogne, Calais y Dunquerque, vióse obligado a frenar su marcha, bajo órdenes de Kleist.

El día 24 los Cuerpos Guderian y Reinhardt hubieron de detenerse, por orden de Hitler, cuando se encontraban apenas a 16 Km. de Dunquerque, único puerto por el que los ingleses podían escapar a la trampa. Dicha trascendental orden no fue expresada hasta después de la visita de Hitler a Runstedt, el cual se sentía influenciado por las cautelosas opiniones de Kluge y Kleist. Cuando, dos días más tarde, se levantó la prohibición de avanzar, la posibilidad de impedir la huida de los ingleses se había desvanecido, ya que aquéllos tuvieron tiempo de establecer una coraza alrededor del puerto.

23 mayo 1940.

Queridísima Lu:

Tras haber dormido unas horas, creo llegado el momento de mandarte unas líneas. Me encuentro perfectamente en todos los aspectos. Mi división ha obtenido un éxito completo. Dinant, Philippeville, la ruptura de la Línea Maginot, y el avance de 65 Km. en una sola noche, a través de Fran-

cia, hacia Le Cáteau, y luego Cambrai, Arras, etcétera, siempre a la cabeza de las otras unidades. La caza ha terminado, y sesenta divisiones inglesas, francesas y belgas se encuentran cercadas. No te preocupes por mí. A mi entender, la guerra habrá terminado en Francia dentro de quince días.

26 mayo 1940.

Nos hallamos frente a Bethune. Mi forma es espléndida. Desde luego, no paro un momento en todo el día. Pero la guerra terminará dentro de una quincena. El tiempo es hermoso, aunque quizá con demasiado sol.

28 mayo 1940.

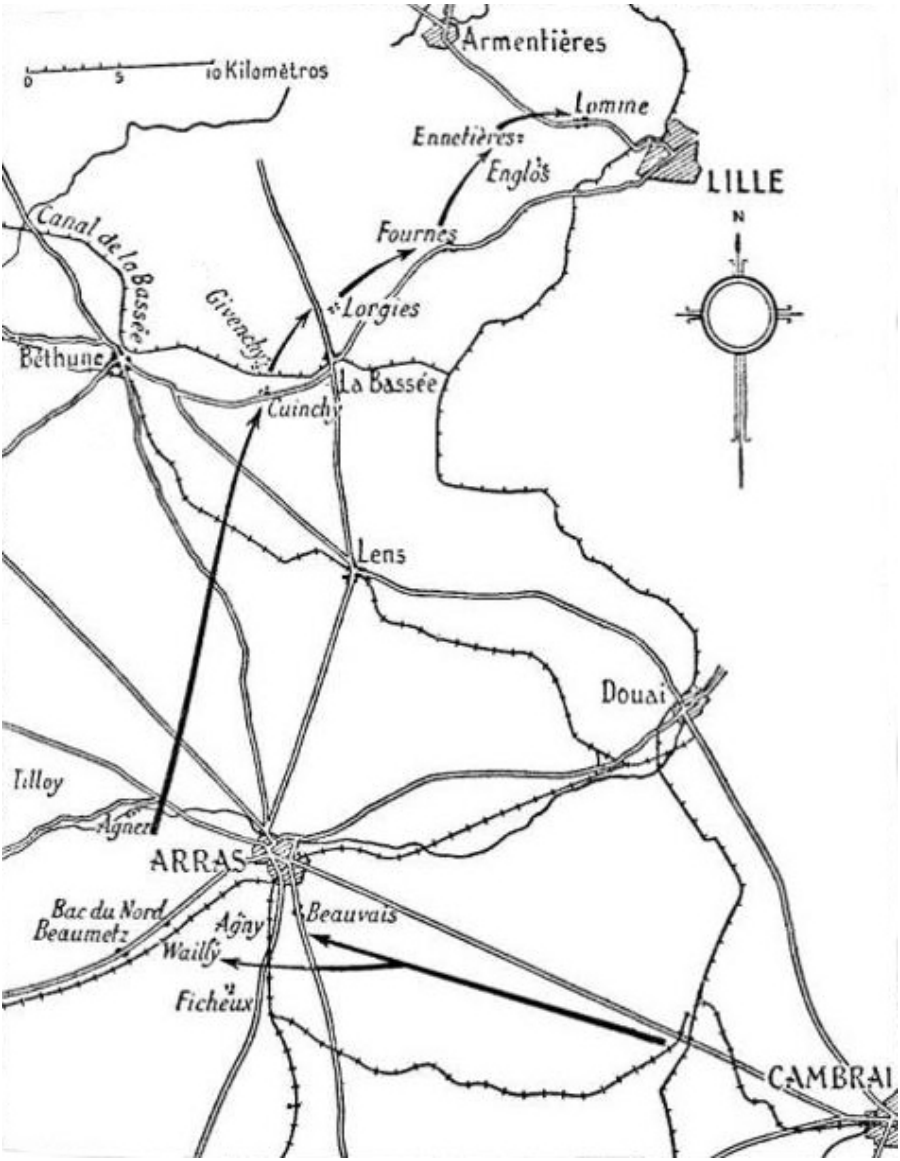
Un día o dos de inactividad nos han hecho mucho bien. La división ha perdido hasta ahora 27 oficiales muertos y 33 heridos, y 1,500 soldados entre muertos y heridos. Las bajas se elevan, pues, a un 12 por 100, muy poco si se consideran los resultados obtenidos. Lo peor ha pasado. No creo que tropecemos con resistencia a partir de ahora, porque el enemigo ha recibido un buen vapuleo. La comida, la bebida y el sueño vuelven a formar parte de nuestra rutina. Schraepler ha regresado. Su substituto resultó muerto a un metro de donde yo estaba.

El 22 y el 23 de mayo Rommel avanzó rodeando los arrabales de Arras, y bajo la amenaza de quedar arrolladas por el flanco, las fuerzas inglesas fueron retiradas la noche del 23 hacia la línea del Canal (29 Km. al norte) que corre a través de La Bassée y Bethune hasta Gravelines y el mar, al sudoeste de Dunquerque. El 24 llegó la orden de Hitler obligando a las fuerzas blindadas a detenerse en esta línea. Rommel empleó los dos días siguientes en reorganizar su división, parte de la cual había quedado severamente castigada por el ataque inglés del 21.

La cancelación de la orden por parte de Hitler, el día 26, coincidió con el propósito inglés de retirarse por mar utilizando el puerto de Dunquerque. La mayor parte de las fuerzas que guarnecían el Canal se estaban trasladando más al norte, con el fin de reforzar la línea de Bélgica, donde el Grupo de Ejércitos Bock estaba presionando con tanto vigor, que las tropas belgas se derrumbaron y capitularon al día siguiente.

En cuanto se pudo reanudar el avance, Rommel renovó su marcha hacia el norte, en dirección a Lille, con ánimo de dividir a las fuerzas aliadas que aún defendían la ciudad y se encontraban al este de la misma.

Durante esta fase de la campaña los jefes aliados, cuyas líneas de comunicación habían quedado cortadas, se inclinaron a exagerar la gravedad de la situación. Pero en el «otro lado» las cosas adoptaban un aspecto muy distinto, según demuestra el relato de Rommel. Las dificultades con que tropezó al forzar el paso del canal de La Bassée resultan notables, si se las compara a las del paso del Mosa, a causa de la escasa defensa existente. Solamente un batallón inglés guarnecía aquel sector en el momento del ataque.



Movimientos de la División de Rommel en torno de Arras y Lille.

Según informaciones transmitidas por los observadores aéreos, llegados a mi Cuartel General el 26 de mayo, el enemigo se retiraba por el norte del canal, en dirección noroeste. Inmediatamente pedí permiso al Cuerpo de Ejército para formar aquella misma tarde una cabeza de puente, permiso que me fue concedido con rapidez.

Toda la tarde la pasé con las tropas en el canal. A pesar de haber sufrido muchas bajas por la actividad de los francotiradores, el 37.° Batallón de Reconocimiento consiguió, con ayuda artillera, colocar patrullas blindadas hasta la misma orilla, pero la fuerte resistencia enemiga impidió la creación de una cabeza de puente. Sin embargo, el 7.° Regimiento de Fusileros consiguió un éxito notable al instalar elementos de sus dos batallones al otro lado del canal, a pesar del gran número de barcazas hundidas que obstaculizaban el paso. Tras haber eliminado los nidos de ametralladoras adversarias, ambos batallones se instalaron en la orilla norte. Aparte de algunas bajas ocasionadas por el fuego de flanco de unas ametralladoras inglesas, situadas hacia el oeste, la creación de la cabeza de puente pareció no tropezar con grandes dificultades, y existían buenas razones para esperar que los batallones lograran afianzarse al terreno durante la noche.

A primeras horas de la mañana siguiente, día 27 de mayo, me dirigí al lugar del cruce, situado en Cuinchy, para observar personalmente la situación. Los francotiradores se mostraban muy activos, en especial hacia la izquierda, y cierto número de hombres habían sido alcanzados por sus balas, incluyendo al Teniente Von Enkefort, aunque no se tratara más que de un rasguño. El Batallón de Ingenieros había construido cierto número de pontones en un pequeño puerto del canal, que bastaban para tender un puente. Sin embargo, los pontones eran de 8 toneladas en vez de 16, ya que estos últimos hubieran sido difíciles de manejar entre la aglomeración de barcas hundidas o semihundidas. Los zapadores habían tratado de abrirse camino mediante explosivos, pero con escaso éxito, debido a la enorme masa del material.

Las perspectivas de un ataque de frente no eran demasiado buenas. Elementos del 2.° Batallón del 7.° Regimiento de

Fusileros habían cruzado en botes de caucho, y se encontraban apostados entre los matorrales de la otra orilla. Sin embargo, no había sido posible que el batallón avanzara más hacia el norte, como yo esperaba, fortificándose allí, ni había tomado el pueblo de Givenchy. Tampoco se había realizado la limpieza de enemigos en la parte norte del canal, en unos centenares de metros hacia el oeste, instalando antitanques y armas pesadas. La protección de la compañía pesada, que seguía en la orilla sur, era insuficiente. Lo más probable era que ocurriese lo propio con el 1.º Batallón (*que había conseguido establecer una cabeza de puente un poco más al este*).

Ordené al 635.° Batallón de Ingenieros, colocado recientemente bajo mi mando, la construcción de un puente de 16 toneladas en el sector conquistado por el Batallón Cramer, cerca del puente demolido de Cuinchy.

Luego, bajo mi dirección personal, se emplazaron ametralladoras antiaéreas de 20 mm., y más tarde un «Panzer IV», con objeto de hostigar a los francotiradores que disparaban desde la izquierda, escogiendo sus blancos individualmente. Mandé demoler todas las casas que se encontraban entre 300 y 600 m. al oeste del punto de cruce del 2.° Batallón, mientras se hacía fuego graneado sobre los matorrales, tras de lo cual disfrutamos de un poco más de tranquilidad. Cuando, dos días más tarde, volvimos a cruzar el canal en sentido contrario, tuve ocasión de observar los efectos de nuestros disparos. Los ingleses se habían instalado en una amplia dependencia desde donde, a juzgar por el número de cartuchos vacíos, habían mantenido un fuego en extremo vivo contra el flanco de mis tropas. Unas cuantas granadas habían bastado para eliminarlos. En la bodega se veían muchos vendajes ensangrentados y el cadáver de un soldado.

Mientras se luchaba contra tales nidos de resistencia, y los zapadores construían una rampa en la orilla norte y maniobraban con dificultad con los pontones, llegó la noticia de que una numerosa fuerza de tanques enemigos, procedentes de La Bassée, había atacado al 7.° Regimiento de Fusileros, en la cabeza de puente establecida por ellos hacia el oeste, haciendo retroceder al Batallón Cramer hasta el otro lado del canal. Los carros adversarios, entre los que formaban varios ingleses de tipo pesado, se encontraban ahora en la orilla norte, disparando con cañones y ametralladoras hacia el sur[11]. Podíamos oír el fuego enemigo a unos centenares de metros hacia nuestra derecha, y existía el grave peligro de que sus blindados presionaran hacia el oeste a lo largo del canal, atacando al Batallón Bachmann, que no poseía antitanques, a excepción de unos cuantos fusiles de tal tipo, y que no había podido afianzarse en la orilla norte. Si el enemigo explotaba su éxito, dentro de unos minutos se encontraría en el punto de cruce occidental.

La situación era en extremo crítica. Mandé avanzar a la máxima velocidad a los zapadores, e hice que los pontones se ataran unos a otros, con el fin de pasar al lado opuesto a unos cuantos cañones y tanques. Teniendo en cuenta las numerosas barcas hundidas y otros obstáculos que cubrían el canal, el puente no podía salir recto, y como consecuencia de ello su estructura carecía de fuerza. Mientras el primer «Panzer III» avanzaba precavidamente, varios pontones cedieron de manera ostensible y todos dudamos de si conseguiría su objeto. Entretanto, mandé un «Panzer IV» a 50 m. al este, por la alta orilla del canal, con orden de abrir fuego inmediatamente contra los carros enemigos que atacaban desde La Bassée. El fuego de este «Panzer IV» detuvo a los blindados enemigos. Poco después, el «Panzer III» que se ha-

llaba ya en la otra orilla, se unió a la acción, y minutos más tarde se pudo pasar también un obús que detuvo definitivamente el ataque adversario.

Pusimos manos a la obra para fortalecer el puente de 16 toneladas, y al cabo de muy poco una corriente de vehículos empezó a atravesarlo. En primer lugar iban los cañones de campaña, los antitanques y los antiaéreos de 20 mm.; luego elementos del 25.° Regimiento Panzer, con una batería de antiaéreos de 88 mm. Durante este tiempo el 2.° Batallón del 7.° Regimiento de Fusileros extendía su cabeza de puente al norte del canal, y por fin, con apoyo artillero, pudo tomar el pueblo de Givenchy. El Batallón Cramer le siguió hacia el punto de cruce occidental, donde más tarde el Regimiento de Fusileros cruzó completo a pie, con el fin de atacar al enemigo cerca de Canteleux. Esta acción se resolvió al mediodía, en una ampliación de la cabeza de puente hasta la línea Canteleux-Givenchy, y la captura de gran número de prisioneros ingleses, tras encarnizada resistencia de aquéllos. Al territorio recién conquistado afluyeron rápidamente artillería y antiaéreos. A medio día, Heidkaemper telegrafió que se requería mi presencia inmediata en el Cuartel General Divisionario, ya que, según una orden del Cuerpo de Ejército, la 5.ª Brigada Panzer (General Harde) había sido colocada bajo mis órdenes para el ataque a Lille. Poco después de mi llegada se presentó el General Harde con sus jefes de regimiento, notificando la situación y otros detalles relacionados con su brigada.

Se trataba de los tanques de la 5.ª División Panzer que, habiéndose formado antes de la guerra, tenía una brigada acorazada de dos regimientos, cada uno de dos batallones, mientras la División Rommel disponía únicamente de un Regi-

miento Panzer de tres batallones. Al iniciarse la campaña, contaba con 324 carros, contra los 218 de Rommel.

Partí con el General Harde hacia el puente, cerca de Cuinchy, que estaba terminado para cuando llegamos. El tráfico discurría muy nutrido, aunque la pendiente de ambas rampas impedía una mayor velocidad. La Brigada de Fusileros se encontraba ya al otro lado, pero sin sus vehículos. El 25.° Regimiento Panzer permanecía dispuesto a atacar en las inmediaciones de Givenchy, y una numerosa fuerza de artillería y antiaéreos ligeros y pesados se hallaba en posición en la orilla norte. Diversas baterías enemigas mantenían un molesto y nutrido fuego sobre la cabeza de puente. El sector ocupado por nuestras fuerzas resultaba ya estrecho, y ordené al 25.° Regimiento Panzer que ampliara la cabeza de puente mediante un ataque a Lorgies (*4 Km. al norte del canal*). Hacia las tres de la tarde, la 5.ª Brigada Panzer empezó la travesía del puente de Cuinchy. Las ásperas pendientes impidieron que el cruce fuese lo rápido que habíamos deseado. Algunos vehículos pesados se atascaron en las rampas, y hubieron de ser remolcados. No pude convenir con la propuesta del General Harde, para que, en vista de las circunstancias, se aplazara el ataque, y di órdenes para que la brigada avanzase puntualmente a las seis con cuantos tanques se encontraban entonces en la orilla norte.

Entretanto, el 25.° Regimiento Panzer había dado un notable empujón, llegando a las proximidades de Lorgies. Durante este avance el regimiento sostuvo encarnizada y costosa lucha contra un poderoso frente defensivo, al que finalmente consiguió hundir. Las baterías enemigas, que hasta aquel entonces no cesaron de lanzar proyectiles contra nuestra cabeza de puente, se retiraron velozmente ante los tanques alemanes. El ataque del Regimiento Panzer prosiguió, y bajo su

fuego creóse una brecha en el frente enemigo, a través de la cual penetró la división, reforzada por la Brigada Panzer de Harde. Mientras los carros se abrían camino, el avance era lo suficiente lento como para permitir a la infantería seguir a aquéllos, en un despliegue muy amplio. Pronto el Regimiento Panzer de Werner, que se hallaba a la derecha, se puso al mismo nivel, seguido por otras unidades de la 5.ª Brigada Panzer. Me sentí impresionado por el gran número de carros nuevos que poseía dicha brigada, muy superior al de mi división.

El crepúsculo estaba ya muy avanzado cuando llegué a un pajar, a medio kilómetro al este de Fournes, alcanzando al coche de mando de Rothemburg en la carretera de Lille. La lucha en Fournes (*a 16 Km. al sudeste de Lille*) parecía haber terminado. Medio kilómetro al este las unidades de vanguardia de la 5.ª Brigada Panzer procedían a reagruparse. A pesar de la proximidad de la noche, ordené al 25.° Regimiento Panzer que continuara su avance y cerrase la salida occidental de Lille y la carretera de Armentieres. El regimiento establecería una posición erizo en los alrededores de Lomme (*en el extremo occidental de Lille*), esperando los refuerzos que yo les mandaría.

Rothemburg preguntó si me gustaría tomar parte personalmente en el ataque, pero en vista de las dificultades que entrañaba el manejo de la división en aquellas circunstancias, me vi obligado a declinar. No podía apenas utilizarse la radio, y me pareció más importante situar al resto de mis fuerzas, a ser posible yo mismo, en las posiciones de nuestro objetivo final en Lomme, una vez consiguiéramos llegar allí. Debía también asegurarme los refuerzos elementales para el 25.° Regimiento Panzer, que llegarían hacia el amanecer, y organizar su aprovisionamiento de munición y gasolina…,

tarea nada sencilla. Quería evitar a cualquier precio que el Regimiento Panzer se encontrara por segunda vez en la difícil situación que tuvo que soportar en Le Cáteau.

Resultando imposible la comunicación por radio con el General Harde, traté de hacerle llegar mis órdenes por medio de la Plana Mayor divisionaria, al objeto de que avanzara inmediatamente hacia Englos, tras el 25.° Regimiento Panzer. Sin embargo, no pude poner en movimiento al grueso de la brigada, y el ataque a Englos prosiguió primero con una compañía y más tarde con un batallón. Por desgracia me fue imposible marchar en la obscuridad, y dar mis órdenes en persona, ya que mi *Gefechtsstaffel* no estaba bien equipado con vehículos «todo terreno». Una marcha así nos hubiera expuesto a ser confundidos con una unidad de reconocimiento inglesa, y caer bajo el fuego de los destacamentos de la 5.ª Brigada Panzer, que se encontraban diseminados por la comarca.

27 mayo 1940.

Queridísima Lu:

Me encuentro muy bien. En estos momentos nos ocupamos en cercar a ingleses y franceses en Lille. Yo actúo desde el sudoeste.

*El lavado de mis ropas, etc., no ofrece dificultad. Günther (*asistente de Rommel*) se ocupa de todo ello. He tomado muchísimas fotografías.*

7.ª División Panzer Ayudante.

27-5-40.

Querida Frau *Rommel:*

Permítame informarla de que el Führer *ha dado instrucciones al Teniente Hanke para que condecore, en representación suya, a su esposo, con la Cruz de Caballero*[12].

Todos los hombres de la división —especialmente quien esto escribe, que tuvo el privilegio de acompañar al General— saben que nadie lo ha merecido más justamente que su esposo, tras haber conducido a su división a éxitos como no se podían imaginar.

El General está otra vez con sus tanques. Si supiera, respetable señora, que le estoy escribiendo, me encargaría mandarle sus cariñosos saludos, así como notificarle que se encuentra perfectamente bien.

Le ruego me perdone por dirigirme a usted de manera tan impersonal, a máquina, pero no tengo el brazo lo suficientemente bien, tras de la herida que sufrí, como para redactar una misiva de manera legible.

Transmitiéndole los respetuosos saludos del resto del personal de Ayudantía, quedo

su obediente servidor,

SCHRAEPLER

Entretanto, Rothemburg había avanzado durante la noche mucho trecho en dirección norte. Su ruta quedaba marcada por el resplandor de los vehículos incendiados por sus tropas. Ordené que los recién reforzados 6.° y 7.° Regimientos de Fusileros se desplegaran en profundidad para defender el territorio recién conquistado. El 37.° Batallón de Reconocimiento se adelantaría hasta Fournes, quedando a mi disposición. Una vez dadas las órdenes, partí hacia Fournes para vigilar su ejecución. Las macizas barricadas de piedra y las profundas trincheras hacían el avance sumamente difícil. Varios convoyes se habían ido alcanzando mutuamente, y transcurrió bastante tiempo antes de poder deshacer el barullo. Mandé que algunas caravanas abandonaran la carretera y se situaran en el campo a ambos lados, donde debían esperar hasta que el orden quedara restablecido. Se hallaba allí

también parte de la columna de combustible y munición del 25.° Regimiento Panzer, a la que di instrucciones para que se apartara de la carretera y esperase mis órdenes. Era mi intención hacer avanzar aquellos vehículos a última hora de la noche, protegidos por el 37.° Batallón de Reconocimiento.

Sobre la medianoche me encontré al jefe de dicha unidad, Comandante Erdman, en los barrios occidentales de Fournes, y le dije que estuviera dispuesto para partir muy de mañana al día siguiente, 28 de mayo. Me alojé con mi Plana Mayor en una casa del extremo occidental de Fournes. A la una y cuarenta minutos de la madrugada (*28 de mayo*) un aviso por radio de Rothemburg me informó de que había llegado a su objetivo junto a Lomme. Lille quedaba, pues, rodeada por el oeste. Inmediatamente puse en movimiento al batallón de reconocimiento y a la columna de amunicionamiento y combustible del Regimiento Panzer, trasladándola al extremo noroeste de Fournes, con la intención de presionar hacia Lomme lo antes posible. La caravana completa —batallón de reconocimiento y columna— se puso en marcha hacia las tres. Tras una desviación hacia el oeste, para evitar el fuerte de Englos, decidí utilizar la carretera por Ennetieres. En la obscuridad, pasamos ante gran cantidad de camiones enemigos, vehículos acorazados y cañones, la mayoría en la cuneta, donde al parecer quedaron abandonados por sus aterrorizados conductores. Cuando, de madrugada, nos encontramos cerca de la carretera Lille-Armentieres, sin ver por ningún sitio a los tanques de Rothemburg, empezamos a sentirnos intranquilos, porque de un momento a otro la artillería enemiga podía empezar su bombardeo. Por fin encontramos al primer tanque. Rothemburg estaba encantado ante el aumento de sus efectivos frente a Lille, y más aún por la llegada de munición y gasolina. Informó brevemente sobre la lu-

cha durante la noche. El ataque se había iniciado por la carretera Fournes-Lille. Luego, tras haber cruzado la vía férrea, el regimiento torció hacia el norte, tropezando poco después con tanques enemigos y una nutrida fuerza motorizada. En un rápido pero decisivo encuentro, los cañones y carros enemigos quedaron eliminados, mientras sus ocupantes buscaban su salvación en la huida. Luego, el Regimiento Panzer prosiguió hacia Lomme, ocupando las salidas occidentales de Lille.

Reagrupé a las fuerzas alrededor de Lomme, dentro de un plan de defensa prefijado. Poco después se inició un violento encuentro en la salida occidental de Lille, donde las unidades enemigas trataron de abrirse paso con el apoyo de tanques y de artillería.

Parte del Batallón de Reconocimiento y una compañía pesada estaban ahora a la defensiva a los dos lados de la carretera de Lille-Armentieres. Durante las primeras horas de la mañana pareció que las fuerzas adversarias que nos hacían frente al oeste de Lille eran cada vez más poderosas, y en vista de ello dirigí una urgente llamada a la artillería.

Había decidido sacar al 6.° y 7.° Regimiento de Fusileros de sus posiciones al sur de Englos y Fournes, e incorporarlos a la línea de defensa general, al norte y sur de Lomme.

Apenas había dado las órdenes oportunas, una granizada de proyectiles empezó a caer de improviso alrededor del puesto de mando del Regimiento Panzer, que servía también como Cuartel General Divisionario. Casi inmediatamente tuvimos la impresión de que era nuestra propia artillería la que nos estaba bombardeando, y sin pérdida de tiempo disparamos cohetes verdes. Traté de utilizar la radio para que cesara el fuego, pero éste era tan denso, que no resultaba fácil alcanzar el camión de transmisiones que se hallaba detrás de

la casa. No nos cabía ya la menor duda de que eran proyectiles propios, posiblemente de 150 mm., cuyos efectos nos resultaban familiares. Me dirigía hacia el vehículo de transmisiones a paso vivo, con el Comandante Erdman corriendo ante mí, cuando un proyectil cayó junto a la puerta de la casa, muy cerca de donde se hallaba el camión. Cuando el humo se hubo disipado, el Comandante Erdman yacía boca abajo en el suelo, muerto. Sangraba de la cabeza y de una enorme herida en el torso. En su mano izquierda seguía sosteniendo los guantes. Por mi parte, pude escapar sin un rasguño, aunque la misma granada había herido a otros muchos oficiales y soldados. Continuamos lanzando cohetes e intentando utilizar la radio, pero transcurrió mucho tiempo hasta que el bombardeo hubo cesado. Más tarde supimos que la causa del error había sido una falsa transmisión de un puesto intermedio, y que el fuego procedió de la batería pesada de la división con la que enlazábamos.

Al bloquear las carreteras que iban hacia el oeste procedentes de Lille, Rommel había ayudado a atrapar a casi la mitad del V Ejército francés. Tras haber fracasado en su empeño de romper el cerco, las divisiones tuvieron que rendirse el día 31.

Entretanto, el grueso de las tropas inglesas, con lo que quedaba del 1° y 7.° Ejércitos franceses, se las había compuesto para llegar a Dunquerque, donde estableció una cabeza de puente defensiva, cubierta por un cinturón de inundaciones en el terreno pantanoso. Aquella barrera acuática resultó una excelente protección, exceptuando contra los implacables ataques aéreos. La defensa se sostuvo lo suficiente como para permitir la evacuación de 338 000 soldados, incluyendo 120 000 franceses, que entre el 26 de mayo y el 4 de junio cruzaron el Canal hacia Inglaterra. Sólo fueron captu-

rados unos miles, pertenecientes a la retaguardia francesa, que valientemente protegió las últimas etapas del embarque. Pero durante aquellas tres dinámicas semanas los alemanes habían capturado más de un millón de prisioneros, al coste de sólo 60 000 bajas.

Los Ejércitos belga y holandés habían quedado eliminados. Los franceses perdieron treinta divisiones, casi un tercio de su fuerza total, y desde luego la parte más móvil de ésta. Carecían, además, de la ayuda de doce divisiones inglesas, porque aunque su personal hubiese escapado, la mayor parte del equipo quedaba atrás, y transcurrirían muchos meses antes de que dispusieran otra vez de armamento. Sólo dos divisiones inglesas quedaron en Francia, aunque dos más, aún no adiestradas del todo, serían mandadas enseguida.

Era un futuro muy sombrío el que se presentaba ante el General Weygand, que había reemplazado a Gamelin el día 20 de mayo, en el cargo de jefe de los Ejércitos aliados. No le quedaban más que sesenta y seis divisiones, la mayoría incompletas, para sostener un frente más largo que el primitivo, puesto que corría desde el mar, cerca de Abbevüle, a lo largo del Somme y el Aisne, hasta la parte principal de la Línea Maginot, que seguía aún intacta. No podía hacerse mucho para fortificar esta Línea Weygand, como fue llamada, durante el poco tiempo que tardasen los alemanes en atacar de nuevo, tras haber transportado el grueso de las divisiones que habían participado muy poco en la primera parte de la ofensiva.

Se otorgaron a la División de Rommel unos cuantos días de descanso, tras el golpe de Lille, por el que cortó la retirada francesa hacia el mar. Luego, partió hacia el sur *para la etapa postrera de la campaña.*

29 mayo 1940.

Queridísima Lu:

Una vez terminada la lucha en Lille (hemos sido otra vez los primeros en llegar a las puertas occidentales), estamos disfrutando de un descanso detrás del frente.

El 26 de mayo, y actuando en nombre del Führer, *el Teniente Hanke me condecoró con la Cruz de Caballero, al tiempo que me transmitía los mejores deseos del* Führer. *Tres horas y media después, mi División, junto con tres Regimientos Panzer bajo mi mando, avanzó contra la zona occidental de Lille, que fue alcanzada a medianoche. Tras una hora y media de sueño, tomé tropas frescas, junto con munición y gasolina para los tanques, llevándolo todo a la línea del frente. Por desgracia, uno de mis comandantes de batallón resultó muerto por nuestro propio fuego.*

Probablemente disfrutaremos ahora de unos días de descanso. Quizá Francia abandone su desesperada lucha. De lo contrario, la aplastaremos, penetrando hasta el último rincón. Me siento perfectamente, en todos los aspectos. Mis mejores deseos para ti en el día de tu cumpleaños. Tengo muchísimo que hacer. Mis turingios (la División de Rommel procedía de Turingia) han perdido buena parte de su equipo por las carreteras, y en los ataques de los tanques enemigos, y hay que arreglarlo lo antes posible. Entretanto, utilizamos cañones franceses.

2 junio 1940.

Tengo orden de presentarme hoy ante el Führer. *Estamos en una forma espléndida. Mañana te escribiré más.*

3 junio 1940.

La visita al Führer *fue maravillosa. Me saludó con las siguientes palabras: «Rommel, nos sentíamos muy preocupados por usted, durante el curso del ataque». Su rostro es-*

tada radiante, y más tarde tuve que acompañarle. Fui el único jefe de División que lo hizo.

4 junio 1940.

En marcha otra vez. Los seis días de descanso nos han hecho mucho bien, ayudándonos, además, a poner a tono nuestro equipo.

El próximo avance no será tan difícil. Cuanto antes se inicie mejor. Estas comarcas están prácticamente intactas. Todo ocurrió muy de prisa. Te ruego recortes los artículos periodísticos que hablen de mí. Por el momento no tengo tiempo de leer nada, pero luego será muy divertido repasarlos.

Capítulo III: La ruptura por el Somme

5 junio 1940.

3:30 madrugada.

Queridísima Lu:

Hoy empieza la segunda fase de la ofensiva. Dentro de una hora cruzaremos el Canal (el Somme está canalizado en este sector). Hemos dispuesto del tiempo necesario y todo queda preparado, hasta donde podemos prever. Observaré el ataque desde retaguardia. Espero que dentro de una semana habrá terminado la guerra en el Continente. Cada día llegan montones de correspondencia. Todo el mundo nos felicita. Todavía no he podido abrir todas las cartas. No he tenido tiempo.

La ofensiva fue iniciada por el Grupo de Ejércitos Bock, sobre el ala derecha, a lo largo del Somme. El Grupo de Ejércitos Rundstedt, frente al Aisne, no se unió al avance hasta cuatro días después. Se asignaron a Bock tres de los cinco Cuerpos Panzer; dos de ellos, que formaban el grupo de Kleist, se utilizaron para un movimiento de tenaza sobre el sector Amiens-Peronne, mientras el de Hoth avanzaba por la extrema derecha, entre Amiens y Abbeville. Los otros dos Grupos Panzer se agruparon bajo Guderian —ascendido tras de su decisivo avance hacia el Canal—, y partieron hacia el este, en dirección al Aisne, cerca de Rethel, al sudeste de Sedan. Cada Cuerpo Panzer consistía en dos Divisiones Panzer y en una División de Infantería Motorizada.

El ala extremo derecha alcanzó el Sena al sur de Rouen (a 112 Km. de distancia), durante la noche del 18 de junio, gra-

cias especialmente a una rápida acometida de la División Rommel, tras dos días de dura Lucha, y atravesó el río, pisando los talones a las tropas en retirada. Pero el avance del ala derecha principal, efectuado por el Grupo Panzer de Kleist, progresó más lentamente, al tropezar con una resistencia cada vez más firme, mientras empujaba hacia París. Por el contrario, el Grupo Guderian realizó un rápido progreso, tras haber sido cruzado el Aisne por el ataque del 9 de junio. El Grupo Kleist torció hacia el este, con el fin de proteger la ruptura por el Aisne, convirtiendo la acción en golpe decisivo. En cuanto al Grupo de Guderian, volvió hacia el sudeste y corrió hacia la frontera suiza, cortando la retirada del ala derecha francesa en la Línea Maginot. Por aquel entonces, la resistencia se desmoronaba ya en todas partes, y los franceses solicitaron el armisticio la noche del 16 de junio.

Mientras Guderian explotaba su éxito en el Aisne, convirtiéndolo en fundamental, el ataque de Rommel en el otro flanco iniciaba el colapso. Ello aumenta el interés de su relato acerca de la iniciación y el desarrollo del ataque en el Somme. Su división operó como punta de lanza en el lugar del cruce, y también en el avance consecutivo.

El golpe de Rommel fue descargado en el sector que se extiende entre Longpre y Hangest. Existía allí una «tierra de nadie» llana y pantanosa, de kilómetro y medio, entre las posiciones alemanas al norte del Somme y las francesas en las pendientes del sur. La atravesaban dos vías férreas, que cruzaban el río por puentes separados, y luego seguían por terraplenes a través del terreno pantanoso, atravesando la carretera Hangest-Longpre, por medio de otros dos puentes.

Los franceses habían volado los puentes de carreteras sobre el Somme, en Hangest y cerca de Longpre, pero no los de ferrocarril ni tampoco los dos que cruzaban la carretera, los

cuales se encontraban tan cerca de su frente. Pagaron muy cara dicha omisión, debida, en parte, a sus planes de ofensiva. Con el fin de que no se intentara demolerlos, Rommel los mantuvo día y noche bajo fuego de artillería y ametralladoras antes de lanzar su ataque el 5 de junio, consiguiendo capturarlos intactos a los cuatro a primera hora de la mañana. Una vez eliminados los rieles, sus tanques y otros vehículos pudieron pasar el río y el terreno pantanoso con menos retraso que si los puentes y rutas hubieran tenido que ser construidos.

El allanar semejante obstáculo constituyó una verdadera hazaña. Si los franceses hubieran destruido los dos puentes finales, sobre la carretera, la captura de los del río hubiese constituido una ventaja de escasa importancia. En un ejercicio teórico, lo conseguido por Rommel hubiera sido difícilmente admitido como posible.

Hacia las 4:15 fui con el Teniente Luft y mi Cuerpo de Transmisiones al puesto de mando de la artillería, donde observamos la iniciación del importante ataque sobre el Somme. La barrera preparatoria, que comenzó en el minuto exacto, constituyó un espectáculo grandioso desde nuestro excelente observatorio.

Los estallidos de las granadas relampagueaban por doquier, mientras apenas si se percibían señales de reacción enemiga.

En vista de ello, nos trasladamos al lugar en el que el 2.° Batallón del 6.° Regimiento de Fusileros había iniciado el cruce, y fue allí donde, a las cinco, se nos comunicó que los puentes de ferrocarril y carretera habían caído intactos en nuestras manos. Parte del Batallón de Ingenieros estaba trabajando con ardor, eliminando rieles y traviesas, a fin de que la división cruzara con sus vehículos. Al otro lado del río el

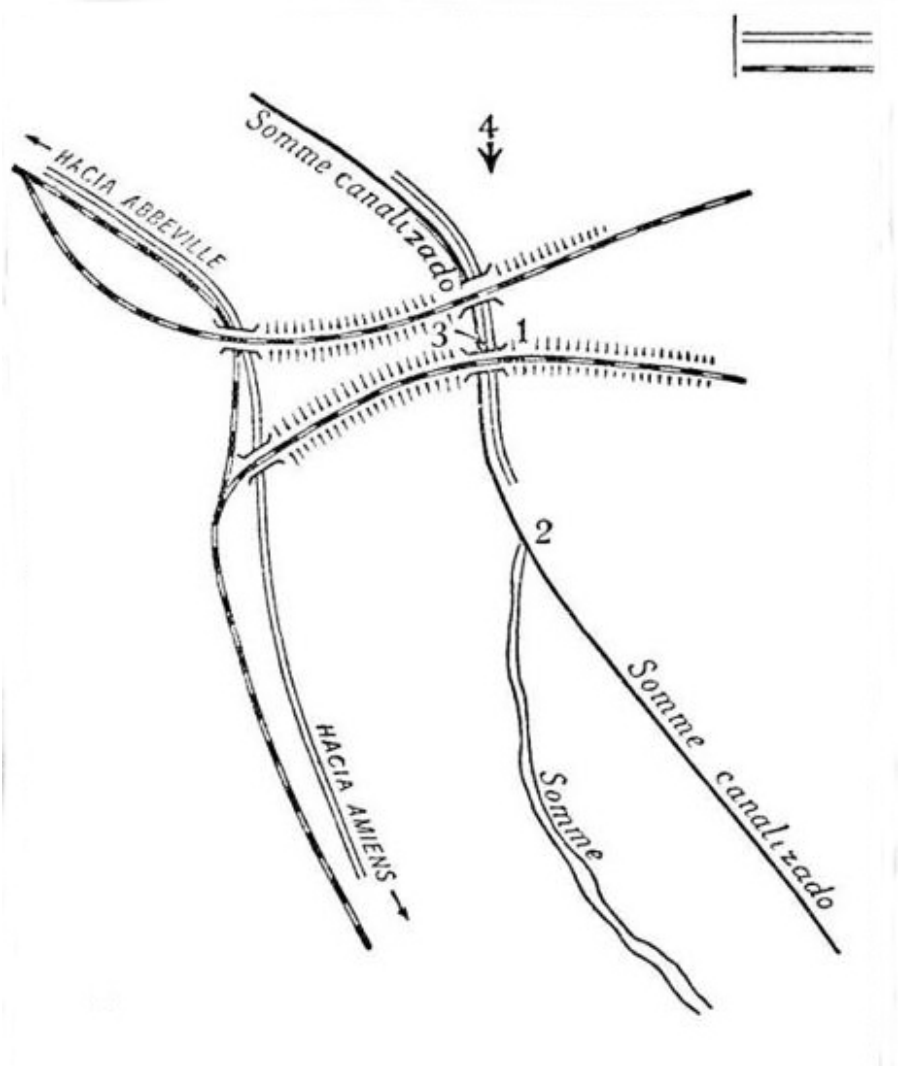
Regimiento de Fusileros, al mando del Coronel Von Unger, avanzaba lentamente, pero sin dificultades. De vez en cuando escuchábamos el tableteo de alguna ametralladora aislada. Dejé mi vehículo de transmisiones en la orilla norte, dando instrucciones a sus tripulantes para que lo hicieran cruzar en primer término, y me acerqué a los puentes del Somme, con el Teniente Luft. El vehículo de transmisiones atravesó el río a las seis, seguido de cerca por artillería, antitanques y el 25.° Regimiento Panzer. La operación proseguía con lentitud, por existir todavía rieles y traviesas que dificultaban el paso.

Entretanto, avancé con mi equipo de transmisiones hacia el lugar de la batalla. Nos fue algo difícil hacer que los vehículos remontaran las pendientes, desprovistas de carreteras o caminos. Acompañado por el Teniente Luft y el Cabo Heindereich, penetré unos metros en un campo de trigo, con objeto de observar con mis prismáticos a los dos batallones del 6.° Regimiento de Fusileros. Nos hallábamos a cierta distancia de nuestro vehículo, cuando de improviso vimos aparecer entre el trigo la cabeza de un soldado francés, que desapareció rápidamente.

Heindereich se adelantó, encontrando a un herido, aún con su ametralladora junto a él. Por las cercanías había más soldados, muertos o heridos. Al parecer, nuestra preparación artillera había castigado duramente las posiciones adversarias.

Entretanto, los vehículos en cabeza del Regimiento Panzer y las unidades de artillería y antitanques iban afluyendo a las pendientes del sudoeste del Somme. El Coronel Rothemburg, que había cruzado con su ayudante al frente de su regimiento, recibió órdenes de seguir al 6.° de Fusileros a lo largo de un amplio valle, hasta un punto situado tras la cota 116, don-

de debían tomar posiciones para un ataque contra Le Quesnoy (*8 Km. más allá del río*). El fuego de las ametralladoras francesas nos obligó a buscar cobijo varias veces, durante el curso de la entrevista.



El paso del Somme.

El tráfico por el puente había cesado otra vez. Un «Panzer IV» había perdido su cadena derecha y bloqueaba el paso, impidiendo el avance a los demás. Se realizaron tentativas para arrastrarlo, pero nada se pudo conseguir, a causa de

que las traviesas obstaculizaban el funcionamiento de las ruedas de caucho y amontonaban la grava ante ellas. Se perdió media hora mientras el carro era empujado de un lado a otro. Una vez retirado, la travesía prosiguió ordenadamente.

Hacia las nueve, el ataque hacia el sudoeste había progresado bastante. Con el fin de eliminar la resistencia enemiga en Hangest, que nos había impedido hasta entonces tender un puente allí, se lanzó todo un batallón acorazado contra el extremo occidental de la ciudad. Su misión consistía en apoderarse del sector, sin intentar la conquista de la localidad en sí, que más tarde sería limpiada por una compañía acorazada de zapadores, enviada con dicho propósito. Observamos la aproximación de la unidad, y poco después escuchamos el fuego de sus armas. Luego, los tanques torcieron hacia el oeste, pero muy pocos consiguieron llegar a la cima. Los demás se detuvieron por el camino. Aquella ruta no había sido escogida debidamente. Las tripulaciones de los tanques, que habían salido de los mismos, fueron atacadas súbitamente por fuego de ametralladoras que causó bajas, por hallarse en terreno completamente descubierto. Entretanto, un destacamento de autocañones, bajo el mando del Capitán Von Fischer, había llegado al lugar del encuentro, iniciando el bombardeo de los barrios occidentales de Hangest. Las demás fuerzas fueron enviadas a la cabeza de puente, con órdenes de prepararse para el ataque.

La limpieza de Hangest estaba ocasionando muchas molestias, y finalmente puse en juego al Batallón Motociclista, al mando del Capitán Von Hagen. La unidad formó desplegada para un ataque a pie, y estaba a punto de actuar cuando me dirigí de nuevo allá, para dar una rápida orden al Capitán Von Hagen. De improviso, mi vehículo blindado fue atacado por ametralladoras emplazadas en Hangest. Las balas rebota-

ron contra la coraza, pero por fortuna no la atravesaron, aunque algunas hicieron blanco en los soportes de las máquinas y la instalación antiaérea. Un suboficial que viajaba en el vehículo de transmisiones de ocho ruedas, a poca distancia de nosotros, no fue rápido en agachar la cabeza, y resultó gravemente herido. El enemigo continuó durante algún tiempo cubriendo la carretera con su fuego, pero finalmente el Batallón Motociclista atacó, consiguiendo su objetivo.

A partir de las doce fuertes concentraciones artilleras enemigas empezaron a bombardear el sector de nuestro cruce del Somme.

Los proyectiles caían en gran número y muy rápidamente sobre ambos lados de la carretera, por la que la división avanzaba lentamente, aunque de manera regular. Las alturas al oeste del Somme y las depresiones en las que nos estábamos reagrupando para el ataque eran también blanco de intermitentes salvas. Aunque las bajas eran pocas, el efecto moral empezaba a notarse. A las cabezas de puente del oeste del río continuaban afluyendo tropas de todas clases, y pronto la aglomeración fue extraordinaria.

Al mediodía, Heidkaemper me informó de que el ataque de la 5.ª División Panzer no empezaría hasta las cuatro de la tarde, y que la 2. División Motorizada había avanzado sólo 2 Km. En vista de ello ordené que el ataque se reanudara también a las cuatro.

Las órdenes eran de que el 25.° Regimiento Panzer avanzara, a través del 6.° Regimiento de Fusileros, hacia Le Quesnoy. El 37.° Batallón de Reconocimiento seguiría tras el primero, para proteger la retaguardia de sus flancos, abriendo fuego, al pasar, contra los bosques que se hallaban a ambos lados de su ruta. El 7.° Regimiento de Fusileros seguiría, más tarde, en sus camiones. Las órdenes para la artillería y anti-

aéreos eran de proteger a la división en el momento en que abandonase el sector de partida, y avanzar luego escalonadamente tras de aquélla. Una vez finalizado el ataque, el territorio conquistado sería ocupado por la infantería, disponiendo de artillería, antiaéreos y antitanques, situados en profundidad de tal manera, que se pudiera aportar el máximo apoyo contra cualquier reacción, ya del oeste ya del este.

Pude dar estas órdenes verbalmente, a pesar del fuego de artillería que continuaba cayendo intermitentemente en nuestro sector. A las cuatro en punto los tanques iniciaron el ataque. Las diversas armas trabajaban en tal perfecta coordinación, que semejaba un ejercicio de tiempos de paz. Las tropas coloniales francesas, atrincheradas en bosquecillos que cubrían las faldas meridionales de las cotas 116 y 104, se defendieron desesperadamente, ayudadas por buen número de cañones de campaña y antitanques. Sin embargo, los tanques y el Batallón de Reconocimiento arrojaron tal catarata de fuego sobre los bosques, al pasar, que la reacción enemiga se hizo más débil. Iba en mi coche blindado, con Luft, a retaguardia de la columna de tanques, y disfrutaba de buen contacto por radio con Heidkaemper y los regimientos. De vez en cuando alguna bala enemiga se estrellaba contra la armadura del vehículo, obligándonos a bajar la cabeza. En los arrabales de Quesnoy, hacia el norte, se estaba librando una batalla muy reñida. El Regimiento Panzer barrió al enemigo con su estilo usual, a pesar de haberse instalado habilidosamente alrededor de los barrios extremos.

Aquello se puso en evidencia especialmente en el muro que rodea el Castillo de Quesnoy, defendido por un batallón de tropas de color. A lo largo de aquél se habían practicado troneras, desde las que ametralladoras y antitanques vomitaban fuego contra nuestros carros. Pero ni aun así consiguie-

ron detenernos, porque el rápido disparo de nuestros blindados, en especial los «Panzer IV», aplastaron bien pronto a las fuerzas enemigas. Mientras un batallón de tanques rodeaba Quesnoy por el oeste Rothenburg llevó el grueso de sus fuerzas a lo largo del muro. Los carros blindados contuvieron lo suficiente al enemigo como para permitir que las unidades de infantería se les unieran.

Disparando sin un momento de reposo, los tanques se desparramaron por ambos lados de Le Quesnoy, desembocando en la amplia llanura del sur, prosiguiendo luego por campos de trigo, obligando a las fuerzas enemigas a rendirse o a quedar eliminadas por nuestro fuego. Se hicieron muchos prisioneros, la mayoría de ellos en estado de embriaguez. Eran en su mayor parte tropas de color. Como nuestro objetivo para aquel día, fijado por el Cuerpo de Ejército, era la comarca que se extiende al este de Hornoy, decidí continuar el ataque a las siete veinticinco a través de Montagne-leFayel y Camps Amienois. Se cursaron órdenes con toda rapidez. Una gran concentración de tropas enemigas en el Bosque de Riencourt quedó destruida por el fuego de los tanques del Regimiento Panzer, según avanzaba éste. Más allá, a nuestra izquierda, una gigantesca columna de humo surgía de un transporte de petróleo incendiado, y numerosos caballos enjaezados galopaban, presas de terror, por la llanura. Luego estallaron dentro del dispositivo de la división numerosos proyectiles de artillería, procedentes del sudoeste, que no detuvieron nuestro avance. Sobre un amplio frente, y en gran profundidad, tanques, antiaéreos y cañones de campaña avanzaban por el país, al este de la carretera, con los soldados montados en sus vehículos de transporte. Espesas columnas de polvo se levantaban hacia el cielo vespertino, sobre la despejada región.

Llegó una orden del Cuerpo de Ejército, rehusando autorizar el avance hacia Montagne-le-Fayel (*13 Km. más allá del Somme*) a causa del peligro que correría la división de ser atacada por nuestros propios aviones en picado. En consecuencia, cursé órdenes verbales y por radio para que se detuviera la progresión, y las unidades se atrincheraran en el sector en que se hallaban. Ello nos obligó a un duro encuentro con fuerzas enemigas numerosas, especialmente en nuestro flanco derecho. También aparecieron tanques, pero fueron eliminados fácilmente por nuestras piezas antiaéreas de 88 mm., antitanques y carros. Durante algún tiempo el territorio enemigo que se extendía al sur, al este e incluso al oeste, fue concienzudamente bombardeado por cuantas piezas se hallaban a nuestra disposición, lo cual hizo desistir a los franceses de cualquier ulterior ataque. A las nueve transmití un mensaje a la Plana Mayor divisionaria: «Calma absoluta frente a nosotros. El enemigo está deshecho». Luego regresé al puesto de mando.

Abandoné este último a primera hora de la mañana siguiente, 6 de junio, llevando a Hanke de escolta, con el fin de dirigirme al lugar en que se hallaba el 25.° Regimiento Panzer. La noche anterior se habían iniciado en varios lugares duros encuentros contra tanques y tropas de color. Una batería antiaérea había perdido varias piezas de 88 mm. en una acción contra la artillería enemiga. Eran las nueve cuando conseguí reunir a los jefes de regimiento y batallón para informarles sobre las operaciones de la jornada.

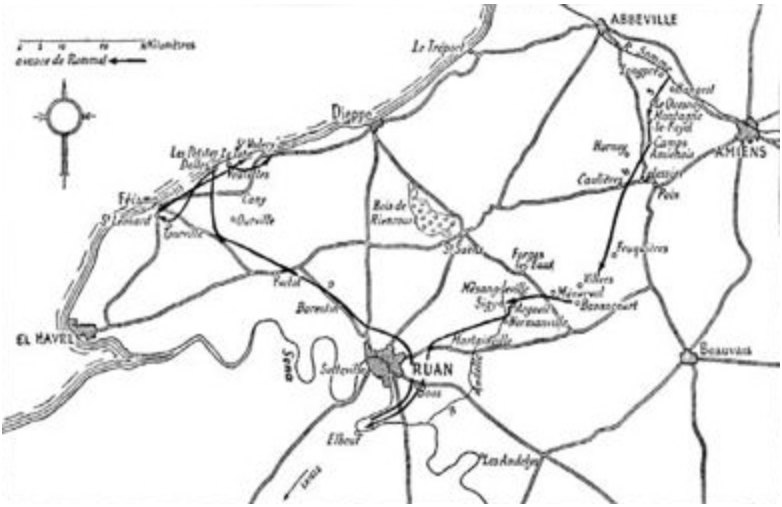
El ataque empezó a las diez. Seguimos a poca distancia al Regimiento Panzer. La división, desplegada sobre un frente de 2 Km., parecía realizar un ejercicio. Avanzamos por las desigualdades del terreno, en línea recta, sin perder la formación. Los vehículos rodaban bien, incluso aquellos que no

estaban preparados para trayectos a campo traviesa. Como los tanques tropezaban con frecuencia con fuerzas enemigas, el avance era lo suficiente lento como para permitir a la infantería no perder el contacto. Hermilly fue tomado por elementos del 7.° Regimiento de Fusileros, tras enconada lucha. El Regimiento Panzer se movía más al sur, sobre un amplio frente, cruzando la carretera CauliéresEplessier (*a 32 Km. del Somme*) sin un disparo. Se detuvo a algunos paisanos que conducían sus vehículos por aquélla. Densas nubes de polvo que se elevaban por retaguardia indicaban que el 6.° Regimiento de Fusileros afluía con sus camiones al sector.

El 7 de junio Rommel dio una embestida de más de 48 Km., dividiendo al 10.° Ejército francés, que defendía el sector entre Amiens y el mar. Dos divisiones inglesas, la 51.ª de Highlanders y la 1.ª Acorazada, se encontraban incluidas en aquél; la 51.ª en el flanco costero.

Hacia las nueve abandoné el Cuartel General Divisionario, que se encontraba en Camps, acompañado de Schraepler, para dirigirme a Epléssier, pasando por Poix. En la carretera nos tropezamos con numerosas columnas de tracción animal y cañones de la 6.ª División. El propio Poix había sufrido severos bombardeos, y barricadas de sacos terreros habían sido levantadas por los franceses en todas las carreteras. Sin embargo, apenas si existían señales de lucha. La localidad estaba ardiendo en muchos lugares.

En Epléssier sostuve una breve entrevista con el Jefe del Cuerpo de Ejército, General Hoth, el cual, tras unas palabras de agradecimiento y alabanza para las hazañas de la 7.ª División Panzer al sur del Somme, y una breve noticia de los futuros planes, convino en el ataque preparado para el 7 de junio. Incluso pensó que, dada la situación del enemigo, pudiera llegarse hasta Rouen.



La ofensiva de Rommel hacia Elbeuf y Saint-Valery.

Partimos entonces hacia la cota 184, al sur de Thieulloy la Ville, desde cuyo punto se había ordenado a la columna de la izquierda lanzar su ataque a las diez. Por el camino pasamos al 6.° Regimiento de Fusileros y al 37.° Batallón de Reconocimiento. En la cota 184 sostuve otra rápida discusión con Rothenburg, insistiendo sobre lo que debía tenerse en cuenta durante la progresión de aquel día: evitar los pueblos —muchos de ellos defendidos por barricadas— y las carreteras principales, y marchar a campo traviesa, asegurándose la aparición por sorpresa en el flanco y retaguardia enemigos.

Un avance de tal género, evitando las carreteras, fue intentado en muy raras ocasiones por las fuerzas acorazadas de los aliados en 1944-1945. Muchos de los retrasos sufridos se hubieran evitado con la utilización de dicho método.

Los tanques iniciaron la marcha.

Tras algunos retrasos, ocasionados por errores de orientación y correcciones muy lentas en los mapas, el ataque del Regimiento Panzer continuó de manera tranquila.

Proseguimos sobre campos desprovistos de toda vía de comunicación, ascendiendo y descendiendo pendientes y atra-

vesando arbustos, vallas y altos trigales. El camino escogido por los tanques era tan llano, que incluso los vehículos menos apropiados para aquella clase de ruta, pertenecientes al 37.° Batallón de Reconocimiento y al 6.° Regimiento de Fusileros, seguían las huellas dejadas por las cadenas de los primeros.

No tropezamos con tropas enemigas, aparte de soldados desperdigados, pero la cantidad de vehículos militares y de caballos abandonados indicaban que sus dueños habían huido poco antes de nuestra llegada. Capturamos a cuatro soldados franceses, cerca de Feuquieres. A pesar de estar gravemente herido, uno de ellos prosiguió disparando sobre nuestros tanques hasta que éstos se encontraron muy cerca. En las carreteras se veían fugitivos, tanto paisanos como militares, y a veces incluso sorprendíamos a camiones de refugiados en pleno campo, con sus ocupantes, hombres, mujeres y niños, ocultos bajo ellos, presas de un pánico mortal. Al pasar les gritamos que regresaran a sus hogares.

Al este de Villers, dos cañones de infantería y un tanque ligero abrieron fuego contra nuestros blindados. Se les eliminó rápidamente. Sus sirvientes, es decir, los que seguían con vida, huyeron al bosque.

Desde Bazancourt, nuestra ruta prosiguió primero por caminos vecinales y luego a campo traviesa hasta las alturas de Menerval, que alcanzamos a las cinco treinta de la tarde, sin haber entablado combate. Al pasar ante las granjas veíamos a sus habitantes empaquetarlo todo rápidamente, arrojando las ropas de cama desde el piso superior al patio. Toda aquella gente habría huido de no haber sido por nuestra rápida llegada.

En otros lugares veíamos carros, cargados hasta el máximo, con sus caballos uncidos; mujeres y niños echaban a co-

rrer al vernos, sin que, a pesar de nuestros gritos, pudiéramos persuadirlos a regresar. La única excepción ocurrió en la colina de Menerval, donde encontramos a un granjero que en la anterior contienda había estado en Alemania como prisionero de guerra. Se acercó a nosotros inmediatamente, con toda su familia, nos estrechó la mano y fue a la bodega en busca de unas botellas de sidra con las que obsequiar a los sedientos soldados. Nos dijo que como conocía a los alemanes, no les tenía miedo alguno.

Mientras el 25.° Regimiento Panzer tomaba posesión de las alturas alrededor de Menerval (a 70 *Km. del Somme*), el 37.° Batallón de Reconocimiento recibió la orden de examinar el terreno, al oeste y sudoeste, hasta el río Andelle (a *11 Km. de Menerval*), a ambos lados de Sigy, y trasladar el grueso de sus fuerzas hasta Mesangueville, su objetivo inmediato.

Tras haber comprobado que el Regimiento Panzer había ocupado las importantes alturas alrededor de Menerval, me dirigí a la Compañía de Carros del Capitán Schultz, que había recibido el encargo de avanzar hacia la comarca boscosa situada al oeste de Saumont y alcanzar la vía férrea. La aparición de tropas alemanas en la carretera principal de París a Dieppe, cerca de Saumont (*proximidades de Forges-les-Eaux*), había señalado el destino de muchos vehículos franceses. Para cuando llegué, más de cuarenta habían sido apresados, y era todavía mucho el tráfico que llegaba de ambas direcciones. La Compañía de Carros de Schultz había obtenido un gran éxito en los bosques al este de Saumont, donde ocupó un gran depósito de municiones. Tras encarnizada lucha en algunos lugares, capturaron en muy poco tiempo trescientos prisioneros, incluyendo la intendencia de un Cuerpo de Ejército francés, así como diez vehículos blindados y cien camiones.

Mientras regresábamos por la carretera Dieppe-París, pasamos junto a un tanquista alemán que conducía un tractor francés con un carro tras él. El rostro del joven soldado estaba radiante de alegría, a causa de su éxito. Regresamos al nuevo Cuartel General de la División, instalado en Marcoquet. Como de costumbre, resultaba difícil abrirse paso por las estrechas y polvorientas carreteras, obstaculizadas por las largas columnas que afluían al frente, y era de noche cuando llegamos a nuestro destino. Encontramos al oficial de Información, Comandante Ziegler, interrogando en el patio a cierto número de oficiales franceses e ingleses. Los prisioneros y el botín capturados durante la jornada se elevaban a cifras tremendas, y éstas seguían aumentando conforme pasaban las horas. Nuestras pérdidas eran insignificantes.

7 junio 1940.

Queridísima Lu:

Tu cumpleaños ha sido una fecha espléndida para nosotros. Hemos actuado sin descanso. En el bando opuesto se observan síntomas cada vez más evidentes de desintegración. Seguimos todos muy muy bien. He dormido como un topo.

El Andelle estaba defendido por una débil línea de efectivos ingleses. Para enfrentarse a la situación creada por la ruptura alemana se había colocado apresuradamente una fuerza improvisada de nueve batallones de infantería, compuestos por tropas de transmisiones, que se situaron en una línea de un centenar de kilómetros, desde Dieppe al Sena, con el fin de cubrir Rouen. No disponía de artillería, y sólo de unos cuantos antitanques, pero la 1.ª División Acorazada, que se aprovisionaba en retaguardia, consiguió reunir una brigada con noventa tanques, que debía sostener el centro de la línea. Rommel atravesó el Andelle al día siguiente, en un

punto situado entre las dos fracciones principales de esta brigada, que entonces se retiró hacia el sur, y consiguió deslizarse a través del Sena, en Gaillon, evitando su copo.

El 8 de junio visité al Ia, en Corps, poco después de las seis, informándole de la posición y proponiendo efectuar el ataque planeado contra Rouen. Sugerí que la 7.ª División Panzer incidiera hasta un punto situado a 7 Km. al este de la ciudad, simulando un ataque directo, protegido por la artillería, tras de lo cual el grueso de la división torcería hacia el sudoeste, al objeto de apoderarse de los puentes del Sena en Elbeuf (*a 23 Km. al sudoeste de Rouen*), por medio de un golpe de mano, aislando la curva del río.

Tras haber recibido la aprobación del Ia, salí sin perder tiempo, con mis oficiales de escolta, hacia la iglesia de Menerval, donde indiqué a los comandantes que se reunieran conmigo a las ocho y media para recibir instrucciones verbales. Con el fin de acelerar los procedimientos, tomé el batallón de cabeza bajo mi mando personal. A las diez y media se inició la marcha. Los ataques aéreos enemigos a baja altura sobre el batallón tuvieron escaso éxito. Nuestra defensa era demasiado enérgica. Pasamos por los barrios del sur de Argeuil, sin observar en la ciudad señal de tropas enemigas. El grueso de la División recibió orden de continuar, y todo siguió como hasta entonces hasta Sigy, donde la Compañía Panzer, que iba ahora en cabeza, hubo de enfrentarse al fuego adversario, contestando de manera eficaz e inmediata.

Durante aquella escaramuza el enemigo voló el puente sobre el Andelle. Habíamos observado el curso de la acción desde un lugar situado a algunos centenares de metros. La batería de obuses que se hallaba a escasa distancia tras de nosotros, adelantó hasta terreno despejado, entrando en acción. Llegó una Compañía Motociclista y se emplazaron

unas piezas antiaéreas. Las carreteras estaban libres, y los vehículos se protegieron junto a un talud cercano. Entretanto, sopesé las posibilidades de que los tanques pasaran el río, encontrando un punto, a 400 m. al sur de Sigy, donde podía intentarse el cruce. Se llevó allí inmediatamente a parte de la Compañía Panzer, que atravesó el río, en apoyo de la infantería situada ya al otro lado.

Aunque la profundidad fuese superior a 1 m., cerca de la orilla izquierda, los primeros tanques cruzaron sin dificultades, y pronto rebasaron a la infantería. Sin embargo, cuando el primer «Panzer II» lo intentó, su motor se detuvo en mitad mismo de la corriente, impidiendo el paso a los que seguían. Entretanto, varios soldados ingleses habían vadeado hacia nosotros llevando los brazos en alto, y con su ayuda nuestros motociclistas mejoraron las condiciones existentes. Enormes pedazos del puente demolido del ferrocarril fueron arrojados a la parte más profunda. Se talaron los sauces de la ribera, para utilizarlos en la formación de un paso. Uno de los «Panzer III» que ya había cruzado, retrocedió para remolcar al otro.

En aquel momento se me avisó por radio de que el Teniente Sauvant y su patrulla de reconocimiento había impedido que el enemigo preparase la voladura de los puentes de carretera y ferrocarril en Normanville. Sauvant los retenía a ambos y estaba creando una cabeza de puente al otro lado del río con sus soldados.

Ante tan buenas noticias inicié la acción en Sygi, y lancé a todas las fuerzas hacia el sur, a la máxima velocidad, con el fin de cruzar el Andelle en Normanville. El grupo de asalto de la división cruzó el puente y prosiguió su avance hacia el oeste. Sygi fue tomado desde el oeste a las dos de la tarde, capturándose cien prisioneros ingleses.

Nuestra ruta evitaba ahora los pueblos, siempre que fuera posible. En días anteriores habíamos obtenido buenos resultados al atacar lejos de las carreteras. El 25.° Regimiento Panzer se puso en movimiento puntualmente. Al principio no encontramos tropas enemigas en las aldeas que atravesábamos. Transcurrido algún tiempo descubrimos que enlaces y coches enemigos viajaban junto con nuestra columna de tanques. Aquí y allá se oían tiros aislados.

Hacia las ocho, una compañía del Regimiento Panzer fue enviada, por la carretera de Rouen, para tomar el cruce situado a 8 Km. al este de la ciudad, organizando la protección para la artillería y los antitanques, que iban a ser mandados hacia allá. Mi propósito era el de ocasionar alarma entre las fuerzas enemigas, alrededor de Rouen, estableciendo una barrera a larga distancia, para engañarlos luego, llevando a cabo mi plan, que consistía en tomar los puentes del Sena en Elbeuf, a última hora de la tarde. La Compañía Panzer llegó al cruce de carreteras hacia las ocho, pero la columna de la izquierda no adelantó tanto como yo hubiera deseado —al parecer, la extrema retaguardia se había enzarzado en un combate alrededor de Martainville—, y en consecuencia, no pudimos desplegar con rapidez a la artillería pesada y a los antiaéreos alrededor del cruce.

El encuentro en cuestión debió ser una escaramuza con la retaguardia de la fuerza británica improvisada, que se retiraba hacia el sur, a través de la línea de avance de Rommel. El modo en que éste tropezó repetidas veces con fuerzas inglesas durante esta primera y breve campaña, cruzándose sus respectivos trayectos, fue como un. presagio de lo que debía ocurrir en años futuros.

Mientras se hacía lentamente de noche, esperé en vano a la columna, hasta que parte del 7.° Regimiento de Fusileros

apareció por fin. Ocurrió que la columna de la derecha también sostenía vivo combate, y el rumor de la batalla se acercaba a veces tanto, que en vista de ello nos vimos obligados a abandonar la carretera y buscar cobijo entre los matorrales. Luego empezaron a llegar prisioneros de todas partes y a descubrirse vehículos enemigos estacionados bajo camuflajes. Por último, y poco antes de que la obscuridad fuera completa, llegó un mensaje notificando que la columna de la derecha había tomado el cruce de carreteras situado a 8 Km. al este de Rouen, estableciendo contacto con la columna de la izquierda. Partimos rápidamente hacia donde se encontraba el 25.° Regimiento Panzer, al que debía dar órdenes para la toma de los puentes del Sena. Quince minutos más tarde la columna de la izquierda, consistente en el 25.° Regimiento Panzer y en el 7.° Batallón Motociclista, avanzó como vanguardia de la marcha sobre el Sena. Las transmisiones iban con el Regimiento Panzer. Pronto fue de noche. Pasamos ante un carro enemigo abandonado, que parecía haber perdido una cadena.

Mientras cruzábamos la carretera principal, entre Rouen y Pont St. Pierre, en el extremo oriental de Boos, la cola del 25.° Regimiento Panzer sufrió el fuego de un tanque o antitanque enemigo situado a unos 100 m. Probablemente los tripulantes de nuestros carros no oyeron los estampidos, a causa del ruido de sus propios motores, porque, transcurrido un minuto, ninguno de ellos había contestado, y la columna proseguía normalmente su camino hacia el sudoeste. La pieza enemiga pudo disparar diez o quince proyectiles sin obtener respuesta. Resultó extraordinario que ninguno de nuestros tanques resultara tocado. Con el fin de advertir a las tripulaciones esta amenaza sobre su flanco derecho, di orden al jefe del carro blindado más próximo de abrir fuego contra el

enemigo con balas trazadoras. Ello hizo entrar en acción a los demás carros, silenciando al antitanque enemigo. Luego proseguimos nuestra marcha en la noche.

Las dificultades eran grandes, a causa de la obscuridad y de los errores de los mapas. El rumor de nuestro paso, mientras atravesábamos los pueblos, despertaba a la gente, que salía a vitorearnos..., creyéndonos ingleses. Pasamos junto a una batería antiaérea. Todavía había luz en el cuerpo de guardia, y los centinelas nos rindieron honores. No fue hasta la mañana siguiente cuando descubrimos que varias ametralladoras antiaéreas habían permanecido listas para la acción a pocos metros de distancia. En Les Authieux torcimos hacia el sur, llegando al mediodía al pueblo de Sotteville, siendo la primera formación alemana que alcanzaba el Sena.

Los frenos de los tanques chirriaban sobre la tortuosa carretera. Alguna luz intermitente brillaba al otro lado del río, y también en varios puntos de la línea férrea que corría por el valle del Sena. No se veían tropas enemigas, y todo parecía preparado para nuestro empujón hacia los puentes, situados tan sólo a 15 Km. de distancia.

Las comunicaciones por radio habían fallado, como suele ocurrir por la noche, y desde hacía bastante tiempo no teníamos contacto con la Plana Mayor divisionaria y las demás columnas. La de tanques rodaba en dirección a Elbeuf, descendiendo el valle del Sena. Cuando penetrábamos bajo un puente del ferrocarril, una mujer salió de una casa a la derecha de la carretera, corrió hacia mi coche de mando y, cogiéndome por el brazo, me preguntó ansiosamente si éramos ingleses. Mi respuesta pareció sorprenderla dolorosamente. Hice detener al Regimiento Panzer, y al Batallón Motociclista, reforzado con cinco «Panzers», lo puse a la vanguardia, pasando ante aquél. Los motociclistas marcharían en cabeza,

mandando destacamentos apoyados por tanques para apoderarse de los dos puentes en Elbeuf. Su misión consistía en mantenerse firmes, conservando el paso abierto. Se empleó algún tiempo en hacer pasar al batallón por entre el Regimiento Panzer y formar de nuevo con sus tanques. Seguíamos incomunicados con el resto de la división.

El reloj marcaba la una y media, mientras esperábamos ansiosamente noticias de los destacamentos de asalto, que debían haber llegado desde mucho tiempo antes a los puentes. Poco después de las dos me puse en camino hacia Elbeuf, a la cabeza del 25.° Regimiento Panzer, para ver personalmente lo ocurrido. Dentro de dos horas amanecería, y entonces resultaría una imprudencia el permanecer en columna en la carretera del valle del Sena, porque el enemigo tendría probablemente emplazada artillería en la orilla sur. Mi deseo era situar el grueso de mis fuerzas, costara lo que costara, en las alturas a uno u otro lado del Sena antes de amanecer.

En Elbeuf encontramos una terrible confusión de vehículos que se agolpaban en las estrechas calles, y me vi obligado a proseguir a pie para alcanzar la cabeza del 7.° Batallón Motociclista. Una vez allí, me encontré con que los destacamentos de asalto no habían realizado aún su tentativa sobre los puentes, aunque el batallón llevaba en Elbeuf más de una hora. Se me informó de que al entrar dicha unidad en la población se había encontrado los puentes atestados de vehículos militares y particulares que discurrían en animado tráfico. Un oficial me dijo también que habían sonado ya disparos junto a aquéllos.

La situación era confusa y las probabilidades de éxito muy escasas después de que el batallón había permanecido en la ciudad una hora completa a pocos centenares de metros de los objetivos. Sin embargo, debía quedar algún medio de

conseguir nuestro propósito, y ordené a su jefe que lanzara inmediatamente el asalto sobre los dos puentes. Al amparo de la obscuridad me acerqué cuanto pude a aquéllos. Se veían paisanos por la calle, así como barricadas de sacos terreros en los cruces. En una de ellas yacía el cadáver de un soldado francés. Transcurrieron minutos valiosos mientras se formaban las patrullas de asalto. Por fin la primera de ellas se puso en camino. Eran poco antes de las tres (*9 de junio*). Pero no lograron alcanzar el puente, porque el enemigo lo voló antes de que hubieran recorrido 100 m. Lo mismo ocurrió con la segunda patrulla, minutos más tarde. A continuación sonaron fuertes detonaciones en el este y el oeste, las unas cercanas y las otras distantes. Los franceses habían volado todos los pasos del Sena.

Estaba profundamente irritado ante el fracaso de nuestra empresa. No tenía idea de dónde pudiera encontrarse el grueso de la división. Tras de nosotros teníamos pueblos ocupados por el enemigo, que habíamos atravesado durante la noche, y al amanecer vi dos globos de observación cerca de Rouen. Las apariencias hacían suponer que habría combate, y en consecuencia decidí retroceder de la estrecha península en la que nos encontrábamos. Las tropas efectuaron rápidamente el movimiento. Por fortuna el valle del Sena estaba envuelto por la niebla y no debíamos temer fuego enemigo desde la orilla opuesta.

9 junio 1940.

Queridísima Lu:

Dos días espléndidos de persecución, primero hacia el sur y luego hacia el sudoeste. Un éxito de clamor. Ayer 72 Km.

10 junio 1940

(cinco mañana)

Pronto estaremos en el mar, entre el Somme y el Sena. Mi forma es espléndida, aunque no paro un momento. Nuestros éxitos son tremendos, y considero inevitable que el bando opuesto se derrumbe de un momento a otro.

Nunca pudimos imaginar que la campaña del Oeste fuese así. No he recibido carta tuya desde hace varios días.

La división empezó la limpieza del territorio conquistado. Entretanto, Rouen había caído en manos de la 5.ª División Panzer. A hora más avanzada de aquella misma tarde mi división recibió instrucciones para preparar una arremetida contra el Havre; al anochecer llegó la orden definitiva del Cuerpo de Ejército. El plan consistía en un rápido avance hacia la costa, con el fin de cortar la huida de dos o tres divisiones de infantería francesas e inglesas y uno o dos batallones de tanques que marchaban hacia el Havre. El 25.° Regimiento Panzer recibió instrucciones para trasladarse al distrito sudoeste de Pissy. El Batallón Acorazado de Reconocimiento ocuparía la salida oriental de Yvetot (*35 Km. al noroeste de Rouen*) con la máxima rapidez, intentando después dirigirse hacia el mar. Proyectaba seguir al Batallón de Reconocimiento con el grueso de mi división a la velocidad máxima, y luego desembocar en la costa.

Aquello significaba que, tras haber llegado al Sena, Rommel debía torcer en ángulo recto, hade el noroeste, tras su avance hacia el sudoeste desde el Somme al Sena.

A las siete y media (*10 de junio*) partí, rodeando el norte de Rouen en dirección a Barentin, dando órdenes por radio para que la división se me uniera enseguida. El Batallón de Reconocimiento informó de que existían demoliciones en la carretera al este de Yvetot. Asimismo notificaba la captura de prisioneros ingleses, con o sin vehículos. Un paisano, que aseguraba haber salido del Havre a las cinco de la mañana,

me fue traído para proceder a su interrogatorio. A mis preguntas, que le fueron traducidas por un oficial, replicó que el día anterior solamente había visto a unos cuantos soldados ingleses sentados en los cafés, pero sin formar unidades concretas. En varios puntos de la carretera se habían preparado demoliciones desde una semana antes, pero no existían sectores minados y era posible pasar evitando los lugares destruidos. Aquel hombre, que afirmaba querer trasladarse a París, me dio la impresión de ser sincero. No había que preocuparse, pues, por un movimiento enemigo procedente del Havre. Las declaraciones fueron transmitidas por radio. Tras haberse repostado de gasolina, el Regimiento Panzer partió hacia Yvetot a las nueve veinte. Di órdenes para que el Batallón de Reconocimiento procediera a una exploración del terreno hacia Veulettes (*en la costa y a 32 Km. al norte de Yvetot*).

Apenas cursadas dichas órdenes, llegó una información por radio, procedente del Mayor Heidkaemper, según la cual se había visto a una poderosa fuerza motorizada enemiga trasladándose hacia el oeste desde el bosque situado al norte de St. Saéns. Según todos los cálculos, dicha fuerza debía estar aproximándose a Yvetot. Ordené al Batallón de Reconocimiento que bloqueara inmediatamente la carretera St. Saéns-Yvetot y abriera fuego con la máxima rapidez sobre la unidad enemiga. Hice también que una batería pesada y otra ligera de antiaéreos reforzaran al Regimiento Panzer, y yo partí con ellos sin perder un instante hacia Yvetot. Llegué a la bifurcación del este poco antes de las diez, y minutos después aparecían las baterías antiaéreas, que se emplazaron con celeridad y recibieron orden de someter la carretera a un fuego concentrado, ya que por aquélla empezaban a asomar gran número de vehículos enemigos.

Cuando el Regimiento Panzer dio vista a Yvetot, hacia las diez y media, lancé al Batallón de Reconocimiento contra el cruce de carreteras, a 3 Km. al este de Ourville, seguido de cerca por el Regimiento Panzer. Coloqué a la Sección de Transmisiones inmediatamente detrás de los primeros tanques. Todas las demás unidades de la división recibieron orden por radio, de avanzar cuanto pudieran. Ahora eran dos columnas las que seguían la carretera, a veces una junto a otra, con los tanques a la izquierda y el Batallón de Reconocimiento a la derecha. Siempre que el terreno lo permitía, los carros utilizaban la carretera. La división se lanzaba hacia el mar a una velocidad media que oscilaba entre los 40 y los 65 Km. por hora. Había cursado órdenes, por medio del Cuartel General, para que todas las unidades avanzaran al máximo de su rendimiento. Hasta entonces no habíamos tropezado con fuerzas enemigas dignas de mención.

Cuando nos aproximábamos a la carretera principal Cany-Fécamp, un enlace del Batallón de Reconocimiento informó de que el Capitán Von Luck había encontrado columnas de camiones, que estaba procediendo a rodear. Nos dirigimos enseguida hacia allá, encontrándonos con que, mientras algunos vehículos aislados habían conseguido escapar hacia el oeste, otros estaban detenidos en el sector este. Se trataba, sin duda, de una importante formación. Ordené a los tanques de vanguardia, que estaban llegando en aquel momento, así como a los vehículos blindados y antiaéreos ligeros, que abrieran fuego contra el enemigo estacionado en la carretera. Transcurrido algún tiempo, buen número de soldados franceses e ingleses acudieron corriendo hacia nosotros. Un rápido interrogatorio nos reveló que se trataba de la vanguardia de la 31.ª División francesa, que aquella tarde debía embarcar en Fécamp. Había también algunas unidades ingle-

sas desperdigadas. La columna fue dislocada con toda rapidez, y mientras antiaéreos y vehículos blindados sometían a su fuego la carretera, la vanguardia de la división continuó su camino hacia el mar. Me situé con mi Sección de Transmisiones a la cabeza del regimiento, atravesando Les Petites Dalles, y enseguida llegamos a la costa (*16 Km. al este de Fécamp y 10 al oeste de Veulettes*).

La vista del mar y los acantilados nos emocionó a todos. Habíamos alcanzado la costa de Francia. Saltamos de nuestros vehículos y nos acercamos a la playa, dejando que las olas mojaran nuestras botas. Varios enlaces, que vestían largos impermeables, penetraron en el mar, hasta que el agua les llegó más arriba de las rodillas. Hube de llamarles. Detrás de nosotros llegó Rothenburg en su tanque de mando, y tras franquear los taludes, descendió hasta la arena. Nuestra tarea estaba cumplida. La ruta enemiga hacia el Havre y Fécamp se había cerrado.

Poco después llegó el Coronel Fürst, jefe de la brigada, acompañado por el coronel de un regimiento francés y varios oficiales. El coronel sentíase fuertemente impresionado por la rapidez de nuestro avance, pero, aparte de esto, resultó imposible sacarle nada.

El Batallón de Reconocimiento informó de que fuerzas enemigas situadas en una altura al este de Fécamp, ejercían fuerte presión sobre ellos. Tras discutir brevemente con Heidkaemper los detalles esenciales de la situación, me dirigí a Fécamp, encontrándome con que el Batallón de Reconocimiento había conseguido, entretanto, hacerse dueño de la situación. Una patrulla de asalto al mando del Teniente Sauvant había capturado una batería de defensa costera, que estuvo disparando contra el batallón. Nos acercamos a la batería, y, abandonando nuestros vehículos, recorrimos a pie los

últimos 200 m., ya que los cañones enemigos continuaban en acción, desde el lado occidental de la ciudad y las alturas del sur. Desde aquella posición disfrutábamos de una excelente vista sobre la ciudad y el puerto, donde aún se encontraban numerosas fuerzas enemigas.

Con la llegada de las dos Compañías Panzer y el Batallón Motociclista, mandados en auxilio del Batallón de Reconocimiento, decidí proseguir por los barrios del este de Fécamp hasta las alturas del sur. Mi deseo era impedir que las tropas enemigas escaparan hacia el sur, así como apoderarme del puerto lo antes posible. Aquella acción originó una serie de choques que nos obligaron a cambiar de plan. Finalmente, partimos por Tourville, con intención de realizar una incursión desde la carretera, ascendiendo hacia St. Leonard. No podíamos perder un segundo, porque eran ya las diez de la noche. Durante el descenso hacia Tourville los trabajadores de una fábrica nos hicieron objeto de una calurosísima acogida, tomándonos sin duda por ingleses. Al sur de Tourville embestimos unas fortificaciones, en el mismo momento en que motoristas ingleses se dirigían también hacia ellas, procedentes de Fécamp. Al vernos, se quedaron un instante perplejos, dieron media vuelta y emprendieron la huida. La tripulación de mi coche de mando quiso abrir fuego, pero los detuve, porque andábamos escasos de tiempo, y lo que era peor aún, hubiésemos revelado al enemigo nuestro movimiento envolvente, provocando la alarma en el sector. Un paisano al que nos encontramos en la carretera, señaló hacia el norte diciendo que por allí se encontraban todavía muchas tropas inglesas. Poco después el tanque de vanguardia disparaba unos cuantos cañonazos. No pude comprender a qué sería debido, y no escuchando reacción enemiga, avancé, observando que el fuego se dirigía contra un blocao. Con me-

nos de una hora por delante, antes de que cerrara la noche, que prometía ser muy obscura, no pude arriesgarme a un lento y cauteloso avance. En consecuencia, pedí a los tanques que embistieran rápidamente hacia St. Leonard, tanto por la carretera como por sus costados. Durante un rato, los conduje yo mismo por la calle central del pueblo, sin que nos dispararan un solo tiro. De nuevo en terreno despejado, vimos que los ingleses habían alejado sus vehículos de la carretera, ocultándolos entre matorrales y setos. Unos cuantos de ellos fueron apresados por la infantería y los tanques que venían detrás. No disponíamos de tiempo para detenernos, y continuamos a toda marcha hacia St. Leonard. Los motoristas que seguían nuestro avance sostuvieron una breve y victoriosa escaramuza contra los ingleses.

El Capitán Von Hagen recibió órdenes de ocupar con seis tanques las dos carreteras que partían de Fécamp y atravesaban St. Leonard, bloqueando su tráfico y estableciendo una defensa a ultranza. Nuestro propósito se consiguió sin lucha. Tuvo lugar un embotellamiento peligroso, cuando los motoristas empezaron a filtrarse por entre las dos compañías acorazadas, mientras éstas daban la vuelta para regresar. Había ordenado a las mencionadas compañías que se unieran de nuevo a su regimiento, una vez el Batallón Motociclista hubiese llegado a St. Leonard. Sabiendo que sería de mucha importancia el que, a la mañana siguiente, me encontrara en el Cuartel General de la División, decidí regresar con los tanques.

Iniciamos el recorrido a las once, con la carretera aún sólidamente bloqueada por el Batallón Motociclista. Sólo una compañía acorazada pudo acompañarnos. Marchábamos detrás del tercer tanque. Por el camino pasamos ante cierto número de vehículos enemigos, que al parecer tropezaron en la

obscuridad con el Batallón Motociclista. Sus tripulaciones fueron hechas prisioneras. La mayoría de aquellos hombres parecían haber opuesto viva resistencia. De repente nos hicieron fuego antitanque desde un pueblo situado enfrente, y el carro de cabeza fue tocado en la cadena. Luego, la pieza empezó a disparar sobre la carretera. Los proyectiles pasaban por encima de nuestras cabezas. Los tanques de vanguardia se dirigieron a los taludes que bordeaban la ruta, sin contestar al fuego, mientras el que había sido tocado proseguía en el mismo lugar. Mi vehículo quedaba, pues, a 150 m. del antitanque enemigo, que disparaba un proyectil tras otro, haciéndolos silbar a pocos centímetros de nosotros. Desde luego, la situación tenía muy poco de agradable. Transcurridos dos o tres minutos, nuestros tanques continuaban sin contestar. Salté de mi vehículo y corrí hacia el «Panzer II» que se había situado a la izquierda, donde me encontré también al jefe del tanque de vanguardia, a quien dije lo que pensaba de él, por no haber abierto fuego inmediatamente, así como por haber abandonado su carro. Luego ordené al «Panzer II» que contestara sin pérdida de tiempo con el cañón y la ametralladora, a fin de dar a la columna una oportunidad de escapar hacia la izquierda, por una cortadura del terreno.

Cuando por fin se inició la réplica, las granadas de 20 mm. del «Panzer II» y la munición trazadora provocaron tales fuegos artificiales, que el enemigo calló, tal como había supuesto. Nos las arreglamos para que mi coche de mando subiera la pendiente del talud, pero aquélla era demasiado pronunciada para el de la Plana Mayor, los blindados y los enlaces, y así los mandé a pasar la noche con el Batallón Motociclista.

Luego continuamos, con la Compañía Blindada. No era tarea fácil, a causa de las tinieblas reinantes, el avanzar a campo traviesa, corriendo el peligro de tropezar a cada instante con una fuerza enemiga, y nuestro intento requería las mayores precauciones.

11 junio 1940.

Queridísima Lu:

Durante la persecución de ayer recorrimos 100 Km., llegando al mar por el oeste de Dieppe, y cortando la retirada a varias divisiones (francesas e inglesas). Tomamos dos puertos, anulamos baterías y bombardeamos buques de guerra, algunos de los cuales quedaron seriamente averiados. No he regresado hasta esta mañana a las tres. Hoy nos dedicamos a bañarnos y dormir.

Al día siguiente (*11 junio*) la división salió de Veulettes hacia las doce. El Regimiento Panzer y parte del 6.° de Fusileros, avanzarían a lo largo de la costa hacia St. Valéry. (*Se trata de St. Váléryen-Caux, 10 Km. al este de Veulettes y 32 al oeste de Dieppe*).

Tomé mi *Gefechtsstaffel* y partí con el Regimiento Panzer. Sobre las alturas, a más de 1 Km. al este de Veulettes, el enemigo nos hizo frente con fuerte concentración de artillería y antitanques, y torcimos hacia el sudeste. Pero el fuego enemigo fue aumentando su violencia, y se unieron al mismo baterías pesadas, obligándonos a suspender determinados movimientos. Cada respiro era aprovechado para acercarse más al adversario. La Compañía de Fusileros, equipada con transportes blindados, no siguió el ataque, mediante el cual el Regimiento Panzer avanzaba de manera regular, a pesar del fuego enemigo. Cerca de Le Tot, los ingleses habían levantado una línea fortificada, donde la resistencia era muy dura. Tan tenaz llegó a hacerse, que en algunos lugares se

llegó al cuerpo a cuerpo. Entretanto, el 25.° Regimiento Panzer había proseguido hacia las alturas situadas al noroeste de St. Valéry, utilizando todas sus armas, para impedir el embarque de las tropas enemigas. Continué con mi *Gefechtsstafel* hasta donde se hallaba el Regimiento Panzer, y luego avancé a pie alguna distancia hasta poder observar lo que estaba sucediendo en los alrededores de St. Valéry. Tropas inglesas circulaban por entre las instalaciones del puerto, y habían más fuerzas con cañones y vehículos en la parte septentrional de la ciudad.

Elementos del Regimiento Panzer y enlaces de mi Plana Mayor hicieron cuanto estuvo de su mano a fin de convencer al enemigo, situado a unos centenares de metros de distancia, para que se entregara. Durante el transcurso de las siguientes horas, logramos, al final, que un millar de soldados y algunos oficiales se rindieran en la parte norte de St. Valéry. La mayoría eran franceses, y algún que otro inglés. Entre estos últimos se encontraba un oficial de Marina que había pasado mucho tiempo arengando a sus hombres en el muelle, disuadiéndolos, al parecer, de su idea de rendirse. Finalmente tuvimos que abrir fuego de ametralladora sobre él desde un acantilado, a 200 m., aunque, como vimos más tarde, sin tocarlo. Durante media hora permaneció tendido, haciéndose el muerto, tras un montón de piedras, pero a la larga llegó a la conclusión de que era mejor entregarse. Hablaba muy bien nuestro idioma, y al acusarle el Mayor Schraepler de que por su culpa tantos de sus hombres hubieran resultado heridos, contestó: «—¿Habría actuado usted de manera distinta, en mi lugar?».

Aquella tarde mandé a buen número de prisioneros que hablaban alemán al interior de St. Valéry, que aún seguía lleno de tropas enemigas, para que las invitaran a rendirse

para las nueve de la noche, marchando con banderas blancas hacia las colinas, al oeste de la población. Fueron especialmente los ingleses, aunque también los imitaron algunos oficiales galos, los que rechazaron de plano la idea de capitulación, devolviendo a los negociadores sin haber conseguido su objeto. Hicieron que sus hombres continuaran construyendo barricadas y emplazando gran número de cañones y ametralladoras alrededor de St. Valéry, especialmente en el puerto. Probablemente intentaban continuar su embarque durante la noche.

En vista de las circunstancias, el fuego concentrado de la división, incluyendo el Regimiento Panzer y el Batallón de Reconocimiento, que había llegado entretanto, se desencadenó a las nueve en punto. Un «Panzer IV» abatió la fuerte barricada del muelle, tras de la cual se encontraban numerosos cañones, consiguiendo incendiarla. Por todas partes se declaraban incendios. Transcurrido un cuarto de hora, hice que todo el fuego de la división se concentrara al norte de la ciudad, donde, como vimos al día siguiente, los efectos fueron devastadores. Sin embargo, los obstinados ingleses seguían sin rendirse.

A pesar de la violencia de la lucha, las bajas de la división resultaron escasas, aquella tarde. Una sensible pérdida fue la del Mayor Kentel, uno de los comandantes de batallón del 25.° Regimiento Panzer, herido mortalmente por un pedazo de metralla. Entretanto, la infantería se había situado en las colinas al oeste de St. Valéry, y a la caída de la noche los tanques fueron retirados de la vanguardia, y entraron en posición antiaéreos pesados y ligeros. Se ordenó a la infantería mantener un fuego muy vivo durante toda la noche, para impedir que el enemigo embarcara sus tropas.

Tras haber regresado a mi Cuartel General, discutí la situación con Heidkaemper. Existían buenas razones para esperar que el adversario intentara una salida durante la noche hacia el oeste o sudoeste. Heidkaemper había obrado con prudencia al adoptar todas las medidas necesarias para contrarrestar tal contingencia, pero era dudoso que resultaran efectivas. Con el fin de convencerme de que podíamos evitar la mencionada salida, me dirigí, a las seis y media de la mañana siguiente, hacia los sectores amenazados del frente. Mientras avanzaba a campo traviesa con mi coche, vi por todas partes tropas atrincheradas en profundidad. Antiaéreos y antitanques se hallaban, también en posición. Con el fin de impedir, rápida y eficazmente, cualquier tentativa del enemigo, a las siete ordené que el núcleo principal del Regimiento Panzer se pusiera en movimiento, manteniéndose bajo mis órdenes.

Después de visitar los regimientos de fusileros, se me informó por radio de que el enemigo trataba de escapar en pequeñas embarcaciones, bajo la protección de buques de guerra, para refugiarse en cierto número de transportes que esperaban entre 1000 y 2000 m. ante St. Valéry.

Hacia las diez, el Regimiento Panzer alcanzó sus posiciones del día anterior, donde entretanto se había librado un duelo muy violento entre una batería de antiaéreos de 88 mm. y un buque de guerra enemigo, siendo alcanzados dos de nuestros cañones. A unos 1000 m. al nordeste de St. Valéry, un transporte se hacía a la mar. Nuestra batería de antiaéreos había cesado de disparar. Mandé que el fuego se reanudara inmediatamente sobre el transporte, mediante una pieza de 88 mm. que se encontraba cerca, aunque su cureña estaba averiada y no se sostenía de manera perfecta sobre sus soportes. Los sirvientes trabajaron con celeridad, y

las granadas empezaron a caer junto al buque. Sin embargo, el mal estado de los accesorios hizo imposible corregir adecuadamente el tiro. Entretanto, un crucero auxiliar inglés disparaba contra la pieza desde 1,000 m., frente a la playa. La cortina de humo que ordené tender, para protección de la pieza, resultó muy eficaz. No obstante, no tuvimos éxito con el transporte. Se habían llamado por radio a los aviones en picado. Poco después me encontré con un observador avanzado de una batería de 100 mm., al que instruí para que inmediatamente contestara a los disparos del crucero. A las diez y cuarenta minutos, el buque fue alcanzado en varios lugares e incendiado. Su tripulación lo hizo embarrancar.

Entretanto, había trasladado a mi *Gefechtsstaffel* hasta las primeras casas de la ciudad, más allá del bosque situado al noroeste. Rothenburg tenía órdenes de conducir al Regimiento Panzer por las carreteras que bajaban al valle, acercándose a la ciudad, que seguía ardiendo en diversos lugares. Los tanques avanzaban lentamente por las estrechas y tortuosas carreteras, ocultos por la vegetación, hacia las primeras casas, hasta que finalmente penetraron en el barrio occidental. Avancé a pie junto a los carros, con el Coronel Rothenburg y el Teniente Luft, y alcanzamos sin lucha el muelle occidental del puerto interior. A unos 50 ó 100 m. frente a nosotros, en el lado opuesto, se encontraba un grupo de indecisos soldados ingleses y franceses, con sus armas apuntando hacia el suelo. Junto a ellos, se veían numerosos cañones, que al parecer habían quedado averiados por nuestro bombardeo. En el lado opuesto de la ciudad se observaban numerosos incendios. Material de guerra de todas clases, incluyendo muchos vehículos, se amontonaban por doquier. Los carros del Regimiento Panzer rodaban de manera regular, avanzando metro a metro hacia el sur, con los cañones

apuntando al este, pasando ante las hileras de vehículos capturados que se encontraban en el lado occidental del muelle. Entretanto, tratamos de persuadir a las tropas enemigas que se encontraban frente a nosotros, para que rindieran sus armas y se nos acercaran a través de un estrecho puente de madera. Transcurrieron algunos minutos antes de que los ingleses se decidiesen a hacerlo. Al principio, pasaron de uno en uno, dejando un espacio entre cada hombre, pero luego la fila empezó a engrosar gradualmente. Entonces, nuestra infantería pasó el puente para hacerse cargo, sobre el terreno, de los prisioneros franceses y británicos.

Mientras los tanques rodeaban la parte sur del muelle hacia el barrio oriental de la ciudad, seguí a la infantería a través del estrecho puente, hasta alcanzar la plaza del mercado. El Ayuntamiento y muchos edificios vecinos estaban ardiendo, o habían sido calcinados por las llamas. Barricadas construidas con vehículos, y numerosos cañones, habían sufrido también los efectos de nuestras granadas. Tropas francesas e inglesas afluían de todas partes hacia la plaza, donde se las formó en columna y se las hizo partir hacia el oeste. La infantería limpiaba la ciudad casa por casa y calle por calle.

Poco después, un suboficial me informó de que un General francés hecho prisionero en el sector este, solicitaba hablar conmigo. Minutos más tarde el General Ihler se aproximó, vistiendo un capote militar ordinario. Su oficial de escolta se quedó un poco atrás. Cuando pregunté al General qué división mandaba, me contestó en un alemán defectuoso: «—Ninguna división. Mando el 9.° Cuerpo».

Se declaró dispuesto a aceptar mi demanda de que sus fuerzas capitularan enseguida. Sin embargo, añadió que no se hubiera rendido si sus soldados hubieran dispuesto de munición.

El ayudante del General, que hablaba alemán, nos contó que el número de divisiones era de cinco, incluyendo por lo menos una inglesa. Le indiqué que volviera a su Cuartel General y cursara órdenes, por sus propios medios, para que las tropas se rindieran y avanzaran inmediatamente en dirección a St. Valéry enarbolando grandes banderas blancas. Quería asegurarme de que nuestras fuerzas distinguieran desde lejos que el enemigo se había rendido.

Luego dije al General que se presentara con su Estado Mayor en la plaza del mercado, y acepté su petición de dejarle conservar su vehículo y equipo. Se ordenó a la artillería que cesara el fuego sobre St. Valéry y sus alrededores, disparando sólo sobre los buques. La 5.ª División Panzer, que a las once y cuarenta minutos había entrado en contacto con tanques enemigos en las inmediaciones de Manneville (*4 Km. al sudeste de St. Valéry*) fue informada de la rendición de la ciudad. Durante las horas siguientes, no menos de doce generales quedaron prisioneros, entre ellos cuatro jefes de división. Constituyó un motivo de alegría muy especial para nosotros la inclusión, entre los prisioneros, del General Fortune, jefe de la 51.ª División inglesa, y su Estado Mayor. Convine con mi vecino el General Cruewell, jefe de la 2.ª División Motorizada, los límites de nuestras respectivas unidades. Entretanto, los generales capturados y sus ayudantes fueron reunidos en una casa, al sur de la plaza del mercado. Un Teniente de la Luftwaffe, al que acabábamos de liberar, fue hecho responsable de su custodia. Se mostraba visiblemente satisfecho con su cambio de situación.

Nos causó profunda sorpresa la sangre fría con la que los ingleses aceptaron su sino. El General y sus oficiales deambulaban, riendo, por la calle, frente a la casa. Lo único que parecía molestarles eran las numerosas fotografías y pelícu-

las que estaba tomando nuestra Compañía de Propaganda, y otros fotógrafos.

Los generales fueron invitados a comer al aire libre, en una de nuestras cocinas de campaña, pero rehusaron, dándonos las gracias y diciendo que aún disponían de víveres. Comimos, pues, solos. Era preciso organizar el transporte de los prisioneros, especialmente de los numerosos oficiales, así como recuperar los equipos, asegurar la costa y evacuar St. Valéry. Hacia las ocho de la noche, regresamos al Cuartel General Divisionario, establecido en Château Auberville.

Por aquel entonces era imposible todavía estimar con precisión el total de prisioneros y botín. 12 000 hombres, de los que 8000 eran ingleses, fueron transportados por los vehículos de la 7.ª División Panzer. Según parece, el número de los capturados en St. Valéry ascendió a 46 000.

12 junio 1940.

Queridísima Lu:

La batalla ha terminado. Hoy un jefe de cuerpo y cuatro jefes de división se presentaron ante mí en la plaza del mercado de St. Valéry, tras de que mi división los obligó a rendirse. ¡Inolvidables momentos!

14 junio 1940.

Fui al Havre, procediendo a una inspección de la ciudad. Todo ha ocurrido allí sin derramamiento de sangre. Con la artillería de largo alcance estamos ahora disparando contra objetivos en el mar. Hoy se ha incendiado un transporte.

Puedes imaginar mis sentimientos, cuando doce generales de los ejércitos inglés y francés se presentaron ante mí para recibir órdenes en la plaza del mercado de St. Valéry. En especial, nos alegró la presencia del General británico

capturado con su división. Todo fue filmado, y no me cabe duda de que aparecerá en los noticiarios.

Estamos disfrutando de unos días de descanso. No creo que continúe la lucha en Francia. En algunos lugares incluso nos han echado flores al pasar. Las gentes se alegran de que la guerra haya terminado para ellos.

16 junio 1940.

Esta mañana, antes de partir hacia el sur (cinco y treinta minutos), recibí tu querida carta del 10, por la que te doy las más sinceras gracias. Hoy cruzamos el Sena, en segunda línea, y creo que avanzaremos mucho por el costado sur. Con la caída de París y de Verdún, y una profunda brecha en la Línea Maginot cerca de Saabrücken, la guerra parece irse convirtiendo en una más o menos pacífica ocupación de Francia. La población se muestra bien dispuesta hacia nosotros, y en algunos lugares incluso amistosa.

Capítulo IV: Persecución hacia Cherburgo

Tras una breve pausa, con el fin de descansar y de reorganizarse, la División de Rommel fue enviada de nuevo al Sena, al sur de Rouen. El 9 de junio se habían efectuado varios cruces del río, pisando los talones al 10.° Ejército francés, tan maltratado, que los alemanes pudieron atravesar la amplia vía fluvial sin apenas resistencia enemiga. El 10.º Ejército retrocedió hacia la línea del Risle, al oeste, y las unidades vecinas lo hicieron en dirección sur. Con el fin de explotar aquel derrumbamiento, los cuerpos de infantería alemanes de vanguardia apresuraron su avance hacia el Loire, en dirección sur, mientras la división de Rommel era lanzada tras ellos el día 16 de junio, y torcía luego hacia el oeste con intención de apoderarse de Cherburgo.

La noche del 16, el 10.° Ejército francés había iniciado un nuevo retroceso, mientras las tropas inglesas que lo apoyaban emprendían la retirada hacia Cherburgo, con intención de reembarcar, ya que la resistencia se estaba desmoronando a ojos vistos. La referida orden llegó en el minuto preciso, ya que el sector que ocupaban se encontraba, a la mañana siguiente, al sur de la ruta seguida por Rommel, consiguiendo llegar a Cherburgo con el tiempo justo para no quedar bloqueados.

El 17 de junio de 1940 continuamos nuestro avance por el sur del Sena, penetrando primero en el distrito de Laigle. La 7.ª División Panzer tenía instrucciones para alcanzar la carretera de NonantSées. Tras haber llegado a dicho objetivo,

quedaría reforzada por la Brigada Senger, procediendo entonces a la conquista del puerto de Cherburgo. El reconocimiento aéreo había notificado la existencia en él de varios buques, transportes o de guerra, y era muy probable que se estuviera reanudando allí el embarque.

El avance se realizó en dos columnas, ninguna de las cuales encontró, por el momento, resistencia seria. Unos cuantos blocaos quedaron eliminados, se capturaron tanques y se hicieron prisioneros. En cuanto supe que las vanguardias de ambas columnas habían alcanzado la carretera de Nonant-Sées, ordené que prosiguiera el ataque por el flanco de Sées. Las rutas a seguir eran las siguientes:

Para la columna de la derecha: la de Maroques, rodeando el sur de Ecouché, y luego por la carretera principal hacia Briouze, pasando por el sur de Flers y dirigiéndose a Landisacq.

Para la columna de la izquierda: la de Macé, por Méhéran, St. Brice y Le Ménil, hasta La Chapelle.

Iba con mi *Gefechtsstajfel* en la de la izquierda. Todo se deslizó sin incidentes hasta Montmerrel, donde a la una se hicieron veinte prisioneros franceses. La columna se encontraba ya cerca de Bouce. En Francheville se me notificó que tanques enemigos guardaban la entrada de Bouce, cerrando la carretera, si bien no se había hecho fuego aún contra nuestras tropas de reconocimiento. Como nuestra columna estaba compuesta exclusivamente de carros blindados, dispuse una inmediata diversión hacia el norte. Por la carretera nos encontrábamos ahora a grupos dispersos de soldados franceses, a los que hacíamos prisioneros sin dificultad. Capturamos también varios vehículos cargados de oficiales, uno de los cuales hablaba el alemán, y fue utilizado como intérprete. Densas columnas de polvo se elevaban en

el aire, provocadas por nuestro avance por carreteras secundarias. Pronto la vanguardia de nuestra columna tropezó con oposición, por parte de motoristas enemigos, a los que se eliminó rápidamente. Muy cerca seguía una columna. Cogidos por sorpresa, sus componentes no parecían muy deseosos de luchar. Se entablaron negociaciones entre el Capitán Von Luck (jefe del 37.° Batallón Acorazado de Reconocimiento) y el Capitán francés. Me adelanté para observar la causa de aquel alto.

El capitán francés declaró que el Mariscal Pétain había propuesto un armisticio a los alemanes, dando instrucciones a las tropas francesas para que rindieran sus armas. A través del intérprete, informé al Capitán de que nada sabíamos de tal armisticio, y que mis órdenes eran de proseguir hacia adelante. Añadí que no dispararía contra las tropas si éstas se rendían. Requerí entonces al Capitán para que dejara expedita la carretera, situando su columna a los lados, rindiera sus armas y partiera. El Capitán parecía vacilar. El aparcamiento requería mucho tiempo, y di órdenes a mi columna de proseguir. Atravesamos por entre los vehículos, los cañones de campaña y los antitanques. El Capitán francés parecía desconcertado, pero sus hombres sentíanse sumamente satisfechos ante aquella solución. Tras la columna encontramos aún más tropas francesas. Agitamos pañuelos blancos y les gritamos que la guerra había terminado para ellos. La marcha prosiguió a una velocidad que oscilaba entre los 40 y los 50 Km. por hora. Los pueblos siguientes estaban llenos de tropas de color, con sus cañones y vehículos aparcados en huertos y lugares despejados junto a las granjas. Pasamos sin detenernos, agitando la mano, pero sin molestarles. De este modo realizamos nuestra incursión, sin lucha. Tras rebasar más convoyes y vehículos americanos completamente

nuevos, llegamos, sobre las cinco y treinta minutos, a las inmediaciones de Montreuil (*64 Km. al oeste de Laigle y 19 al oeste sudoeste de Argentan*), ordenando un alto de una hora para comer, y especialmente para llenar los depósitos de gasolina de los tanques.

Como no parecía que fuésemos a tropezar con resistencia alguna, decidí continuar la marcha a las seis y cuarenta minutos, tomando como objetivo Cherburgo, que se encontraba todavía a 225 Km[13]. Nuestra columna de la derecha, consistente en el 7.° Batallón Motociclista y parte del 25.° Regimiento Panzer, había tropezado con resistencia enemiga en las cercanías de Ecouché, entre las cuatro y las cinco de la tarde, pero el combate parecía terminado. Decidí proseguir por la carretera principal hasta Cherburgo, pasando por Flers, Coutances y Barneville, formando a toda la división en una sola columna.

Se trataba de una aproximación indirecta, ya que Coutances se encuentra junto a la costa oeste de la península de Cotentin. Al alcanzar dicho punto, Rommel torció hacia el norte a lo largo de la ruta occidental, para dirigirse a Cherburgo.

Se retransmitieron por radio detalles del nuevo objetivo y ruta, a diferentes partes de la división, si bien dos o tres unidades no consiguieron captarlos.

A las seis y cuarenta minutos el 37.° Batallón Acorazado de Reconocimiento empezó la aproximación a Cherburgo. Tenían órdenes de mantener la misma velocidad que hasta entonces. Llegamos en unos minutos a la carretera principal, donde encontramos a la Compañía Panzer de Hanke, al que ordené seguirnos. La columna de la derecha recibió orden por radio de sumarse a la de la izquierda, vía Flers, hacia Cherburgo.

Avanzamos hacia Flers a la velocidad máxima. Había tropas francesas acampadas a ambos lados de la carretera, a las que hicimos señas con la mano, al pasar. Se quedaron estupefactos al ver una columna alemana desfilar ante ellos. No se escuchaba ni un disparo. Proseguimos de igual modo durante las siguientes horas, conservando nuestra velocidad de 50 Km., en perfecta formación y atravesando un pueblo tras otro. Se hizo un breve alto en Flers, debido a dificultades en encontrar la verdadera ruta. La multitud, compuesta de paisanos y soldados, se agolpaba en las calles, mirándonos con curiosidad, aunque sin demostrar hostilidad ante nuestro rápido paso.

En los barrios occidentales de Flers pasamos por una plaza atestada, como de costumbre, de soldados y paisanos. De repente, uno de estos últimos echó a correr hacia mi carro enarbolando un revólver, pero los soldados lo detuvieron, impidiéndole disparar. Continuamos. Tenía ahora a toda la división detrás de mí y me sentía ansioso por alcanzar Cherburgo lo antes posible. Sabía perfectamente que el territorio por el que atravesábamos estaba lleno de tropas francesas, aunque su moral combativa fuese muy baja. Sin embargo, me pareció como si la petición de armisticio de Pétain fuera ya conocida por todos. No me hacía ilusiones acerca de que el grueso de la división nos siguiera, teniendo en cuenta la celeridad de nuestra marcha; pero si alguna unidad quedaba retrasada, podía alcanzarnos en poco tiempo. El Batallón de Reconocimiento proseguía sin detenerse. Llevábamos más de doce horas de marcha. Una ciudad tras otra quedaban atrás, sin que sonara un disparo. Al caer la noche vimos grandes resplandores al frente y a la derecha, quizás depósitos de gasolina y petróleo incendiados por los franceses en el campo de aviación de Lessay (*48 Km. al norte de Coutances y a 54 al*

sur de Cherburgo). Como de ordinario al hacerse de noche, fallaron las comunicaciones por radio. Sabía que la Brigada Senger, que se encontraba a nuestra derecha, no había llegado aún, suponiéndola en los alrededores de Falaise (es *decir, a más de 100 Km. a retaguardia*). Pero ello no alteró mi decisión, porque estaba seguro de poder tomar Cherburgo yo solo.

Cuando la obscuridad era ya completa, dos oficiales que habían alcanzado a la columna en un coche, se presentaron ante mí. Al principio no pude reconocerlos, debido a la obscuridad y al polvo que cubría sus caras, pero luego resultaron ser el Capitán Kolbeck y el Teniente Hausberg, del Cuartel General del *Führer*. Hausberg me informó de que había sido destinado a mi división, e inmediatamente lo nombré mi ayudante. Kolbeck había aprovechado la oportunidad para echar un vistazo al frente, debiendo regresar. Envié a mi oficial de escolta, Capitán Stollbrück, en una moto, para que se asegurase de que los demás nos seguían, y entregara a cada regimiento mis órdenes para el ataque a Cherburgo, a donde llegaríamos dentro de tres horas, si no surgían obstáculos imprevistos.

Continuamos sin detenernos, en medio de la obscuridad más absoluta. Sería la medianoche cuando el Batallón de Reconocimiento llegó a la plaza del mercado de La-Haye-du-Puits (*8 Km. al norte de Lessay*). Había allí un número sorprendente de trabajadores en traje de faena, y tras ellos, multitud de camiones cargados de material. Eran casi todos paisanos, y no se veían apenas soldados, aunque varios oficiales iban de un lado a otro dando órdenes. Uno de ellos pasó corriendo ante mi coche y se introdujo en un portal. Continuamos la marcha. Al llegar ante la iglesia, observé un camión pesado que transportaba una pieza de gran calibre, de

entre 88 y 100 mm. Sin detenerse, el Batallón de Reconocimiento, al mando de Teniente Isermayer, se desvió, según lo ordenado, por la carretera secundaria hacia Bolleville, prosiguiendo por ésta a buena marcha. Estaba barajando en mi mente el despliegue correcto de la división frente a Cherburgo, cuando la vanguardia de la columna tropezó de improviso contra un blocao defensivo, mientras era objeto de nutrido fuego de artillería y ametralladoras. Los vehículos de cabeza fueron tocados, y tres empezaron a arder. El Teniente Isermayer, que iba en el primero, resultó gravemente herido en la cabeza, y yacía inconsciente junto a su incendiado carro.

Al parecer, el blocao estaba defendido por fuerzas numerosas. La luna había salido, pero seguía sin gustarme la idea de atacar con tropas cansadas, y sin apoyo de artillería ni de tanques. Inmediatamente ordené al Batallón de Reconocimiento que rompiera el contacto, y no atacara la posición adversaria hasta el amanecer.

La División de Rommel había cubierto más de 240 Km. desde la mañana anterior, y más de 160 desde que, por la tarde, sus vehículos se detuvieron para repostar. Aquello excedía en mucho a las distancias registradas jamás en una sola jornada, durante operaciones bélicas.

Regresé con mis transmisiones a La Haye-du-Puits. No teníamos aún contacto con el Regimiento de Infantería que marchaba a retaguardia. Al llegar a La Haye-du-Puits me situé junto a la iglesia, con Kolbeck, Hausberg, unos cuantos enlaces, un vehículo blindado y un camión de transmisiones. El cañón de grueso calibre que vimos al pasar, no se encontraba ya allí. Y también había desaparecido de la plaza del mercado la columna de trabajadores.

Detuvimos a un coche que venía de Cherburgo por la carretera principal. Su ocupante, un oficial de Marina francés, nos dijo que era maquinista y que llevaba órdenes de dirigir a una columna de trabajadores que iba a construir barricadas en aquel lugar, para detener el avance alemán. Le dije que regresara a Cherburgo, y notificase que había llegado tarde.

Minutos después, un grupo de oficiales ingleses que regresaban en un coche, tras haberse bañado en las playas del sur, fueron hechos prisioneros. Luego llegó el Coronel Von Unger, con su 6.° Regimiento de Fusileros. Cursé órdenes para atacar a la mañana siguiente los blocaos que impedían proseguir. Lo mejor sería atravesar las fortificaciones enemigas 5 Km. al nordeste de La Haye-du-Puits y reanudar nuestra incursión hacia la ciudad de Cherburgo durante la mañana.

Al alba (*18 junio*) me dirigí, con Hausberg, hacia donde se hallaba el 6.° Regimiento de Fusileros. Durante la noche había cursado órdenes para que fueran enviados oficiales franceses al enemigo, con la solicitud de una inmediata rendición. Cuando llegamos, Von Unger había entablado ya negociaciones. Los oficiales franceses se habían trasladado a posiciones enemigas, situadas en posición muy ventajosa, y pudimos ver cómo algunas tropas permanecían junto a sus puntos de resistencia, con las armas abatidas. Valiéndome de los prismáticos, pude ver también cañones y ametralladoras hacia la derecha, junto a la iglesia de St. Saveur. (*Era St. Saveur-de-Pierre Pont, no el pueblo, mucho mayor, de St. Saveur-le-Vicompte, que se encuentra a 4,5 Km. al nordeste, sobre la misma ruta*). La carretera que conducía a las posiciones enemigas estaba bloqueada ante el puente por una barricada de tres gruesos troncos.

Las fuerzas de vanguardia del 6.° Regimiento de Fusileros se hallaban a ambos lados de la carretera, con las armas en

descanso, pero mientras los franceses ocupaban posiciones sólidamente fortificadas, nuestros hombres se hallaban por completo al descubierto, en mitad de los campos. De haberse iniciado el tiroteo, lo más probable es que hubiésemos sufrido muchas bajas. Me irritó mucho aquella falta de precaución, y ordené a los oficiales responsables que tomaran las oportunas medidas para repararla.

Poco después regresaba Von Unger con los oficiales franceses, notificando que las tropas situadas al otro lado no tenían noticias de la propuesta de armisticio de Pétain ni querían creer que así ocurriese. En consecuencia, no estaban dispuestos a rendirse y dejarnos pasar. Aquellas negociaciones nos habían hecho perder un tiempo precioso.

Mandé a otro oficial con el encargo de advertir que si no se rendían antes de las ocho, iniciaría el ataque a dicha hora.

Se iniciaron los preparativos sin pérdida de tiempo. Entretanto, había llegado Heidkaemper, notificando la marcha de la división hasta La Haye-du-Puits, durante la noche. Al parecer no todo transcurrió con normalidad. Debido al marcaje incorrecto de las carreteras, en Vire, con la señal «D G 7», parte de la división se había dirigido erróneamente a Saint Lo (*28 Km. al este de Coutances*). Hasta aquel entonces, no había tenido lugar ningún encuentro serio en retaguardia, pero parte de la columna, incluyendo la Plana Mayor divisionaria, se había visto atacada por tanques enemigos, que surgieron de un campo de trigo y ocasionaron muertos y heridos, mientras quedaban incendiados algunos de nuestros vehículos. Por añadidura, uno de los ayudantes, el Teniente Luft, estuvo a punto de ser hecho prisionero durante la noche, por tropas francesas o inglesas.

Al no haber existido lucha en el territorio recién ocupado, era de esperar que el resto de la división se incorporara por

la mañana, o por lo menos durante el día. Resultaba, pues, posible proseguir con mi plan para un ataque inmediato contra Cherburgo. A las ocho, vimos que el enemigo había súbitamente desaparecido de St. Sauveur. Cuando penetramos en sus posiciones, estaban vacías, exceptuando algún muerto y unos cuantos heridos. Una barrera de artillería y ametralladoras fue tendida sobre la retaguardia adversaria, mientras el batallón de cabeza del 6.° Regimiento de Fusileros completaba la ocupación de las posiciones, extraordinariamente fortificadas. Al propio tiempo, se proseguía el trabajo activamente con el fin de eliminar las obstrucciones de un arroyo y un barranco profundo que se abrían más al norte. A cada lado del puente fue preciso retirar enormes troncos atados con cadenas a las barandillas, y también allanar una barricada de 100 m., formada por troncos de casi 1 m. de diámetro, tendidos en la carretera. Los zapadores realizaron un trabajo ímprobo, con sus sierras mecánicas.

El ataque a Cherburgo.

Hacia las nueve, la Compañía de Vanguardia del 6.° Regimiento de Fusileros, que llevaba camiones blindados, avanzó por la carretera de Cherburgo. Cerca de 2 Km. al nordeste de Saint Lo d'Ourville, el pelotón de cabeza, con el que se hallaban mis transmisiones, fue sometido a intenso fuego desde una colina de la derecha. Poco después, una batería enemiga se unía a la acción, desde las proximidades de Saint Lo (*d'Ourville*), pero por aquel entonces mis hombres habían saltado de sus vehículos, buscando protección. Un herido se hallaba a pocos metros ante nosotros, tras el parapeto del

puente. El fuego era ahora muy vivo, desde el flanco derecho y el frente. El nuestro, por el contrario, me pareció lento, y con el fin de incrementarlo, ordené a los ametralladores de mi vehículo blindado que actuaran inmediatamente contra los arbustos de la derecha. Al propio tiempo, el jefe de una pieza antitanque recibía el encargo de disparar con toda rapidez contra las casas cercanas y la vegetación de la derecha. El Teniente Hausberg se hizo cargo de los ametralladores y fusileros que se hallaban por las cercanías, a los que situó en posición de combate.

Mientras nuestras balas se abatían sobre un enemigo invisible, el primer obús de campaña entró en acción, disparando sobre objetivos concretos, desde 150 m. tras de nosotros. La acción de dichas armas silenció pronto al enemigo situado en la colina, después de lo cual atacaron el 2.° Batallón y el 6.° Regimiento de Fusileros, consiguiendo tomarla.

Tras esta breve, pero violenta acción, la unidad continuó su marcha hacia Cherburgo, conservando el mismo orden que hasta entonces. La velocidad de mis vehículos, al atravesar Bameville en dirección a Les Pieux, que sólo era de 10 a 15 Km. por hora, resultaba muy lenta, y varias veces hube de instar personalmente a que se incrementara, porque cuanto más tardáramos en llegar a Cherburgo, más posibilidades tendría el enemigo para prepararse a recibirnos, tanto en el terreno intermedio como en el propio puerto. El sistema telefónico seguía intacto, y no me cabía la menor duda de que la guarnición de la ciudad estaba bien enterada de nuestros movimientos.

Mientras descendíamos hacia el valle, en Barneville, podíamos ver el mar a nuestra izquierda, y algunos grandes edificios en las alturas al sur de la ciudad, que nos parecieron cuarteles. Sin embargo, no había rastro de tropas enemigas.

Por el contrario, nos encontramos a buen número de paisanos a la entrada de Barneville, ocupados en destruir algunos blocaos provisionales. En el camino hacia Les Prieux (*20 Km. al sudoeste de Cherburgo*), a donde llegamos a las doce y quince minutos, volvimos a tropezar con lo mismo. Por doquier las tropas enemigas se rendían sin tardanza.

La columna pasó por Les Pieux, sin detenerse, y siguió a buen paso hacia Cherburgo. Algunos globos cautivos se balanceaban en el aire, sobre el puerto, y no transcurrió mucho tiempo hasta que uno de los fuertes empezó a bombardear la retaguardia de nuestra columna, íbamos a tener lucha. La unidad de vanguardia se detuvo minutos después, aunque no se había iniciado el fuego en el frente. Avancé a lo largo de la columna con mi *Gefechtsstaffel*, para averiguar la causa, encontrándome a los vehículos blindados de la compañía detenidos a 100 m., frente a unos fuertes blocaos que interceptaban la carretera, y con cuya guarnición se estaban celebrando negociaciones, puesto que parecía dispuesta a rendirse. Von Unger acudió a informar. Tropas francesas se acercaban ya a nosotros con bandera blanca, cuando de improviso un proyectil de 75 mm. cayó entre mis soldados, seguido por otro, a los pocos minutos. Se habían abierto las hostilidades.

Al principio, todo el mundo buscó refugio, aunque dos o tres valerosos conductores intentaron antes proteger sus vehículos, entre ellos los del *Gefechtsstaffel*, quienes, a despecho del fuego, alcanzaron una carretera lateral donde pudieron ocultarse al enemigo. Los coches de cabeza del 6.° Regimiento de Fusileros estaban ya incendiados por la artillería enemiga. Mis tropas habían vuelto a cometer el serio error de buscar cobijo inmediatamente, en vez de replicar al fuego enemigo con sus ametralladoras.

Con el fin de que nuestra acción fuera lo más rápida posible, ordené a los ametralladores de mi vehículo blindado que abrieran fuego en dirección al enemigo, mientras el jefe del pelotón más próximo realizaba un ataque contra las fortificaciones. Pero con los proyectiles cayendo a nuestro alrededor y los pedazos de metralla silbando en nuestros oídos no era fácil conseguir que la infantería saliera de sus refugios y avanzara hacia el enemigo. El cabo Heindereich y mi conductor, el cabo Koenig, se distinguieron en aquella ocasión por su frío valor, al arrastrar adelante a la infantería, aunque nuestros ametralladores no habían abierto fuego todavía, debido a no haber visto al enemigo ni haber sido adiestrados en el arte de disparar sobre un objetivo general.

Entretanto, Von Unger tenía órdenes mías para continuar el avance con su batallón, rodeando el flanco derecho de Cherburgo. El Capitán Kolbeck había ya recibido instrucciones para marchar a retaguardia velozmente, poniendo en acción a la artillería, en cuanto fuera posible.

Como para mi Plana Mayor nada había ya que hacer en primera línea, y mi tarea más importante consistía en acoplar al resto de la división con la máxima urgencia, para que participase en el ataque, retrocedí con el Teniente Hausberg y el cabo Heindereich. El chófer y el operador de mi camión de transmisiones debían quedarse donde estaban. El fuego enemigo era ahora incesante, en y alrededor de la carretera, obligándonos a varias desviaciones, durante las cuales fue preciso vigilar con atención para no ir a chocar contra fuerzas adversarias.

Cuando, media hora después, pudimos volver a la carretera que habíamos utilizado hasta entonces, vimos acercarse a varios motoristas que se disponían a partir hacia al frente. Dieron media vuelta y continuamos nuestro camino en sus

máquinas. Unos centenares de metros más allá nos encontramos al Teniente Coronel Kessler, jefe del 1.er Batallón del 78.° Regimiento de Artillería. Le ordené desplegar sus baterías a ambos lados de la carretera y establecer la barrera más densa que le fuera posible sobre las alturas de Cherburgo y las instalaciones portuarias. Luego proseguimos nuestro viaje a la máxima velocidad. El l.er Batallón del 6.° Regimiento de Fusileros recibió órdenes mías para lanzar un ataque a la altura situada a 1 Km. al oeste del Puerto Militar. Poco después encontraba al jefe de una batería antiaérea de 37 mm., llevándolo conmigo hasta donde se hallaba en posición el batallón de Kessler. Debía abrir fuego rápido contra las alturas que rodeaban Cherburgo, así como los muelles.

El batallón de Kessler había iniciado el fuego. Minutos más tarde, la rápida acción de las piezas de 37 mm. sobre Cherburgo obligaba al enemigo a retirar rápidamente sus globos de observación. La situación se estaba decantando a nuestro favor.

Desde mi puesto de mando, que había instalado en una granja, junto a la carretera, escuché como disminuía, hasta desaparecer, el fuego de los fusileros. El Cabo Heindereich se las compuso para sacar de la línea del frente a mi Sección de Transporte, logrando trasladarla a retaguardia sin sufrir daños. Habían sostenido combate contra cuarenta soldados ingleses, que tras surgir repentinamente, abrieron las hostilidades desde retaguardia. El cabo de transmisiones consiguió hacerles frente con su ametralladora, obligándoles a rendirse.

Había establecido contacto radiofónico con el Comandante Heidkaemper. La situación, que parecía tomar un giro tan favorable, se volvió difícil antes de las cuatro, cuando, con pocos minutos de intervalo, los fuertes de Cherburgo forma-

ron una tremenda barrera, con piezas de todos los calibres, incluyendo los más pesados, sobre el sector en el que nos sosteníamos, y por el que habíamos avanzado. Buques de guerra ingleses se unieron a la acción con sus cañones. Me sentí sumamente satisfecho porque el 6.° Regimiento de Fusileros se había desplegado, tras abandonar sus vehículos. Las posiciones ocupadas por el Batallón de Artillería y las piezas antiaéreas fue objeto de la mayor atención por parte del enemigo, y empezaron a producirse bajas. También mi puesto de mando se veía seriamente amenazado, y en consecuencia nos pareció preferible establecernos en pleno campo, a lo largo de una hendidura situada a 500 m. hacia el oeste, donde, aunque observados por el enemigo, nos sentíamos más seguros que en el interior de un edificio a cuyo alrededor estallaban las granadas.

Debíamos agradecer que la radio siguiera funcionando. El fuego rápido de los fuertes duró casi una hora. Comprendí que todo se volvería muy difícil si el enemigo lanzaba un fuerte ataque de infantería desde Cherburgo, y traté por todos los medios de acumular refuerzos, sobre todo valiéndome del 7.° Regimiento de Fusileros y el 25.° Regimiento Panzer.

Al saber que la Plana Mayor divisionaria había llegado a Sotteville (*a 15 Km. al sudoeste de Cherburgo*), decidí lanzar nuevas operaciones desde allí. Nos pusimos en marcha lo antes posible, con los vehículos espaciados 300 m. a causa del fuego enemigo.

Marchando a toda velocidad conseguimos situarnos en la carretera y llegar al Cuartel General de la División, que se encontraba en el castillo de Sotteville. El 7.° de Fusileros y el 25.° Regimiento Panzer llegaron poco después, así como el grueso de la artillería ligera y las baterías de antiaéreos. Sin

embargo, no podíamos esperar que la artillería pesada entrara en acción hasta última hora de la tarde, ya que no había podido mantener la velocidad de las restantes unidades durante el recorrido de 340 Km., hasta las cercanías de Cherburgo.

Se decidió volver a nuestro plan original de ataque, que consistía en lanzar al 7.° Regimiento de Fusileros, reforzado por tanques, a través de Hainneville, hacia Querqueville (*en la costa norte, a 5 Km. al oeste de Cherburgo*). Teniendo en nuestro poder las alturas al sur de Querqueville, sería más fácil dominar con la artillería el puerto y la ciudad de Cherburgo. Luego las defensas del este de la ciudad podrían ser reducidas por la Brigada Senger. Pero no contaríamos con la misma hasta el día siguiente.

Como no había dormido desde la mañana anterior, descansé una hora, hacia las cinco. Durante este tiempo los jefes del 7.° Regimiento de Fusileros y del 25.° Regimiento Panzer fueron informados rápidamente de la situación, y recibieron órdenes para el ataque. Rothenburg llamó la atención sobre el hecho de que el terreno era en extremo desfavorable para el movimiento de los tanques, debido a sus muchos obstáculos y a discurrir las carreteras por parajes hundidos. A pesar de sus objeciones, ordené que una compañía reforzada del 25.° Regimiento Panzer fuese incorporada a los batallones del 7.° Regimiento de Fusileros para el ataque a Querqueville. La ruta de aproximación sería a través de Tonneville.

Poco después de que los jefes se hubiesen marchado se me trajeron buen número de mapas de gran importancia, que procedí a estudiar inmediata y cuidadosamente. Al parecer, el castillo en que habíamos instalado nuestro puesto de mando pertenecía al Comandante en Jefe de Cherburgo, y una colección completa de planos con las fortificaciones de la

ciudad había sido encontrada en lugares secretos. Había mapas de la zona defendida del sur y, más importante aún, otro en el que estaban indicadas las zonas de fuego de las baterías pesadas y ligeras de la fortaleza y sus alrededores. Estudié este mapa con mucha atención, llegando a convencerme de que sería inútil lanzar el ataque por Tonneville, como acababa de ser ordenado, ya que el enemigo podía cubrir el terreno con el fuego de varios fuertes. Entretanto, había sido recibida una retransmisión del Batallón París, notificando haber conquistado la cota 79, al oeste del reducto de Tot. En consecuencia, decidí enviar al Regimiento de Fusileros por un camino que rodeaba el lado occidental de la cota 79, para el ataque a Querqueville, cursando las órdenes pertinentes. Pensaba acompañar al regimiento en su marcha de aproximación de aquella noche, con el fin de observar personalmente su despliegue sobre el terreno.

Acompañado de mi *Gefechtsstaffel*, llegué al Regimiento a las nueve de la noche, y partí tras de los tanques que formaban su punta de lanza. Cada pueblo por el que pasábamos estaba atestado de soldados y marinos franceses, así como de refugiados de Cherburgo, pero no tropezamos con resistencia. Se estaba haciendo de noche. Al sur de Hainneville pasamos ante una gran estructura de cemento rodeada de alambre de espino y de un alto muro. Al parecer se trataba de una obra de defensa. Un poco más al norte coloqué a mi *Gefechtsstaffel* bajo unos árboles, desde donde podía vigilar el despliegue del 7.° Regimiento de Fusileros, que proseguía sin contratiempo. La estructura de cemento resultó formar parte de un sistema subterráneo para el empleo de tanques.

Entretanto, mi enlace había echado un vistazo por los alrededores, descubriendo un lugar desde el que se veían los muelles, situados a unos 2 Km. A la postrera claridad del día

pudimos observar las obras de defensa en los diques interiores y exteriores, así como el puerto militar, en el que se hallaban únicamente buques de escaso tamaño. El resto estaba vacío, y al parecer los ingleses se habían ido (*el último transporte de tropas zarpó a las cuatro de la tarde*). Mientras nos dedicábamos a dicha tarea, la larga columna del 7.° Regimiento de Fusileros se acercó a nosotros, atravesando Hainneville, y ocupó las posiciones señaladas en las alturas al sur de Querqueville y alrededor de Hainneville. Antiaéreos ligeros y pesados siguieron al Regimiento, situando sus baterías en un punto desde el que pudieran impedir la huida de los buques que se hallaban en el puerto. Los fuertes enemigos estaban silenciosos a nuestro alrededor, y muy pronto cerró la noche. Nuestra posición era ahora tan fuerte, que estábamos seguros de obligar al enemigo a que capitulara al día siguiente.

A medianoche regresé al Cuartel General de la División. Durante las horas siguientes el Teniente Coronel Froehlich dispuso el grueso de la artillería divisionaria, más un batallón pesado de la Brigada Senger, frente a Cherburgo, de tal manera, que al hacerse de día pudiese desencadenar un fuego concentrado de las piezas pesadas y ligeras sobre los núcleos defensivos y los fuertes.

A la mañana siguiente, 19 de junio, partí, poco antes de las seis, en dirección a las líneas avanzadas, acompañado del Capitán Schraepler y el Teniente Hausberg. Numerosos prisioneros fueron enviados a Cherburgo, desde diversos lugares del frente, provistos de octavillas escritas en francés en las que se pedía la rendición incondicional de la ciudad. En el sector situado al sur del reducto de Tot me encontré parte del 6.° Regimiento de Fusileros al mando del Teniente Coronel Jungk. Dejé mi *Gefechtsstaffel* en la linde de un bosque,

ya que me parecía peligroso sacar los vehículos de su cobijo teniendo al enemigo tan cerca.

Avanzamos en dirección nordeste por una comarca cubierta de vegetación baja. Un enlace seguía, a pie, a mis dos oficiales de escolta y a mí. Mientras caminábamos, nos encontramos de improviso a los servidores de un pelotón de ametralladoras tendidos entre los arbustos. Al preguntar a su jefe por qué aquellos hombres no estaban en posición, me contestó que no había encontrado todavía un campo de tiro favorable. Le ordené situarse inmediatamente en primera línea. Empezaba a buscar el puesto de mando del batallón, que se nos dijo se encontraba un poco más adelante, cuando empezaron a explotar proyectiles detrás de nosotros, procedentes, al parecer, de nuestra propia artillería. Buscamos protección en una trinchera, a nuestra derecha, pero no tan rápidamente como para evitar que el enlace Ehrmann cayera muerto y resultaran heridos el oficial de transmisiones, un suboficial y un segundo enlace. Había acertado al suponer que las granadas procedían de nuestras propias piezas, y di orden de que ningún cañón disparase sin mi autorización expresa. La orden fue transmitida por radio. Después se averiguó que el fuego no fue iniciado por la artillería divisionaria, sino por una batería de antiaéreos de 88 mm.

Jungk recibió el encargo de abrirse camino con las tropas de vanguardia del batallón, siguiendo los matorrales, hasta las primeras casas de Cherburgo. La resistencia enemiga parecía ceder. Como en el día anterior, veíanse marinos por todas partes, mientras columnas de refugiados huían por las carreteras principales, e incluso a campo traviesa, con el fin de evitar la inminente batalla. Di órdenes por radio para que se detuviera el éxodo y los paisanos regresaran a Cherburgo, ya que no teníamos intención de bombardear la ciudad, sino

tan sólo los objetivos militares, tales como los fuertes y el puerto militar fortificado.

Nos trasladamos al puesto de mando del 7.° Regimiento de Fusileros, situado en Hainneville, pero el Coronel von Bismarck no estaba allí. Por el camino nos cruzamos con una batería antiaérea pesada, que durante varias horas había estado bloqueando la carretera con sus cañones y vehículos, y aún no había entrado en posición. Dirigí unas cuantas frases contundentes a sus numerosos oficiales, y ordené situar las piezas en lugares adecuados, a lo largo de la carretera, retirando los vehículos que se hallaban en la misma sin perder un segundo.

En el extremo norte de Hainneville recibí un mensaje notificándome que el Teniente Durke acababa de resultar muerto por un proyectil de artillería disparado desde el fuerte central, y de acuerdo con ello di órdenes por radio para que se abriera fuego concentrado sobre el mismo. Los disparos comenzaron a los pocos minutos. Desde el puesto de mando del 7.° Regimiento de Fusileros disfrutábamos de un excelente observatorio, que hacía posible enviar a retaguardia algunas correcciones. Los obuses cayeron pronto sobre el centro mismo del puerto, haciéndose tan precisos, que tres de cada cuatro eran blancos directos. El fuerte cesó de responder. Con el fin de poner fuera de combate sus posiciones artilleras del exterior, hice traer una batería de antiaéreos pesados, ordenándola ayudar en el próximo ataque de la artillería pesada sobre el fuerte central, preparado para las once, destruyendo su superestructura con impactos directos.

Poco después, el comandante von Paris me informó de que la guarnición del reducto Des Couples, compuesta de diez oficiales y ciento cincuenta hombres, acababa de rendirse. Podíamos ver a los prisioneros, bajo guardia, a nuestra dere-

cha. Me dirigí inmediatamente al reducto, desde el que imaginaba obtener una excelente vista de las defensas de Cheburgo. La primera parte del camino la recorrimos en nuestros vehículos de combate, y luego proseguimos a pie durante los últimos 500 m., hasta la altura donde se levantaba el fuerte. Atravesamos las trincheras avanzadas y entramos en el interior del recinto, encontrándonos allí con parte del 6.° Regimiento de Fusileros y los observadores avanzados de la artillería. Los puestos de observación, intactos y equipados con excelentes prismáticos, permitían la visión del puerto y la ciudad en su conjunto.

Apenas había mandado un mensaje por radio al Comandante Heidkaemper, informándole de la progresión de nuestro ataque, cuando el Coronel Fürst llegó del sector oriental de Querqueville con noticias de que el Coronel von Bismarck estaba negociando con una delegación salida de la ciudad. Debía ser el efecto de las octavillas lanzadas y en las que conminábamos a rendirse a la guarnición.

Al parecer se habían, pues, iniciado las negociaciones. Me trasladé enseguida a un lugar situado a media milla al norte del reducto Des Couplets. El puerto militar estaba todavía en manos de las fuerzas enemigas, que no parecían inclinadas a rendirse, de modo que se abrió fuego contra todo cuanto se moviera en dicho sector. Por aquel entonces había cesado toda acción de los fuertes hacia el mar. El fuerte de Querqueville había rehusado rendirse, pero su jefe nos informó de que no dispararía a menos que lo hiciésemos nosotros. Estaba dispuesto a entregar la fortaleza sólo si se le daba orden de hacerlo. El fuerte central permanecía en silencio.

A las doce y cuarto salieron de la ciudad dos automóviles civiles. Sus ocupantes, un miembro de la Cámara de Diputados y el Prefecto de Policía, no se hallaban por desgracia en

situación de anunciar la rendición de la fortaleza, pero se declararon dispuestos a instar urgentemente al gobernador de la misma, quien se encontraba en el puerto militar. Deseaban a toda costa evitar un bombardeo que destruyese la ciudad. Les dije que regresaran y consiguieran la inmediata rendición de la misma por medio del Jefe de Estado Mayor. Les di de plazo hasta la una y cuarto. Esperaban estar de regreso para entonces, trayéndome personalmente la respuesta.

Durante su recorrido de vuelta los dos coches fueron agredidos desde el puerto militar, y sus ocupantes hubieron de descender y arrastrarse hasta cierta distancia por la cuneta. Desde luego, todo esto lo supe más tarde. A la una y cuarto la respuesta todavía no había llegado, y bombarderos en picado, puntuales hasta el máximo, descendieron para soltar sus bombas sobre los fuertes marítimos, consiguiendo impactos sobre el central. También la artillería abrió fuego. Regresé lo más rápidamente posible al reducto Des Couplets, para observar el efecto de nuestro fuego desde aquel excelente observatorio. Una granizada de proyectiles caía sobre el puerto militar, y muy pronto las llamas empezaron a elevarse desde sus inmensos cobertizos y arsenales. Densas nubes de humo mostraban la existencia de mayores incendios. Los regimientos de fusileros habían recibido órdenes de ocupar la ciudad durante este bombardeo. Cuando todo el puerto militar quedó oculto tras una cortina de llamas y humo, hice volver el fuego hacia el fuerte Querqueville, con el fin de obligar a su guarnición a una rápida entrega.

Durante este bombardeo, que presencié muy bien desde mi puesto de mando, cierto número de oficiales franceses aparecieron en el reducto Des Couplets para negociar la rendición de la fortaleza. Hice traer a aquellos oficiales a mi torre de observación, especialmente para que vieran la tremen-

da eficacia de nuestro bombardeo. Entre ellos se encontraba el Comandante del fuerte de Querqueville, oficial de marina, que lucía una larga barba negra. Se horrorizó al ver su fortaleza envuelta en humo, y me preguntó por qué la bombardeábamos si había cesado de disparar. «—Desde luego —repuse—, pero no se ha rendido».

Las negociaciones prosiguieron con toda rapidez. El portavoz francés —un Capitán—, investido aparentemente de algunos poderes, solicitó nuestras condiciones por escrito. Le dicté las siguientes:

«He tenido noticias de que la fortaleza de Cherburgo está dispuesta a rendirse, y he dado órdenes para un inmediato alto el fuego. Requiero a la guarnición de cada fuerte para que levante bandera blanca como señal de entrega, y luego parta por la carretera desde Cherburgo a Les Pieux. Las tropas podrán transportar sus equipos personales, incluyendo las raciones de campaña. Los suboficiales deberán hacerse cargo de sus hombres. Los oficiales se reunirán en la Prefectura Marítima. Podrán conservar a sus asistentes. Todas las armas serán descargadas y situadas ordenadamente en los fuertes».

Se fijó la rendición formal para las cinco de la tarde, en la Prefectura Marítima. Tras de que los delegados franceses hubieron declarado estar conformes con mis condiciones y haber asegurado que serían cumplidas, di orden de suspender el fuego y me dirigí a Cherburgo con mi *Gefechtsstaffel*.

En la Prefectura Marítima el mando de la fortaleza había hecho conocer las cláusulas de la rendición a todo el mundo. Como faltaba más de una hora para la ceremonia oficial, recorrí Cherburgo en compañía de Heidkaemper, para observar el aspecto de la ciudad y el puerto. En primer lugar visitamos el sector inglés del mismo y la estación ferroviaria. En

su apresuramiento para alejarse, los británicos habían dejado todos sus vehículos en un extenso sector del muelle, y centenares de camiones aparecían aparcados allí y en los barrios adyacentes. Dicho material era prácticamente nuevo, y muchos vehículos estaban intactos.

Nos dirigimos luego a la base de hidroaviones, asimismo en estado normal, y regresamos a la Prefectura, donde encontramos a los jefes de la 7.ª División Panzer reunidos a un lado del patio, y a los de la guarnición de Cherburgo, incluidos los comandantes de varios fuertes, en el otro. Tras un rápido cambio de saludos con mis subordinados, me dirigí al jefe francés de más categoría, a quien, más o menos, dirigí las siguientes palabras, valiéndome de un intérprete:

«—Como jefe de las tropas alemanas en Cherburgo, tomo nota del hecho de que la fortaleza se ha rendido, y deseo expresar mi agrado porque la entrega haya podido efectuarse sin causar víctimas entre la población civil».

Con el fin de salvaguardar la responsabilidad de sus oficiales, el Jefe de Estado Mayor francés me informó entonces de que la fortaleza no se hubiera entregado de haber dispuesto de suficientes municiones.

Entretanto, descubrimos que el Gobernador de Cherburgo no se hallaba presente, y que, cosa todavía más grave, tampoco estaba el jefe de más categoría de la localidad, es decir, el Almirante que mandaba la flota francesa del Canal. En consecuencia, el oficial de enlace de la división, Capitán von Planten, fue mandado en busca de ambos caballeros a sus puestos de mando, situados en un castillo fuertemente protegido por antitanques y barricadas. Cuando llegaron hice que el intérprete les repitiera las palabras dirigidas antes al Estado Mayor. El Almirante Abrial contestó que la rendición se había efectuado sin su consentimiento, a lo que repliqué que

tomaba nota de ello. De este modo se concluyó la capitulación de Cherburgo.

Entretanto, todos los fuertes a los que se podía llegar desde tierra habían sido ocupados por nuestras tropas, y se inició la limpieza de los mismos y de la ciudad. Acompañado de Heidkaemper visité el de Roule, que se alzaba en una altura, dominando la ciudad y el puerto. Un obstáculo con el que nos tropezamos en el camino quedó rápidamente eliminado por el camión de transmisiones, provisto de ocho ruedas, que empujó el vehículo medio destruido como si fuese una pelota de fútbol, despejando de este modo el camino.

El comandante del fuerte y su ayudante habían resultado muertos, el día anterior, por uno de nuestros proyectiles, mientras se hallaban sobre los muros de aquél. Penetré en las casamatas, en las que aún seguía la guarnición. Las tropas francesas saludaron en silencio.

Me trasladé entonces al fuerte Querqueville, donde encontré intacto el aeródromo, aunque los catorce aviones alojados en sus espaciosos hangares estaban más o menos destruidos. Me sorprendieron los escasos daños sufridos por el fuerte. En la residencia del comandante, situada en medio de un espacio abierto, ni siquiera los cristales estaban rotos. Los agujeros abiertos en los muros tenían una profundidad de 30 a 40 cm., y la guarnición había experimentado escasas pérdidas.

Las fuerzas británicas, afectadas al 10° Ejército francés, pudieron escapar por muy escaso margen. La acción había resultado tan seria para ellos como para el Cuerpo Expedicionario inglés, en Dunquerque, tres semanas antes.

El Teniente General Sir *Alan Brooke, que había desembarcado en Cherburgo el día 13, para hacerse cargo del Mando Supremo, llegó a la conclusión, al día siguiente, de que la situa-*

ción francesa era desesperada, y tras obtener la aprobación de su Gobierno, realizó trámites para evacuar a todas las tropas inglesas que aún quedaban en Francia, incluyendo las dos divisiones acabadas de desembarcar. Pero la retirada de la «Norman Force», que seguía actuando en el 10.° Ejército francés, quedó aplazada. Los elementos principales de la misma eran la 15.ª Brigada de Infantería de la 52.º División Lowland, que se encontraba en el frente al sur de Laile, y la 3.ª Brigada Acorazada de la 2.ª División Acorazada, situada a la reserva. El Teniente General J. H. Marshall-Cornwall, que se hizo cargo de la «Norman Force» el día 15, ordenó su inmediata retirada hacia Cherburgo, donde, a la noche siguiente, supo que el 10.º Ejército iniciaba una retirada general hacia Bretaña.

Las tropas inglesas se pusieron en marcha a medianoche, llegando a Cherburgo al cabo de veinticuatro horas, tras haber «recorrido 320 Km. por carreteras atestadas de tropas y de refugiados». Este hecho demostró de manera notable el valor de las unidades motorizadas, para la huida. La carretera hacia Cherburgo, pasando por Carentan, estaba ya minada, y la columna inglesa de tanques fue desviada hacia la ruta costera a través de Lessay. Una vez en La Haye-du-Puits, se incrementó aun más la desviación hacia occidente, tomándose el camino de Barneville y Les Pieux, ya que la carretera principal estaba minada y bloqueada. Al seguir Rommel la misma ruta unas horas más tarde, escogió la que le ofrecía un tránsito más despejado, sin alteraciones de ninguna clase. Este cálculo de las ventajas de la aproximación indirecta por la línea menos esperada demostró sus extraordinarias dotes intuitivas.

El informe del General Marshall-Cornwall sobre la última fase terminaba así: «Con el fin de proteger el embarque en Cherburgo había solicitado que un batallón de refresco de la 52.ª División ocupase una posición de cobertura a unos 30 Km.

hacia el sur. Esta unidad, combinada con los cinco batallones franceses de la guarnición de Cherburgo, hubiesen debido proporcionar amplia seguridad, y había esperado continuar el embarque hasta el día 21, con el fin de retirar todo el contenido de los almacenes y los vehículos mecanizados. Sin embargo, el enemigo volvió a superar todos nuestros cálculos, al seguir con velocidad extraordinaria nuestra rápida retirada. A las nueve de la mañana del 18, una columna de sesenta camiones que transportaba infantería alemana motorizada alcanzó la posición de cobertura cerca de Saint Sauveur. Al encontrar resistencia torcieron hacia el oeste, en dirección al sector guarnecido por los franceses, logrando arrollar la posición por la carretera de la costa. Los franceses ofrecieron muy escasa resistencia, y a las once y media tomé la decisión de terminar el repliegue hacia las tres de la tarde. El batallón de cobertura (5° K. O. S. B.) fue retirado entre las doce y las tres de la tarde, y el último buque zarpó a las cuatro. Todas las armas fueron embarcadas, exceptuando un antiaéreo de 3,7 pulgadas que se averió y una pieza Bofors fija que no pudo ser desmontada a tiempo. También se abandonaron dos antitanques. Cuando el último transporte hubo partido, los alemanes habían penetrado hasta 5 Km. del puerto».

Las pérdidas de la 7.° División Panzer, de Rommel, durante aquellas seis semanas de campaña, fueron de 682 muertos, 1,646 heridos y 296 desaparecidos, así como 42 tanques destruidos. Su botín se elevó a 97,648 prisioneros, 277 cañones de campaña, 64 antitanques, 458 tanques y carros blindados, más de 4,000 camiones, 1,500 automóviles y más de 1,500 vehículos de tracción animal.

El día 20, inmediatamente después de la toma de Cherburgo, Rommel escribió a su esposa:

No sé si he puesto bien la fecha, ya que durante estas últimas jornadas he llegado a perder la cuenta del tiempo transcurrido.

La división realizó el asalto a Cherburgo de una sola embestida, cubriendo una distancia entre 350 y 370 Km., ocupando la poderosa fortaleza, a pesar de su encarnizada defensa. Hemos pasado momentos difíciles, y el enemigo llegó a ser, al principio, entre veinte y cuarenta veces superior a nosotros en número. Además, disponía de veinte a treinta y cinco fuertes preparados para la acción y numerosas baterías. Sin embargo, apresurándonos hasta el máximo, conseguimos cumplir la orden del *Führer* de tomar Cherburgo con toda rapidez...

Con la toma de Cherburgo la guerra en el Oeste había terminado para la 7.ª División Panzer, que poco después, partía hacia el sur. Rommel escribió desde Rennes:

Rennes, 21 junio 1940.

Queridísima Lu:

Hemos llegado aquí sin novedad. La guerra se ha transformado en un rápido recorrido por Francia. Dentro de unos días habrá terminado. Las gentes se sienten aliviadas porque al fin todo acabó felizmente para ellas.

25 junio 1940.

El armisticio ha entrado en vigor. Nos encontramos a menos de 320 Km. de la frontera española y esperamos llegar a la misma, quedando en nuestro poder toda la costa atlántica. El resultado es maravilloso. Algo que comí ayer me indispuso ligeramente, pero vuelvo a estar bien. Nuestro alojamiento es regular.

8 julio 1940.

La guerra que libra Francia contra la flota inglesa no tiene precedentes. Resulta saludable para Francia actuar al lado de los vencedores. Los términos de la paz serán bastante más suaves.

La ansiedad acerca de la expansión de Rusia queda claramente demostrada en la carta de Rommel del 30 de junio de 1940.

30 de junio de 1940.

Las exigencias rusas a Rumania me parecen muy duras. Dudo de que ello nos beneficie. Están apoderándose de todo cuanto pueden. Sin embargo, no les va a ser siempre tan fácil conservar sus conquistas…

Nota de Manfred Rommel:

Durante el avance de la 7.ª División Panzer, mi padre puso en práctica técnicas nuevas ideadas por él, y que, como ha podido verse, obtuvieron señalados triunfos. Pero su método de mando había sido cualquier cosa menos ortodoxo; introdujo su «línea de embestida» y, contra todas las instrucciones, señaló sus rutas de comunicación con el signo «D G 7», con el fin de que las unidades que seguían establecieran contacto con toda rapidez, al tiempo que se facultaba el envío de amunicionamiento y provisiones.

Ello originó roces con sus superiores y críticas entre sus colegas. Pero defendió con vigor aquellos sistemas, consiguiendo triunfar. Incluso el Mayor Heidkaemper, su Ia, se puso del lado de sus contrarios en algunas cuestiones especiales, cosa que irritaba sobremanera a mi padre. El día 13 de junio Heidkaemper le entregó un memorándum en el que se quejaba de que el contacto hubiese quedado roto entre la Plana Mayor y el jefe de la división,

añadiendo que el hecho a deducir no era otro sino el de que el jefe debía permanecer mucho más a retaguardia. La causa principal de aquellas diferencias descansaba en la escasa familiaridad de los jefes de las unidades con la técnica de mando de mi padre. Había dispuesto de escasas oportunidades para ejercitar a la división en pleno y con todas sus armas, y el resultado, en especial al iniciarse la campaña, fue el de hacerse patente una necesidad de adoptar medidas sobre la marcha. Hacia el final las operaciones prosiguieron con más o menos coherencia.

Tras haber recibido el memorándum de Heidkaemper, mi padre escribió a mamá la siguiente carta:

Estoy sosteniendo muchas discusiones con mi Ia. Acaba de enviarme un largo documento acerca de sus actividades el 18 de mayo. Es preciso que lo aleje de aquí lo antes posible. Este joven Comandante de Estado Mayor, temeroso de que algo pudiera sucederle, así como a su Plana Mayor, se quedó a 30 Km. del frente, y, como es natural, perdió contacto con las tropas de vanguardia, que yo mandaba, cerca de Cambrai. En vez de conseguir que todo el dispositivo avanzara, se dirigió al Cuartel General del Cuerpo de Ejército, puso en conmoción a todo el mundo y se portó como si el mando de la división no estuviera en manos seguras. A pesar de todo, sigue convencido de que realizó un acto heroico. Deberé efectuar un cuidadoso examen de los documentos para situar a ese joven en el lugar que le corresponde.

Aparte de ello, Heidkaemper se encontraba en excelentes términos con Rommel, el cual escribió, días más tarde, una vez su irritación se hubo calmado:

El asunto Heidkaemper quedó aclarado ayer, y finalmente hemos decidido olvidarlo. Tengo la impresión de que

a partir de ahora todo seguirá perfectamente. Fui a visitar a Hoth, y celebramos una larga conversación acerca de ello. Me alegro de que reine otra vez la armonía. Sin embargo, se hacía necesario patentizar mi autoridad.

Durante los meses siguientes la vida fue para Rommel idéntica a la de otros muchos jefes alemanes que por aquel entonces se dedicaban a la ocupación de Francia. Extractos de algunas cartas escritas a principios de 1941 dan ligera idea de cómo se desarrollaba su existencia, así como de sus reacciones mentales. La cantidad de material es tan grande, que sólo incluímos una pequeña selección del mismo.

6 enero 1941.

Ayer recibí un verdadero montón de cartas, incluyendo las tuyas de 21 y 23 de diciembre. Parece ser que el servicio de correos se normaliza. Esta tarde hemos visto la película Corazón de reina *(María Estuardo), que me ha gustado mucho. Mañana esperamos a distinguidos visitantes, que inspeccionarán nuestro acuartelamiento. No nos sentimos precisamente cómodos. Los campesinos del país siguen habitando los mismos cuchitriles que hace mil años. Consisten en casas de argamasa, con el tejado plano, cubierto de tejas similares a las de los romanos de la antigüedad. En muchos pueblos no existe conducción de aguas y ésta se sigue extrayendo de pozos. Ninguna casa está dispuesta para combatir el frío. Las ventanas cierran mal y las corrientes de aire se filtran por las rendijas. Sin embargo, espero que todo cambie en un futuro próximo...*

9 enero 1941.

La visita transcurrió sin incidentes. Me resulta interesante observar la vida primitiva de los habitantes de la región, y hasta qué punto reina la pobreza en estas casas. Las tropas han causado muy buena impresión en todas partes.

Pienso empezar mi permiso a principios de febrero. Para entonces muchas cosas se habrán aclarado. No me sorprende el que nuestros aliados se encuentren en un apuro en el norte de África. Probablemente creyeron que la guerra era fácil, y ahora deberán demostrar de lo que son capaces...

17 enero 1941

Nada de nuevo. Paso muchas veladas charlando con mis oficiales acerca de mi diario de guerra de mayo 1940, que parece impresionar a todos.

La flota inglesa del Mediterráneo ha recibido algunos golpes. Esperemos que se repitan con frecuencia.

Segunda Parte: Victoria en África

(Febrero 1941 - Mayo 1942)

Capítulo V: Causas y efectos de la derrota de Graziani

En un discurso pronunciado en febrero de 1941, el *Duce* manifestó que, entre 1936 y 1940, Italia había mandado a Libia un Ejército de 14 000 oficiales y 327 000 soldados, provisto de enormes cantidades de material. Sus palabras sonaron impresionantes y magníficas, pero la triste realidad era que aquel Ejército se mantuvo siempre muy por debajo del nivel requerido en una guerra moderna. Estaba planeado para una contienda de tipo colonial contra tribeños insurgentes, por el estilo de los Senusis o los etíopes, combatidos por Graziani. Sus tanques y vehículos blindados eran demasiado ligeros; sus motores, de escasa potencia, y su radio de acción, muy corto. La mayoría de los cañones con los que estaban equipadas las unidades artilleras databan de la guerra del 1914-18, y eran de muy corto alcance. El Ejército poseía un número muy bajo de antitanques y antiaéreos, e incluso fusiles y ametralladoras eran de modelos anticuados o inservibles para la guerra moderna.

Pero lo peor de todo era el que la mayor parte del Ejército italiano consistiese en infantería sin motorizar. En el desierto norteafricano dichas tropas carecen prácticamente de valor contra un enemigo mecanizado, ya que éste posee la ventaja de realizar movimientos fluidos, maniobrando hacia el sur, cualquiera que sea su posición. En semejantes operaciones la infantería sólo utilizable a la defensiva, y en posiciones preparadas, no resulta problema para el adversario. En una campaña móvil, la superioridad se inclina hacia aquel bando

que esté sujeto a menos inconvenientes tácticos a causa de sus tropas no motorizadas. En consecuencia, la desventaja de los italianos frente a los ingleses se basó en que gran parte de su ejército estaba sin mecanizar.

El Ejército de Graziani se puso en movimiento en septiembre de 1940, en una época en la que los ingleses nada tenían en Egipto que pudiera detenerlo. Partiendo del sector de Bardia, las divisiones italianas cruzaron la frontera egipcia por Sollum, prosiguiendo a lo largo de la costa hacia *Sidi* Barrani. Las débiles fuerzas inglesas no entablaron una lucha decisiva, sino que retrocedieron hábilmente hacia el este, ante el empuje de sus adversarios. Tras alcanzar *Sidi* Barrani, Graziani no prosiguió su avance, sino que empezó a fortificar el territorio conquistado, tendiendo, además, una línea de comunicación a lo largo de la costa. Luego acumuló víveres y pertrechos, y organizó el suministro de agua, intentando continuar su ofensiva desde la nueva base.

Si se deja el asunto de los aprovisionamiento a intendentes y personal civil, lo más natural es que aquéllos afluyan con suma lentitud. Los primeros suelen trabajar sobre teorías, y basan sus cálculos en situaciones precedentes, quedando satisfechos si su actuación es comparable a otras similares, ocurridas en tiempos anteriores. Ello puede conducir a espantosos desastres, cuando al otro lado se encuentra un hombre capaz de realizar sus planes de manera decisiva y a mayor velocidad. Planteada así la situación, el jefe ha de mostrarse implacable en sus peticiones, exigiendo un esfuerzo extraordinario. Si alguien, situado en una posición clave, despliega menos energía de la que se esperaba de él, o carece de sentido común para resolver ciertos problemas de organización, se le debe eliminar de su cargo sin pérdida de tiempo. Todo jefe ha de acostumbrar a sus colaboradores a un ritmo

acelerado, ya desde el principio, manteniéndolo de manera continua. Si alguna vez se contenta con normas vulgares, o todo cuanto no represente un vigor poco corriente, abandona la competición desde el principio, y más tarde o más temprano, recibirá un duro golpe de un enemigo más veloz, viéndose obligado a abandonar todas sus ideas preconcebidas.

Transcurrieron semanas y meses, pero Graziani siguió en *Sidi* Barrani. Los ingleses, que, por regla general, poseen inteligencia e iniciativa, se preparaban, entretanto, para resistir cualquier ulterior avance y organizar la defensa de Egipto. Fueron reclutadas fuerzas en todo el Imperio, y lo que es aun más importante, pasaron a Egipto tropas mecanizadas modernas, con numerosos tanques, muy superiores en calidad a los italianos.

Aunque el Ejército inglés resultaba menor en número, estaba mejor equipado que su oponente, poseía una más nutrida y moderna fuerza aérea, tanques más veloces, artillería de mayor alcance, y sus columnas de ataque disfrutaban de una completa mecanización. Por otra parte, la flota inglesa dominaba el Mediterráneo occidental, sin que la Escuadra de Combate ni el Grupo de Cruceros italianos se hicieran a la mar para barrer a navíos inferiores en número. Finalmente —y esto fue de importancia decisiva en la campaña de África—, los ingleses poseían un ferrocarril costero, hasta Marsa Matruh, conectado con el sistema ferroviario egipcio, por el que era posible transportar al frente toda clase de material. Egipto podía quedar convertido en inmenso arsenal de armas y pertrechos de todo género.

A finales de noviembre, el General Wavell lanzó un ataque por sorpresa. (*Su fecha exacta es la del 9 de diciembre*). Su fuerza aérea descargó el primer golpe. Cada aparato inglés

en condiciones de volar, desde el más viejo al más moderno, lanzó sus bombas sobre las posiciones italianas en *Sidi* Barrani y los aeródromos avanzados. Simultáneamente, las piezas de los buques de guerra tronaron desde el mar, cubriendo *Sidi* Barrani y la carretera de la costa con sus proyectiles da mayor calibre.

En una noche de luna llena tuvo lugar un ataque de flanco contra las posiciones italianas de *Sidi* Barrani, tomando parte en él ingleses, australianos, franceses, polacos e hindúes. Todas las unidades eran motorizadas. Tras una breve lucha se arrollaron las fuertes posiciones italianas a 24 Km. al sur de *Sidi* Barrani, haciéndose 2000 prisioneros, que pasaron a los campos de concentración.

La mayor parte de las fuerzas atacantes eran británicas; el grueso de las reservas, hindú. Las de infantería estaban compuestas por la 7.ª División Acorazada, la 4.ª División Hindú (en parte inglesa) y dos brigadas de infantería británica, con un total de 31,000 hombres. Las fuerzas italianas en la zona de vanguardia se elevaban a 80 000 soldados, pero poseían sólo 120 tanques contra los 275 ingleses, 35 de los cuales pertenecían al tipo pesado «Matilda», del 7.° Batallón del Real Regimiento de Carros.

El ataque inicial se lanzó contra el campamento de Nibeiwa, donde se hicieron 4000 prisioneros (no 2000 como asegura Rommel). La 9.ª División hindú, a cuya cabeza formaba el 7.º del R.R.T., prosiguió hacia el norte, contra las posiciones italianas del sector de Sidi *Barrani propiamente dicho.*

La columna motorizada inglesa se dividió entonces; una parte continuó hacia el norte contra *Sidi* Barrani, mientras la otra se movía hacia occidente, penetrando profundamente en la zona de retaguardia.

Mapa general de operaciones en el norte de África.

Esta segunda mitad estaba compuesta por la 7.ª División Acorazada, la cual, desde el principio había actuado independientemente.

Al propio tiempo, oleadas de infantería inglesa, acompañadas de tanques de apoyo, avanzaron desde el este contra la posición de *Sidi* Barrani, en acción combinada con las columnas que ahora atacaban desde retaguardia. Contra el tronar de las baterías navales, mezclándose al furor de la batalla, las fuerzas atacantes barrieron a los italianos como en una tormenta, y al final de aquella breve acción, las tres divisiones italianas de infantería que se encontraban en *Sidi* Barrani habían quedado eliminadas.

Wavell continuó su ofensiva, tropezando muy pronto con una división de Camisas Negras, que se rindió tras una corta lucha, en la que los italianos actuaron con gran valor. El 16 de diciembre, Wavell llegaba a la frontera de Libia, y derrotaba a las tropas de Graziani en Capuzzo.

Los tanques ligeros italianos se partieron literalmente por la mitad, ante el fuego británico. Maletti, el valiente jefe del Cuerpo Acorazado italiano en África, murió en acción y se

capturaron 30 000 prisioneros italianos. El 10.° Ejército había dejado virtualmente de existir.

En total, los ingleses habían hecho 38 000 prisioneros, apoderándose también de 400 cañones y de 50 tanques, al precio de apenas 500 bajas.

Los éxitos ingleses estaban consiguiendo un efecto paralizador sobre sus adversarios, que se retiraron a sus fortificaciones de Bardia y Tobruk, esperando ver lo que el enemigo haría a continuación.

El 19 de diciembre, las fuerzas de Wavell aparecieron ante Bardia, y empezaron su cerco. Bajo cubierta de las bombas de la aviación y de la artillería naval, la soberbia infantería australiana arrolló la fortaleza, obligando a rendirse a 20 000 italianos. Su Comandante logró escapar hacia Tobruk.

Sólo la 7.ª División Acorazada siguió la ruta de retirada italiana apareciendo ante Bardia, ya que la 4.ª División hindú había sido enviada al Sudán, después de la batalla de Sidi *Barrani. El cerco-asalto de Bardia fue retrasado hasta la llegada de una división de infantería de refresco, la 6.ª Australiana. El ataque se inició, por fin, el día 3 de enero, formando en vanguardia los tanques «Matilda» del 7.° Batallón R.R.T. A la tercera jornada la fortaleza había caído en manos de los británicos, que hicieron 45 000 prisioneros y tomaron 462 cañones.*

El Ejército inglés continuó su avance hacia el oeste, y el 8 de enero de 1941 envolvía Tobruk. A pesar de sus extraordinarias defensas, su guarnición de 25 000 hombres, las poderosas formaciones artilleras y los inmensos almacenes, esta fortaleza de primera clase sólo se sostuvo quince días, tras de los cuales se derrumbó durante un ataque conducido especialmente por tanques de infantería. Las tropas italianas no tenían medios de defenderse contra los carros ingleses, fuertemente blindados.

Tobruk quedó cercada el 6 de enero por la 7.ª División Acorazada, pero la 6.ª Australiana no estuvo concentrada por completo y dispuesta para el asalto hasta dos semanas más tarde. El ataque se inició el 21, y a la mañana siguiente toda resistencia había cesado. Cerca de 30 000 prisioneros y 236 cañones cayeron en poder de los británicos.

Tras la conquista de Tobruk, los ingleses penetraron aún más en Cirenaica, librando breves encuentros en Derna y Mechili. A pesar de las desigualdades del terreno, que ofrecían excelentes oportunidades para la defensa, la columna inglesa que avanzaba por el norte con los australianos a la cabeza, realizó espléndidos progresos. Bengasi cayó en sus manos el día 7 de febrero. Entretanto, una poderosa fuerza acorazada inglesa había avanzado por Msus, sin que, al parecer, los italianos se dieran cuenta. La columna atacó la carretera de la costa, a 50 Km. al sudoeste de Bengasi, obligando a la batalla a los restos del ejército de Graziani, que se retiraba por aquélla. La acción librada a ambos lados de la Vía Balbia terminó con la destrucción de más de 100 vehículos de combate italianos, mientras 10 000 prisioneros pasaban a los campos de concentración ingleses.

En esta batalla, cerca de Beda Fomm, el total de hombres capturados fue de 20 000, así como 216 cañones y 120 tanques, la mayoría del nuevo tipo «Crucero». Las fuerzas inglesas estaban compuestas por parte de la 7.ª División Acorazada y sumaban tan sólo 3000 hombres y 32 tanques «.Crucero». Pero los tanques italianos se retiraban por la carretera en pequeños grupos, que fueron destruidos por los carros ingleses, los cuales habían maniobrado hábilmente para situarse en posiciones de flanqueo. La infantería italiana y otras tropas ofrecieron poca resistencia, una vez sus tanques de protección quedaron destruidos.

El 8 de febrero, unidades de vanguardia del Ejército inglés ocuparon El Agheila, situándose en la frontera entre Cirenaica y Tripolitania. El ejército de Graziani había dejado virtualmente de existir. Todo cuanto quedaba de él eran unas cuantas columnas de cañones y hordas de soldados desarmados en plena huida hacia el oeste. La convicción de que sus armas eran inútiles contra las inglesas había fomentado el miedo y la inestabilidad en el Ejército italiano. Habían perdido 120 000 hombres, que quedaron prisioneros, sin contar a los muertos y heridos, así como 600 vehículos acorazados, y casi toda su artillería, transportes y depósitos. Las fuerzas aéreas italianas en África habían sufrido una aplastante derrota, frente a la R.A.F., perdiendo la mayoría de sus aparatos y quedando destruida su organización de tierra.

Las cifras globales que Rommel aporta respecto a las capturas inglesas, se acercan más a la realidad que las citadas en las diversas batallas. El total, durante la campaña, ascendió a más de 130 000 prisioneros, 1300 cañones y 400 tanques, sin citar vehículos blindados y autoametralladoras.

Si Wavell hubiese continuado su avance hacia Tripolitania, no habría tropezado con resistencia digna de este nombre, hasta tal punto triunfó su bien planeada ofensiva.

Con el fin de retrasar el avance de Wavell, los italianos minaron la carretera, entre El Agheila, Arco dei Fileni y Sirte, y destruyeron varios puentes sobre los torrentes. Dichas demoliciones significaban un obstáculo relativo, por ser posible su rodeo. Una débil fuerza de retaguardia italiana, consistente en un regimiento de artillería reforzado, se encontraba en Sirte. Miles de extraviados recogidos en Homs, y los restos de las fuerzas italianas en Tripolitania, rodearon Trípoli y ocuparon sus líneas de defensas interiores —un semicírculo trazado a 20 Km. al centro de la ciudad— para de-

fender el puerto. Esta línea, construida en terreno arenoso, consistía en un amplio y profundo foso antitanque, de paredes parcialmente reforzadas, a causa de la inestabilidad del terreno, posiciones protegidas por alambradas y torres de observación de cemento ligero, que podían ser vistas desde muchos kilómetros de distancia. Comparadas con las de Tobruk y Bardia, las defensas de Trípoli eran totalmente inadecuadas. Hubieran podido ser defendidas con alguna esperanza de éxito contra senusis o árabes rebeldes, pero nunca contra los ingleses.

Sin embargo, éstos detuvieron su avance, pensando probablemente que Trípoli caería en sus manos, más tarde o más temprano, como una fruta madura. Sin duda deseaban ganar tiempo para organizar depósitos y suministros, antes de proseguir. Sin embargo, al obrar de este modo el Eje disfrutó de una posibilidad para prepararse a reanudar la lucha.

El avance fue detenido por el Gobierno inglés, con el fin de mandar fuerzas expedicionarias a Grecia, bajo la creencia de que podía crearse en los Balcanes una poderosa amenaza de flanco contra Alemania. A principios de enero, Mr. *Churchill había presionado cerca de los griegos, ya en guerra con Italia, para que aceptaran la ayuda de un contingente inglés. Pero el General Metaxas, jefe del Gobierno, había declinado la proposición, basándose en que ello provocaría la invasión alemana, sin disponer de fuerzas suficientes para contenerla.*

Aquel cortés desaire coincidió con la toma de Tobruk, y en vista de ello, el Gobierno inglés decidió permitir a Wavell continuar su avance por el norte de África y conquistar Bengasi. La nueva finalidad pudo ser conseguida, quedando aniquilados los restos del Ejército italiano en Cirenaica. Pero, entretanto, el General Metaxas había muerto el 19 de enero, y Mr. *Churchill renovó su oferta al Gobierno griego, el cual fue esta vez per-*

suadido a aceptar. En consecuencia, el Gobierno inglés ordenó a Wavell detener su ofensiva en África, dejando un mínimo de fuerzas para guarnecer la conquistada Cirenaica, y preparar el envío del contingente mayor posible a Grecia.

La aventura balcánica duró poco. Las fuerzas inglesas empezaron a desembarcar en Grecia el 7 de marzo, pero los alemanes la invadieron el 6 de abril, y antes de que acabara dicho mes, los británicos se vieron obligados a retirarse. Aquel costoso desastre fue seguido en mayo por una expulsión todavía más rápida de Creta, tras un ataque aéreo germano.

El General O'Connor, jefe ejecutivo del victorioso avance en el norte de África, sentíase deseoso de proseguir desde Bengasi a Trípoli, y estaba convencido de que ello podía conseguirse con una pequeña preparación para efectuar el aprovisionamiento de las fuerzas. Muchos otros oficiales relacionados con el planeamiento de la operación compartieron su punto de vista. Rommel lo confirma.

Cuando un jefe ha ganado una victoria decisiva —y la de Wavell sobre los italianos podía considerarse así—, comete un error si queda satisfecho con un éxito estratégico de tan cortos alcances. Es éste el momento de explotar la ventaja. Durante la persecución, el enemigo se siente desanimado y desorganizado, y pueden capturarse más número de prisioneros y de botín que antes. Las tropas que huyen a la desbandada, presas de pánico, pueden rehacerse y presentar otra vez batalla, a menos que se vean acosadas continuamente por el adversario.

El motivo para interrumpir una persecución se basa casi siempre en las dificultades de la intendencia, para alargar cada vez más las rutas de suministro con los transportes de que se dispone. Como, por regla general, todo jefe presta gran atención a su intendencia, y permite que ésta determi-

ne su plan estratégico, los intendentes han adquirido el hábito de quejarse de todas las dificultades, en vez de realizar su tarea sin interrupciones, poniendo en juego cuantos medios estén a su alcance. Generalmente, el jefe poco enérgico acepta la situación y se comporta de acuerdo con la misma.

Cuando, tras una gran victoria que ha conseguido el aniquilamiento del enemigo, se abandona la persecución a causa de los consejos de la intendencia, la historia demuestra de manera casi invariable que dicha actitud resulta errónea, habiéndose perdido tremendas oportunidades. Existen, desde luego, militares de academia dispuestos a demostrar con estadísticas que dicho parecer es falso. Pero los acontecimientos prueban lo contrario, porque en el pasado ocurrió con frecuencia que un general prestigioso se vio derrotado por un enemigo menos inteligente, pero más voluntarioso.

Lo mejor para un jefe es poseer un panorama claro de la potencialidad real de sus aprovisionamientos, basando sus demandas sobre sus propios cálculos. Ello obligará a la intendencia a desarrollar su iniciativa, y aunque a regañadientes, rendirá mucho más que si se la hubiera dejado a su propio albedrío.

Lo peor de la derrota italiana fue su efecto sobre la moral de las tropas. Éstas habían perdido, y con motivo, la confianza en sus armas, adquiriendo un serio complejo de inferioridad, que no les abandonaría durante el curso de la guerra, ya que el Estado fascista no pudo nunca equipar de manera conveniente a sus soldados en el Norte de África. Psicológicamente constituye una desgracia el que la primera batalla de un conflicto armado termine en un desastre, especialmente cuando se ha emprendido con tan halagüeños pronósticos, ya que es muy difícil restablecer la resquebrajada confianza de los hombres.

Capítulo VI: Primer período de la guerra en África

Como resultado de la situación en Francia a finales de 1940[14], tuve que interrumpir mi permiso navideño y dirigirme rápidamente, por carreteras cubiertas de nieve, hacia Burdeos, donde mi división estaba acantonada. Nada ocurrió, sin embargo, y no tuvimos que entrar en acción.

Siguieron semanas de intenso adiestramiento. Traté de recuperar de algún modo mis estropeadas vacaciones, tomándome un permiso a principios de febrero, pero tampoco pude conseguirlo, porque en mi segunda noche de permanencia en casa fui informado, por un ayudante del Cuartel General del *Führer*, de que debía interrumpir enseguida mi permiso y presentarme ante el Mariscal Von Brauchistch y el *Führer*, sin pérdida de tiempo.

El día 6 de febrero el Mariscal me informó de mi nueva tarea.

En vista de la situación altamente crítica, creada por nuestros aliados italianos, dos divisiones alemanas, una ligera y otra blindada, serían enviadas a Libia, para prestarles ayuda. Yo mandaría este Afrika Korps alemán, y debía ponerme en camino hacia Libia sin perder un instante, con el fin de proceder a un reconocimiento del terreno.

A mediados de febrero tendría lugar la llegada a África de los primeros contingentes. El traslado de la 5.ª División ligera quedaría completado a mediados de abril, y el de la 15.ª División Panzer, a finales de mayo.

Como condición básica para aportar dicha ayuda se fijó la de que el Gobierno italiano adoptase las medidas necesarias para defender Tripolitania en el sector del Golfo de Sirte, en una línea que corría al sur, desde las cercanías de Buerat, con el fin de asegurar el espacio necesario para el empleo de la Luftwaffe en África. Ello significaba una alteración del primitivo plan italiano, que se limitaba a la defensa de la línea de defensa de Trípoli. Las fuerzas motorizadas italianas en el Norte de África, serían colocadas bajo mi mando, mientras a mi vez quedaba subordinado al Mariscal Graziani.

Por la tarde me presenté ante el *Führer*, el cual me dio un informe amplio y detallado de la situación, notificándome que le había sido recomendado como el hombre que con mayor rapidez se adaptaría a las condiciones reinantes en el teatro de la guerra africano, tan distintas a las usuales. El principal ayudante del *Führer*, Coronel Schmundt, me acompañaría durante mi primer viaje de reconocimiento. Me aconsejaron concentrar mis tropas en una zona alrededor de Trípoli, para entrar en acción formando un solo Cuerpo. Por la noche el *Führer* me mostró cierto número de revistas ilustradas inglesas y americanas en las que se describía el avance de Wavell por Cirenaica. De especial interés resultaba la magistral coordinación demostrada entre fuerzas de tierra acorazadas, aviación y marina.

6 febrero 1941.

Queridísima Lu:

*Hemos aterrizado en Staaken a la una menos cuarto. Primero estuve en el Ob. d. H. (*Jefatura Superior del Ejército*), que me nombró para mi nuevo cargo, y luego ante el F. (*Führer*). Los acontecimientos se precipitan. Está llegando mi equipo. Sólo puedo llevarme lo imprescindible. Quizás lo demás llegue pronto. No necesito decirte hasta*

qué punto mi cabeza es un torbellino, a causa de lo mucho que queda por hacer. Pasarán meses antes de que todo esto llegue a materializarse.

«Nuestro permiso» se ha visto interrumpido otra vez. No te pongas triste. Había de ocurrir así. Mi nuevo cargo es de mucha importancia...

7 febrero 1941.

Anoche dormí pensando en mi nuevo nombramiento. (Quizá sea un modo de curarme el reumatismo). Durante las próximas horas tendré que trabajar de firme, reuniendo cuanto me hace falta.

La mañana del 11 de febrero me presenté ante el General Guzzoni, Jefe de Estado Mayor del Comando Supremo (*en Roma*), donde el plan de trasladar la defensa de Tripolitania al Golfo de Sirte mereció la aprobación de todos. Se dieron instrucciones al General Roatta, jefe de Estado Mayor del Ejército italiano, para que me acompañara a Libia. Por la tarde partí en vuelo a Catania (*Sicilia*), donde me entrevisté con el General Geissler, jefe del 10.° Cuerpo de la Luftwaffe. Las últimas noticias de África eran muy graves. Wavell había tomado Bengasi, destruyendo la última división acorazada italiana, al sur de la ciudad, y disponiéndose a avanzar sobre Tripolitania. En realidad, no se esperaba ya más resistencia de los italianos. No resultaba improbable que durante los próximos días, las tropas de vanguardia inglesas alcanzaran los alrededores de Trípoli. Como la primera división alemana no estaría completa hasta mediados de abril, su ayuda llegaría demasiado tarde, si el enemigo continuaba su ofensiva. Era preciso hacer algo, sin pérdida de tiempo, para detener a los ingleses.

Solicité del General Geissler que atacara el puerto de Bengasi aquella misma noche, y a la mañana siguiente enviara

bombarderos contra las columnas inglesas al sudoeste de la ciudad. Al principio, el General Geissler no quiso ni oír hablar de tal cosa. Al parecer, los italianos le habían rogado que no bombardeara Bengasi, porque muchos oficiales y funcionarios civiles poseían casas allí. Ante esto perdí la paciencia, y aquella misma noche el Coronel Schmundt comunicaba con el Cuartel General del *Führer* recibiendo autorización para continuar el plan. Horas más tarde los primeros bombarderos alemanes despegaban con la misión de interrumpir los suministros británicos a Bengasi.

Hacia las diez de la mañana siguiente (*12 febrero*) nuestro Grupo de Reconocimiento salió de Catania en dirección a Trípoli. Volando muy bajo sobre el mar, nos encontramos a numerosas escuadrillas de «Junkers» que regresaban de Trípoli, probablemente tras haber transportado suministros para las fuerzas aéreas que estaban ya en África. Hacia el mediodía aterrizamos en Castel Benito, al sur de Trípoli. El Teniente Heggenreiner, oficial de enlace entre el General alemán en Roma[15] y el Alto Mando italiano en el Norte de África, nos recibió con la noticia de que el Mariscal Graziani había dimitido su cargo de Comandante en Jefe, que pasaba a su jefe de Estado Mayor, General Gariboldi. Heggenreiner me informó brevemente acerca de la situación de las fuerzas italianas en África, describiéndome algunos desagradables incidentes ocurridos durante la retirada, o más bien la huida. Las tropas habían arrojado al suelo armas y municiones, trepando a vehículos ya muy cargados, en una desesperada tentativa para escapar hacia el oeste. Ello había conducido a escenas lamentables e incluso a algún fusilamiento. En los círculos militares de Trípoli la moral era muy baja. La mayoría de los oficiales italianos habían empaquetado ya sus pertenencias, y esperaban una rápida vuelta a la patria.

Hacia la una me entrevisté con el General Gariboldi, al que pasé a informar de mi misión. El plan de establecer la defensa en Sirte pareció entusiasmarle muy poco. Con la ayuda de un mapa le expliqué esquemáticamente mi plan de defensa de Tripolitania. Sus principales directrices eran: ni un paso atrás, poderosa ayuda aérea y poner a todo hombre disponible a la defensa del sector de Sirte, incluyendo a los primeros contingentes alemanes, en cuanto hubieran desembarcado. Estaba convencido de que si los ingleses no observaban oposición por nuestra parte, continuarían su avance, pero que si nos mostrábamos dispuestos a presentarles batalla, se abstendrían de ello hasta haber reunido los aprovisionamientos necesarios. Con el tiempo ganado de este modo, esperaba rehacer nuestro potencial hasta hacerlo lo suficiente fuerte como para rechazar cualquier ataque enemigo.

Gariboldi parecía muy escéptico. Estaba deprimido por la reciente derrota, y me aconsejó que antes de hacer nada echara un vistazo a la región de Sirte, porque, como acababa de llegar, era imposible que imaginara sus múltiples dificultades. Puse de relieve, con la máxima energía, que no podríamos ayudarles si antes no se mostraban decididos a mantenerse en Sirte. «—No tardaré mucho en conocer esa comarca—, añadí. Esta tarde la observaré desde el aire, y por la noche informaré al Alto Mando».

En vista de la tensión reinante, así como de la apatía de los jefes italianos, decidí apartarme de las instrucciones recibidas y, tras un reconocimiento del terreno, hacerme cargo del mando con la máxima rapidez, a lo máximo después de la llegada del primer contingente alemán. El General Rintelen, al que en Roma había insinuado algo al respecto, me aconsejó que desistiera, porque, según él, me exponía a perder honor y reputación de un solo golpe.

Aquella tarde, nuestro «Heinkel III» nos llevó al Coronel Schmundt y a mí sobre el suelo de África. Tras volar sobre las fortificaciones de campaña y los profundos fosos antitanques, al este de Trípoli, atravesamos una franja de arena que parecía ofrecer dificultades, tanto para los vehículos de ruedas como para los de cadenas, formando, por lo tanto, un buen obstáculo natural frente a la plaza. El vuelo prosiguió por la región ondulada, entre Tarhuna y Homs, tampoco muy favorable para el avance de tropas motorizadas, a lo que pudimos ver. La llanura entre Homs y Misurata parecía, por el contrario, un terreno ideal. La Vía Balbia extendíase hasta el horizonte como una franja negra, a través de un paisaje desolado, en el que no se observaba la presencia de árboles ni arbustos. Pasamos Buerat, pequeño fuerte del desierto, con unas chozas y un campo de aterrizaje, y finalmente describimos un círculo sobre las blancas casas de Sirte, viendo tropas italianas ocupando posiciones al este y sudoeste de la localidad.

Aparte de los pantanos salitrosos entre Sirte y Buerat, que se extendían unos kilómetros hacia el sur, no existía ni un solo accidente del terreno, ni un barranco o valle que rompiera la monotonía del paisaje. Aquel vuelo me reafirmó en mi plan de fortificar Sirte y el país a cada lado de la carretera, reservando las fuerzas motorizadas para la defensa móvil.

Cuando, por la noche, nos entrevistamos con el General Gariboldi, para informar acerca del resultado de nuestra observación, nos encontramos con que había llegado el General Roatta, trayendo las últimas directrices del *Duce*. A partir de aquel momento, nada se oponía a mi plan.

Al día siguiente, el 10.° Cuerpo de Ejército italiano, consistente en las Divisiones Brescia y Pavia, avanzaría hasta la zona Sirte-Buerat, estableciendo la defensa de la misma. Tras

ella seguiría la Ariete, que por aquel entonces poseía tan sólo sesenta tanques de modelo completamente anticuado (muy ligeros, y ya utilizados en otros tiempos para perseguir a los indígenas por Abisinia). con el propósito de establecerse al oeste de Buerat. De momento éstas eran las únicas fuerzas de que podíamos disponer. El movimiento de las mencionadas unidades constituyó una preocupación inmensa para el mando italiano, que no disponía de transportes suficientes para aquel trayecto de 400 Km. entre Trípoli y Buerat.

En consecuencia, no podíamos esperar que dichas formaciones llegaran con rapidez al frente, y ello significaba que las únicas fuerzas con las que podíamos contar, por el momento, para contener al enemigo —aparte de la débil guarnición italiana de Sirte— eran las de la Luftwaffe alemana. El jefe de la misma en África, General Froehlich, debía, pues, empezar su tarea, pero no sin que antes le explicara de manera tajante lo que su acción significaba para el futuro de la guerra en aquellos territorios. Se pidió ayuda al jefe del 10.° Cuerpo Aéreo. A pesar de los limitados efectivos de que ambos disponían, pusieron manos a la obra con gran eficacia, trabajando día y noche para sacarnos del apuro, y no sin éxito, ya que el Ejército del General Wavell hubo de detenerse ante El Agheila.

Días más tarde volé hacia Sirte para realizar una inspección de las fuerzas italianas que mantenían allí la línea. Los efectivos ascenderían quizás a un regimiento, bien dirigido por el Comandante Santa María y el Coronel Grati. Dicha unidad era la única que oponer a los ingleses. Fácilmente se comprenderá, pues, nuestra inquietud. El resto de los efectivos se encontraba a más de 300 Km. al oeste.

Gracias a mi renovada insistencia, la primera división italiana se puso en marcha hacia Sirte el 14 de febrero. Aquel

mismo día las unidades alemanas empezaban a llegar a Trípoli. Eran el 3.er Batallón de Reconocimiento, y otro de antitanques. Ante una situación tan peligrosa, apresuré el desembarco, ordenando que prosiguiera durante la noche, a la luz de numerosos focos, aunque ello significara correr el riesgo de un ataque aéreo.

La descarga nocturna de un transporte de 6000 toneladas constituyó un record para el puerto de Trípoli. A primeras horas de la mañana siguiente los soldados recibieron su equipo tropical, y a las once formaban en la plaza, frente al palacio del Gobierno. Su aspecto irradiaba absoluta confianza en la victoria, y el cambio de atmósfera que acababa de operarse en Trípoli no pasó inadvertido a los habitantes de la ciudad. Tras un breve desfile, el Barón Von Wechmar (*jefe del 3.er Batallón de Reconocimiento*) partió con sus hombres hacia Sirte, llegando al frente veintiséis horas después. El día 16 tropas de reconocimiento alemanas acopladas a la columna Santa María realizaron su primera acción contra el enemigo. Me hice cargo del mando en el frente. El Coronel Schmundt había regresado al Cuartel General del *Führer* unos días antes.

14 febrero 1941.

Todo marcha tan bien como es de desear. Espero salir airoso. Me encuentro muy bien. No debes preocuparte por nada. Me espera un trabajo enorme. Ya he realizado una buena inspección de todo esto.

17 febrero 1941.

Todo marcha espléndidamente para mí y los míos bajo este espléndido sol. Mis relaciones con el mando italiano son muy buenas. No podía esperar mejor cooperación.

*Los muchachos se encuentran ya en el frente, situado a 500 Km. más al este. Por lo que a mí respecta (*los ingleses*), pueden venir cuando quieran.*

En mis vuelos diarios entre Trípoli y el frente llegué a conocer muy bien Tripolitania desde el aire, admirando profundamente las dotes colonizadoras de los italianos, que habían dejado marcadas sus huellas por todo el país, en especial alrededor de Trípoli, Tarhuna y Homs.

A partir de mi llegada, cada día marchaban más columnas italianas y alemanas hacia el frente. A pesar de las advertencias italianas en sentido contrario, el jefe de la intendencia en África (*Mayor Otto*), militar de primera clase, organizó el suministro a lo largo de la costa por medio de buques de poco calado, aligerando de este modo la presión que soportaban nuestras columnas de camiones. Por desgracia, los italianos no habían construido un ferrocarril, que en estas circunstancias nos hubiera sido de inmensa utilidad.

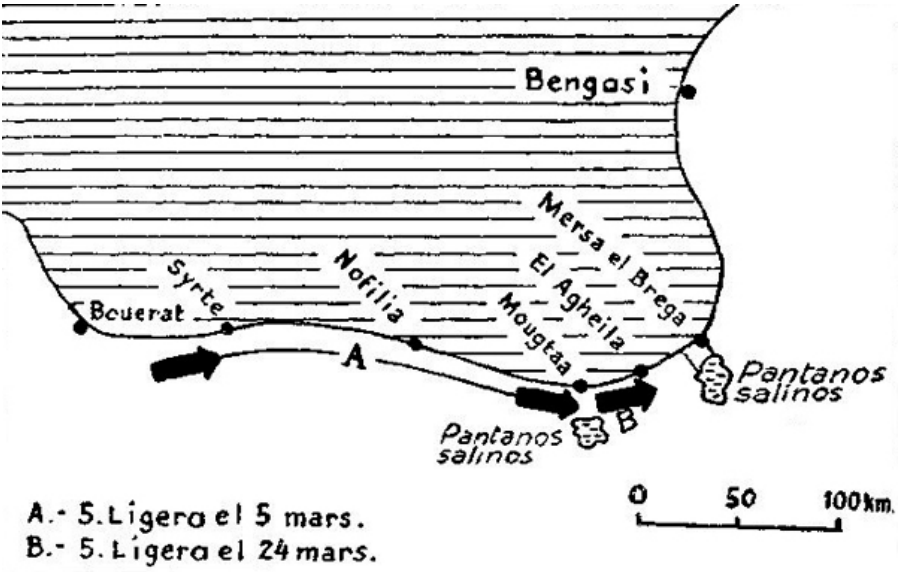
Con el fin de parecer lo más fuertes posible y obligar a la prudencia a los ingleses, hice fabricar en los talleres del sur de Trípoli gran cantidad de tanques de madera, que se montaron sobre automóviles «Volkswagen» (*coche popular alemán*), y cuyo aspecto era idéntico al de los verdaderos. El 17 de febrero el enemigo se mostró muy activo, y temí que prosiguiera su ofensiva hacia Trípoli. Dicha impresión quedó incrementada cuando el 18 se señaló la presencia de más unidades inglesas entre El Agheila y Agedabia. Para darles impresión de actividad por nuestra parte, decidí hacer avanzar al 3.er Batallón de Reconocimiento, reforzado por el Batallón Santa María y el 39.° de Antitanques, hasta la zona de Nofilia, con instrucciones de establecer contacto con el enemigo.

El 24 de febrero tuvo lugar el primer choque entre tropas alemanas e inglesas en África. Dos vehículos de exploración

enemigos, un camión y un automóvil quedaron destruidos, capturándose a dos soldados y un oficial, sin que por nuestra parte sufriéramos ninguna baja. Entretanto, los movimientos de más unidades de la 5.ª División ligera en dirección al frente, prosiguieron de acuerdo con lo planeado anteriormente.

La actitud de los ingleses seguía pareciéndonos sospechosa, y con el fin de aclararla, el General Streich, jefe de la División ligera —que mandaba ahora el sector— avanzó, el 4 de marzo, hasta el desfiladero de Mugtaa, cerrándolo con minas, sin observar rastro del enemigo.

Aquel avance nos permitió ocupar una zona de importancia, al tiempo que fortalecía nuestra situación. La laguna salitrosa, conocida con el nombre de Sebcha el Chebira, se extiende allí en una extensión de 32 Km. al sur de la Vía Balbia, y es impracticable para los vehículos, excepto en algunos lugares que pronto quedaron minados. Hubiera sido posible rechazar ahora cualquier ataque frontal y, por otra parte, no era de esperar un movimiento envolvente que obligara al enemigo a larga y penosa marcha por comarcas arenosas. En Mugtaa nos encontrábamos a 800 Km. de Trípoli. Habíamos ganado para nuestro tráfico el pequeño puerto de Ras el Ali, que, al igual que otros muchos lugares con nombres pintorescos, no era más que un paraje desolado y misérrimo, y la intendencia empezó bien pronto a enviar suministros.



Marcha de aproximación hacia El Agheila (24 de Febrero - 24 de Marzo).

5 marzo 1941.

Queridísima Lu:

Acabo de regresar de un viaje de dos días —o mejor dicho, un vuelo— al frente, que se encuentra ahora a 720 Km. al este. Todo continúa bien.

Tengo mucho que hacer. No puedo dejar esto ni un instante, porque mi responsabilidad es grave. Son muchas las cosas que dependen de mi iniciativa y decisión. Espero hayas recibido algunas cartas mías.

Mis tropas se encuentran en camino. Lo único que aquí cuenta es la velocidad. El clima me sienta a la perfección. Esta mañana incluso «me he dormido» hasta después de las seis...

Se ha celebrado una proyección extraordinaria de Victoria en el Oeste. *Al dar la bienvenida a los invitados, algunos de ellos acompañados de sus señoras, les dije que esperaba algún día proyectar otra con el título de* Victoria en África...

Nuestras operaciones contra Mugtaa obligaron a los ingleses a retirarse hacia el este, y supusimos que el grueso de sus tropas debía encontrarse alrededor de Agedabia y a lo largo de la costa hacia Derna.

Las fuerzas inglesas habían quedado reducidas, en número y calidad, mucho más de lo que Rommel podía suponer. A finales de febrero la 7.ª División Acorazada había sido mandada a Egipto para descansar y reorganizarse, ocupando su lugar la mitad de la 2.ª División Acorazada, enteramente bisoña, mientras el resto pasaba a Grecia. La 6.ª División australiana había sido reemplazada por la 9.ª de idéntica procedencia, pero parte de la misma fue retenida en Tobruk, a causa de dificultades en el aprovisionamiento. Además de carecer de experiencia, las nuevas formaciones habían sido despojadas de buena parte de su equipo y sus transportes en beneficio de la expedición a Grecia. Además, O'Connor había vuelto a Egipto, siendo substituido por el General Nearae, sin experiencia de la guerra mecanizada en el desierto.

Al aceptar tales riesgos para prestar el «máximo apoyo» a la aventura griega, Wavell se basaba en la creencia de que «los italianos de Tripolitania podían ser considerados como inexistentes, mientras los alemanes no aceptarían el riesgo de mandar grandes núcleos de tropas acorazadas a África, en vista de la ineficacia de la marina italiana». Había acertado, en general, por lo que respecta a la actitud del Alto Mando alemán, y también en su suposición de que sólo el equivalente a «una brigada acorazada» (el 5.º Regimiento Panzer) había sido ya desembarcado. Razonando normalmente, Wavell podía afirmar el 2 de marzo: «No creo que con tales fuerzas el enemigo trate de reconquistar Bengasi». Pero un juicio tal no servía con un hombre como Rommel.

Las tentativas enemigas para estrangular nuestros suministros por medio de acciones navales en el Mediterráneo y ataques aéreos contra Trípoli no consiguieron éxitos apreciables. El 11 de marzo el 5.° Regimiento Panzer acabó su desembarco en Trípoli. Aquella fuerza, con sus por entonces modernísimos equipos, causó tremenda impresión en los italianos[16].

El 13 de marzo me trasladé a Sirte con mi Cuartel General para situarme más cerca del frente. Mi plan original consistió en volar hacia Sirte en un Ghibli[17] junto con mi Jefe de Estado Mayor. Sin embargo, apenas partidos, tropezamos con tormentas de arena cerca de Tauorga, en vista de lo cual el piloto, haciendo caso omiso de mis invectivas, por las que trataba de hacerle continuar el vuelo, dio media vuelta, obligándome a continuar en automóvil desde el aeródromo de Misurata. Comprendimos entonces hasta qué punto desconocíamos la tremenda fuerza de tales tempestades. Inmensas nubes de polvo rojizo impedían la visibilidad, haciendo que el coche avanzara a una marcha muy lenta. A veces el viento era tan fuerte, que no se podía circular por la Vía Balbia. La arena chorreaba por el parabrisas como agua. Respirábamos penosamente, sosteniendo el pañuelo ante nuestra nariz, y el calor era tan intenso, que sudábamos copiosamente. ¿De modo que aquello era el *ghibli*? Interiormente hube de pedir excusas al piloto. Aquel mismo día un oficial de la Luftwaffe se estrelló contra el suelo, a causa de la tormenta.

El 15 de marzo una fuerza mixta, compuesta de alemanes e italianos, bajo el mando del Conde Schwerin, salió de Sirte hacia Murzuch (*unos 700 Km. al sur*). El Alto Mando italiano nos había rogado emprender aquella operación, porque las tropas del General De Gaulle, en el sur de Libia, habían empezado a constituir una seria molestia. Por lo que a nosotros

se refería, el propósito principal del movimiento consistía en adquirir experiencia para las largas marchas, y en particular, probar la eficacia de nuestros equipos para las condiciones de la guerra en África. Poco después el grueso de la División Brescia llegaba al frente, en Mugtaa, y la 5.ª División Ligera quedaba libre para llevar a cabo una campaña de movimiento.

El 19 de marzo me trasladé al Cuartel General del *Führer*, para informar y recibir nuevas instrucciones. El *Führer* me otorgó las Hojas de Roble, por la gesta de la 7.ª División Panzer en Francia. El Jefe del Ejército (*von Brauchitsch*) me informó de que no existía la intención de descargar un golpe decisivo en África, al menos por entonces, y de que, por el momento, no esperara refuerzos. Después de la llegada de la 15.ª División Panzer, a finales de mayo, debía atacar y destruir al enemigo en los alrededores de Agedabia. Quizá pudiera ser tomado Bengasi. Señalé que no debía ocuparse solamente la ciudad, sino también todo Cirenaica, ya que la zona de Bengasi no era capaz de sostenerse por sí sola. No me sentí satisfecho ante los esfuerzos del Mariscal von Brauchitsch y del Coronel General Halder para reducir el número de tropas mandadas a África, y dejar a la ventura dicho teatro de la guerra. La momentánea debilidad inglesa en el norte de África debía ser explotada con la mayor rapidez, a fin de ganar la iniciativa de una vez para siempre.

1941. Si alguna vez existió una posibilidad de que tal operación triunfara, fue a raíz de que el Cuerpo Divisionario inglés hubo perdido su material en el reembarque. A partir de entonces la operación se fue haciendo cada vez más difícil. Sin embargo, era preciso efectuarla, si se quería ganar la guerra contra Inglaterra.

Antes de mi marcha había dado instrucciones a la 5.ª División ligera para que preparase un ataque contra El Agheila, a efectuar el 24 de marzo, con objeto de tomar el aeródromo y el fortín, eliminando a su guarnición. El Oasis de Marada, a cierta distancia hacia el sur, había sido ocupado poco antes por una fuerza mixta ítalo-germana. Dichas tropas debían ser sostenidas allí, pero nuestras columnas de aprovisionamiento eran constantemente hostigadas por los ingleses desde El Agheila.

Poco después de mi regreso, el 3.er Batallón de Reconocimiento conquistó, a primeras horas de la mañana del 24, el fortín, los depósitos de agua y el aeródromo de El Agheila. La guarnición, muy débil, había minado profusamente la zona, y pudo retirarse ante nuestro ataque.

Tras la captura de El Agheila, los puestos avanzados ingleses se replegaron sobre el desfiladero de Mersa el Brega, según informaciones de nuestras fuerzas aéreas.

26 marzo 1941.

Queridísima Lu:

*Hemos pasado nuestro primer día de playa. El lugar es muy pintoresco, y el estar en mi vivienda rodante resulta casi tan cómodo como encontrarse en un hotel. Hace un calor muy agradable, y nos bañamos por las mañanas. Aldinger y Günter (*respectivamente, ayudante y asistente de Rommel*) viven en una tienda cercana. Por las mañanas hacemos café en nuestra cocina. Ayer un General italiano, Calvi de Bergolo, me regaló un «burnús». Se trata de una pieza magnífica, azul obscuro, adornada con seda roja y bordados. Te sentaría muy bien para actuar en un escenario…*

Pocas novedades del frente. He de contener a las tropas para que no avancen espontáneamente. He ocupado una nueva posición a 32 millas al este. Nuestros amigos italianos pondrán mala cara.

A través de Cirenaica

El desfiladero de Mersa el Brega constituía el primer objetivo para el ataque previsto para mayo contra las fuerzas enemigas, alrededor de Agedabia. Tras de que los ingleses fueron desalojados de El Agheila, se habían establecido en los terrenos altos de Mersa el Brega, y al sur de las marismas de Bir es Suera, iniciando la construcción de fortificaciones. Observábamos sus actividades, no sin cierta aprensión, porque si les dejábamos afianzarse en el terreno, instalando alambradas y colocando minas en aquella fortaleza natural, poseerían la contrapartida a nuestra posición de Mugtaa, muy difícil de tomar al asalto o rodear por el sur.

El país, que se extendía al sur del Wadi Faregh, entre 40 y 50 Km. de Mersa el Brega, era extremadamente arenoso y casi inaccesible a los vehículos. Me enfrentaba al dilema de esperar la llegada del resto de mis tropas para finales de mayo, lo que permitiría a los ingleses erigir fuertes defensas, que hubiera sido difícil atacar, o proseguir con nuestras escasas fuerzas actuales para atacar y tomar la posición de Mersa el Brega en su estado actual.

Me decidí por lo último, considerando que un ataque por parte de nuestros poco numerosos efectivos nos permitiría ocupar el desfiladero. La posición de Mersa el Brega reunía condiciones parecidas a las de Mugtaa, y nos proporcionaría un excelente lugar de concentración para el ataque de mayo. Otro argumento en favor de aquella maniobra era el de que nuestra provisión de agua había sido tan mala últimamente, que la apertura de nuevos pozos resultaba esencial. El ataque

a Mersa el Brega nos abriría el acceso a un país bien provisto de agua.

El 31 de marzo se rompieron las hostilidades contra las posiciones inglesas, librándose a primeras horas de la mañana un encarnizado encuentro entre nuestras tropas y unidades de reconocimiento inglesas, en Maaten Bescer. Por la tarde, elementos de la 5.ª División Ligera atacaron la posición de Mersa el Brega propiamente dicha, que fue obstinadamente defendida por los ingleses. El ataque se interrumpió.

Pasé todo el día sobre el campo de batalla con Aldinger y mi Jefe de Estado Mayor, Teniente Coronel von dem Borne, y por la tarde, sopesé la posibilidad de atacar por el norte de la ruta costera. El 8.° Batallón de Ametralladoras fue colocado en dicho punto a última hora, y en una atrevida incursión por los arenales consiguió que el enemigo se retirara hacia el este, abandonando el desfiladero. El éxito de la 5.ª División Ligera no fue notificado al Cuerpo de Ejército hasta la mañana siguiente. Los ingleses habían huido, al parecer precipitadamente, y capturamos cincuenta vehículos Bren[18] y cerca de treinta camiones. El 1.° de abril ordené a las fuerzas que se concentraran en el sector Mersa el Brega-Maaten Giofer.

La observación aérea demostraba claramente que el enemigo tendía a la retirada, y ello quedó confirmado por las patrullas de reconocimiento mandadas por el General Streich. Se trataba de una posibilidad que no podía dejarme perder, y di orden de atacar y tomar Agedabia, a pesar de que, según nuestras órdenes, no debíamos hacerlo hasta finales de mayo. El 2 de abril la 5.ª División Ligera avanzó por ambos lados de la Vía Balbia hacia Agedabia. Los campos de minas enemigos causaron pocas molestias. Los italianos nos seguían por la carretera. Agedabia fue tomada por la tarde, tras una breve acción, y nuestras unidades de vanguardia prosi-

guieron rápidamente hacia el sector de Zuetina. Entretanto, el 5.° Regimiento Panzer, que formaba el cuerpo principal de nuestro ataque al sur de la Vía Balbia, tropezó con tanques ingleses, librándose una escaramuza. Al poco rato, siete de dichos carros quedaban incendiados. Nosotros perdimos sólo tres. En esta acción el enemigo utilizó un camuflaje muy eficaz, en forma de tiendas árabes, que les permitió entrar en acción de manera inesperada.

Al atardecer habíamos ocupado la zona de Agedabia hasta un lugar situado a 20 Km. al este de la localidad. Los italianos se nos reunieron después. El 3 de abril desplacé a Agedabia mi puesto de mando avanzado, y procedí a observar los movimientos del enemigo, que parecía haber emprendido una retirada general, como si quisiera abandonar Cirenaica. Al parecer, tenía la impresión de que éramos extremadamente fuertes, y a ella no debían ser ajenos nuestros tanques simulados.

Wavell empezó a preocuparse de los riesgos que corría desde el momento en que Rommel había tomado El Agheila. Neame recibió instrucciones para replegarse sobre una posición cercana a Bengasi, si se veía excesivamente presionado, pudiendo también, en caso necesario, abandonar el puerto. Poco después de la caída de Agedabia, el 2 de abril, se cursaron órdenes urgentes para el abandono de Bengasi y la iniciación de una retirada hacia el este, con idea de mantener a las fuerzas intactas. Sin embargo, en la confusión de la retirada, aquéllas pronto se desintegraron.

Durante la mañana se me notificó que un grupo de veinte tanques enemigos había sido localizado a 32 Km. al norte de Agedabia, y, en consecuencia, di instrucciones al Teniente Berndt[19] para que comprobase la autenticidad de la noticia.

Partió por la carretera de Bengasi, llegando hasta Magrun, y tras haber identificado a los carros, que no eran sino vehículos abandonados por los italianos en la retirada precedente, regresó a Agedabia.

Por aquel entonces habíamos hecho ya 800 prisioneros. Los ingleses parecían evitar acciones decisivas, y aquella tarde decidí mantenerme lo más cerca posible de las tropas en retirada, con la intención de ocupar toda Cirenaica en una sola embestida. Inmediatamente envié a un destacamento avanzado de la Ariete en dirección a Ben Gania, bajo el mando del Coronel Fabris, mientras ordenaba a la 5.ª División Ligera que siguiera con su 3 er Batallón de Reconocimiento a lo largo de la Vía Balbia, hacia Bengasi. El General Streich estaba algo preocupado por sus vehículos, pero no pude permitir que ello entorpeciera la acción, ya que no pueden perderse oportunidades semejantes por culpa de algún detalle secundario.

El General italiano Zamboni me había dicho que la ruta desde Agedabia a Giof el Matar era una verdadera trampa mortal, y trató de disuadirme a mandar tropas a Cirenaica utilizando la misma. Sin embargo, tenía más confianza en mi propia observación, y partí con mi ayudante, el Teniente Aldinger, en dirección a Giof el Matar. A los 19 Km. alcanzamos la vanguardia del Batallón italiano de Reconocimiento, mandado por Santa María, que había sido acoplado a las fuerzas de Fabris. La unidad operaba muy bien, desplegada en formación abierta. El terreno era excelente para los vehículos y no ofrecía dificultades.

Al regresar a mi Cuartel General, hacia las cuatro de la tarde, supe que la 5.ª División Ligera había manifestado necesitar cuatro días para aprovisionarse de gasolina. Dicho espacio de tiempo me pareció excesivo, e inmediatamente cur-

sé órdenes para que se descargaran los vehículos y fueran enviados al depósito de Arco dei Fileni, donde en veinticuatro horas cargarían suficiente gasolina, víveres y munición para el avance por Cirenaica. Aquello significaba una jornada de inmovilización, pero teniendo en cuenta que el enemigo no cesaba de retirarse podíamos correr dicho riesgo. Entretanto, se estaba haciendo cada vez más evidente que los británicos nos consideraban más fuertes de lo que éramos en realidad, creencia que había que mantener a toda costa, actuando como si desencadenáramos una ofensiva en gran estilo. Desde luego, no me encontraba, de momento, en situación de presionar con el grueso de mis fuerzas, pero podíamos hacerlo de forma que nuestras unidades avanzadas mantuvieran a los ingleses en constante repliegue. En veinticuatro horas esperaba poner en juego unidades más importantes, que había planeado concentrar en el flanco sur, al objeto de avanzar, a través de Ben Bania, hacia Tmimi, interceptando y poniendo fuera de combate al mayor número posible de elementos adversarios.

Aquella tarde marché hacia el norte para ver cómo iban las cosas en el 3er Batallón de Reconocimiento, que proseguía en dirección a Bengasi. Al alcanzarlo, en la región de Magrun, von Wechmar me informó de que hasta entonces no había establecido contacto alguno con los ingleses. Un sacerdote italiano que había salido a su encuentro, procedente de Bengasi, le notificó que él enemigo había abandonado la ciudad. A instancias de von Wechmar ordené que el batallón continuara su avance.

En nuestro regreso a Agedabia nos tropezamos con un vehículo alemán, al parecer ocupado por oficiales ingleses. No nos molestamos en detenernos, comprendiendo que serían hechos prisioneros por el 3.er Batallón de Reconocimien-

to, como así ocurrió efectivamente. Más tarde supimos que los «tommies» habían sorprendido a un chófer alemán al noroeste de Agedabia, apoderándose del vehículo, con la esperanza de recorrer el trayecto que les separaba de sus tropas. Tras aquella valerosa tentativa, casi podía deseárseles que hubieran triunfado. Sin embargo, no tuvieron suerte.

A mi regreso al puesto de mando me encontré al General en Jefe italiano, Gariboldi, el cual parecía muy poco complacido por el curso de las operaciones, y me hizo objeto de violentos reproches, en especial teniendo en cuenta que mi actitud estaba en directa oposición con las órdenes recibidas de Roma. Añadió que el suministro era demasiado inseguro para permitir a nadie hacerse responsable de semejante avance o de sus consecuencias. Deseaba que interrumpiéramos la acción y no emprendiéramos ninguna otra sin sus órdenes expresas.

Desde el principio me había hecho la idea de disponer de la máxima libertad operativa y táctica, y, lo que es más, no estaba dispuesto a permitir que se me escapara de las manos una oportunidad como aquélla. En consecuencia, la conversación se hizo bastante acalorada. Expuse mis puntos de vista claramente y sin vacilaciones. El General Gariboldi quería contar con la aprobación de Roma, pero ello significaba muchos días de inactividad, y no quise aceptarlo. Añadí que intentaba proseguir comportándome como consideraba más apropiado, teniendo en cuenta la situación general. Aquello enconó todavía más la discusión. De improviso —*deus ex machina*— llegó un mensaje del Alto Mando alemán por el que se me confería completa libertad de acción, terminándose así la disputa de la forma que yo deseaba.

El batallón de von Wechmar entró en Bengasi la noche del 3 de abril, entre el júbilo y las aclamaciones de sus habitan-

tes. Los ingleses habían incendiado todos sus depósitos.

3 abril 1941.

Queridísima Lu:

Estamos atacando desde el día 31 con fulgurante éxito. Lo más probable es que exista consternación entre nuestros amos en Trípoli y Roma, y quizás también en Berlín. Acepté el riesgo contra todas las órdenes e instrucciones porque el momento me pareció favorable. No dudo de que todo será considerado excelente más tarde, y de que la mayoría declararán que hubiesen obrado exactamente igual en mi lugar. Hemos alcanzado ya nuestro primer objetivo, fijado para finales de mayo. Los ingleses tropiezan unos con otros en su afán por huir. Tenemos pocas bajas, y el botín no puede ser evaluado todavía. Comprenderás que la alegría me impide dormir.

A primeras horas de la mañana siguiente, un destacamento de la «Brescia», consistente en un regimiento reforzado, partió hacia Bengasi, con el fin de relevar al 3.er Batallón de Reconocimiento, el cual proseguiría su avance. El grueso de la 5.ª División Ligera continuaría por Ben Gania, y su batallón de vanguardia, al mando del Conde Schwerin, fue convenientemente reforzado. La «Ariete» seguiría la misma ruta hasta Bir Tengeder, volviendo luego hacia el norte, para tomar El Mechili. La velocidad lo era ahora todo. Deseábamos a toda costa atraer a parte de las fuerzas inglesas y obligarlas a presentar batalla antes de que hubieran logrado retirarse de Cirenaica y escapar al peligro que las amenazaba.

El 4 de abril visité Bengasi con el Jefe de Estado Mayor y Aldinger, y mandé a Mechili, por Regima y Charruba, al Batallón de Reconocimiento, reforzado por una compañía de carros. Por la tarde volé en un «Junkers», por no haber ningún «Storch» disponible, sobre Ben Genia y Tengeder. Las

columnas marchaban hacia el este, levantando grandes nubes de polvo. Creí identificar a nuestras unidades de vanguardia a unos 20 Km. al este de Gania.

Aquella tarde, a última hora, el dispositivo enemigo aparecía más o menos como sigue: Pequeños núcleos se encontraban al este de Ben Gania. mientras otras fuerzas proseguían en Msus. Durante la tarde el 3.er Batallón de Reconocimiento había establecido contacto en Regima con una débil fuerza enemiga, a la que obligó a retroceder. El grueso de las unidades inglesas se hallaba en plena retirada, evacuando Cirenaica.

4 abril 1941.

Queridísima Lu:

He recibido la felicitación del Führer *por el inesperado éxito de la campaña, además de indicaciones para movimientos futuros, todas las cuales se hallan de acuerdo con mis propias ideas. Nuestro territorio se amplía y podemos maniobrar con desahogo.*

A las cuatro de la mañana siguiente (5 de abril) puse en movimiento al *Kampfstaffel*[20] del Afrika Korps, haciéndole emprender la marcha hacia Ben Gania. Había pensado que, en cuanto la situación lo permitiera, me situaría en alguna unidad de vanguardia, para tomar el mando y conducir personalmente la progresión hacia Tmimi o Mechili.

Desde mi «Storch[21]» eché una mirada al avance que continuaba hacia Ben Gania, y después de regresar hablé con el Comandante Schleusener, discutiendo el modo mejor de poner en movimiento a las columnas pesadas de suministro. Abrigábamos algunas dudas acerca de la utilización de la difícil carretera que pasaba por Ben Gania, y decidimos que mejor sería aprovisionarse por Solluch y Mechili.

La Luftwaffe informó de que la retirada inglesa continuaba. Hacia el mediodía ordené al Coronel Olbrich que se pusiera en camino inmediatamente con una fuerte formación acorazada, consistente en el 5.° Regimiento Panzer y en cuarenta tanques italianos, hacia Msus, por Magrun y Solluch, destruyendo al enemigo que se encontraba allí, y prosiguiendo hacia Mechili.

5 abril 1941.

Queridísima Lu:

Partimos a las cuatro de esta mañana. El frente africano está en movimiento. Confiemos en que el vigoroso golpe que ahora descargamos tenga éxito. Me conservo en forma. La vida sencilla que llevamos aquí me sienta mejor que la abundancia de Francia. ¿Qué tal seguís los dos?...

A las dos de la tarde partí en un «Junkers» hacia Ben Gania. Después de aterrizar supe, por conducto de la Luftwaffe, que no había ya ingleses en la zona de Mechili ni al sur de la misma. En consecuencia, la columna de Schwerin recibió la siguiente orden: «Mechili, libre de enemigos. Tómenla rápidamente. Rommel». El resto de nuestras tropas de vanguardia fue también dirigido hacia allí. Por mi parte, salí por la tarde en avión, con Aldinger, para tomar personalmente el mando de las unidades que iban en cabeza. Al atardecer regresamos para ver dónde se hallaban las columnas de la 5.ª División Ligera, que descubrimos marchando a buena velocidad hacia el nordeste. Poco después encontramos también a mi *Generalsstaffel*[22]. Mandé al «Storch» hacia atrás y seguí la ruta en mi «Mammoth[23]» hacia Ben Gania, con el fin de tener una impresión directa de las dificultades de la marcha. Dos horas y media después, y completamente cubiertos de polvo, alcanzamos el aeródromo, donde se me informó de que la 5.ª División Ligera había torcido hacia Me-

chili. Poco después el Teniente Schulz regresaba de un vuelo de reconocimiento, notificando que Mechili y sus alrededores habían sido ocupados por poderosas formaciones inglesas. El Comandante Heymer se hallaba ausente desde mucho antes, con dos aviones, para minar los caminos al este de Mechili. Mi «Ic[24]», Capitán Baudissin, había sido derribado con su «Heinkel III» y hecho prisionero por el enemigo.

Ya era de noche, y, por lo tanto, demasiado tarde para regresar a Agedabia. En vista de la nueva y poco favorable situación decidí aproximarme a la 5.ª División Ligera y asumir el mando de las operaciones.

Al principio, seguimos nuestra ruta con los faros encendidos. De vez en cuando debíamos abrirnos camino por campos de minas, que localizábamos por los vehículos ardiendo situados en sus límites. Hacia la medianoche, nuestra larga y bien iluminada columna fue súbitamente atacada por aviones ingleses, mientras avanzaba serpenteando por el desierto. No se sufrieron daños, y continuamos, esta vez sin luces. Hacia las tres de la madrugada alcanzamos la cabeza de la columna y a su comandante. La formación hizo alto, y descubrimos que nos habíamos equivocado de ruta. Según el cuentakilómetros debíamos encontrarnos más allá de Bir Tengeder. No se veía nada ante nosotros. Poco después se acercaron, procedentes del norte, un «Henschel» y un «Storch», que nos reconocieron y aterrizaron, a pesar de las dificultades del terreno. Eran el Comandante Heymer y sus hombres, que acababan de cumplir su misión. Tras haber aterrizado en el aeródromo de Mechili, poco antes del atardecer, procedieron a minar los caminos que conducían al este, situándose después a unos metros de sus aviones, para observar el tráfico inglés. Al amanecer descubrieron que tropas británicas habían entrado en posición, muy cerca de

ellos, pero se las arreglaron para alcanzar sus aviones en rápida carrera y despegar sin más contratiempo. Notificaron que Mechili estaba bien defendido y que el tráfico hacia el este era muy denso. No había tiempo que perder, o de lo contrario el pájaro volaría. Como nos encontrábamos aún a 20 Km. de Mechili, di instrucciones al Teniente Behrend para que avanzara a toda marcha con su grupo de combate hasta la pista Mechili-Derna, que procedería a cortar en un punto conveniente. El Teniente Coronel Ponath, de cuya fuerza sólo quince vehículos marchaban con nosotros, fue enviado a Derna con la misión de cerrar la Vía Balbia en ambas direcciones. Poco después llegaba el Conde Schwerin con parte de su fuerza, y también le fue ordenado bloquear las pistas que salían de Mechili hacia el este.

Hacia las siete y media, el Teniente Schulz aterrizó en el Cuartel General del Cuerpo, notificando la presencia en Mechili de trescientos vehículos ingleses. El General Streich se presentó a continuación, y le informé de mis intenciones. Luego partí con mi Plana Mayor hacia el puesto de mando del Conde Schwerin. Por el camino observamos en la arena numerosas huellas de tanques ingleses en dirección este.

Por desgracia no pudimos lanzar el planeado ataque sobre Mechili el día 6 de abril —las fuerzas de Fabris atacarían desde el este y Schwerin desde el sur y sudeste—, porque el primero no llegó a su punto de partida hasta la noche. No tenía informes de gran parte de las Unidades del Cuerpo, porque las distancias eran demasiado largas para utilizar la radio. La columna del Coronel Fabris informó a mi la (*jefe de operaciones*), que aún se encontraba en Agedabia, de que las tormentas de arena y la carestía de gasolina habían impedido su progresión por Msus. A pesar de estos retrasos, pudieron tomar dicha localidad a última hora de la tarde, continuando

su marcha hacia Mechili. Hacia las dos del 7 de abril, la columna de Fabris notificó hallarse sin carburante, no pudiendo situar a su artillería en posición. Se recogieron inmediatamente todas las reservas de gasolina que guardaba el Cuartel General divisionario —35 bidones en total—, y a las tres me puse en marcha, con mi *Gefechtsstaffel*, para situar a la artillería en posición antes de que amaneciera. Sin embargo, debido a la densa obscuridad —no brillaba ni una estrella— fracasamos en nuestro empeño por encontrar la columna. Aun cuando repetimos nuestra tentativa a la mañana siguiente, sufrimos muchas molestias antes de dar con ella. Entre otras vicisitudes, tropezamos con la retaguardia de una formación avanzada inglesa, compuesta de autoametralladoras «Bren». Aunque no disponíamos más que de tres vehículos, y sólo uno de ellos iba armado de ametralladora, avanzamos rápidamente hacia el enemigo, levantando una gran nube de polvo que le impidió ver cuantos transportes venían detrás. Aquello engañó a las tropas enemigas, que abandonaron su posición a toda prisa.

Tras haber aprovisionado de gasolina a los vehículos italianos, la columna avanzó, en formación abierta, hacia Mechili. Pronto vimos el fuerte. Gran número de vehículos enemigos estaban concentrados allí, y por medio de los prismáticos pudimos distinguir incluso los hombres, que formaban grupos. Dirigí la columna de Fabris hasta un punto situado a 3 Km. al nordeste de Mechili, y una vez allí nos detuvimos y entramos en posición. Al principio el enemigo no dio señales de organizar defensa alguna, y en consecuencia mandé al Teniente Grohne, con bandera de parlamento, para que les conminara a rendirse. Desde luego, su jefe rehusó.

Por desgracia, aún no existían señales de la formación de Olbrich que debía haber llegado ante Mechili mucho antes.

Más tarde, aquella misma mañana tomé mi «Storch» y me puse a buscarlo. Volamos a 600 m. de altura sobre la llanura arenosa, acercándonos a las colinas de Mechili. Al este del fuerte distinguí, de improviso, largas columnas de obscuros vehículos, que tomé por los de Olbrich. Varios soldados trazaron una cruz para el aterrizaje, entre los camiones. En el último instante observé los cascos planos de los soldados ingleses. Inmediatamente emprendimos la retirada dando media vuelta, seguidos por el fuego de las ametralladoras enemigas. Tuvimos mucha suerte al escapar ilesos con sólo un rasguño en el timón del aparato. Después de este episodio volamos hacia el oeste, a mayor altura. Entre 20 y 30 Km. al sudoeste de Mechili vimos a un grupo de pequeños vehículos que iba hacia el este. Podían identificarse claramente sus emblemas alemanes. Aterricé, encontrándome con parte del 3.er Batallón de Reconocimiento, al que inmediatamente indiqué el verdadero camino. Partiendo de nuevo, descubrí varias columnas de tanques alemanes e italianos a unos 30 Km. al sur. Aterricé igualmente, y les recriminé su lentitud. Al parecer, los carros de vanguardia habían visto, al cruzar una marisma seca, lo que parecía una extensión de agua muy amplia hacia el este, que les obligó a cambiar de dirección. Desde luego, se trataba tan sólo de un espejismo, fenómeno muy corriente en aquellas regiones. Les ordené que continuaran a toda la velocidad de sus motores.

De regreso al Cuartel General, esperé en vano la llegada de las fuerzas de Olbrich. Finalmente, por la tarde, tomé mi «Storch» para buscarlas de nuevo. De una altura, junto a Mechili, surgía una columna de humo negro, probablemente algún transporte inglés incendiado. En cierto lugar cruzamos una nueva pista sobre la que camiones ingleses marchaban hacia el sudeste. Al ver al «Storch», los «Tommies» se refu-

giaron donde pudieron, aunque sin abrir fuego. No se distinguía nada en ningún punto, y resultaba obvio que Olbrich se había extraviado otra vez. Pero ¿dónde estaría? Había huellas en la marisma salada, pero se desvanecían sobre el terreno pedregoso. Me sentí profundamente irritado, y mi preocupación iba en aumento, porque la decisión final en la batalla de Cirenaica dependía por entero de la llegada de aquellas fuerzas. El sol se había puesto, y sabíamos que dentro de hora y media sería de noche. Volamos hacia el norte. Por fin, se destacaron sobre el horizonte unas columnas de polvo. Más precavidos, después del incidente con la cruz de aterrizaje de los ingleses, volamos con cautela. La columna estaba compuesta por vehículos alemanes, y pronto aterrizamos cerca de la Plana Mayor del coronel Olbrich. Me encolerizó aquel innecesario rodeo, debido a su ignorancia de la ruta, y les ordené situarse sobre aquélla con la mayor rapidez posible. Volando con ayuda de la brújula, encontramos, por fin, mi Cuartel General, y aterrizamos felizmente, a pesar de la obscuridad. Durante mi ausencia, aviones ingleses, volando a baja altura, habían atacado una pista de aterrizaje, incendiando varios «Junkers».

8 abril 1941.

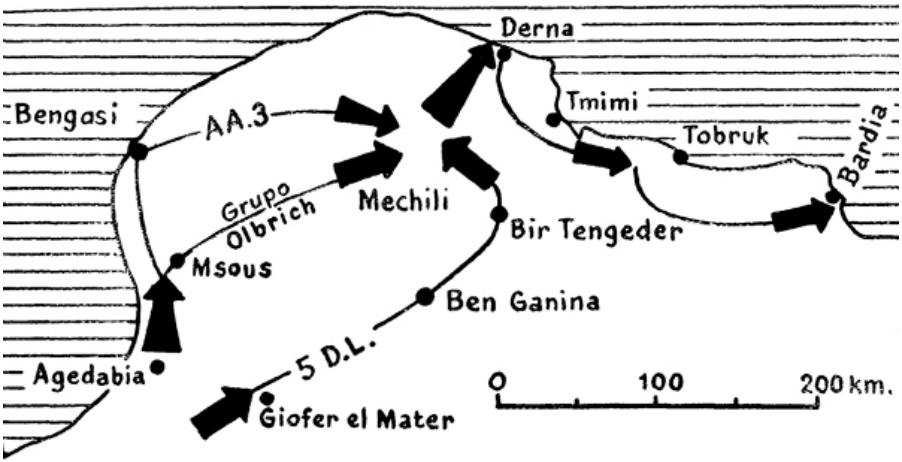
Queridísima Lu:

No estoy seguro de si he puesto bien la fecha. Llevamos varios días atacando en este ilimitado desierto, y he perdido toda noción del espacio y del tiempo. Como habrás visto por los comunicados, todo marcha muy bien.

Hoy será otra jornada decisiva. El grueso de nuestras fuerzas sigue en camino, tras una marcha de 350 Km. sobre las rocas y la arena del desierto. Ayer regresé del frente en avión con el fin de localizarlas, y pude ver cómo avanza-

ban. No puedes imaginar mi alegría. Esto va a ser una batalla de Cannas. al estilo moderno.

Sigo muy bien, y no debes preocuparte por nada.



El avance de Cirenaica (Marzo - Abril de 1941).

Nuestro ataque sería lanzado a la mañana siguiente. Hacia las seis del día 8 de abril volé hacia el frente de Mechili, con el fin de seguir el curso de la operación. A 50 m. de altura, el «Storch» se aproximó a un batallón de Bersaglieri, que el día anterior había sido añadido a la columna del Coronel Fabris. Al parecer, los italianos no habían visto todavía un «Storch», y su estupor fue tan profundo al aparecer súbitamente sobre sus cabezas, que empezaron a disparar sobre nosotros desde todas direcciones. Teniendo en cuenta la escasa distancia, fue un milagro que no nos derribaran, lo cual, por otra parte, dice muy poco en favor de la puntería italiana. Dimos media vuelta, sin pérdida de tiempo, poniendo una eminencia del terreno entre nuestros aliados y nosotros. Sin deseo alguno de ser derribado por los propios italianos a mi mando, hice que el avión se elevara a 1000 m., desde donde pudimos observar la situación con más seguridad. Indudablemente, el ataque a Mechili progresaba. Una fuerte columna de vehículos enemigos salía de la localidad, en dirección oeste, y pro-

seguimos nuestro vuelo con la esperanza de encontrar a las fuerzas de Olbrich, que ya debían acercarse. Sin embargo, no se veían señales de las mismas. Divisamos a una pieza de 88 mm. con sus sirvientes, a 2 ó 3 Km. al oeste de los ingleses. Imaginando encontrar allí a más formaciones propias, aterrizamos en una elevación arenosa, donde el «Storch» se atascó. El jefe de la pieza nos dijo que el día anterior había sido atacada y averiada por tanques. No había ninguna formación propia por los alrededores, y mandó a un hombre en un camión, para que estableciera contacto con nuestras fuerzas. Le pregunté si al menos podía disparar contra la columna de polvo levantada por los vehículos ingleses. Al principio asintió, pero luego fue descubierto que el hombre que había partido en el camión se había llevado consigo el percutor. Los vehículos ingleses avanzaban desplegados y se encontraban ya muy cerca. Era evidente que debíamos alejarnos de allí a toda prisa, si no queríamos ir a parar al Canadá. Por fortuna los sirvientes del cañón disponían de otro vehículo en el que partimos hacia el sudeste, tropezando, poco después, con una marisma, que reconocí por mis vuelos del día anterior, y desde donde nos fue más fácil encontrar nuestro camino de regreso, hasta el Cuartel General.

Inmediatamente envié al Comandante Heymer en un «Henschel» para que buscara a Olbrich y a sus hombres, y los condujera, por fin, a Mechili. Entretanto, iban llegando elementos de la «Ariete», que tomaron la misma dirección. Como nada se sabía aún de los progresos del ataque que se había iniciado por la mañana, partí hacia Mechili con unos cuantos ayudantes, para observar personalmente la situación. Resulta imposible adoptar decisiones correctas si no se tiene una visión clara de los acontecimientos. No habíamos recorrido mucho trecho, cuando se abatió sobre nosotros

una violenta tempestad de arena, viéndonos obligados a detenernos en la siguiente colina. Proseguimos con la brújula, por entre los furiosos arenales, consiguiendo hallar, por fin, el camino hasta el aeródromo de Mechili. A partir de allí, seguimos la marcha guiándonos por los postes telegráficos y acercándonos a la localidad, que entretanto había sido tomada por nuestras tropas. Según supimos más tarde por el General Streich, todas las tentativas inglesas para retirarse hacia el este, de las que habían realizado varias durante la mañana, se habían estrellado contra el fuego de la artillería ítalo-germana. El ataque de nuestra infantería, con unos cuantos carros alemanes y piezas antiaéreas, había triunfado. Entretanto, Olbrich y sus hombres llegaron al lugar de la batalla.

Hacia las doce recibí un parte del Teniente Coronel Ponath, que estaba bloqueando la Vía Balbia en Derna, notificando que prisioneros y botín aumentaban de hora en hora, pero que sus fuerzas estaban muy debilitadas y le era preciso el envío urgente de refuerzos. Inmediatamente mandé a Derna a Schwerin y a Olbrich con sus hombres.

El resto de la 5.ª División Ligera se sostendría en el territorio conquistado de Mechili, donde también se concentraría la «Ariete», por el momento.

El grupo de Schwerin partió al mediodía hacia Derna, y yo seguí poco después con mi *Führungsstaffel*[25] y el destacamento antiaéreo. Poco más allá del fuerte tropezamos con una tormenta de arena, que dispersó la columna, hasta el punto de hacernos perder mucho tiempo el volverla a reunir. No obstante este retraso, nos las compusimos para llegar a Derna a las seis de la tarde, y una vez allí, Ponath anunció la captura de 800 prisioneros, incluyendo, ante mi profundo júbilo, a casi todo el mando inglés, con el General P. Neame,

jefe de las tropas inglesas en Egipto y TransJordania, y el General O'Connor, el que tan duro golpe había descargado sobre el Ejército italiano. Tropas motociclistas los habían rodeado y hecho prisioneros[26]. La «Brescia» había llegado a Derna desde Bengasi, gracias a la enérgica intervención del General Kirchheim, que acompañó su avance.

El General Von Prittwitz, jefe de la 15.ª División Panzer, parte de la cual acababa de desembarcar en África, recibió instrucciones para asumir el mando de las fuerzas de persecución, siguiendo a los ingleses hasta Tobruk. El 3.er Batallón de Reconocimiento, el 8.° de Ametralladoras y el 605.° de Antitanques fueron puestos a sus órdenes. Estas fuerzas no habían llegado todas al lugar de la lucha, pero el Batallón de Ametralladoras había hecho provisión de combustible, y estaba dispuesto a continuar el acoso.

La reconquista de Cirenaica era ya un hecho[27]. Sin embargo, me parecía de gran importancia seguir pisando los talones al enemigo en retirada, manteniendo la presión sobre él. Aun cuando, a juzgar por la experiencia de aquella campaña, no podíamos confiar en una ruptura con la consiguiente destrucción de parte del Ejército adversario, poseeríamos una excelente base de partida en la Marmárica para una posible ofensiva de verano contra Alejandría, dejando aparte el gran valor psicológico y de propaganda que ofrecería la reconquista de aquella colonia italiana, en especial para nuestros aliados. Existían buenas perspectivas para confiar en que el abastecimiento prosiguiera a ritmo normal por la ruta costera.

Por desgracia, varias de nuestras unidades se habían extraviado durante su recorrido por el desierto. Organizamos patrullas, que se dedicaran a su busca, trayéndolas a nuestra zona, y se mandaron aviones con la misión de explorar al de-

sierto. Un enorme incendio del que surgía una densa columna de humo, seguía sin apagar, en Mechili.

10 abril 1941.

Queridísima Lu:

Tras una larga marcha a través del desierto, alcanzamos el mar anteayer, por la tarde. Es prodigioso haber conseguido un hecho así, contra los ingleses. Me siento bien. Mi coche llegó a primeras horas de la mañana, y espero dormir en él de nuevo.

Primeras lecciones

Probablemente nunca se ha intentado en la guerra moderna una ofensiva tan improvisada como la nuestra de Cirenaica. Necesitamos gran acopio de recursos improvisados, tanto por parte de los jefes como de la tropa, y en algunos casos los primeros no pudieron alcanzar sus objetivos. Un hecho sobresaliente lo marcó la tendencia de algunos jefes a permitirse innecesarios retrasos para aprovisionarse de carburante y munición, o para dar un repaso a sus vehículos, aun cuando el ataque inmediato ofrecía posibilidades de triunfo. El jefe ha de tener siempre presente, ante todo, el tiempo de que dispone para cumplir una orden, y debe procurar por todos los medios ceñirse a él. Durante el avance hacia Mechili no pedí demasiado, y quienes actuaron enérgicamente consiguieron dar cima a lo ordenado. La energía y la decisión de un jefe son, a veces, de mucho más valor que sus cualidades intelectuales. Con frecuencia no se piensa así por parte de los militares de academia, aunque resulte clarísimo para un hombre práctico. Más avanzada la campaña, y cuando tuve oportunidad para establecer estrecho contacto con las tropas, siempre consiguieron lo que pedí de ellas.

Nuestro avance provocó algunas críticas posteriores, por lo que a la alta estrategia respecta. Cuando el General Paulus vino a África, manifestó que aquel rápido y apenas planeado ataque a través de Cirenaica había obligado a los ingleses a retirar sus tropas de Grecia, movimiento contrario a las intenciones del Alto Mando[28].

A esto quisiera responder: Primero, no sabía absolutamente nada de los planes del Estado Mayor sobre Grecia, y en to-

do caso, dudo muchísimo de que hubiéramos conseguido copar a los ingleses en aquella península, si éstos se encontraban al sudoeste de la misma, al iniciarse la ofensiva alemana, ya que en caso de urgencia podían retirarse por mar. Baste recordar Dunquerque, Andalsnes y la propia Grecia, donde la Marina inglesa se las compuso para retirar hacia el Norte de África o Creta a la mayoría de las formaciones que se encontraban allí al iniciarse la ofensiva alemana.

Segundo: Estoy convencido de que hubiera sido mejor para nosotros no entrar en Grecia, creando, por el contrario, una concentración de fuerzas en el Norte de África, con el propósito de expulsar a los ingleses del Mediterráneo. Las fuerzas aéreas empleadas en Grecia podrían haber protegido los convoyes de África, y debió haberse explotado hasta el máximo cualquier posibilidad de ensanchar nuestro espacio en el Mediterráneo. En vez de tomarse Creta, hubiera sido mejor conquistar Malta. Poderosas fuerzas motorizadas alemanas en el Norte de África se habrían apoderado de toda la línea costera, ocupada por los ingleses, aislando el sudeste de Europa. Grecia, Yugoeslavia y Creta no habrían tenido más recurso que rendirse, ya que el apoyo del Imperio inglés se hubiese hecho imposible para ellas. El precio en bajas de dicho plan —que no sólo cumplía nuestros propósitos en el sudeste de Europa, sino que aseguraba la zona del Mediterráneo y la del Próximo Oriente, con sus reservas petrolíferas y sus bases de ataque contra Rusia—, no habría sido mayor que el que tuvimos que satisfacer en Grecia, Yugoeslavia, Creta y el Norte de África, durante el verano de 1941. Pero nuestros superiores se mostraron reacios a emprender operaciones de mayor envergadura en un teatro de la guerra a donde era preciso llevar suministros por mar. Los círculos en los que se seguía rindiendo acatamiento a las ideas atrasadas y poco

realistas, lucharon con todas sus fuerzas contra semejante operación.

La experiencia conseguida durante aquel avance a través de Cirenaica formó la base de mis ulteriores movimientos. Había formulado demandas muy superiores a las requeridas en situaciones precedentes, creando de este modo mis propias normas. Una y otra vez se ve uno obligado a aprender que los procedimientos puestos en práctica con anterioridad dieron un resultado muy por debajo de lo requerido, y por este motivo no se les debe tomar como modelo.

Los ingleses sufrieron un tremendo engaño, por lo que a nuestras fuerzas reales respecta. Sus reacciones fueron muy astutas, y en consonancia con su convicción de verse atacados por elementos importantes. No aceptaron una batalla en Agedabia con sus débiles fuerzas, sino que retrocedieron para concentrarlas en otro lugar. La toma de Mechili fue, en realidad, un golpe de mano. El enemigo nunca pudo suponer que siguiéramos la ruta de Ben Gania ni que apareciéramos tan pronto ante ellos. Sus tropas fueron sorprendidas y engañadas de nuevo acerca de nuestro potencial, por las nubes de polvo levantadas por nuestros camiones. De manera similar, las fuerzas enemigas que aún seguían en Cirenaica no habían imaginado un avance tan rápido sobre Derna. Podemos afirmar, pues, que fue la velocidad la que nos confirió la victoria. (Resulta interesante indicar aquí que un año más tarde los ingleses cometieron el error de aceptar batalla en Agedabia, con fuerzas insuficientes).

Wavell intentaba mantenerse en Tobruk, abasteciéndose por mar, y confiado en que nuestros primeros ataques a la fortaleza fracasarían irremediablemente. Por mi parte sabía que, en este caso, nos encontraríamos en situación muy apurada, tanto táctica como estratégicamente, y que aún se ha-

ría más difícil si los ingleses lanzaban un ataque en el frente de Sollum. El jefe inglés pensaba, sin duda, que o bien retrocederíamos de nuevo a la altura de Tobruk, en cuyo caso la fortaleza le serviría de gran apoyo para la lucha, o nos aferraríamos al frente de Sollum, quedando expuestos a amenazas por ambos lados que impidieran futuras operaciones contra la plaza.

El relato que sigue demuestra hasta qué punto dicha decisión influyó a la larga en nuestras operaciones sucesivas.

El asalto a Tobruk

El 9 de abril trabajamos intensamente para completar los detalles administrativos, relacionados con el aprovisionamiento y el transporte de más tropas. Se recibieron informes de que el enemigo había concentrado poderosos contingentes alrededor de Tobruk, y procedía a cargar material en diez buques anclados en el puerto. Por desgracia la Luftwaffe estaba ocupada en el acoplamiento de sus recién recibidos aviones, y sólo podía utilizar unos cuantos de éstos. Cuando, al mediodía, llegó el Comandante de la «Brescia», le informé de mis intenciones, que consistían en que primero la «Brescia» y más tarde la «Trento» atacaran Tobruk desde el oeste, provocando, durante la marcha de aproximación, cuanto polvo pudieran, y tanteando después la potencia enemiga, mientras la 5.ª División ligera realizaba una incursión en el desierto, por el sur de Tobruk, con el fin de atacarlo a su vez por el sudeste.

A primera hora de la tarde, Aldinger y yo llegamos a Tmimi, donde se encontraban nuestras unidades de vanguardia, e informé al General Von Prittwitz de mi plan para Tobruk.

Entretanto, imaginaba que la 5.ª División Ligera había partido hacia Tmimi. Era de la mayor importancia realizar una demostración de fuerza ante Tobruk, e iniciar el ataque con presteza, porque el golpe debía descargarse antes de que el enemigo hubiera recuperado su moral, después de su derrota en Cirenaica, e iniciara la defensa de la plaza. Partí en avión hacia Mechili, con el fin de salir al encuentro de la 5.ª División Ligera, pero a 50 Km., una fuerte tormenta de arena nos obligó a regresar a Derna. Tras esperar que el *ghi-*

bli amainara un poco, partí de nuevo, llegando a Mechili a las cuatro y media, y encontrándome con que toda la 5.ª División se hallaba todavía allí. Los muchachos habían imaginado que podían permitirse un par de días de respiro, para proceder al reajuste de los vehículos. Aquello estaba muy lejos de mis intenciones, y, en consecuencia, les ordené partir aquella misma noche hacia Tmimi, encontrándose en la zona de Gazala —punto de partida para el ataque a Tobruk— hacia el amanecer.

A primeras horas del día 10 de abril salí en coche en dirección a Tobruk, encontrando al 3.er Batallón de Reconocimiento a 50 Km. al oeste de la fortaleza. Por desgracia no habían iniciado aún su giro hacia la derecha, para el ataque de flanco. Ordené al General Von Prittwitz que lo realizara inmediatamente por la carretera de Tobruk, mientras el 3.er Batallón de Reconocimiento marchaba en dirección a Acroma y El Adem. Partí de nuevo hacia Tobruk, hallando a las fuerzas de vanguardia del Batallón de Ametralladoras atacando a 16 Km. de la ciudad. La fuerte reacción artillera inglesa obligó pronto a suspender el avance. Por aquel entonces no teníamos aún idea de cómo estaban dispuestas las defensas de la plaza. El aire parecía estremecerse, y muy pronto una tempestad de arena se desencadenó. La visibilidad, que hasta entonces había sido buena, se hizo imposible, y hube de volver atrás. Al mediodía el Conde Schwerin se entrevistó conmigo en un lugar situado a 45 Km. al oeste de Tobruk, para informarme de que el General Prittwitz había resultado muerto, horas antes, a causa del disparo a bocajarro de un antitanque.

Ordené a la 5.ª División Ligera —relevada ya por la «Brescia»— que avanzara hacia la Vía Balbia, al este de Tobruk, bloqueando así la fortaleza. Entretanto, la «Ariete» había si-

do localizada en Bir Tengeder, ordenándosele proseguir hasta El Adem.

Como la situación se estaba haciendo algo confusa, pasé el día siguiente en el frente de combate. Resulta de gran importancia para todo jefe el poseer una clara visión del campo de batalla, así como de las posiciones propias y las del enemigo. A veces no se trata de cuál de los jefes es el mejor, en inteligencia o experiencia, sino de cuál es más hábil para captar la operación en su conjunto. Ello resulta de la máxima importancia cuando surgen circunstancias inesperadas, cuyas consecuencias resultan difíciles de prever. En este caso, el jefe debe saber observar por sí mismo, ya que los informes recibidos por conducto de otros rara vez le proporcionarán los datos que necesita para actuar de manera adecuada.

Mi «Mammoth» avanzó por una pista recién trazada, que corría al sur de Acroma, y luego torció hacia el este, para aproximarse a la carretera de Tobruk - El Adem, a unos 4 Km. al norte de esta última localidad. Tanques y vehículos blindados corrían ante nosotros por una cortadura del terreno, lo que me hizo suponer que El Adem no había sido aún tomado por el 3.er Batallón de Reconocimiento. En las alturas del nordeste, descubrimos un campamento recién abandonado por el enemigo. La artillería inglesa estaba bombardeando fuertemente a elementos de la 5.ª División Ligera, que se encontraba en la ruta y pronto los proyectiles empezaron a estallar cerca de nosotros. Me encontré al Teniente Coronel Conde Schwerin en la carretera Tobruk-El Adem y le di instrucciones para que presionara sobre Tobruk desde el este, impidiendo toda tentativa de evasión. Luego regresé a Acroma para hacer acopio de fuerzas. No se veían tropas alemanas por ningún sitio al sudoeste de Tobruk. El techo del «Mammoth» constituía un excelente punto de observa-

ción, y nos daba una visión panorámica de toda la comarca, sumamente necesaria en aquel paraje peligroso, donde a una patrulla de reconocimiento inglesa le hubiera resultado fácil sorprendernos. Por fin, encontré el mando de la 5.ª División Ligera, y poco después se acercaba el 5.° Regimiento Panzer con veinte tanques, y el Batallón de Ametralladoras. Todos fueron mandados inmediatamente a atacar Tobruk por el sudoeste. Partí de nuevo hacia la zona de concentración. Proyectiles de artillería inglesa caían desperdigados. El ataque parecía tropezar con más dificultades, en aquel amplio desierto, de las que había supuesto.

Por la tarde, el 3.er Batallón de Reconocimiento anunció la toma de El Adem, y ordené que prosiguiera hacia Bardia. Otras fuerzas estaban acudiendo con toda rapidez.

El 11 de abril el cerco de Tobruk quedaba cerrado, y el primer ataque a la plaza se iniciaba. Los «Stukas» bombardearon las instalaciones defensivas, cuyo dispositivo desconocíamos por completo. El 12 de abril llegaron más tropas, y quedó decidido que el ataque general fuese lanzado por la tarde. Aquel día el 3.er Batallón de Reconocimiento tomó Bardia.

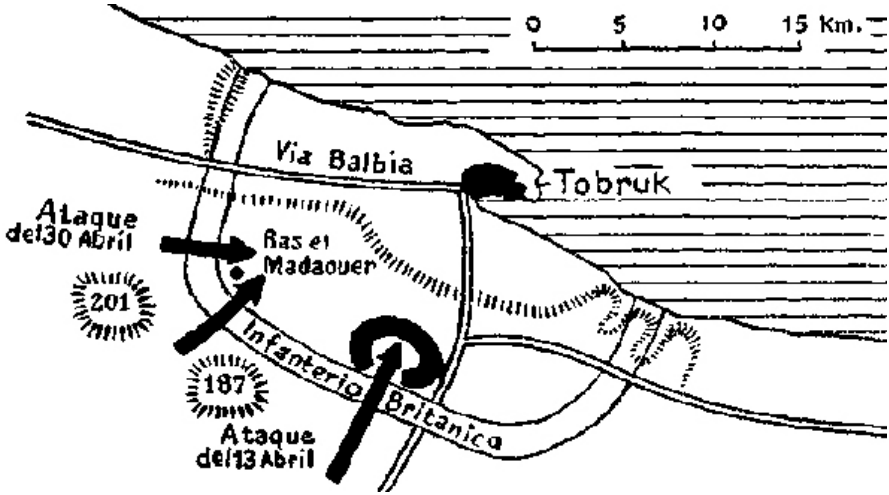
La División «Brescia», que, entretanto, había ocupado el frente occidental de Tobruk, inició el ataque por la tarde. La 5.ª División Ligera no estaba satisfecha con el cometido asignado, y expuso una serie de objeciones, que rechacé de plano. Soplaba el viento, levantando nubes de arena, y nada podía hacer para evitar los proyectiles ingleses. Por fin, la 5.ª inició su ataque hacia las cuatro y media. Partí en mi «Mammoth» hacia el norte, siguiendo a los tanques. Los cañones enemigos disparaban sobre todo el sector, mientras los tanques se acercaban, aunque ocasionando pocas bajas. El 5.° Regimiento Panzer se detuvo al llegar al punto de ruptura,

quedando bajo el fuego graneado de la artillería. Finalmente, los carros se situaron frente a un foso antitanque, que no estábamos en condiciones de eliminar. Las defensas de Tobruk se extendían en todas direcciones, en mayor profusión de la que habíamos imaginado. Aún no habíamos podido consultar ninguno de los planos de defensa en posesión de los italianos.

Tras el fracaso de aquel ataque, decidí renovarlo días después, cuando hubiese llegado más artillería de la «Ariete». No debíamos, bajo ninguna circunstancia, permitir que el enemigo se reorganizara.

Para el 13, ordené una incursión de reconocimiento, a realizar por la 5.ª División Ligera. Los destacamentos penetrarían, a ser posible, hasta el cruce de carreteras situado dentro de las defensas de Tobruk, para volar el foso antitanque. Con el fin de distraer al mando adversario, la División «Brescia» fijaría al enemigo al oeste de la fortaleza, no sólo con el fuego de sus armas, sino levantando cuanto polvo le fuera posible para simular la existencia de fuerzas numerosas en curso de concentración. Tras el fracaso del primer ataque a la plaza, la 5.ª División Ligera había perdido confianza en sí misma, y se sentía muy pesimista acerca de mi plan de iniciar otra embestida el 14. El mando de la unidad no dominaba aún el arte de concentrar su potencial en un punto, forzando la ruptura, penetrando por ella y asegurando los flancos para proseguir el avance a velocidad vertiginosa hasta la retaguardia del enemigo, antes de que éste hubiera tenido tiempo para reaccionar[29]. Mi estimación de las fuerzas enemigas permitía suponer que, por aquel entonces, disponíamos de una buena oportunidad para llevar a cabo nuestro intento. Todo cuanto necesitábamos era iniciativa y un sentido realista de la situación. Por desgracia no había podido adiestrar

a mis formaciones personalmente, antes de mi incursión por Cirenaica; de lo contrario, habríamos reaccionado de manera más conveniente ante la dura empresa de Tobruk.



Ataques a Tobruk (abril de 1941).

Como la «Ariete» no daba señales de vida, y era dicha división la encargada de apoyar a la 5.ª Ligera, me puse en camino para buscarla. Encontré su vanguardia a 35 Km. al oeste de El Adem, y ordené a su jefe, el General Baldassare, que situara a sus fuerzas en la zona norte de El Adem.

Hacia las seis de la tarde el 8.° Batallón de Ametralladoras empezó su incursión bajo el competente mando del Coronel Ponath. Como ya dijimos antes, el objetivo consistía en la anulación del foso antitanque, creando una cabeza de puente dentro de la zona defensiva inglesa. El apoyo de la artillería germana e italiana estaba bien calculado. Las baterías del 18.° Batallón de Antiaéreos, bajo el mando personal del Comandante Hecht, sometió a los objetivos a disparos directos, con éxito evidente. El avance de nuestros tanques y antitanques parecía algo lento. Los británicos contestaban con fuego de artillería desperdigado, pero sin ocasionarnos grandes pérdidas. Por la noche no habíamos recibido todavía informes

concretos acerca de si la destrucción del foso antitanque se había llevado a cabo. Sin embargo, resultaba evidente que Ponath había logrado irrumpir en el dispositivo inglés, estableciendo una cabeza de puente y preparando el terreno para el ataque del día siguiente.

Entretanto, la situación en el frente de Sollum se había estabilizado, poco más o menos. Sollum y Capuzzo habían sido conquistados, y los ingleses permanecían tranquilos.

14 abril 1941.

Tres de la mañana.

Queridísima Lu:

Quizás hoy lleguemos al final de la batalla de Tobruk. Los ingleses se muestran obstinados y responden con nutrido fuego de artillería. Sin embargo, saldremos airosos. El grueso de mis fuerzas ha dejado el desierto, después de haber permanecido en él una quincena. Los muchachos lo han soportado todo magníficamente, librando muy bien su doble batalla contra el enemigo y la naturaleza. Incluso podemos disponer otra vez de agua.

El momento en el que la 5.ª División Ligera debía iniciar el ataque quedó fijado para las tres de la madrugada del 14. El Regimiento Grati de Artillería y el 18.° de Antiaéreos, recibieron orden de trabajar en absoluta cooperación con la 5.ª División Ligera. Advertí a ésta que se asegurase los flancos de su penetración, e hiciese acopio de artillería con la máxima urgencia.

El ataque empezó en el minuto previsto, con gran apoyo artillero, y Ponath informó pronto de que estaba realizando notables progresos.

Al amanecer me dirigí hasta un punto situado a 100 m. al sur de la alambrada, para observar personalmente el desa-

rrollo de la operación. Proseguía normalmente, y por el norte se levantaban señales luminosas. De repente, granadas inglesas empezaron a explotar a nuestro alrededor, y nos vimos obligados a retirarnos, después de que la parte superior del coche de transmisiones fue alcanzada por la metralla. Por desgracia no se veían señales de la fuerza que debía cubrir los flancos, aunque se había conseguido penetrar en las posiciones enemigas al oeste de la carretera. Me dirigí al lugar ocupado por la «Ariete», y ordené a dicha división que prosiguiera hacia adelante.

A mi regreso al Cuartel General del Cuerpo, hacia las nueve, encontré un parte de la 5.ª División Ligera, manifestando que su avance se había detenido, porque la penetración resultaba demasiado estrecha. Poco después, el General Streich y el Coronel Olbrich llegaron a mi puesto de mando. El segundo informó de haber situado sus tanques en un lugar a 5 Km. al sur de la ciudad, pero viéndose objeto de un infernal fuego de artillería, se retiró a la altura del Cuartel General del Cuerpo. La infantería se encontraba en su mayor parte copada. Me puse furioso, en especial al ver cómo los tanques habían dejado a la infantería en el atolladero, y ordené que volvieran al ataque inmediatamente para abrir brecha en las líneas enemigas y sacarla de allí. Esperaba renovar el ataque en cuanto llegase la «Ariete», e inmediatamente quise comprobar si estaban cumpliendo mis órdenes. Por desgracia nada se había hecho aún, y hube de instar a la división a que se apresurara hasta el máximo.

A mi regreso a la 5.ª División Ligera, cerca del mediodía, nada se había conseguido, a causa de la fuerte reacción que efectuaba el enemigo. En tales circunstancias no podía optar sino por el abandono momentáneo del ataque a Tobruk, tras

establecer contacto con el batallón de Ponath, para intentar sacarlo de la trampa en que estaba encerrado.

Regresé por tercera vez a donde se encontraba la «Ariete», informando a su jefe de mi decisión y ordenándole ocupar el sector que se extendía al sur de Ras el Madauer, estableciendo contacto con la 5.ª División Ligera. Yo mismo acompañé a la unidad, hacia las cinco de la tarde. Al sudeste de Gasr el Glecha, recibió unas salvas de artillería procedentes de Tobruk. La confusión fue indescriptible. Las tropas retrocedieron en completo desorden, huyendo en varias direcciones hacia el sur y el sudoeste. Su jefe, el General Baldassare, se encontraba conmigo, reconociendo el terreno al norte de Gasr el Glecha. Teniendo en cuenta que se aproximaba la noche, tuvo grandes dificultades en volver a reunir la división y dirigirla hacia las posiciones designadas.

La noche del 14 al 15 no pudimos establecer contacto con el batallón de Ponath. Gran parte del mismo había quedado destruido, y el propio Teniente Coronel Ponath, que había recibido la Cruz de Caballero por su comportamiento durante la campaña de Cirenaica, resultó muerto.

Cuando el 20 de junio del año siguiente, el Ejército acorazado de África entró por fin en Tobruk, apoderándose de las posiciones inglesas al sur de la bifurcación de carreteras situada a 5 Km. de la ciudad, encontré los restos de varios tanques alemanes inutilizados por la artillería y los antitanques el 14 de abril de 1941. Habían alcanzado las alturas y conquistado el punto más importante de las defensas de Tobruk. De haber estado la 5.ª División Ligera en posición de asegurarse sus dos flancos, permitiendo la entrada en la brecha de la artillería y de la «Ariete», Tobruk habría caído, probablemente, en aquella jornada.

16 abril 1941.

Queridísima Lu:

La batalla de Tobruk se ha aplacado un poco. El enemigo está embarcando, y esperamos que la fortaleza caiga pronto en nuestras manos. Seguramente entonces nos detendremos. Sin embargo, nuestras escasas fuerzas han conseguido tremendos resultados, ocasionando un cambio de perspectiva muy notable en la campaña del sur.

Hay mucho trabajo y estoy muy ocupado.

Mi plan actual consistía en tomar la altura de Ras el Madauer, utilizando elementos de las divisiones «Ariete» y «Trento», así como varias compañías alemanas que atacarían bajo una fuerte protección artillera.

A las cinco de la tarde del 16 de abril lancé contra la cota 187 al batallón acorazado de la «Ariete», compuesto de seis tanques medianos y doce ligeros. Acompañamos el ataque por su flanco izquierdo. En vez de detenerse al sur de la cota, bajar de los vehículos y observar el terreno con los prismáticos, los italianos prosiguieron hasta la parte más alta, donde hicieron alto. No transcurrieron muchos minutos sin que la artillería inglesa abriera fuego sobre la colina, en vista de lo cual los italianos se retiraron a toda marcha, deteniéndose indecisos y atolondrados en un *wadi*. Traté de inducir al jefe de sus tanques a que avanzara en orden abierto hacia Ras el Madauer, sin poderlo conseguir.

El Teniente Berndt observaba la marcha de la infantería italiana. Al principio el avance se hizo en perfecto orden, pero de improviso los soldados dieron media vuelta y emprendieron veloz carrera hacia el oeste. Di instrucciones a Berndt para que tomara un blindado y fuese a ver qué ocurría. El rumor de la batalla había cesado. Media hora más tarde regresó Berndt informándome de que un soldado italiano le había dicho que el enemigo atacaba con tanques. Habiéndose

trasladado unos centenares de metros más al este, vio un automóvil de reconocimiento inglés que se llevaba, él sólo, a toda una compañía de italianos con las manos en alto. Abrió fuego inmediatamente sobre el vehículo, con el fin de que aquéllos pudieran escapar. Así lo hicieron..., pero en dirección a las líneas inglesas. Finalmente, un blindado británico volvió a hacerse cargo de los mismos.

Partí con tres antitanques, con el fin de salvar lo que pudiera. Me fue imposible persuadir a los tanquistas italianos para que nos acompañaran. Bajo el mando de Berndt, los antitanques consiguieron eliminar a varios «Bren» ingleses. Sin embargo, el batallón italiano, que no disponía de antitanques eficaces, había sido rodeado y capturado por el enemigo. Mi ayudante, el Mayor Schraepler, que había acompañado a la primera oleada de italianos, se las compuso para escapar. Me dijo que aquéllos habían avanzado en formación demasiado densa. Se sostenía ahora en las alturas alrededor de Acroma, con lo que quedaba de las fuerzas italianas, y en vista de ello, le envié como refuerzo dos compañías de fusileros.

La razón para atacar Ras el Madauer era la de que los ingleses amenazaban desde allí nuestra ruta de aprovisionamiento a través de Acroma. Una nueva tentativa se realizó el 17. Aunque no había entrado realmente en acción, a la «Ariete» no le quedaban más que diez tanques, de los cien con los que se iniciara la ofensiva. El resto había quedado inútil a causa de averías y contrariedades mecánicas. Ponía los cabellos de punta el ver la clase de equipo con el que el *Duce* había mandado a sus tropas a la batalla.

En el siguiente ataque nada marchó como esperábamos. Las fuerzas debían avanzar, aprovechando las depresiones del terreno, y esperando cada vez, hasta que el fuego de co-

bertura se iniciase. Pero los jefes de compañía habíanse lanzado ciegamente hacia adelante, ignorando sus instrucciones. Los carros de la «Ariete» iban mandados por el Teniente Wahl, intérprete de la 5.ª División Ligera. Contrariando mis órdenes de mantenerse tras de la infantería, se lanzaron adelante, perdiéndose pronto de vista. No había medio de comunicar con ellos, y su situación nos era desconocida. Entretanto, la infantería de vanguardia llegaba a las alambradas, frente a Ras el Madauer, sin encontrar oposición digna de estima.

De improviso, hacia la una, un tanque solitario apareció al norte de la altura de Ras el Madauer, marchando hacia nuestras líneas con el cañón apuntado. A causa del polvo, era imposible saber si le seguían otros. Temiendo que el enemigo utilizara de nuevo sus carros en una tentativa para destruir a la infantería, indefensa contra los blindados, puse inmediatamente en posición a mis tres antitanques. Entretanto, otros carros aparecieron a la vista. Tuvo lugar un cambio de disparos y tres tanques fueron tocados. Ante nuestra profunda consternación resultó después que eran italianos. El Teniente Wahl no regresó; evidentemente había lanzado su carro sobre las posiciones enemigas, quedando destruido. También el ataque de la infantería habíase detenido ante las alambradas. Las ulteriores tentativas para penetrar en las líneas inglesas fracasaron también. Estaba bien claro que no podíamos hacer nada contra las defensas adversarias con las fuerzas a mi disposición, y debido en gran parte al lamentable estado de adiestramiento y al defectuoso equipo de las tropas italianas. Decidí interrumpir la operación emprendida hasta la llegada de más refuerzos.

El 19 de abril me dirigí a Bardia, encontrándome con que la fortaleza no había sido todavía ocupada. Enormes cantidades de material de guerra italiano —en especial vehículos y

centenares de cañones dejados atrás por el ejército del Mariscal Graziani— se veían a ambos lados de la carretera. Condecoré al Teniente Coronel Von Wechmar con la Cruz de Caballero, y di órdenes para que Bardia fuese ocupada inmediatamente por una compañía alemana. Aquella noche, y como era de suponer, los ingleses mandaron a un grupo de sabotaje, que fue hecho prisionero, junto con su jefe, un comandante de las fuerzas regulares.

En nuestro camino de regreso nos vimos atacados dos veces por aviones ingleses que volaban a ras de tierra, a 16 Km. al oeste de Bardia. El Cabo Egger, chófer de mi vehículo «todo terreno», resultó muerto. Por su parte el coche recibió veinticinco impactos. También falleció mi enlace, el soldado Kanthak. El chófer de mi «Mammoth» resultó herido también por una bala que atravesó el parabrisas. Dejando a Berndt con los vehículos averiados, salté al asiento del «Mammoth» y lo conduje yo mismo. La carretera se hallaba en un estado lamentable. Deseando regresar aquella misma noche a mi Cuartel General, torcí hacia el sur, con la intención de pasar por el desierto, ante Tobruk. La noche era muy obscura y tratamos de orientarnos por las estrellas, pero el firmamento se cubrió de nubes, y me vi obligado a abandonar la tentativa y esperar hasta la mañana siguiente.

Por fin habíamos recibido del Alto Mando italiano los planos de la defensa de Tobruk. Había mapas muy detallados del sistema general y otros en los que se mostraba la construcción de defensas especiales. De los mencionados planos se deducía que el dispositivo estaba formado por dos líneas de fortificaciones, pero no en la forma usual de blocaos de cemento con troneras, sino completamente hundidas en el suelo. La exterior estaba rodeada por una fosa antitanque cubierta por tablas delgadas, sobre las que se había tendido una

capa de arena y piedras, de modo que era imposible adivinarla, ni aun hallándose a muy corta distancia. Cada núcleo tenía un diámetro de casi 90 m., y consistía en varios refugios de cemento, en cada uno de los cuales podían alojarse treinta o cuarenta hombres. Los nidos individuales estaban conectados entre sí por trincheras de comunicación, con ametralladoras antitanques y morteros en cada uno de sus ángulos. Igual que con la fosa antitanque, la trinchera de comunicación, que tenía 2 m. de profundidad, estaba cubierta por tablas, ocultas bajo una ligera capa de tierra, y que podían ser abiertas fácilmente en cualquier lugar. Cada núcleo estaba rodeado por fuertes alambradas, que también se extendían entre aquéllos. La segunda línea, situada a 200 ó 300 m. detrás de la primera, era de diseño similar, pero sin el foso antitanque.

Mi tarea consistía ahora en despegar a mis tropas motorizadas del cerco de Tobruk, con el fin de dejarlas disponibles para uso móvil. En consecuencia, pedí al Comando Supremo que me enviara dos divisiones de línea.

Durante los días sucesivos trabajé en un plan de ataque a Tobruk, basado en la idea que ahora teníamos de sus fortificaciones. Pretendía colocar el grueso de la División «Brescia» en posiciones fijas en el frente oriental de Tobruk, dejando libre al 2.° Batallón de Ametralladoras, y utilizar parte de la División «Trento» para ocupar Bardía y, a ser posible, Sollum, retirando al Batallón Knabe. El ataque principal se llevaría a cabo con las 15.ª División Panzer, gran parte de la cual había llegado a África, reforzada por unidades de la «Ariete». La línea de avance discurriría, por Ras el Madauer, hasta la retaguardia de las defensas fijas. Simultáneamente la 5.ª División Ligera desencadenaría un ataque secundario en

el frente sudeste. Tenía esperanzas de iniciarlo a finales de abril o principios de mayo.

21 abril 1941.

Queridísima Lu:

La situación se va haciendo más tranquila, y después de tres semanas de ofensiva me siento capaz de coordinar mis pensamientos. Durante las últimas semanas todo ha transcurrido entre una fiebre continua. Tengo la esperanza de poder lanzar muy pronto el ataque hacia Tobruk.

Por el momento nos encontramos en una hondonada rocosa y muy dispersos, a causa de la actividad de la aviación inglesa. En el otro lado, Froehlich está tratando de poner un poco de orden. Pero las fuerzas están equilibradas, y existen dudas de si los británicos no traerán mayores efectivos a cada día que pase.

Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, sufrimos un nuevo revés. La mañana del 22 el enemigo arrolló al Batallón Fabris en la cota 201, y prosiguió hacia Acroma. Inmediatamente di la alarma a la 15.ª División Panzer, parte de la cual había llegado, ordenándole ocupar la Vía Balbia, al este de la Cantoniera 31 (*depósito junto a la carretera, a 31 Km. de Tobruk*). Muy pronto se escuchó fuego de ametralladora frente a Acroma, y me dirigí hacia allá con toda la rapidez posible. Por el camino encontramos al 605.° Batallón Antitanque, al que ordené seguirnos. A nuestra llegada supimos que el enemigo había hecho prisioneros a la mayoría de los oficiales de Fabris, después de lo cual los seis tanques que realizaron el ataque habían avanzado hacia las posiciones artilleras italianas, destruyendo las piezas y capturando a sus servidores. Los seis tanques italianos puestos allí para proteger la posición, y que hubieran sido perfectamente capaces de aceptar combate y rechazar al enemigo, se hallaban en re-

taguardia por orden del Coronel Fabris. Inmediatamente conduje a un grupo de combate a las posiciones del batallón, donde encontramos vehículos y motocicletas todavía ardiendo. Las piezas de dos baterías parecían aún utilizables. Creo innecesario decir hasta qué punto me disgustó aquella curiosa conducta frente al enemigo.

Entretanto, las tropas destinadas al ataque estaban sometidas a un febril adiestramiento, ya que se había hecho evidente que el de nuestras fuerzas no estaba a la altura del de ingleses y australianos, y nos habíamos propuesto corregir la anomalía. Al proceder a inspeccionarlas, tanto las formaciones alemanas como las italianas me causaron muy buena impresión. Pronto abandoné mi plan de ataque por parte de la 5.ª División Ligera, al sudeste de Tobruk, ya que parecía existir poco entusiasmo hacia el proyecto, a causa de lo despejado del terreno y de la falta absoluta de protección.

Del Comandante Schraepler, ayudante de Rommel, a Frau *Rommel:*

22 abril.

Mi querida Frau *Rommel:*

Comprendo que quizá la sorprenda recibir una carta mía. Sin embargo, corro el riesgo de molestarla con el único fin de notificarle que su querido esposo sigue bien.

Durante los pasados días ha tenido muy poco tiempo para escribir, ya que han sido jornadas de mucho trabajo y grandes preocupaciones. Su deseo y el nuestro de encontrarnos no sólo en Tobruk, sino más allá, es, por el momento, imposible de realizar. Disponemos de pocas fuerzas alemanas, y los italianos no nos sirven de nada. O no avanzan o, si lo hacen, echan a correr al primer disparo. En cuanto ven a un inglés levantan los brazos y se rinden. Comprenderá

usted, señora, lo difícil que en tales circunstancias resulta el mando para su esposo. Sin embargo, estoy seguro de que para cuando haya recibido esta carta no deberá usted esperar mucho la publicación del parte anunciando la caída de Tobruk, y luego todo seguirá perfectamente.

Nos encontramos ahora en una hondonada rocosa, donde la aviación enemiga no podría descubrirnos. Tenemos algunos cazas que mantienen alejados a los bombarderos y aparatos de vuelo a baja altura ingleses. El Mariscal Milch ha prometido mayor apoyo a su esposo.

Aunque no vivimos con las comodidades que en Francia, no andamos mal del todo. Los depósitos ingleses capturados han mejorado las raciones de la tropa. Puede usted tener la completa confianza, señora, de que Günther cuida bien a su esposo dentro de los límites que la situación nos impone. Me alegro mucho de que su esposo disponga de un coche-vivienda italiano, que al menos le ofrece comodidad y protección contra las frías noches. Los italianos son maestros en tales lujos. Cuando estemos en El Cairo ya encontraremos más para nosotros.

La última edición de Das Reich *que ha llegado contiene un artículo sobre su esposo que usted debe haber leído. Su esposo se irritó mucho, y escribió en el margen la palabra «tontería». Lo he discutido con Berndt, el* Reichpressechef, *que se encuentra en nuestro Estado Mayor. Toda Alemania conoce las brillantes hazañas de su marido, y de nada sirve que un escritorzuelo a sueldo afirme semejantes inexactitudes.*

(Firmado: Schraepler*).*

23 abril 1941.

Queridísima Lu:

Ayer sostuvimos duros combates frente a Tobruk. La situación se hizo crítica, pero nos las compusimos para restablecerla. No podemos confiar en las tropas italianas. Son extraordinariamente sensibles a los tanques enemigos, y, como en 1917, arrojan la esponja al menor motivo. Unidades alemanas recién llegadas han reforzado la situación.

Ayer celebré una entrevista con Gariboldi y Roatta. También estaba presente el Ministro Terruzzi. Se me concedió ceremoniosamente la «Medalla al valor» italiana. Seguramente me entregarán también su «Pour le mérite». ¡Qué cosas tan triviales para estos tiempos! Durante los días pasados me las arreglé para dormir lo suficiente, de modo que estoy otra vez dispuesto a la acción. Una vez caído Tobruk, como espero para dentro de diez o quince días, la situación será segura. Quizás entonces disfrutemos de unas semanas de calma, antes de emprender nada nuevo.

¿Qué tal, vosotros dos? Debe haber un montón de correspondencia en el fondo del Mediterráneo.

P. D.: La Pascua ha transcurrido sin que nos diéramos cuenta.

25 abril 1941.

Queridísima Lu:

La situación es muy movida frente a Tobruk. Me alegraría mucho recibir refuerzos, porque sigo disponiendo de escasas tropas para cubrir el largo frente ante la fortaleza. Raras veces he pasado por tantos apuros, militarmente hablando, como durante los últimos días. Sin embargo, todo será distinto dentro de poco.

Lo más probable es que acabemos pronto en Grecia y se nos otorgue más ayuda. Paulus llegará dentro de unos días.

La batalla por Egipto y el Canal prosigue, y nuestro duro oponente se bate con todos los medios a su alcance.

El ataque sobre Ras el Madauer se desencadenó hacia las seis y media del 30 de abril, y fue iniciado por los «Stukas». Con sus sirenas aullando, los aparatos se precipitaron sobre las posiciones enemigas, y pronto la altura quedó envuelta en una espesa nube de polvo y humo. Al propio tiempo, la artillería abrió fuego sobre los puntos de ruptura, con excelentes resultados, a lo que podíamos ver. El ataque a la línea exterior resultó favorable, y penetróse en ella más de 3 Km. al norte y sur de Ras el Madauer. El enemigo se defendió con notable tenacidad, e incluso los heridos prosiguieron luchando con arma corta, hasta el último instante. Hacia las nueve, la altura principal fue atacada por retaguardia y tomada por el Batallón Voigttsberger. El enemigo tendió una fuerte barrera, especialmente en los lugares en los que realizábamos ataques de diversión, es decir, en las carreteras de Derna y El Adem. Por desgracia unos cuantos fuertes y núcleos de resistencia fueron conservados por el enemigo durante la noche, y nuestras tropas intentaron insensatamente apoderarse a toda costa de los mismos, en vez de proseguir el ataque principal. Dicha tarea debía haberse dejado a unos cuantos destacamentos de asalto. Resulta un grave error el entretenerse en trivialidades, abandonando el objetivo principal.

La «Ariete» fue puesta en movimiento, con instrucciones para unirse al Grupo Kirchheim durante la noche. Al dirigirme a la mañana siguiente (*1.° de mayo*) al puesto de mando de aquél, me encontré a buena parte de la «Ariete», que desde mucho antes debía haber ocupado las posiciones tomadas. Cuando me detenía en el puesto de mando de Kirchheim, las fuerzas italianas empezaban a efectuar la descarga de sus vehículos y a entrar en posición.

Me sentí extraordinariamente preocupado, y encargué al Comandante Appel que procurase por todos los medios hacer avanzar a los italianos. Realizó un gran esfuerzo, pero sin conseguir resultados apreciables. Como la artillería inglesa disparaba sobre el sector, los italianos permanecían refugiados bajo los vehículos, resistiéndose a las tentativas de sus oficiales para hacerles salir.

Poco después, un grupo de cincuenta o sesenta prisioneros australianos pasó junto a nosotros. Eran muchachos de gran corpulencia, que representaban, sin duda alguna, lo mejor del Imperio, como además quedó corroborado en la batalla. La resistencia enemiga continuaba siendo tenaz y encarnizada, y en varios lugares se libraban violentas acciones. Sin embargo, continué convencido de que sería posible mantener la presión sobre Tobruk. El problema consistía en saber si dispondríamos de tropas suficientes. Transcurrido cierto tiempo, regresé a primera línea, primero en coche y luego a pie, con el fin de hacerme cargo de la situación. Di orden de que se ocuparan, sin pérdida de tiempo, las posiciones conquistadas, con el fin de precaverse contra posibles sorpresas.

Pero al día siguiente (2 de mayo) resultó claro que no disponíamos del potencial adecuado para montar un ataque en gran estilo que nos permitiera apoderarnos de la plaza. No me quedaba más recurso que el de contentarme con lo conseguido, es decir: la eliminación de la amenaza sobre nuestra línea de aprovisionamientos, desde la posición enemiga de Ras el Madauer. De momento sólo podían lanzarse ataques contra posiciones aisladas.

En las siguientes jornadas se produjeron algunos contraataques británicos contra el sector capturado, que pudieron rechazarse sin gran dificultad. La mayoría de las tropas inglesas que tomaron parte en los mismos parecían deprimidas

y en baja forma, a causa de la carestía de agua, ya que su ración había sido rebajada a cosa de medio litro diario.

6 mayo 1941.

Queridísima Lu:

Ayer tuve tanto trabajo, que no pude escribirte. Hemos sufrido varios días de un ghibli *que nos ha dejado aplanados. El tiempo mejora paulatinamente.*

Paulus se ha marchado, aunque Froehlich acaba de telefonear para avisarme de que su aparato no puede proseguir a causa del ghibli. El agua anda muy escasa en Tobruk. Los soldados ingleses reciben medio litro diario. Gracias a nuestros aviones en picado, espero reducir dicha ración todavía más.

El calor aumenta de día en día, y la llegada de la noche constituye un alivio. La sed no puede casi mitigarse.

En aquel asalto perdimos más de 1200 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos. Ello demuestra hasta qué punto asciende la curva de las bajas en cuanto se deja la guerra de movimiento para iniciar la de posiciones. En la primera, lo que cuenta es el material, complemento esencial del soldado. El mejor de ellos carece de valor en la campaña móvil si no dispone de buenos tanques, cañones y vehículos de todo género. Una fuerza móvil puede quedar eliminada por la destrucción de sus medios mecánicos, aunque no haya sufrido apenas bajas humanas. En la guerra de posición ocurre todo lo contrario. El soldado de infantería, armado de fusil y de bombas de mano, es el elemento primordial, siempre y cuando se vea protegido por antitanques u obstáculos contra las fuerzas acorazadas enemigas. Para él el adversario número uno está constituido por la infantería opuesta. De ahí que la guerra de posiciones no sea más que un forcejeo para la

destrucción del elemento hombre, en contraste con la de movimiento, donde todo tiende a la eliminación del material bélico.

El gran número de bajas sufridas por mis formaciones se debió especialmente a la falta de adiestramiento. Incluso en el ataque más secundario existen siempre tácticas que pueden salvar muchas vidas.

Todo soldado debería conocerlas. Ocurrió con frecuencia que las tropas se lanzaban al asalto cuando debieron avanzar con precauciones. En cambio, cuando todo dependía del atrevimiento, los hombres se mostraban en extremo cautelosos. En las operaciones en pequeña escala se requiere más reflexión que otra cosa, aunque lanzándose sin temor en el momento preciso.

Las posiciones de Ras el Madauer estuvieron sometidas a continuo fuego artillero de los ingleses. Nuestras fortificaciones resultaban inadecuadas, ya que a causa de lo duro del terreno no podía excavarse en él, y las tropas debían permanecer inmóviles durante todo el día, expuestas a la molestia de las bandadas de moscas. Muchos soldados fueron atacados de disentería, y la situación se hizo crítica. Con el fin de dispersar el fuego artillero enemigo, instalamos tanques simulados —especialmente en el sector ocupado por la «Brescia»—, que, como era de esperar, atrajeron la atención de las piezas. Por desgracia las fuerzas no supieron utilizar aquel engaño, manteniendo a los «tanques» en continuo movimiento, sino que los abandonaron en los lugares en que se hallaban. Realicé algunas visitas al frente, con el fin de inculcar a las fuerzas algunas nociones de la guerra moderna de posición apropiadas a las condiciones a las que se enfrentaban.

Los italianos habían adquirido un profundo complejo de inferioridad, no demasiado sorprendente, teniendo en cuenta

lo ocurrido. Su infantería carecía prácticamente de antitanques, y su artillería era anticuada por completo. Asimismo, su adiestramiento era muy bajo. A cada instante nos enfrentábamos a la posibilidad de una catástrofe. Muchos oficiales italianos habían imaginado la guerra como una atrayente aventura, y su desengaño era tremendo.

Una de las cosas que más actuaba en contra nuestra era el que la aviación no estuviera subordinada al Áfrika Korps. Como resultado de ello, los grupos de caza y bombardeo eran utilizados más desde un punto de vista estratégico que táctico, y siempre en apoyo de las tropas de tierra. Hubiera resultado muchísimo mejor que el jefe de la Luftwaffe en África se hubiera hecho responsable de las necesidades tácticas del Áfrika Korps, mientras el 10.° Cuerpo Aéreo se encargaba de las tareas de orden estratégico.

La cuestión del aprovisionamiento no era menos grave, debido a que los buques italianos seguían desembarcando el material en Trípoli, haciendo apenas uso de Bengasi, lo que sobrecargaba en demasía nuestro transporte por carretera. Debo añadir que la intendencia alemana no había perdido el tiempo, y que habíase procedido a organizar la navegación junto a la costa; pero también en este aspecto se hubiera conseguido mucho más de haber contado con una mayor actividad por parte de los italianos.

Las operaciones contra núcleos aislados ingleses dieron escasos resultados porque las fuerzas del Eje no estaban aún en condiciones para ello, a pesar del intenso adiestramiento a que se las sometía.

La batalla en la frontera

El sitio de Tobruk se mantendría o debería ser abandonado, según fuese la suerte del frente de Sollum. En consecuencia, se hacía necesario precisar las tareas de las fuerzas ítalo-germanas en África, de la siguiente manera:

Un primer grupo aseguraría el bloqueo de la fortaleza, impidiendo cualquier salida del enemigo. Un segundo grupo ocuparía la línea de Sollum, aportando, al propio tiempo, una defensa móvil contra cualquier movimiento envolvente por Bir Hacheim, Gazala, Sollum o *Sidi* Omar, impidiendo al enemigo operar a retaguardia de nuestras posiciones de Tobruk.

Las tropas no motorizadas, de las que, al contrario de los ingleses, teníamos elevado número, podrían ser empleadas con posibilidades de éxito tan sólo en los siguientes casos:

Mantener el frente de Tobruk.

Defender la línea estática Sollum - *Sidi* Omar.

En la ocupación de Bardia.

Ello significaba que el peso de la lucha, en caso de producirse un ataque por fuerzas mecanizadas desde el este, recaería sobre nuestras unidades motorizadas. La ocupación de ciertas posiciones fijas tenía por objeto impedir determinadas operaciones al enemigo. No podía asignarse a las fuerzas motorizadas una tarea ulterior, es decir, no era posible mantenerlas en movimiento y emplearlas a la vez en el sitio de Tobruk.

Nuestro propósito consistía en mantener las posiciones fijas indicadas arriba, mediante fuerzas no motorizadas, y dis-

poner de formaciones motorizadas lo suficiente fuertes como para oponerse a cualquier ofensiva enemiga contra nuestro frente de Tobruk o la zona de Sollum. En consecuencia, las tropas motorizadas que se hallaban en línea serían relevadas por unidades corrientes.

A mediados de mayo nuestras previsiones estaban lejos de cumplirse. El frente de Sollum no estaba aún cubierto enteramente por la infantería; en realidad sólo se encontraban allí unos cuantos grupos de combate, sosteniéndose en lo que más bien parecían posiciones avanzadas. Un ataque por sorpresa del destacamento Herff nos había situado en el paso de Halfaya, pero la fortificación del mismo y del paso de Sollum apenas si se habían iniciado.

En tales circunstancias esperábamos, no sin cierta ansiedad, el ataque que los ingleses lanzarían a no tardar contra Sollum.

Con el fin de estar preparados para lo peor, di órdenes para que se construyera una línea en Gazala. Las defensas serían establecidas de manera similar a las de Tobruk, que habían demostrado su gran eficacia ante los métodos de ataque modernos. Sin embargo, constituía un grave problema el modo en que las fuerzas alemanas e italianas serían transportadas hasta dicho punto.

A primeras horas del 15 de mayo los ingleses lanzaron su ataque sobre nuestras fuerzas junto a Sollum. Mientras las posiciones del Paso de Halfaya y a lo largo de la frontera eran asaltadas de frente, unidades motorizadas avanzaron desde el sector de Habata, a lo largo del terreno escarpado, primero hacia el noroeste y luego hacia el norte, en dirección a Capuzzo. Tanto las fuerzas que se sostenían en los puntos principales como las unidades móviles de Herff su-

frieron considerables pérdidas, y nuestras tropas se vieron presionadas hacia el norte.

Este ataque fue lanzado por Wavell con la esperanza de sorprender a Rommel antes de la llegada de la 15.ª División Panzer, rechazándolo de nuevo hacia el oeste de Tobruk. La operación se llevó a cabo por el General Gott, con la 7.ª Brigada Acorazada, que comprendía cincuenta y cinco tanques, y la 22.° Brigada de la Guardia.

Mandé en socorro de Herff un batallón Panzer reforzado por piezas antiaéreas, al mando del Teniente Coronel Kramer. Las dos fuerzas, la de Herff y la de Kramer, establecerían contacto durante la noche del 15 al 16 de mayo al oeste de *Sidi* Azeiz. Nuestro reconocimiento aéreo y el de las unidades que cubrían la línea Sollum-Bardia se habían formado la impresión de que los ingleses intentaban concentrar sus efectivos al sur de *Sidi* Azeiz, con el fin de desplazar a las tropas de Herff, la mañana del 16 de mayo, deshaciendo después nuestro frente Sollum-Bardia mediante un ataque hacia el norte. Mi intención, al unir las dos fuerzas, no era otra que la de impedir la realización de tal movimiento por parte de los ingleses.

Las tropas de Herff avanzaron al encuentro de las de Kramer durante la noche, con el fin de asegurarse de que el enemigo no las atacara por separado al hacerse de día. Pero las formaciones no se encontraron, y la mañana del 16 Kramer llegó solo a la zona de *Sidi* Azeiz. Contrariamente a lo esperado, el enemigo había emprendido la retirada hacia el sur, desistiendo, al parecer, de su ataque.

Lo anterior constituye un ejemplo de lo distintas que son las cosas, vistas desde uno u otro lado. La 7.ª *Brigada Acorazada inglesa había avanzado hacia Sidi Azeiz, pero fue obligada a regresar al saberse que Capuzzo, que se hallaba en su flanco y*

hacia atrás, había sido reconquistado por un contraataque alemán, cosa que Rommel no menciona. Desconcertados ante el potencial desplegado por los alemanes, superior a cuanto se pudiera imaginar, el mando inglés decidió retirar a sus fuerzas, dejando tan sólo una guarnición en el Paso de Halfaya. Se estimó más prudente esperar un convoy que Churchill se había empeñado en mandar, a pesar de los riesgos del Mediterráneo, llevando ciento ochenta tanques «Matilda» y cien «Crusaders». Pero cuando éstos llegaron, también se encontraba ya allí la 15. División Panzer alemana, de modo que la supuesta ventaja habíase desvanecido otra vez.*

Durante los días siguientes los ingleses retrocedieron a sus líneas de partida, estabilizándose otra vez la situación. Pero nuestra guarnición del Paso de Halfaya había sido obligada a retirarse, y los ingleses lo ocupaban de nuevo. El 18 de mayo, y con excepción del paso, nos hallábamos en nuestras posiciones anteriores.

Los pasos de Halfaya y Sollum eran puntos de gran importancia estratégica, por tratarse de los dos únicos lugares, entre la costa y Habata, por donde se podía cruzar la escarpadura —de más de 200 m. de altitud— que a partir de Sollum desciende hacia Egipto, en dirección sudeste. Las posiciones de Halfaya dominaban ambos posibles caminos. En cualquier ofensiva desde Egipto la posesión de los pasos resultaría de tremendo valor para el enemigo, por ofrecerle una ruta bastante segura para su aprovisionamiento. Si, por el contrario, intentaba tomar Bardia sin contar con ellos, sería arrojado por una ruta de aprovisionamiento a través de Habata, vulnerable a un ataque de nuestras tropas.

Los ingleses empezaron a fortificar las posiciones conquistadas en Halfaya, después del 17 de mayo, desplegando fuertes grupos de combate, formados por tanques, artillería y

antitanques, en el territorio conquistado. Por nuestra parte no estábamos dispuestos a dejar a los ingleses dueños del paso del Halfaya, y di órdenes a Herff para que organizara su reconquista.

23 mayo 1941.

Queridísima Lu:

No he tenido ocasión de escribirte hasta después de mi regreso de Sollum y Bardia, esta tarde. Partimos ayer a las cinco, y desde entonces no hemos cesado de recorrer este paisaje interminable en el «Mammoth», parte por senderos del desierto (cubiertos de arena y desgastados, terriblemente duros para los vehículos) y parte por la Vía Balbia. He regresado del frente muy impresionado. El mando es bueno y tenemos fuerzas de refresco, por si no nos dejan en paz. Durante la noche formamos un laager *(cinco vehículos) en pleno desierto. Incluso mis ayudantes montaron la guardia sin que yo lo supiera. Ya ves si estoy bien guardado.*

*Tres grupos de asalto entraron en posición frente al paso (*de Halfaya*), la tarde del 26 de mayo, y nuestro ataque empezó la mañana del 27. Los ingleses fueron desalojados enseguida y huyeron, presa de pánico, hacia el este, abandonando en nuestras manos un botín considerable y material de toda clase. Nuestras pérdidas fueron insignificantes.*

La reconquista alemana del paso de Halfaya dificultó grandemente la ofensiva inglesa de mediados de junio.

Después de dichas acciones realizamos un tremendo esfuerzo para fortalecer nuestro frente Sollum-Halfaya-Bardia. La construcción de las fortificaciones en el paso de Halfaya prosiguió con el máximo vigor, y se erigieron numerosos núcleos de resistencia a lo largo de la frontera egipcia. Durante una inspección de la zona defensiva de Bardia encontré gran

cantidad de material, allí donde había sido abandonado por el ejército de Graziani. Dicho material esperaba tan sólo ser puesto otra vez en servicio, y en consecuencia di instrucciones inmediatas para que todos los cañones no reclamados por los italianos se recogieran y pasaran a reforzar el frente Sollum-Halfaya-*Sidi* Omar. Un número importante de las mencionadas piezas fue puesto en funcionamiento por un par de nuestros talleres alemanes, y emplazadas luego en los puntos adecuados. Pero el Alto mando italiano no estuvo de acuerdo con la medida, y el General Gariboldi me informó, a través de Heggenreiner, de que los cañones eran propiedad italiana, y sólo debían ser utilizados por italianos. Éstos habían permanecido impasibles mientras aquel material se averiaba, pero en el momento en que empezó a ser utilizable otra vez, gracias a nuestra iniciativa, se dieron cuenta de que podían reclamarlo. Sin embargo, no quise ceder.

Al planear las posiciones de Halfaya y de la cota 208, nuestros zapadores demostraron gran habilidad en emplazar baterías de 88 mm. contra los tanques, haciendo que los cañones, puestos en horizontal, no sobresalieran apenas del suelo. Deposité grandes esperanzas en la efectividad de este sistema.

Todo ello indica de manera significativa que los alemanes no sólo sabían explotar los resultados de una ofensiva en la discutida guerra acorazada, sino que también tenían noción de la defensa contra ella. Rommel fue el primer jefe de unidades Panzer que demostró la versión moderna de la teoría «espada y escudo», y también la del método «defensiva-ofensiva» en las campañas de movimiento. La eficacia de sus ataques se vio incrementada por el modo habilidoso en que supo tender celadas a sus oponentes, por si éstos atacaban a su vez, haciendo que su «espada» diera contra el «escudo» preparado de antemano.

Uno de los problemas principales era el del mantenimiento de nuestras tropas en la línea SollumHalfaya-Bardia. Con la Vía Balbia interrumpida en Tobruk por los ingleses, todos los suministros para las tropas situadas al este de Gambut debían ser transportados por el desierto, rodeando la fortaleza por el sur. Las rutas para camiones, marcadas por las tropas, se habían hecho prácticamente intransitables. Los vehículos ligeros quedaban atascados en el polvo en diversos lugares, y los camiones tropezaban con grandes dificultades para realizar su cometido. El rodear Tobruk en un día resultaba un triunfo para las columnas. En repetidas ocasiones presioné cerca de las autoridades italianas para que construyeran una carretera secundaria, pero, por el momento, sin conseguir resultado alguno. Se daban cuenta de la necesidad de aquella ruta, pero nadie sentíase con ánimos para emprender la tarea.

Otro motivo de preocupaciones para nosotros lo constituía el que los italianos siguieran desembarcando el grueso de los aprovisionamientos en Trípoli, no utilizando casi nunca el puerto de Bengasi. Trípoli se encontraba a 1600 Km. del frente. Teniendo en cuenta que 1500 toneladas de suministros, incluyendo víveres y agua, debían ser transportadas diariamente a las líneas, resulta fácil comprender que nuestro sistema no podría soportar mucho tiempo una ruta de semejante longitud. Sin embargo, me resultaba muy difícil conseguir mejora alguna, por carecer de autoridad sobre los responsables de la navegación por el Mediterráneo.

Como resultado de la pérdida del prestigio italiano, después de la derrota de Graziani, algunas tribus árabes habían empezado a dar señales de intranquilidad. A ello no ayudaba ni mucho menos el hecho de que los italianos se tomaban a veces libertades con las mujeres nativas, cosa que resulta in-

tolerable a los árabes. Me vi obligado a mandar una nota urgente al Alto Mando italiano rogándole que tomara las medidas necesarias para que los naturales del país fuesen tratados con el respeto suficiente, a fin de evitar una sublevación armada detrás mismo de nuestro frente.

Por aquel entonces, oficiales y soldados de la División «Trento» se hicieron responsables de varios excesos contra la población, con el resultado de que los nativos mataron a varios soldados italianos y mantuvieron el resto alejado de sus aldeas mediante patrullas armadas. En tal situación, siempre hay personas que se muestran partidarias de las represalias, sino por otros motivos, por los que señalan los trámites reglamentarios. Sin embargo, tal proceder no resulta aconsejable. Lo mejor es ignorar los incidentes, a menos que se pueda dar con el verdadero culpable.

Nuestro principal problema lo seguía constituyendo la difícil situación estratégica creada por la doble tarea de mantener el sitio de Tobruk y estar dispuestos para los ataques procedentes de Egipto. Hubiéramos dado cualquier cosa por arrojar a los ingleses de la fortaleza. Habíamos confiado en que cuando Creta cayese, la Luftwaffe podría establecer tal presión sobre el tráfico inglés hacia Tobruk, que el enemigo se viese obligado a abandonar la plaza. Pero las formaciones aéreas relevadas de Grecia y Creta no fueron mandadas al norte de África.

Solicité el envío al Mediterráneo de submarinos y lanchas torpederas alemanas, con el fin de disponer de una arma contra el tráfico inglés en Tobruk. La Marina italiana era incapaz de realizar semejante tarea. Sus submarinos, de los que antes de la guerra poseían la mayor flota del mundo, estaban tan plagados de defectos técnicos, que resultaban casi inútiles en la guerra. Sus lanchas torpederas, que disponían en

Bardia de la excelente base naval construida por Balbo, no reunían las suficientes condiciones marineras.

Un día llegó a nuestro sector el General Gause, del O.K. W[30]. junto con buen número de ayudantes, con el fin de estudiar las posibilidades de empleo de mayores fuerzas en África para una ofensiva contra Egipto, y preparar el terreno a la misma. El General Gause había recibido instrucciones explícitas para no situarse bajo mis órdenes, pero en realidad lo hizo así cuando le hube dicho categóricamente que el Mando de todas las fuerzas de África era de mi exclusiva incumbencia.

Como resultado de sus discusiones con las autoridades italianas, él estaba seguro de que sería muy difícil convencerlas para que dieran su aprobación al envío de más unidades germanas a África del Norte, ya que temían que el elemento alemán consiguiera una preponderancia notoria en aquel teatro de la guerra y se colocara en posición ventajosa frente a ellos.

26 mayo 1941.

Queridísima Lu:

Ayer por la tarde recibí una filípica de Brauchitsch, cuyo motivo no he podido comprender todavía. Al parecer, los informes que he mandado, detallando las condiciones en que nos encontramos, no han sido de su agrado. Como resultado de ello, mantendremos la boca cerrada e informaremos de la forma más breve. Menos mal que disponíamos de tres cuartos de litro de cerveza bávara para consolarnos.

Por lo demás, todo está tranquilo, tanto aquí como en Sollum, aunque, desde luego, nadie puede afirmar que no sea la calma que precede a un nuevo ataque.

29 mayo 1941.

*Von dem Borne (*jefe del Estado Mayor de Rommel*) se llevará mañana esta carta, que espero llegue a ti con más rapidez que de ordinario. He recibido otra reprimenda aún mayor, procedente del O.K.H*[31]*., a mi juicio injustificada, como prueba de agradecimiento por nuestros pasados triunfos. Pero, lo mismo que ocurrió con la «línea de avance» en 1940, no pienso claudicar, y ha salido ya una carta para v. B. (*Von Brauchitsch*).*

Para tranquilidad tuya, te diré que me he encontrado perfectamente hasta ahora, y que la situación nos es mucho más favorable. Desde luego, el calor se hace difícil de soportar, y resulta un alivio permanecer a cubierto durante las horas en que más aprieta.

2 junio 1941.

Ayer estuvimos a 42 grados, lo cual es mucho. Los tanques que se encuentran expuestos al sol llegan a alcanzar los 46, siendo imposible tocarlos.

Mi discusión con el O.K.H. sigue en curso. O tienen confianza en mí o no la tienen. En caso negativo, les ruego que extraigan las debidas conclusiones. Me siento intrigado por saber lo que va a ocurrir. Es muy fácil la crítica cuando no se está, como nosotros, a punto de acabar derretidos.

11 junio 1941.

Borne ha regresado con resultados parcialmente satisfactorios. En el O.K.H. estaban furiosos contra mí porque mi informe fue enviado también al O.K.W., pero fue culpa de Rintelen, que actuó de acuerdo con su obligación. No he recibido respuesta a mi carta a B.

Capítulo VII: La ofensiva inglesa durante el verano de 1941

Después de su fracaso, esta ofensiva fue calificada como mera acción de reconocimiento, y se mantuvo al público inglés ignorante de sus ambiciosos objetivos, que eran la «destrucción» de las fuerzas de Rommel y la obtención de una «victoria decisiva» en el Norte de África. Su nombre clave de «Battleaxe[32]» demostraba claramente tal propósito. Pero, conforme se acercaba el momento, Wavell empezó a abrigar dudas acerca del resultado, no sólo por la llegada de la 25.ª División Panzer, alemana, sino también basándose en factores técnicos. En un informe del 28 de mayo dijo: «Nuestros tanques de infantería son demasiado lentos para una batalla en el desierto y han sufrido muchas bajas por el fuego de los poderosos antitanques enemigos. Los "Crusaders" se muestran poco superiores en potencia y velocidad sobre los tanques medianos alemanes». Sin embargo, esperaba "arrojar al enemigo" más allá de Tobruk».

La ofensiva fue dirigida por el General Beresford-Peirse, y en ella tomaron parte la 7. División Acorazada, la 4.ª División India y la 22.ª Brigada de la Guardia. Existen muchasvariantes acerca de las cifras publicadas en los informes ingleses sobre el número de tanques utilizados. Dichas cifras oscilan entre 170 y 250. Como se verá, Rommel dice que la 15.ª División Panzer disponía de 80 tanques para enfrentarse al ataque inglés, pero añade que estaban reforzados por los de la 5.ª División Ligera. En otros informes alemanes se eleva el total a 250, de los cuales sólo 95 eran «Panzer III» o «IV». Ningún carro italiano intervino en la acción.

A principios de junio aparecieron numerosos síntomas indicadores de que a mediados de mes podía esperarse un gran ataque inglés contra Tobruk[33]. Dos divisiones británicas se habían concentrado frente a las posiciones de la 15.ª División Panzer (transferida al sector Sollum-Bardia-Halfaya, aunque su Brigada de Fusileros seguía en la línea de Ras el Madauer). El grueso de la 5.ª División Ligera se encontraba de reserva al sur de Tobruk.

Por desgracia, nuestras existencias de carburante se encontraban muy mermadas y esperábamos el ataque no sin cierta ansiedad, porque sabíamos que nuestros movimientos dependían más de la gasolina que de los detalles tácticos.

Hacia las nueve de la noche del 14 de junio di la alerta en el frente de Sollum. Varias unidades de la 5.ª División Ligera y algunas italianas partieron hacia nuevas posiciones, con órdenes de estar dispuestas para intervenir en el frente de Sollum.

El esperado ataque sobrevino a las cuatro de la madrugada del día 15. Los ingleses avanzaron sobre un amplio frente por la llanura costera y la meseta, obligando a retroceder a nuestros puestos avanzados al sudeste y sur de Sollum. Los primeros informes recibidos de dicha localidad eran muy optimistas. Pero el enemigo ganó terreno con rapidez, y a partir de las nueve, tuvo lugar un ataque con tanques sobre Capuzzo. La 15.ª División Panzer tenía orden de no lanzarse al contraataque hasta que la situación se hubiese aclarado.

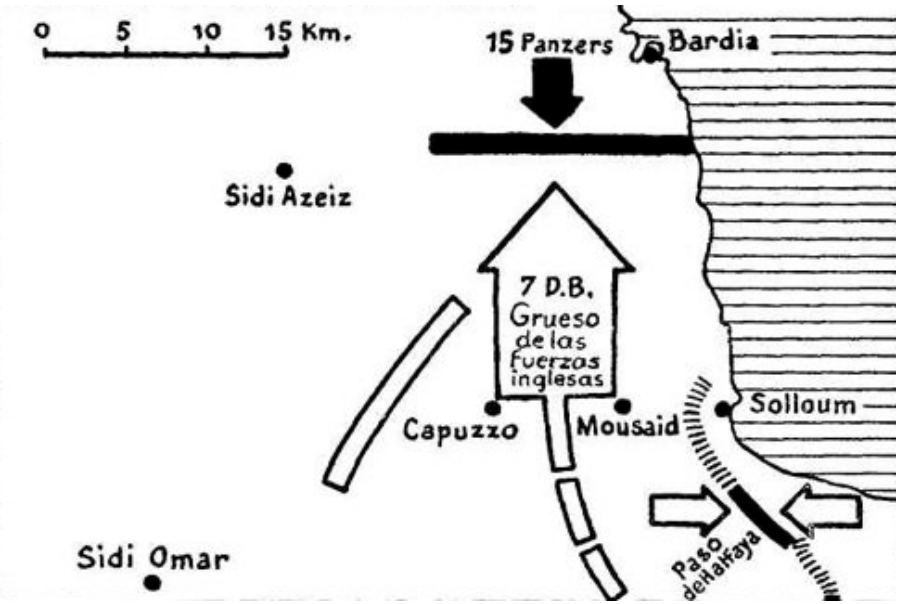
Entretanto, el grupo de combate de la 5.ª División Ligera se encontraba alerta y sus fuerzas estaban ya al sur de Gambut. A las once, todas las otras unidades de la 5.ª División habían emprendido la marcha hacia Sollum.

El enemigo concentraba fuerzas muy poderosas entre *Sidi* Omar y Capuzzo, con la evidente intención de destruir a la

15.ª División Panzer mediante un ataque concéntrico hacia el norte. Con el fin de estar dispuesto para cualquier eventualidad, mandé a la guarnición de Bardia que ocupase las salidas, al este y oeste de la fortaleza. Por desgracia no había bastantes tropas disponibles para cubrir todas las defensas.

Entretanto, los ingleses lanzaban repetidos ataques contra el paso de Halfaya, desde sus dos lados, con intención de abrir la carretera, pero el Comandante Bach y sus hombres lucharon magníficamente, y muy pronto los ingleses consideraron crítica su situación, y en sus partes se quejaron de sufrir muchas bajas.

Por la tarde y al anochecer de aquel primer día de batalla, los ingleses envolvieron Capuzzo y empezaron a preparar ataques contra el sur de Bardia[34]. A última hora Capuzzo era tomado al asalto. Una violenta batalla de tanques se libró entre ochenta blindados del 8.° Regimiento Panzer (15.ª División Panzer) y unos trescientos ingleses que presionaban tercamente hacia el norte.



La ofensiva británica (junio de 1941).

Rommel exagera el número de carros ingleses, del mismo modo que éstos exageran los de él.

La 15.ª División Panzer, junto con un batallón acorazado de la 5.ª División Ligera, que entretanto había llegado, tenía orden de fijar posiciones al este de Bardia, durante la noche, con el fin de lanzar un contraataque hacia el sur. En vista de la potencia británica, existían pocas esperanzas de éxito.

La mañana del 16, el grueso de la 5.ª División Ligera iniciaría un ataque desde un punto situado al oeste de *Sidi* Azeiz, hacia *Sidi* Suleiman, con objeto de llegar hasta el paso de Halfaya, aislando a los ingleses de sus bases de aprovisionamiento, y forzándoles con ello a la retirada. La 15.ª División Panzer avanzaría hacia el sur en cuanto amaneciese, por ambos lados de Capuzzo, con el fin de fijar al grueso de las fuerzas inglesas. Planeaba concentrar ambas divisiones acorazadas en un solo sector, descargando un repentino golpe sobre el punto más delicado del enemigo.

16 junio 1941.

Queridísima Lu:

Durante todo el día de ayer tuvo lugar una dura lucha en nuestro sector oriental, como ya debes saber por los comunicados de la Wehrmacht. Hoy —son las dos y media de la madrugada— se llegará a una decisión. La pugna es obstinada, así es que puedes comprender que apenas consigo dormir. Estas líneas escritas apresuradamente te demostrarán que, a pesar de todo, pienso en vosotros. Escribiré más extensamente en cuanto todo haya terminado.

A las cinco del día 16, segundo de la batalla, la 15.ª División Panzer lanzó su ataque sobre Capuzzo, entablándose pronto una violenta batalla de tanques. Sin embargo, y a pesar de todos sus esfuerzos, la división no pudo avanzar de

manera eficaz. Muy pronto también Musaid cayó en manos de los ingleses. Hacia las diez y media, la División Panzer comunicó que se había visto obligada a interrumpir su ataque sobre Capuzzo. El enemigo seguía resistiendo. De los 80 carros con que la División Panzer había entrado en combate, sólo le quedaban 30. El resto había sido incendiado en el campo de batalla o esperaba su reparación.

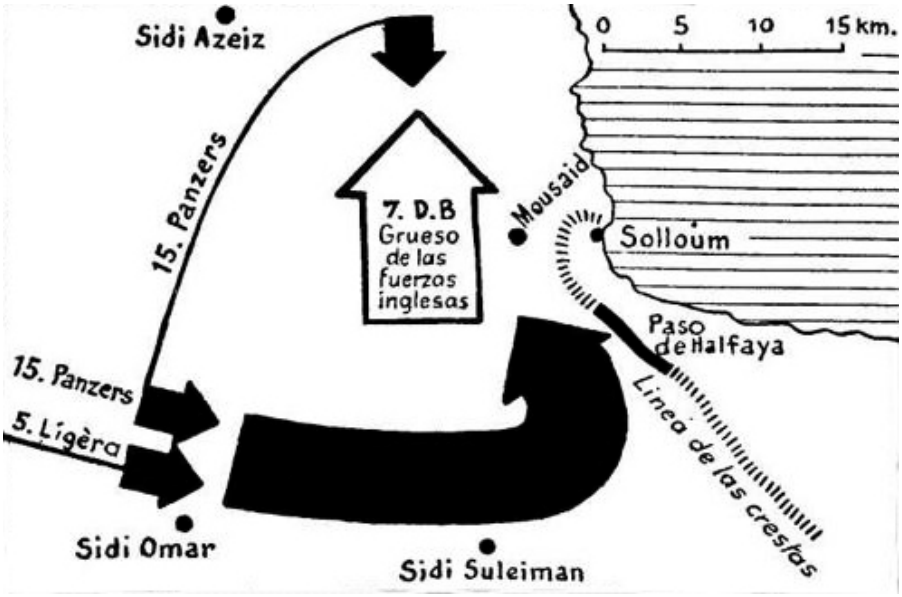
Las fuerzas inglesas en Capuzzo consistían en la 22.ª Brigada de la Guardia y la 4.ª Brigada Acorazada, formada por el 4° y 7.º Regimientos de Carros equipados con «Matildas», de los que poseían 90. Rommel se había enfrentado ya a dichas unidades en su primer encuentro con los ingleses ante Arras, en mayo de 1940.

La 5.ª División Ligera, que atacaba en dirección a *Sidi* Suleiman, desde la zona al oeste de *Sidi* Azeiz, se vio pronto envuelta en duro combate con la 7.ª Brigada Acorazada inglesa (*equipada con tanques «Cruiser»*), 8 Km. al oeste de *Sidi* Omar. La violenta batalla de carros que siguió quedó pronto decidida en nuestro favor, y la división consiguió abrirse paso hacia la zona nordeste de *Sidi* Omar, y proseguir hacia *Sidi* Suleiman. Aquel movimiento significó un cambio en la batalla.

Inmediatamente ordené a la 15.ª División Panzer que despegara sus fuerzas móviles con la máxima rapidez posible, y dejando sólo el mínimo esencial para mantener la posición al norte de Capuzzo, avanzara sobre el flanco norte de la victoriosa 5.ª División Ligera hacia *Sidi* Suleiman. El momento culminante había llegado. Con frecuencia, sólo se puede decidir el final de un encuentro desplazando el centro de gravedad del mismo de manera repentina, sorprendiendo al enemigo.

Éste parecía reacio a abandonar tan pronto la iniciativa, y concentró el grueso de sus blindados al norte de Capuzzo, con el fin de lanzar a la mañana siguiente un fuerte ataque contra los elementos de la 15.ª División Panzer que aún se encontraban en el norte, con objeto de lograr una ruptura. A fin de imponer desde el principio mis planes al enemigo, ordené a la 5.ª Ligera y a la 15.ª Panzer que iniciaran su ataque a *Sidi* Suleiman a las cuatro y media de la madrugada, es decir, antes de que el enemigo emprendiera el suyo.

A la mañana siguiente, 17 de junio, la 5.° División Ligera partió en el momento fijado, y, tras un avance en línea recta, llegó a las seis a los alrededores de *Sidi* Suleiman. La 15.ª División Panzer estaba enzarzada en dura lucha contra unidades acorazadas, enviadas allí por los ingleses con el fin de evitar el peligro que se cernía sobre su Ejército; pero pronto consiguió llegar a su objetivo. Gran número de tanques ingleses destruidos cubrían el terreno por donde habían pasado las dos divisiones.



El contraataque alemán (junio de 1941).

Aquel movimiento cogió a los ingleses por sorpresa. En mensajes radiados, que pudimos interceptar, calificaron su situación de muy grave. El jefe de la 7.ª División Acorazada mandó aviso al mando de las fuerzas del desierto para que acudiera a su Cuartel General. Parecía como si el jefe inglés no se sintiera ya con ánimos para dominar la situación. Resultaba obvio que en su actual incertidumbre, los ingleses no intentarían nada más, y decidí seguir presionando. Hacia las nueve se cursaron órdenes a la 5.ª Ligera y a la 15.ª Panzer para que partieran hacia el paso, e impidiesen cualquier irrupción de blindados ingleses desde el norte. El enemigo acusaba la falta de gasolina y munición, y confié en poder obligarle a una lucha de resistencia y destruirle.

Las comunicaciones radiofónicas del adversario reclamaban munición constantemente. Muy pronto incendiaron sus depósitos de Capuzzo y se retiraron, dejando el desierto cubierto de vehículos inútiles por falta de carburante. Se quejaban amargamente de las muchas bajas sufridas en sus elementos blindados.

La 5.ª Ligera y la 15.ª Panzer llegaron al paso de Halfaya poco después de las cuatro de la tarde, y luego torcieron, para avanzar juntas hacia el norte. Este movimiento fue muy desgraciado, ya que abrió la bolsa en vez de cerrarla para impedir la salida del enemigo, y en consecuencia, aquél pudo retroceder hacia el este, sin molestia alguna, por la amplia brecha abierta entre *Sidi* Omar y Halfaya. Me sentí furioso. Las dos divisiones debieron haberse desplegado frente al enemigo en cuanto llegaron a Halfaya, atrayéndole a la acción e impidiéndole escapar. De este modo hubiéramos eliminado gran parte de su poder ofensivo.

Rommel sufre un error de apreciación. El grueso de la fuerza atacante inglesa se había retirado hacia el sur, entre el paso de

Halfaya y la vanguardia de la columna del Áfrika Korps.

El tercer día de la batalla de Sollum había acabado con una completa victoria defensiva, aunque hubiésemos podido ocasionar muchos más daños al enemigo. Los ingleses habían perdido en total más de 220 tanques, y sus bajas en hombres eran tremendas. Por nuestra parte perdimos sólo 25 blindados.

Aunque dos tercios de los tanques británicos quedaron inutilizados al final de la batalla, el número de los destruidos o capturados era en total de 87 (58 «I» y 29 «Cruisers»), además de 500 hombres muertos o capturados. Por su parte, los ingleses anunciaron la captura de 570 prisioneros y la destrucción de cerca de 100 tanques enemigos. Puede observarse cómo ambos bandos tienden a exagerar las pérdidas contrarias, especialmente en las batallas de curso rápido.

18 junio 1941.

Queridísima Lu:

La batalla ha durado tres días, terminando con una completa victoria. Hoy me dedicaré a recorrer las unidades para darles las gracias y cursar órdenes. Como parto a las seis, deberás contentarte por ahora con esta breve nota.

23 junio 1941.

He permanecido tres días yendo de un lado a otro por el campo de batalla. La alegría del Áfrika Korps ante la reciente victoria es enorme. Los ingleses creyeron arrollarnos con 400 tanques. Nosotros no pudimos oponer un número tan elevado, pero nuestra táctica y la obstinada resistencia de las tropas alemanas e italianas, que permanecieron cercadas varios días, nos permitieron lanzar la operación fundamental, con todas las unidades móviles disponibles. Si el

enemigo piensa volver, será objeto, todavía, de un recibimiento más caluroso.

Análisis de la batalla de Sollum

El plan estratégico de Wavell para esta ofensiva había sido excelente. Lo que lo distinguía de otros jefes británicos era un profundo y equilibrado sentido de la estrategia, que le permitía situar sus fuerzas, sin temor a los posibles movimientos adversarios. Conocía muy bien la necesidad de evitar cualquier operación que permitiera a su oponente luchar en líneas interiores, destruyendo a sus formaciones una tras otra por medio de concentraciones locales. Sin embargo, la poca velocidad de sus tanques de infantería pesados le ocasionaron grandes desventajas, impidiéndole reaccionar ante nuestros carros, mucho más veloces. Aquello constituía un punto débil, que procuramos explotar tácticamente.

El alto tributo pagado por Rommel a Wavell resulta curioso, porque inmediatamente después de esta batalla, Churchill, profundamente decepcionado ante el resultado de la misma, decidió reemplazar a Wavell por Auchinleck, como general en jefe. Como se verá, las causas a las que Rommel atribuye la derrota de su adversario corresponden a las previsiones de éste, expuestas el 28 de mayo, cuando advirtió a su Gobierno que no confiara demasiado en un triunfo decisivo.

El plan enemigo había sido en extremo sencillo. Pero el obrar así resulta a veces más peligroso que el lanzarse a proyectos extremadamente complicados. Los británicos se proponían mantener inmóviles a las fuerzas germanoitalianas de Sollum y Halfaya, y con sus fuerzas acorazadas, rodear el escarpado y remontar hacia el norte. El Paso de Halfaya sería tomado mediante un asalto por sus dos costados. El éxito de la empresa parecía seguro, tras de las experiencias del

mes de mayo. Una vez abierta la carretera de los pasos, los ingleses concentrarían sus fuerzas para avanzar hacia el norte, desbordando así todo nuestro dispositivo Sollum-Halfaya. Lo más probable es que entonces hubieran intentado eliminar el cerco de Tobruk.

En esta batalla los ingleses utilizaron muchos de sus tanques «Mark II» (*Matilda*), provistos de tan dura coraza, que apenas podía ser atravesada por nuestros antitanques. Por el contrario, el cañón de que iban armados resultaba de corto alcance y calibre pequeño. Sin embargo, los proyectiles eran sólidos y de gran penetración. Sería curioso saber por qué se le llamaba «tanque de infantería», si no estaba provisto de proyectiles apropiados para combatir a aquélla. Además, y como ya dije antes, resultaba muy lento. En realidad, sólo podía utilizarse con éxito en las embestidas súbitas, para deshacer concentraciones de material.

Durante las batallas de invierno de 1941 y 1942 hizo su primera aparición el carro «Mark VI». Con su tremenda velocidad —más de 70 kilómetros por hora— resultaba sumamente efectivo. Pero también su cañón era inferior en calibre y alcance a los nuestros, y no guardaba relación con la pesada coraza de que iba cubierto el blindado. De haber dispuesto de una pieza mayor, las cosas hubieran adoptado un giro muy distinto para nosotros.

El «Mark VI», tipo crucero, es más conocido por el nombre de «Crusader». La buena opinión que Rommel se formó del mismo, dejando aparte el cañón, es digna de tenerse muy en cuenta, ya que, efectivamente, su falta de poder artillero fue objeto de severas críticas en la misma Inglaterra, donde sufría bastante desprestigio. Rommel comete un error al afirmar que apareció por vez primera en el invierno de 1941-42, ya que cin-

cuenta de ellos fueron utilizados en el mes de junio anterior, durante la operación «Battleaxe».

Su cañón disparaba proyectiles de 2 libras y tenía una penetración de 44 mm. a 1000 m., o sea algo mayor que la de los «Panzer III» y «Panzer IV». La parte frontal de la torreta estaba blindada en un espesor de 49 mm., contra los 35 de los dos tipos antes mencionados, si bien era más delgada que el resto. Sin embargo, la frecuencia de sus averías sobre el terreno tendió a crear una atmósfera contraria a su empleo.

La posición clave de la batalla era el Paso de Halfaya, que defendieron el Capitán Bach y sus hombres durante lo más duro del encuentro. El batallón de artillería del Comandante Pardi también prestó grandes servicios, demostrando que las tropas italianas eran capaces de rendir, si iban mandadas por buenos oficiales. De haber tomado el paso los ingleses, la situación habría cambiado, ya que entonces podían empujar por el frente y por retaguardia, a lo largo de la costa, utilizando mucho mejor sus blindados. Los que lanzaron contra nuestras fuerzas del sector norte de *Sidi* Omar fracasaron en impedir el avance de la 5.ª División Ligera y de la 15.ª Panzer, y gracias al perfecto y coordinado uso de nuestros antitanques, antiaéreos y formaciones blindadas se pudo destruir a la mayor parte de sus carros. Hubiéramos podido aniquilar a muchas unidades adversarias al norte de *Sidi* Suleiman, si algunos comandantes hubiesen estado más atentos a las oportunidades del momento, haciendo gala de una mayor iniciativa.

Al lanzar el ataque alemán al norte de *Sidi* Omar, Wavell se vio impedido, a causa de la lentitud de sus tanques, de desplazar el grueso de sus fuerzas desde Capuzzo al punto de ataque del Eje. No le quedaba más remedio que emprender

rápida retirada, como así se hizo, salvando cuanto pudo y con un mínimo de bajas.

Las guarniciones situadas en los puntos de apoyo de Sollum contribuyeron en gran parte a la victoria del Eje. Algunas unidades consiguieron rechazar todos los asaltos adversarios, mientras otras combatieron hasta el último momento.

Esta batalla causó gran impresión en nuestro Alto Mando. El general Roatta, llegado poco después a África, me informó de que en los organismos militares superiores de su país se consideraba la necesidad de reforzar hasta el máximo los efectivos del Eje en el Norte de África. Los elementos germanos serían aumentados hasta cuatro divisiones mecanizadas, y los italianos, hasta un Cuerpo acorazado de tres divisiones, además de otras dos o tres motorizadas. Por desgracia el entusiasmo duró poco.

Si dichos refuerzos hubieran acudido a África durante el otoño de 1941, garantizándose su aprovisionamiento, hubiésemos podido rechazar la ofensiva británica de invierno en la Marmárica..., suponiendo que en tales circunstancias Auchinlek se atreviera a emprenderla. Al llegar la primavera de 1942, la destrucción de los ingleses en Egipto y el avance hacia el Irak se convertirían en un hecho real, separando a los rusos de Basra y descargando un duro golpe estratégico sobre Gran Bretaña y Rusia.

28 junio 1941.

Queridísima Lu:

No debes preocuparte por mi salud. Me siento perfectamente. La comarca actual es más favorable, por encontrarse a 180 m. sobre el nivel del mar. Además, dispongo de la ventaja de hallarme a cubierto, entre cuatro paredes. Al-

dinger estuvo enfermo unos días, pero ya ha mejorado. Tengo un trabajo enorme.

3 julio 1941.

Un calor atroz, incluso durante la noche. Permanece uno en la cama dando vueltas sin cesar y sudando copiosamente. Me han satisfecho mucho las noticias de nuestras victorias en Rusia. Aquí nos parece un país muy lejano. Sin embargo, no me hago demasiadas ilusiones. Nuestros tercos amigos del otro bando responderán más tarde o más temprano. Están empezando a llegar las primeras felicitaciones por mi ascenso a General de tropas Panzer. Nada sé todavía oficialmente, pero tengo entendido que se ha anunciado por radio.

7 julio 1941.

Paso mucho tiempo recorriendo el país. Ayer estuve ausente durante ocho horas. No puedes imaginarte la sed que producen tales viajes. Espero que mi vuelo (al Cuartel General del Führer*) tenga lugar dentro de unos quince días. No resultaría favorable hacerlo hasta que el asunto de Rusia haya tomado un giro más o menos claro; de otro modo me prestarían escasa atención.*

Me alegra saber que Manfred progresa con sus Matemáticas. Todo se basa en el método con que se enseñen. También me han alegrado sus demás triunfos en la escuela.

No ceso de luchar para que el lugar en que trabajo se vea libre de mosquitos, lo que consigo manteniéndolo obscuro y «operando firmemente contra ellos». Incluso mientras escribo me asestan algún que otro aguijonazo.

21 agosto 1941.

Nada de particular. Ayer recibí otra visita del C. en C. italiano. Puro acto de «camaradería», desde luego. En te-

*rreno oficial no estoy conforme con una serie de cosas realizadas hasta ahora, y así lo he manifestado a través de Valci, de modo que esta visita ha sido, sin duda, una especie de acto de buena voluntad. He recibido otras muchas durante el día de hoy. Como se nos ha preparado pollo para comer, no pienso perdérmelo, a pesar de mi dieta. Nuestro perpetuo potaje llega a perder alicientes, después de tanto tiempo. Estoy muy complacido por mi nuevo nombramiento. (*Rommel acababa de ser elevado al rango de Jefe del Grupo Panzer en África*). Cualquier otro en dicha posición ostentaría el grado de Coronel General. Si las cosas marchan como espero, quizá también yo lo consiga antes de que la guerra haya terminado.*

26 agosto 1941.

Ayer me fue imposible escribir, por estar en movimiento todo el día. Por la noche regresé a mi nuevo Cuartel General, ocupando las habitaciones recién dispuestas. Esta mañana he matado dos chinches más, por fortuna fuera de la mosquitera. Las moscas acuden en bandadas, y mi pala «cazainsectos» va a resultar muy útil.

27 agosto 1941.

*Nada de particular. El calor es espantoso, tanto de día como de noche. Liquidé cuatro chinches. Mi cama ha sido colocada sobre cuatro latas llenas de agua, y espero que a partir de ahora las noches resulten un poco más tranquilas. Los demás lo pasan bastante mal a causa de las pulgas. Por fortuna a mí me han dejado tranquilo hasta ahora. 28 agosto 1941. Me siento perfectamente de salud. Todo marcha bien de nuevo. Estoy muy satisfecho con mi nuevo Jefe de Estado Mayor (*Gause*), lo cual resulta de tremenda importancia para mí. Desgraciadamente los chinches conti-*

núan atacando... Cuatro durante las últimas veinticuatro horas. Pero también espero ganar esta campaña.

29 agosto 1941.

¡Un calor horrible! A veces nos bañamos. Nada de particular, por otra parte. Se habla mucho de un posible ataque de los ingleses, pero lo considero pura charla. Están haciendo acopio de fuerzas con destino al Irán. Sus comunicaciones con Rusia a través de Siberia son inestables, a causa de la actitud japonesa. Sólo les queda la ruta del Golfo Pérsico. Pero me parece una tentativa dudosa. Probablemente llegarán tarde.

¡Una noche sin chinches! Quizá maté al «último de los mohicanos». Por fin he conseguido eliminar también a las moscas.

30 agosto 1941.

Nos hemos instalado muy bien en nuestra nueva vivienda. Me liberté de las chinches, tras haber desparramado petróleo sobre los hierros de mi cama, prendiéndole fuego después. Debían esconderse por las junturas. Ayer nos dimos un rápido baño, pero el agua del mar está demasiado caliente y no refresca en absoluto.

Se supone que me han sido enviados numerosos vehículos, pero el transporte parece haberse hundido, porque aquéllos no aparecen. Una verdadera lástima, pero nada puede hacerse.

31 agosto 1941.

Vuelve a hacer un calor horrible. Sudamos incluso a primeras horas de la mañana. Por lo demás, nada de particular, exceptuando que el mando italiano parece descontento por lo poco que se habla ahora de este sector. No cesan de importunar con una serie de minúsculos detalles, pero no

nos dejamos influir por ellos. Quizás estén intentando librarse de mí e incluso de todas las fuerzas alemanas que aquí se encuentran. Por lo que a mí respecta, no me disgustaría cambiar de sitio.

10 septiembre 1941.

Ayer por la tarde salí a cazar con el Comandante Mellenthin y el Teniente Schmidt. Fue muy divertido. Pude abatir una gacela desde mi coche. Nos hemos comido el hígado, que es delicioso.

Hoy tendremos un visitante distinguido: el Comandante Melchiori, muy relacionado con el Duce. *Espero mucho de esta entrevista, ya que los sentimientos hacia nosotros no son demasiado cordiales, por el momento. ¡Cómo han cambiado las cosas! Sin embargo, tenemos buen cuidado en mantenernos firmes y hablar claro. No escribo más porque el visitante está a punto de llegar.*

29 septiembre 1941.

Los últimos días han sido emocionantes. Ha llegado a Bengasi un precioso cargamento. Se tardaron cincuenta horas en desembarcar el material. Todo bien. No puedes imaginarte mi satisfacción. Teniendo en cuenta la situación en el Mediterráneo, no es fácil conseguir pertrechos. Por el momento no debemos considerarnos más que una especie de hijastros, y aceptar las cosas como vienen. Los progresos en Rusia siguen constantes, y nuestra hora llegará de nuevo.

Fuera sopla un viento muy fuerte, aunque no se trata del ghibli. *Günther está preparando patatas fritas para esta noche, y las espero con impaciencia, después del régimen de los últimos días.*

6 octubre 1941.

Ayer no pude escribirte porque el estómago me volvió a molestar. La noche anterior tuvimos gallina; pero debía proceder de los tiempos de Ramsés II, porque, tras seis horas de hervir, estaba dura como el cuero, y mi estómago no ha podido resistirla.

7 octubre 1941.

Vuelvo a estar bien y me siento en gran forma. ¿Qué opinas de mis proyectos de permiso? A principios de noviembre quizás pueda pasar una semana en Roma. He de aclarar muchos asuntos. Tendré que volver aquí para la batalla, y confiamos en que los suministros acudan de manera regular, con el fin de que todo siga bien. A finales de noviembre quizás pueda conseguir el permiso a que aludo. Sé que no es una época demasiado apropiada, y comprendo que me resultará difícil acostumbrarme al frío. Sin embargo, me parece oportuno, teniendo en cuenta la situación, aunque, desde luego, la cuestión del aprovisionamiento pudiera dar al traste con todo el proyecto.

9 octubre 1941.

Ayer recibí buenas noticias de Voggenreiter. Afirma que mis derechos para la edición de 50 000 ejemplares ascenderán a no menos de 25 000 marcos. Al propio tiempo, Mittler e Hijo me anuncian un crédito de l.021,50 marcos[35]*. Se trata de una cantidad respetable.*

Después de haber leído los partes del Este, me pregunto si Inglaterra no empezará a intranquilizarse. Gambara[36] *viene hoy a verme, pero dudo de que cuanto diga pueda resultar agradable.*

10 octubre 1941.

Ayer tuvimos una entrevista sumamente violenta, que proseguirá hoy. Pero no *hay que hacer demasiado caso.*

¡Por lo que es preciso pasar! Me encuentro muy bien —toca madera— y animoso de la mañana a la noche.

12 octubre 1941.

¡Perfectas noticias de Rusia! Tras la conclusión de las grandes batallas, podemos esperar que el avance hacia el este prosiga a toda marcha, impidiendo al enemigo reagrupar sus fuerzas. Los trabajadores ingleses parecen dar señales de rebeldía...

*A Inglaterra le gustaría atacar, pero no dispone de tropas ni de equipo para un desembarco en Europa. Será muy tarde para Rusia si escogen el único camino que les queda abierto, a través de la India, mientras un ataque en Libia resultaría muy arriesgado, sin afectar directamente a la situación en Rusia. Cuando hayamos tomado T. (*Tobruk*) les quedarán ya muy pocas esperanzas en este sector.*

13 octubre 1941.

Espero que el 1.° de noviembre podamos reunirnos. Entérate de lo referente a los trenes, y hazme saber con exactitud el momento en que llegues a Roma. Lo arreglaré todo para encontrarme allí al mismo tiempo que tú. Espero que la situación me permita una estancia de quince días. Tráeme un solo traje de paisano (color marrón).

24 octubre 1941.

Querido Manfred:

Ahora que estás solo en casa, recibirás más cartas mías.

Por aquí todo sigue como habíamos planeado. Visito diariamente a las tropas. La mayoría de ellas se encuentran cercanas al mar. De vez en cuando nos bañamos. El agua sigue muy caliente, y el calor, intenso durante el día; en cambio, por la noche hace tanto frío, que necesito dos mantas. Mi nueva vivienda está bien amueblada. Tengo la pa-

red cubierta de mapas, especialmente de Rusia, en el que marco cuantos avances realizamos.

28 octubre 1941.

Querido Manfred:

Ayer tuvimos otra vez ghibli. A *veces los remolinos eran tan espesos, que sólo veíamos a tres metros de distancia. Hoy el tiempo parece mejorar.*

Quedan solamente unos días hasta que tome el avión para cruzar las aguas. Me alegrará mucho ver a mamá en Roma, y sólo lamento que tú no estés con nosotros, jovencito. Pero nada puede hacerse. Estoy seguro de obtener permiso este invierno, y entonces los dos podremos ir de caza con frecuencia. Por aquí no hay gran cosa. Algunos oficiales han matado cheetahs, *que tienen sus guaridas en los* waadis *rocosos. En ocasiones tropezamos con alguna avutarda, zorra, chacal e incluso gacelas. Los arbustos espinosos se están volviendo ligeramente verdes y de ellos brotan minúsculas flores. Anoche los ingleses nos bombardearon desde el mar. Aviones en picado y torpederos hundieron uno o dos de los cruceros adversarios, y desde entonces volvemos a disfrutar de paz. Y por hoy, nada más.*

Aparte de las dos divisiones alemanas que se encontraban ya en el sector, ninguna otra fue mandada desde Europa en el año 1941 (ni tampoco en la primera mitad del 42), pero se formó en África una división extra, agrupando a determinadas unidades independientes. Esta división, a la que se llamó la 90.ª Ligera, no disponía de tanques y estaba compuesta sólo por cuatro batallones de infantería. Sin embargo, su potencia era notable, por disponer de tres batallones de artillería de campaña, uno de antitanques y otro de cañones de 88 mm., que igual servían como antiaéreos que como antitanques.

La 5.ª División Ligera fue llamada, a partir de entonces, 21.ª División Panzer, aunque sin experimentar cambio alguno en material ni organización. Tanto ésta como la 15..ª División Panzer disponían sólo de dos batallones de tanques y tres de infantería.

Después de que, en agosto, las fuerzas de Rommel fueron elevadas a la categoría de Grupo Panzer, el Teniente general Cruewell quedó nombrado jefe del África Korps[37] *(con el Coronel Bayerlein como su jefe de Estado Mayor). Sólo las dos divisiones Panzer quedaron incluidas en el Áfrika Korps. Ademas de éste y de la 90.ª División Ligera, Rommel tenía bajo su mando a seis divisiones italianas: la «Ariete», la «Trieste» (que formaban el XX Cuerpo Motorizado), la «Pavia», la «Bolonia», la «Brescia» (formando el XXI Cuerpo de Infantería), en el cerco de Tóbruk, y la «Savona», de guarnición en Bardia.*

Capítulo VIII: La campaña de invierno 1941-1942

Por el Teniente General Fritz Bayerlein

Por desgracia, Rommel no ha dejado relato alguno de la siguiente etapa de la guerra en África, es decir, la que comprende el invierno de 1941-42. Como no sería posible apreciar como es debido los problemas tácticos y estratégicos de la campaña, así como la intervención global de Rommel en la misma, sin llenar el vacío en cuestión, se ha hecho preciso escribir un resumen, basándose en documentos adecuados. He aceptado realizar dicha tarea, ya que tomé parte directa en las operaciones, dejando atrás el barro de la campaña rusa, poco antes de que los ingleses lanzaran su ofensiva de otoño. Llegué al desierto provisto de gran práctica en la guerra de movimiento, adquirida en los campos de batalla de Europa, a las órdenes del más ilustre militar en este aspecto: el General Guderian. El relato que sigue ha sido basado en mis experiencias personales durante la campaña de Libia, y en una serie de documentos consultados.

Durante la primavera de 1941 las operaciones ítalogermanas y la rápida conquista de Cirenaica, resultado de aquéllas, dejaron al mundo boquiabierto. El territorio italiano ocupado de nuevo fue sostenido contra una serie de contraataques adversarios, y su defensa quedó reforzada por la creación de la línea Sollum-Bardia. Por otra parte, y a pesar de todos nuestros esfuerzos, habíamos fracasado en apoderarnos de Tobruk, no obteniendo así un puerto de primera clase casi junto al frente, ya que Bengasi se encontraba a 500 Km. de

distancia, y Trípoli a 1600. Los ingleses supieron apreciar rápidamente la tremenda importancia de la plaza, y la defendían con la mayor obstinación. Importantes fuerzas alemanas e italianas se encontraban empleadas en el cerco. Las futuras operaciones dependían, pues, de la situación de la fortaleza. De haber lanzado el enemigo ataques simultáneos desde Tobruk y Egipto, la posición de Rommel se hubiera vuelto crítica. Las débiles fuerzas del Eje carecían de penetración suficiente para actuar con libertad; sus líneas de abastecimiento se veían amenazadas de continuo, y existía el peligro de que sus unidades se vieran empujadas hacia el espacio situado entre el mar y los frentes de Sollum y Tobruk, siendo rodeadas y destruidas por un enemigo mejor mandado que aquél al que entonces nos enfrentábamos.

Rommel no dudaba de que los ingleses sabrían explotar dicha oportunidad hacia finales de año, y de que, con el fin de frustrar sus intenciones, se hacía preciso tomar Tobruk cuanto antes. Sin embargo, al intentar la operación debía contarse con el riesgo de un ataque a retaguardia de las fuerzas propias, para enfrentarse al cual habría que desplegar el grueso de las fuerzas entre Capuzzo y Bir el Gobi. Rommel no esperaba que los ingleses lanzaran una ofensiva hasta considerar al Oriente Medio libre del peligro de una tentativa alemana a través del Cáucaso, en cuyo caso podrían trasladar más fuerzas al frente egipcio, asegurándose así el éxito. Teniendo en cuenta el cariz adverso que adoptaban nuestras operaciones en Rusia, la situación de referencia podía crearse hacia noviembre.

Durante septiembre el sitio de Tobruk fue estrechado, preparándose puntos de partida para el asalto. El transporte por el Mediterráneo de los refuerzos necesarios para el ataque, comprendiendo tropas, armas y suministros, requería un au-

mento perceptible en el tráfico naval italiano. Sin embargo, éste permaneció muy por lo bajo de lo prometido por el Alto Mando. Como resultado de ello, a finales de septiembre sólo un tercio de las tropas y una séptima parte de los suministros necesarios habían llegado a su destino. Aquello constituyó un serio obstáculo en nuestra carrera contra el tiempo, obligándonos a aplazar el ataque hasta el mes de noviembre, e incluso entonces tuvimos que contentarnos con fuerzas y material que eran insuficientes.

Como el tiempo apremiaba, Rommel informó al Alto Mando, a principios de noviembre, de que tenía ya suficientes tropas en posición, y que consideraba esencial el lanzar el ataque en la segunda mitad de dicho mes, aun cuando no hubieran llegado los aprovisionamientos, ya que los demás preparativos habrían dado fin. Pero el Alto Mando no supo apreciar la situación, y en su respuesta recalcó la superioridad aérea inglesa, y propuso que el ataque fuese aplazado hasta el año siguiente. Rommel no podía en modo alguno estar de acuerdo, y el mismo día repuso que, teniendo en cuenta el estado de los transportes navales por el Mediterráneo, mucho temía que cualquier aplazamiento sólo consiguiera inclinar aún más la balanza del lado de nuestros contrincantes. Consideraba, pues, vital atacar lo antes posible. En consecuencia, el Alto Mando autorizó la operación para el tiempo mencionado.

El asalto propiamente dicho correría a cargo de la 90.ª División Panzer y dos italianas de infantería. Como fuerza de cobertura, Rommel situó al Cuerpo Motorizado italiano de Gambara (Divisiones «Ariete» y «Trieste», la primera acorazada y la segunda motorizada) y a la 21.ª División Panzer en la zona al sur y sudeste de Tobruk, entre Bir Hacheim, Gasr el Arid y Got el Hariga, donde formarían una defensa móvil

contra cualquier ataque que el enemigo pudiera montar a retaguardia de las fuerzas que intentaban la entrada en Tobruk, o en el frente de Sollum. La preparación quedó terminada el 16 de noviembre. El cerco de Tobruk estaba mantenido por las divisiones italianas «Brescia» y «Trento».

El potencial Rommel en tanques comprendía, por entonces, 260 carros alemanes y 154 italianos. De los primeros, 15 eran «Panzer I»; 40, «Panzer II»; 50, «Panzer III» (el 50 por 100 equipados con cañones de 37 mm.), y 55, «Panzer IV».

Durante la noche del 17 al 18 de noviembre, comandos ingleses trataron de eliminar a lo que creían el Cuartel General del Ejército en Beda Littoria —a 320 Km. detrás de nuestro frente—, en una operación de gran audacia. El lugar atacado lo ocupaba entonces el mando de la Intendencia, que perdió cuatro hombres, entre ellos dos oficiales.

Es interesante hacer resaltar que en otros tiempos Rommel había tenido efectivamente allí su mando. Ocupaba el primer piso, y sus ayudantes, el segundo. Los ingleses debieron saberlo por su Servicio de Información.

Los componentes de la patrulla contestaron en alemán al alto del centinela, y aunque no conocían el santo y seña, aquél los dejó acercarse, creyendo que eran soldados extraviados en el desierto. Los ingleses no llevaban insignias de ningún género que los identificaran como tales. Uno de ellos sacó su pistola y disparó contra el centinela. Penetraron rápidamente en la casa, lanzaron una ráfaga en la habitación de la izquierda, matando a dos más, y trataron de subir al primer piso. Sin embargo, los nuestros habían empezado a reaccionar. Un oficial inglés resultó muerto y uno alemán gravemente herido. El resto del comando se retiró apresuradamente.

El ataque inglés

A mediados de octubre nuestros servicios de Información notificaron a todas las formaciones que, considerando la gran cantidad de fuerzas y de material que se estaban acumulando en Egipto, existía el grave peligro de que los ingleses lanzaran una ofensiva en gran estilo. Aun antes, en septiembre, el traslado desde el Delta del Nilo a Marsa Matruh de divisiones australianas y neozelandesas, había sido observado por nuestros servicios, confirmándose más tarde con el interrogatorio de algunos prisioneros. Sin embargo, el reconocimiento efectuado a mediados de septiembre por la 21.ª División Panzer en el área situada al sur de *Sidi* Barrani, no produjo certidumbre alguna de un ataque. Tampoco existían en la zona fronteriza de Egipto depósitos suficientes para apoyar una operación de tal envergadura. La marcha de aproximación y el despliegue adversario se efectuaron sin que nuestra observación los señalara. El camuflaje y la preparación fueron excelentes. Al no utilizar las comunicaciones radiofónicas, no pudimos captar ninguno de sus partes. Los movimientos de concentración nos pasaron, pues, inadvertidos. Nuestro reconocimiento aéreo —que operaba con muy pocos aparatos— no distinguió tampoco a las tropas en marcha, probablemente por recorrer las etapas de noche, permaneciendo durante el día protegidas por excelentes camuflajes. Además, el 18 de noviembre, una lluvia torrencial dejó inservibles todos nuestros aeródromos, sin que aquel día pudiese despegar ni un solo aparato. También la observación aérea fracasó en el flanco sur, donde los ingleses habían establecido grandes depósitos. En tierra las cosas no presen-

taron mejor cariz. En consecuencia, el ataque consiguió una absoluta sorpresa táctica.

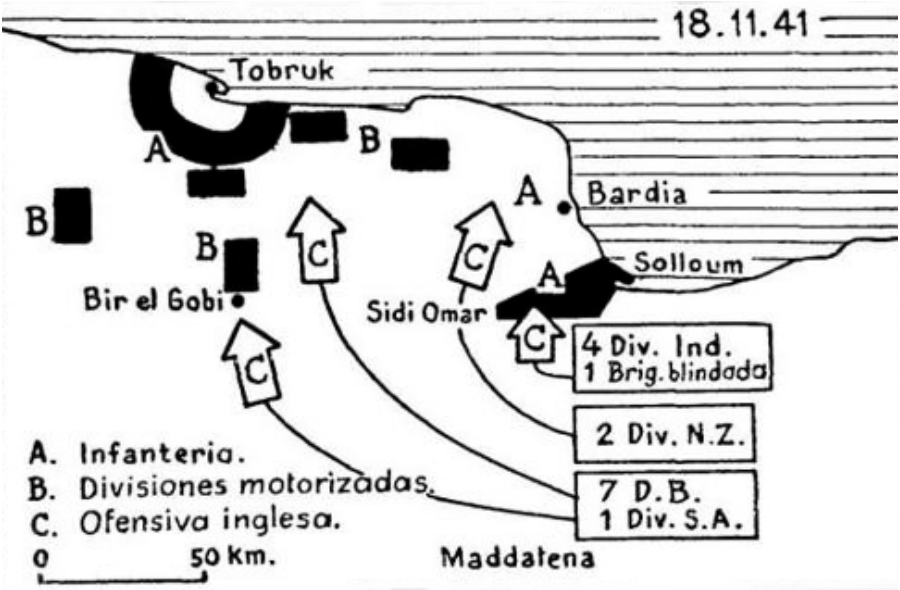
Por documentos capturados, supimos más tarde las disposiciones del 8.° Ejército inglés para la operación. Su objetivo era el de destruir a las fuerzas germanoitalianas, liberar Tobruk y explotar la victoria avanzando hasta ocupar Tripolitania. El XXX Cuerpo, en el flanco del desierto, se dirigiría a Tobruk desde la frontera junto con el grueso de las fuerzas acorazadas inglesas. La tarea del XIII Cuerpo —en la costa— sería la de inmovilizar las guarniciones del frente de Sollum, mientras la maniobra acorazada seguía su curso, avanzando luego hacia el norte con el fin de aislar a dichas guarniciones, y luego hacia el oeste, en apoyo del XXX Cuerpo.

Esta ofensiva, denominada «Crusader», empezó el 18 de noviembre con una larga marcha de aproximación por el grueso de las fuerzas, que pasó junto al flanco de las posiciones fortificadas germanoitalianas, cerca de Sollum, en la ruta costera. Las fuerzas comprendían el equivalente a siete divisiones, incluyendo la guarnición de Tobruk, a las que se oponían tres alemanas y siete italianas. Pero tales cifras dan una impresión falsa de la realidad, ya que la lucha se libró principalmente entre unidades blindadas y aviación. Los ingleses disponían de cinco brigadas acorazadas, y Rommel el equivalente a dos alemanas y una italiana. El número total de carros ingleses se elevaba a 124, con 200 más en la reserva (que fueron enviados al combate a razón de 40 por día), mientras Rommel ponía en juego 414 (de ellos 154 italianos). Tenía otros 50 en reparación, pero ninguna reserva. En el aire, la superioridad inglesa era aún mayor, por poseer 1100 aparatos, contra 120 alemanes y unos 200 italianos. La ventaja inicial quedó incrementada por la sorpresa. Rommel estuvo en Roma durante la primera mitad de noviembre, a donde se había trasladado con el fin de obtener

autorización para atacar Tobruk lo antes posible. Permaneció allí, con su esposa, hasta el 15, fecha de su cumpleaños, regresando a África poco antes de que se iniciara el ataque enemigo.

No fue hasta la tarde del 18 de noviembre, una vez las operaciones adquirieron un ritmo continuo, cuando el Grupo Panzer comprendió que se trataba de una ofensiva. Nuestros puestos avanzados de la línea Gobi-*Sidi* Omar tuvieron que retroceder ante el empuje de las fuerzas enemigas. Las declaraciones de un soldado inglés, capturado el 17 de noviembre en *Sidi* Suleiman, nos dieron la cifra de las fuerzas atacantes, así como las posiciones de partida y la situación de las unidades. El informe era tan detallado, que llegamos a dudar de su veracidad. Sin embargo, los acontecimientos consiguientes lo confirmaron hasta en sus más pequeños detalles.

En vista de las circunstancias, Rommel decidió no proseguir con su plan de ataque a Tobruk, ya que el enemigo le obligaba a ello, e inmediatamente ordenó al Áfrika Korps que lanzara un ataque contra las masas enemigas que marchaban hacia el norte, a través de Gabr Saleh.



Ofensiva inglesa (noviembre 1942).

Han tenido lugar buen número de discusiones acerca de si Rommel acertó al renunciar al ataque a Tobruk, con el fin de salir primero al paso de la ofensiva enemiga. Nuestras fuerzas de cobertura hubieran bastado para retener al enemigo hasta la toma de la fortaleza, lo que nos hubiese conferido mayores ventajas, permitiéndonos operar en la Marmárica con mayor libertad de movimientos que teniendo a nuestra espalda a la fuerte guarnición de Tobruk. Pero ¿nos hubieran permitido los ingleses disponer del tiempo necesario para ello? No se trataba de un asunto de audacia o de atrevimiento, sino de un forcejeo al azar, que el General Rommel rehusó emprender.

Las fuerzas acorazadas inglesas avanzaron hacia la zona de Tobruk en tres columnas, descargando su golpe sobre nuestra pantalla de cobertura el 19 de noviembre. La columna de la izquierda alcanzó Bir el Gobi, haciendo retroceder a la División «Ariete», después de dura lucha. La de la derecha fue contenida por parte de la 21.ª División Panzer, y obligada

a retroceder hacia Gabr Saleh. Entretanto, la columna central había penetrado hasta el aeródromo de *Sidi* Rezegh, estableciéndose en las escarpaduras, a apenas 16 Km. del cerco de Tobruk.

El día 20 el Áfrika Korps continuó desarrollando su presión sobre el flanco derecho enemigo, destruyendo muchos tanques durante la lucha diurna. Nuestras divisiones se abrieron camino hacia el sector Gabr Saleh - *Sidi* Omar, excelente base para un ataque sobre la retaguardia de la columna central enemiga. El plan de Rommel tomaba en consideración nuestra inferioridad y el uso limitado que podía hacerse de los italianos, y tendía a concentrar sus formaciones móviles en una fuerza compacta, derrotando una tras otra a las unidades enemigas.

Los ingleses facilitaron dicho plan al lanzar sus brigadas acorazadas por separado. Ello nos permitió obtener una serie de éxitos parciales, y al final nos dio la victoria en una de las mayores batallas de tanques de toda la campaña, en la que el grueso de los blindados adversarios quedó destruido. En estas acciones que pueden considerarse como de las más interesantes en toda la campaña africana, se desarrollaron tácticas que más adelante darían lugar a nuestros grandes éxitos, y que muestran de manera brillantísima las altas cualidades de Rommel y de sus subordinados.

Rommel regresó a África el 18 de noviembre, y dos días más tarde, escribió a su mujer:

20 noviembre 1941.

Queridísima Lu:

La ofensiva enemiga empezó inmediatamente después de mi llegada. La batalla se encuentra en su punto culminante. Espero que salgamos airosos de la misma. Seguramente

el encuentro quedará decidido para cuando recibas esta carta. Desde luego, nuestra posición no es fácil.

Me encuentro todo lo bien que cabe esperar.

La mañana del 21 de noviembre el Áfrika Korps adoptó posiciones para el ataque contra la retaguardia de las fuerzas acorazadas enemigas. Al atardecer, y tras encarnizada lucha, llegó al terreno accidentado cerca de Bir Sciaf-Sciuf al sur del Trigh Capuzzo, donde instaló una defensa móvil, con la que hacer frente a los subsiguientes ataques.

La noche anterior una salida sin importancia de la guarnición de Tobruk por el sector sudeste fue seguida por un fuerte ataque, reforzado por 50 tanques de infantería. El enemigo rompió la primera línea y arrolló las posiciones artilleras de la División «Bologna». Aunque logró restablecerse la situación, aquel sector del frente continuó siendo una fuente de preocupaciones para nosotros.

El 22 de noviembre Rommel ordenó «operaciones móviles» al sur de la pista Trigh Capuzzo. La noche anterior, el General Cruewell había conducido hacia el este a la 15.ª División Panzer, sin ser observada por el enemigo, reagrupándola en profundidad contra el largo flanco de aquél. Mientras la 21.ª División Panzer atacaba el aeródromo de *Sidi* Rezegh, arrojando al adversario hacia el sur, la 15.ª P.D. se presentaba en el flanco y la retaguardia de las fuerzas enemigas que atacaban Bir Sciaf-Sciuf. Prosiguiendo su presión por la noche, arrollaron el puesto de mando de la 4.ª Brigada Acorazada inglesa, capturando a su comandante y desorganizando la unidad.

Aquel día no se intentaron ataques desde Tobruk. Más al este, el enemigo inició un movimiento de flanqueo contra la retaguardia del frente de Sollum. Nuestros puntos de apoyo

se sostuvieron, pero Fuerte Capuzzo fue tomado por los neozelandeses.

La batalla de tanques del Totensonntag[38]

Nuestras órdenes para el 23 de noviembre consistían en la destrucción del grueso de las fuerzas atacantes, por medio de un movimiento concéntrico por parte de elementos móviles germanoitalianos.

Aquel día, y por vez primera, Rommel se vio en la imposibilidad de cursar sus órdenes verbalmente, y el Áfrika Korps recibió un largo comunicado por radio, cuya transcripción y codificación nos hubiese ocupado demasiado tiempo. El General Cruewell no podía esperar, y sabiendo cuál era el plan de Rommel, sintióse impulsado a obrar por su propia iniciativa. En consecuencia, abandonó su puesto de mando en Gasr el Arid hacia las cinco y media de la mañana, para dirigir personalmente a sus fuerzas durante el curso de la batalla. Media hora más tarde su puesto de mando, con casi todos los órganos auxiliares, era sorprendido por los neozelandeses, llegados sin ser vistos desde *Sidi* Azeiz, los cuales hicieron prisionero al personal, tras una heroica defensa. El General Cruewell y yo escapamos por el grueso de un cabello.

La mañana del día 23 la situación germanoitaliana era como sigue: a la 15.ª División Panzer se reorganizaba, tras de sus éxitos, junto a Bir Sciaf-Sciuf. La 21. División Panzer había sido desplegada defensivamente en la zona de *Sidi* Rezegh. Las divisiones italianas «Ariete» y «Trieste» estaban concentradas alrededor de Bir el Gobi.

Se suponía que los blindados enemigos se hallaban en la extensa meseta desierta de *Sidi* Muftah y Bir el Haiad, divididos en varios grupos de combate.

El plan del General Cruewell consistía en atacar al enemigo por retaguardia, pero antes deseaba incorporarse a la «Ariete» que ascendía desde Bir el Gobi, con el fin de poner en juego a todas las unidades acorazadas disponibles para el esfuerzo común. Hacia las siete y media la 15.ª División Panzer se desplazó hacia el sudoeste, descubriendo, alrededor de *Sidi* Muftah, a una gran formación acorazada enemiga, a la que inmediatamente procedió a atacar. La lucha de tanques fue violenta. Más grupos enemigos, provistos de infinidad de vehículos, numerosos carros y muchos cañones fueron descubiertos al norte de Hagfed el Haiad, y el General Cruewell inició un movimiento de flanqueo de mayor amplitud. A primeras horas de la tarde, y tras continua lucha, alcanzó un punto situado al sudeste de Hagfed el Haiad, muy a retaguardia del enemigo.

Las puntas de lanza de la «Ariete» habían llegado, entretanto, con 120 tanques, y el General Cruewell impulsó a las fuerzas acorazadas alemanas e italianas hacia el norte, penetrando en la retaguardia enemiga, al objeto de embotellar a los ingleses por completo y obligarles a volverse contra la 21.ª División Panzer, que cubría el frente en *Sidi* Rezegh.

El ataque tuvo un buen comienzo, pero pronto tropezó con una fuerte reacción artillera y antitanque, formada por los sudafricanos, con sorprendente rapidez, entre Haiad y Muftah. Piezas de todos los calibres lanzaban una catarata de fuego frente a los carros atacantes, destruyendo casi por completo toda posibilidad de progresar. Un blindado tras otro quedaron deshechos entre aquella granizada de proyectiles. Nuestra artillería hubo de acudir en masa para silenciar a los cañones enemigos. Sin embargo, a última hora de la tarde, nos las habíamos compuesto para practicar algunas brechas en el frente. El ataque de los carros prosiguió, desa-

rrollándose duelos de tremenda intensidad. En lucha individual, entre tanques, cañones y antitanques, unas veces de frente y otras de flanco, utilizando todas las artimañas de la guerra de movimiento, el enemigo fue obligado finalmente a retroceder hasta una zona, en la que quedó completamente cercado. Al no disponer del apoyo de una salida desde Tobruk, sólo vio posibilidad de salvarse a una destrucción completa, rompiendo el anillo que lo oprimía.

En un momento, durante esta confusa batalla, el «Mammoth» que conducía al General Cruewell y a sus ayudantes se vio rodeado por carros enemigos. Las cruces alemanas pintadas a ambos lados del vehículo —capturado en otros tiempos a los ingleses— no eran demasiado visibles, y las puertas estaban cerradas. Los tanquistas ingleses, que por fortuna habían gastado ya toda su munición, no supusieron quién se encontraba en el vehículo. Algunos de ellos abandonaron sus «Mark VI» y se acercaron al «Mammoth», golpeando su coraza, tras de lo cual el General Cruewell abrió una escotilla, encontrándose cara a cara con un soldado inglés. La sorpresa de ambos no tuvo límites. En aquel momento, infinidad de proyectiles empezaron a caer por los alrededores. Los ocupantes del «Mammoth» se tendieron sobre el suelo de madera, y el vehículo consiguió escapar ileso. Un antiaéreo alemán de 20 mm. había abierto el fuego contra las tripulaciones de los tanques ingleses, las cuales se apresuraron a hacer regresar aquéllos, desapareciendo hacia el sur a toda marcha y permitiendo al Estado Mayor del Áfrika Korps escapar a una captura inminente.

La amplia llanura al sur de *Sidi* Rezegh era ahora un mar de polvo, neblina y humo. La visibilidad se hacía difícil, y muchos tanques y cañones ingleses pudieron escapar hacia el sur y el este. Pero una gran parte de las fuerzas enemigas

permanecía cercada. Al atardecer, la batalla no había terminado. Las llamas de centenares de vehículos, tanques y cañones incendiados iluminaban el terreno en aquel *Totensonntag*. Era ya mucho más de medianoche antes de que pudiéramos formarnos una idea de los acontecimientos de la jornada, organizáramos nuestras fuerzas, enumerásemos las pérdidas y ganancias y apreciáramos una situación de la que dependerían las operaciones subsiguientes. Los más importantes resultados de la batalla fueron la eliminación de la amenaza directa sobre el frente de Tobruk, la destrucción de una gran parte de los blindados enemigos y el derrumbamiento de la moral inglesa, al destrozar todos los planes de su mando.

Tras aquellas derrotas, el jefe del XXX Cuerpo, General Norrie, decidió retirar cuanto quedaba de sus fuerzas hacia el sector de Gdbr Saleh. Había perdido dos tercios de sus tanques, y los 150 restantes estaban dispersos.

23 noviembre 1941.

Queridísima Lu:

Hemos sobrepasado el punto culminante de la batalla. Me siento muy bien, de buen humor y lleno de confianza. Hemos eliminado 200 tanques enemigos. Nuestros frentes se mantienen incólumes.

La incursión en Egipto

La actuación del General Cruewell durante la batalla había sido perfecta. La mañana del 24 de noviembre informó a Rommel, en la carretera circular —Rommel no conocía aún todos los detalles de la acción al sur de Tobruk— de que el enemigo había sido aplastado en *Sidi* Rezegh y de que sólo parte de sus efectivos habían escapado a la destrucción. Aquello reafirmó a Rommel en su decisión, ya adoptada con anterioridad, de atacar hacia el sudeste, penetrando buen trecho en la retaguardia enemiga. Explicó su plan con las siguientes palabras: «La mayor parte de las fuerzas dirigidas contra Tobruk han quedado deshechas; debemos dirigirnos al este y actuar contra los neozelandeses y los indios, antes de que hayan podido reunirse con el grueso de sus fuerzas para atacar de nuevo en dirección a Tobruk. Al propio tiempo, tomaremos Habata y Maddalena, cortando su ruta de aprovisionamiento. La velocidad resulta imprescindible; debemos aprovecharnos del efecto contundente que la derrota ha producido en nuestros adversarios y avanzar con la mayor rapidez hacia *Sidi* Omar».

Rommel intentaba explotar la desorganización y el caos que estaba seguro debían existir en el bando enemigo, llevando a cabo una inesperada y audaz incursión en la zona meridional del frente de Sollum. Esperaba incrementar la confusión reinante e incluso quizás inducir a los ingleses a una retirada hacia Egipto. Todas nuestras fuerzas móviles debían tomar parte en la operación.

Una unidad de cobertura, reunida a duras penas y puesta bajo el mando del jefe de artillería, General Boettcher, fue

colocada al sur de Tobruk para impedir cualquier otra tentativa de deshacer el cerco. La infantería italiana permaneció en Bir el Gobi, y las posiciones de Tobruk fueron sostenidas por las mismas fuerzas que hasta entonces. Aquella decisión de Rommel —probablemente la más audaz de cuantas había concebido hasta entonces— fue severamente criticada por ciertas autoridades alemanas, incapaces de comprender el teatro de la guerra africano; pero, en cambio, mereció la admiración del enemigo.

Desde luego a Rommel le hubiera sido posible acabar con los restos de las fuerzas adversarias que habían sido lo suficiente afortunadas como para escapar a la destrucción al sur de Tobruk; pero ello hubiera hecho perder un tiempo valioso. En consecuencia, juzgó mejor coger al enemigo de sorpresa, dirigiéndose a su frente de Sollum, y al mismo tiempo descargar un golpe en su sector más sensible: las líneas de aprovisionamiento. A mediodía del 24 de noviembre el Áfrika Korps y la División «Ariete» iniciaron su larga marcha por el desierto, en dirección a *Sidi* Omar, a donde llegaron por la noche, tras un atrevido avance, ignorando por completo la amenaza inglesa sobre sus flancos. Rommel, que marchaba a la cabeza de la columna, condujo a la 21.ª División Panzer a través de la 4.ª División india, hasta el distrito de *Sidi* Suleiman, con el fin de cerrar el frente de Halfaya por el este. La 15.ª División Panzer atacaría *Sidi* Omar. Un grupo de combate mixto fue concentrado para la conquista del centro de aprovisionamientos de Maddalena, mientras otro destruiría los campamentos alrededor de Habata, término del ferrocarril del desierto. No existe duda de que tales movimientos hubiesen ocasionado serios perjuicios a los suministros enemigos, pero no podían provocar un colapso, y el comentario hecho circular por muchos críticos, según los cuales «el

destino del 8.° Ejército estuvo pendiente de un hilo, que Rommel no pudo cortar», carece en absoluto de fundamento.

Las órdenes se cursaron a última hora de la tarde del 24 de noviembre, cerca de Bir Sheferzen, al este de la alambrada de Graziani. Luego Rommel se dirigió hacia la 21.ª División Panzer, colocándola personalmente en el paso de Halfaya. Al regresar a *Sidi* Omar, el único vehículo de que disponía se averió. Fue una verdadera suerte el que, al obscurecer, el «Mammoth» del Áfrika Korps que llevaba al General Cruewell y a su Estado Mayor, apareciera de improviso. «— Tendrán que remolcarnos», dijo Rommel, que, al igual que Gause, estaba temblando de frío. El «Mammoth», que llevaba ahora a los altos jefes del grupo Panzer, se aproximó a la línea de alambradas. Por desgracia no fue posible encontrar el paso, y hubiera sido inútil intentar abrir uno. Finalmente Rommel empezó a irritarse. «— Yo mismo lo conduciré», dijo haciendo retirar al ayudante que hasta entonces gobernaba el vehículo. Pero esta vez, incluso su legendario sentido de la orientación, fracasó. Para empeorar aún más las cosas, se encontraban en una zona completamente dominada por el enemigo. Enlaces indios pasaban de un lado a otro en sus motos junto al «Mammoth», tanques ingleses discurrían muy cerca y camiones de construcción americana circulaban por el desierto. Sin embargo, ninguno de ellos pudo sospechar que los altos jefes del grupo Panzer germanoitaliano permanecían en un vehículo de mando, a pocos metros de distancia. Los diez jefes y sus cinco ayudantes pasaron una noche intranquila.

Durante las jornadas que siguieron, Rommel continuó yendo de una unidad a otra, por regla general a través de las líneas inglesas, con el fin de salir al paso de los frecuentes conflictos. En cierta ocasión, penetró en un hospital neoze-

landés, todavía ocupado por el enemigo. Nadie supo quién era el captor y quién el capturado, excepto Rommel, que no abrigaba duda alguna.

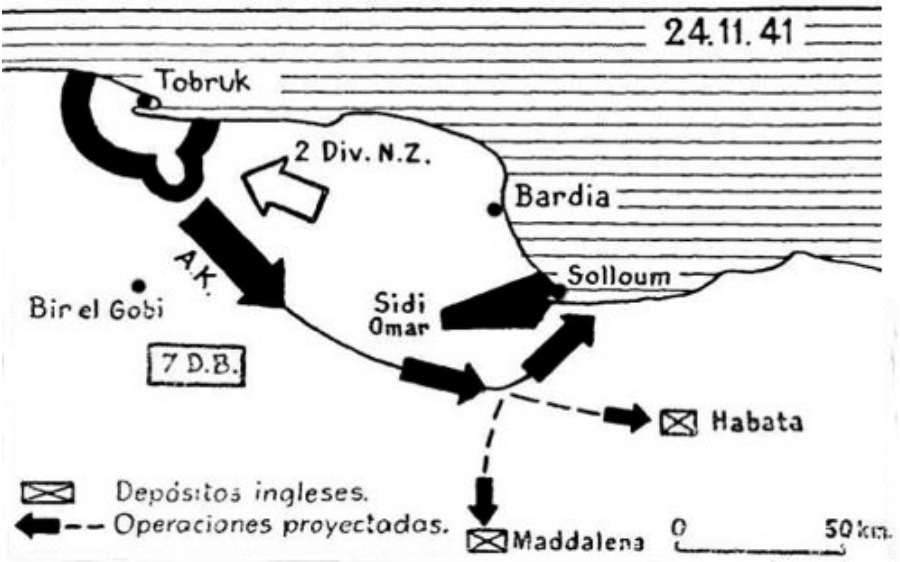
Preguntó si necesitaban algo, prometió suministros sanitarios y volvió a salir ileso. También cruzó una pista de aterrizaje, ocupada por los ingleses, y en varias ocasiones fue perseguido por vehículos enemigos, logrando escapar.

Entretanto, la 21.ª División Panzer, contrariamente a las instrucciones recibidas, pero cumpliendo una orden transmitida erróneamente desde el centro de operaciones situado a retaguardia, había rebasado la posición de Halfaya hacia Capuzzo, enzarzándose en una dura y costosa lucha con los neozelandeses. El ataque de algunas unidades del Áfrika Korps a *Sidi* Omar no obtuvo los resultados previstos, y pronto fue evidente que el enemigo era más fuerte de lo que se hubiera esperado tras de nuestras victorias. Parecía repuesto del golpe con mucha rapidez. Según descubrimos más tarde, la situación había sido salvada por la intervención personal del General Auchinlek, jefe del Grupo de Ejércitos del Oriente Medio, que había acudido desde El Cairo, anulando en el último instante la decisión del General Cunningham, de evacuar la Marmárica y retirarse hacia Egipto.

El atrevido golpe de Rommel estuvo a punto de resultar decisivo, a causa de su efecto sobre la moral del jefe adversario. La terrible derrota de sus blindados alrededor de Sidi *Rezegh hizo que el día 23 Cunningham considerara la posibilidad de abandonar la ofensiva y retirarse más allá de la frontera, para reorganizar sus fuerzas fuera del alcance de Rommel. Por este procedimiento esperaba conservar su Ejército, mientras que continuando la ofensiva en las condiciones vigentes corría el riesgo de que aquél quedara completamente destruido. Pero su incli-*

nación hacia la retirada se vio frenada por Auchinleck, acabado de llegar en avión desde El Cairo.

Al día siguiente Rommel inició su incursión estratégica con el Áfrika Korps, extendiendo la confusión y el pánico en la retaguardia inglesa. Tan alarmantes noticias incrementaron, como es natural, la alarma de Cunningham. Si la decisión de retirarse hubiese persistido, el profundo avance de Rommel habría resultado decisivo. Pero el día 26, y tras haber regresado a El Cairo, Auchinleck llegó a la conclusión de que debía reforzar su orden de continuar la ofensiva, dando un nuevo jefe al 8° Ejército, y reemplazó a Cunningham por Ritchie, que por aquel entonces ejercía el cargo de subjefe en su Estado Mayor.



Plan del contraataque de Rommel (24 de noviembre de 1941).

La decisión de Auchinlek convirtió la derrota en victoria. Sin embargo, era mucho más aventurada que la incursión de Rommel, porque en ella se jugaba la supervivencia del 8.° Ejército sobre la base de una continuación de la ofensiva. La mala dirección adoptada por la 21.ª División Panzer, así como la resis-

tencia de la División Neozelandesa y de la 4.ª India, resultaron de importancia capital en el desenlace postrero.

Teniendo en cuenta el cariz que después adoptaron las cosas, la incursión de Rommel resultó a la larga desventajosa para él. Al iniciarla tenía casi ganada la batalla, pero al darle fin, la balanza se había inclinado hacia el lado contrario. Sin embargo, el margen entre una y otra situación fue muy estrecho, no psicológicamente, sino también en el aspecto material. En su marcha hacia la frontera, con intención de arrasar los depósitos ingleses situados más allá de la misma, pasó muy cerca de los dos, sobre los que se había basado todo el avance inglés. Ambas enormes reservas, cada una de 10 Km. cuadrados de extensión, se encontraban a 24 Km. al sudeste y sudoeste respectivamente, de Gabr Saleh, y sólo los defendía la 22.ª Brigada de la Guardia. El Áfrika Korps pasó junto al depósito de agua situado en el extremo norte del primero. Pero la existencia de aquellos dos puntos vitales no fue descubierta gracias al excelente camuflaje y al dominio inglés del aire en la zona.

Si, tras su éxito en Sidi *Rezegh, Rommel hubiera presionado hacia el sur para derrotar a los restos del 30° Cuerpo, hubiese encontrado los depósitos, sellando así definitivamente su victoria. Resultó irónico que, al perseguir el mayor objetivo, errara el blanco principal. Su maniobra puede condenarse sobre la base de una doctrina meramente convencional y precavida, pero respondía a las ideas clásicas del generalato, aplicadas por todos los grandes Capitanes de la Historia. Cuando, un año antes, las unidades Panzer actuaron de manera parecida en la persecución de los Ejércitos aliados en la Europa occidental, habían obtenido las mayores victorias de los tiempos modernos, a pesar de lo precario de las circunstancias. Su fracaso en África fue debido en parte a los factores humanos —Auchinlek, en pri-*

mer término—, pero constituyó también una demostración de la gran parte que la suerte juega en todas las campañas.

Repliegue

Rommel había notificado a su la, el Teniente Coronel Westphal, su decisión de descargar un golpe en *Sidi* Omar a primeras horas de la mañana del 24 de noviembre. Westphal hubiera deseado oponer objeciones, atrayendo especialmente la atención de su jefe sobre el hecho de que los ingleses estaban concentrando fuerzas al sur de Bir el Gobi. Pero Rommel no permitió la discusión del plan, y haciendo subir al coche a su jefe de Estado Mayor, General Gause, se puso en camino hacia la localidad.

Apenas hubieron recorrido un corto trecho, el vehículo de transmisiones se atascó en la arena. Rommel prosiguió sin él, y a partir de aquel momento cesaron las comunicaciones por radio con su puesto de mando. Cuando los ingleses, reorganizados por Auchinleck, avanzaron por la zona, ahora prácticamente desierta, de *Sidi* Rezegh, Westphal trató desesperadamente de establecer contacto con Rommel. Fueron mandados en su busca algunos aviones, que no regresaron. La situación se fue agravando al sur de Tobruk, hasta que finalmente Westphal decidió asumir la responsabilidad de sus propias decisiones, procediendo a llamar a *Sidi* Rezegh a la 21.ª División Panzer.

Cuando Rommel se enteró de esta orden la consideró al principio como un engaño del enemigo, pero pronto pudo comprobar que era auténtica. Uno de sus ayudantes, el Teniente Voss, relata de este modo el regreso de Rommel al Cuartel General:

«Al principio sintióse furioso contra el Teniente Coronel Westphal, por haber llamado éste a la 21.ª División sin su

permiso. Una vez de regreso al Cuartel General, subió al vehículo de mando, sin haber saludado a nadie, y, en completo silencio, examinó la situación sobre los mapas. Tras él se hallaba Gause. Tratamos de hacer señas a este último para que hablara a Rommel, explicándole los motivos de la decisión de Westphal. Pero no fue necesario, porque Rommel abandonó de improviso el vehículo, manifestando que iba a descansar. Nadie se atrevió, a partir de entonces, a interrumpir su sueño. Sin embargo, a la mañana siguiente, y ante el alivio de todos, no hizo referencia alguna a lo ocurrido. Mostróse tan amistoso como de costumbre, y el trabajo prosiguió con toda normalidad».

Aunque la 7.ª División Acorazada inglesa y los sudafricanos habían sufrido duras pérdidas, los neozelandeses, los indios, la brigada de la Guardia y la guarnición de Tobruk se hallaban intactos y demostraban mucha actividad. En vista de las circunstancias, Rommel se vio precisado a abandonar sus planes de ataque a los centros de aprovisionamiento de Maddalena y Habata (*situados en el desierto, a 40 Km. al sur de Bug-Bug*), ya que aquellas prolongadas incursiones no podían coger al enemigo por sorpresa, a la vez que significaban una inútil dispersión. Procedió, pues, a concentrar sus fuerzas móviles contra los neozelandeses. El 25 de noviembre se iniciaron duros combates en Tobruk, donde nuestras unidades se hallaban ahora en el centro de un ataque en pinza del enemigo. Uno de los extremos procedía del sudeste, mientras el otro tenía su base en la fortaleza. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, el Grupo Boettcher logró rechazar la mayoría de los avances, y la única penetración conseguida por el adversario quedó contenida mediante un contraataque de los italianos.

En vista de lo crítico de la situación, Rommel interrumpió inmediatamente las operaciones en el frente de Sollum, y trasladó con la máxima rapidez a todas sus formaciones hacia el centro de gravedad de la batalla de Tobruk.

27 noviembre 1941.

La batalla ruge en el desierto alrededor de Tobruk y frente a Sollum, desde el día 19. Por los partes oficiales habrás podido enterarte de su curso. Creo que hemos sobrepasado lo peor, y que este encuentro será de una importancia decisiva para el curso del conflicto.

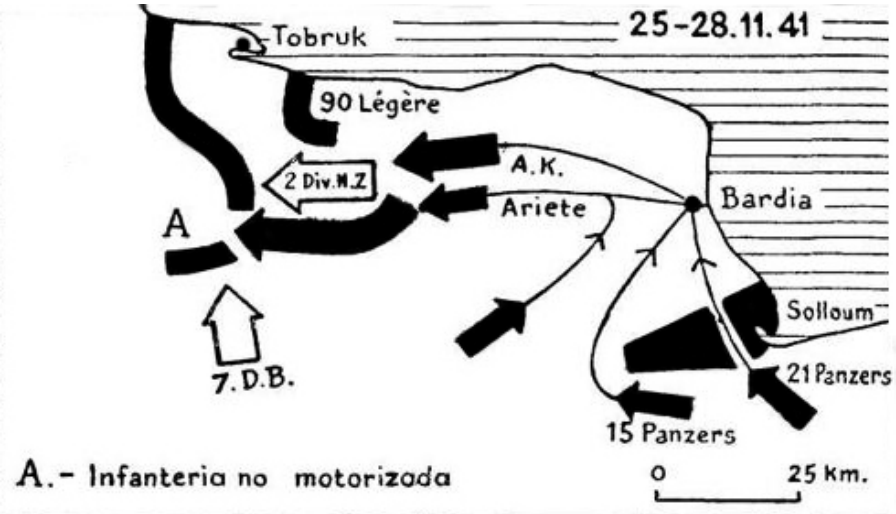
Me siento muy bien. Acabo de pasar cuatro días en el desierto, durante un contraataque, sin poderme lavar. Hemos obtenido un gran éxito.

Hoy es el día de nuestro 25 aniversario de boda. Quizás el parte de guerra resulte extraordinario. No necesito insistir sobre la compenetración que siempre ha presidido nuestra vida, pero sí deseo darte las gracias por tu amor y tu bondad durante estos años que acaban de transcurrir con tanta rapidez. Junto con mi gratitud hacia ti, pienso en el orgullo que nos confiere nuestro hijo, el cual no dudo triunfará en la vida, teniendo en cuenta sus grandes cualidades.

Por hoy, nada más. Nuestro siguiente movimiento ha empezado ya.

El 28 de noviembre, mientras la 21.ª División Panzer corría a ambos lados de la ruta costera, hacia Gambut, alcanzando el territorio que se extiende al sur de Zafraan, la 15.ª División Panzer bajaba hacia Trigh Capuzzo, con su flanco constantemente amenazado por unidades móviles. Tras haberse abierto camino por la escarpadura y el Jebel, la división se encontró por la tarde otra vez en el antiguo campo de batalla de *Sidi* Rezegh. Un mensaje por radio, de Rommel, llamó al

jefe del África Korps al puesto de mando avanzado del Grupo Panzer, que al parecer se encontraba en las inmediaciones de Gambut.



El repliegue alemán.

Tras haber buscado largamente en la obscuridad, descubrieron finalmente un camión inglés, al que el coche de mando de Creuwell se acercó con precauciones. En su interior se encontraban, no soldados ingleses, sino Rommel y su jefe de Estado Mayor, ambos sin afeitar, agotados por la falta de sueño y cubiertos de polvo. Tenían como cama un montón de paja, había un poco de agua en una lata y veíanse unas cuantas conservas. En las cercanías se encontraban dos vehículos de transmisiones y unos cuantos enlaces motoristas. Rommel dio instrucciones para la acción del día siguiente.

Su plan consistía en rodear a la División Neozelandesa, que entretanto había establecido contacto con la guarnición de Tobruk, volviendo a cerrar el cerco de la plaza. Para ello procedió a concentrar todas las unidades disponibles, situando el punto principal del ataque en el flanco occidental, con el fin de impedir que los neozelandeses pudieran retirarse hacia Tobruk.

29 noviembre 1941.

Queridísima Lu:

La batalla parece desenvolverse bien. Hoy llegaremos, sin duda, a una decisión. Tengo completa confianza en el triunfo. No dispongo de más tiempo.

La 21.ª División Panzer —cuyo jefe, el General von Ravenstein, había sido hecho prisionero por los neozelandeses— cerró el cerco por el este, a la vez que se defendía contra fuertes ataques del sur. Al atardecer, la 15.ª División Panzer, que iba hacia el norte, tomó la importante elevación de El Duda, que fue perdida otra vez durante la noche.

30 noviembre 1941.

Queridísima Lu:

La batalla continúa, y si queremos ganarla habremos de aportar todos nuestros esfuerzos.

La perspectiva es buena, pero las tropas están muy fatigadas, después de doce días de lucha. Me siento perfectamente, activo y dispuesto a todo. Los ingleses han capturado a von Ravenstein. Nada más por hoy.

La mañana del 30 de noviembre poderosas formaciones acorazadas enemigas y una gran masa de infantería avanzaron contra nuestras defensas del sur; pero sus ataques carecieron de coordinación, y pudimos rechazarlos en todo el frente. Por otra parte, y a pesar de numerosas tentativas, la 15.ª División Panzer no pudo tomar Belhammed ni establecer contacto con la 90.ª Ligera, lo que habría cerrado la bolsa de Tobruk.

Ello se consiguió al día siguiente, cuando, tras haber sido rechazados todos los intentos de ayuda enemigos, desde el sur y el este, fue lanzado un ataque concéntrico que destruyó a gran parte de la división neozelandesa.

La guarnición inglesa quedaba de nuevo cerrada en la fortaleza. Además, y según supimos por un mensaje interceptado, el enemigo había sufrido tales pérdidas, que estaba intentando despegarse temporalmente de nuestras unidades.

Pero Rommel no se hallaba en condiciones de conceder a sus fuerzas el descanso que tanto necesitaban. En el frente de Sollum debía combatirse duramente para rechazar los ataques de los indios, la línea de aprovisionamientos estaba siendo hostigada de continuo, y Bardia veíase muy seriamente amenazada. En vista de ello, despachó a dos grupos de combate mixtos, a lo largo de la pista Trigh Capuzzo y la ruta costera, con el fin de dejar expeditas nuestras líneas de comunicación. Colocó el grueso de las fuerzas móviles germanoitalianas al sudeste de Tobruk, donde, a la vez que se las aprovisionaba y reorganizaba, estaban en condiciones de poder ser mandadas al frente de Sollum o contra las formaciones inglesas, al sur.

El enemigo también procedía a reorganizarse y reagruparse a ambos lados del Trigh el Abd, a cubierto de una extensa pantalla de carros, situados a lo largo de la pista *Sidi* Muftah - Capuzzo.

Con el enemigo mejor aprovisionado que nosotros, no podíamos esperar sino que muy pronto continuara su ofensiva. Sin embargo, la batalla había llegado a una conclusión temporal, y el Ejército mandó el siguiente parte al Alto Mando:

«En la continua lucha sostenida desde el 18 de noviembre al 1.° de diciembre, han sido destruidos 814 tanques y vehículos blindados enemigos, abatiéndose 127 aparatos. Aún no pueden darse cifras respecto al botín en armas, municiones y vehículos. Los prisioneros pasan de 9,000, incluyendo a tres generales».

No fue hasta más tarde cuando supimos que el enemigo había realizado un cambio en el mando del 8.° Ejército, reemplazando al General Cunnigham por Ritchie.

2 diciembre 1941.

Ayer conseguimos destruir al resto de una o quizá dos divisiones inglesas, frente a Tobruk, lo cual ha aliviado bastante la situación.

Pero los ingleses no cederán, estoy seguro. Sin embargo, la lucha se desenvuelve ahora en mejores condiciones y todo acabará bien.

El ataque de nuestros dos grupos de combate mixtos, en Bardia-Sollum no obtuvo éxito. El 4 de diciembre el Ejército tuvo una clara visión de los proyectos enemigos. Nuevas fuerzas se estaban concentrando alrededor de Bir el Gobi, con la evidente intención de rodear nuestro flanco y penetrar en retaguardia, liberando a Tobruk de su cerco. Rommel decidió atacar inmediatamente a dichas fuerzas, con todas sus formaciones móviles, antes de que hubieran terminado su preparación.

Nuestros efectivos eran demasiado débiles para seguir manteniendo el sitio de Tobruk, y Rommel ordenó realizar preparativos para abandonar la parte oriental de dicho frente. Durante la noche del 4 al 5 de diciembre el Áfrika Korps partió hacia el oeste por el corredor existente entre El Duda y *Sidi* Rezegh —con sólo 4 Km. de anchura—, con el fin de concentrarse en El Adem. El ataque a Gobi se emprendería en combinación con el Cuerpo Motorizado italiano, que venía desde el nordeste; pero este último no llegó a reunirse por completo, ni estaba en condiciones de atacar, y el Áfrika Korps hubo de descargar su golpe solo, lo que se hizo a mediodía del 5 de diciembre. Las fuerzas tropezaron primero con la Brigada inglesa de la Guardia —recién llegada al cam-

po de batalla— y luego con las reorganizadas brigadas de la 7.ª División Acorazada. A pesar de ello, a última hora de la tarde habían alcanzado un punto situado al noroeste de Gobi. Entretanto, los ingleses habían iniciado un ataque desde Tobruk, tomando la línea de alturas Duda-Belhammed. Ello nos obligó finalmente a ceder en el este del frente.

A mediodía del 5 de diciembre, un oficial del Estado Mayor del «Comando Supremo», mandado por el *Duce*, llegó al Cuartel General, informándonos de que no debíamos esperar refuerzos para el grupo Panzer antes de principios de enero. Nada podía hacerse hasta dicha fecha, excepto cubrir las necesidades más apremiantes en víveres y munición. Semejante noticia no contribuyó ni mucho menos a alegrarnos.

Auchinleck se las compuso para mandar al campo de batalla dos brigadas más de infantería y dos regimientos de carros blindados. Además, la 3.ª División Acorazada acababa de llegar de Inglaterra, y estaba siendo transportada a las cercanías de la frontera, para ser sometida a un intenso adiestramiento, constituyendo un refuerzo adicional contra cualquier nuevo intento de las fuerzas acorazadas alemanas.

La noche del 5 de diciembre Rommel debía tener en cuenta la siguiente consideración: «El ataque del Áfrika Korps no ha infligido una derrota decisiva al enemigo en Gobi, principalmente a causa de no haberse presentado el Cuerpo motorizado italiano. Es de suponer que las fuerzas enemigas en la zona de Gobi se verán reforzadas por formaciones de refresco, pudiendo pasar al ataque dentro de poco con superioridad de fuerzas. Los acontecimientos de Tobruk han demostrado que también allí el enemigo dispone de efectivos eficaces. Sin embargo, existe todavía la posibilidad de llegar a una decisión favorable lanzando a las divisiones motorizadas y Panzer que aún nos quedan, tanto alemanas como italianas,

en un ataque de conjunto contra los ingleses en Gobi. Si, a pesar de todo, fracasáramos en destruir una parte substancial de las fuerzas enemigas, entonces, en vista de nuestras grandes pérdidas en hombres y material, deberíamos considerar la posibilidad de no aceptar batalla y retirarnos a la posición de Gazala, evacuando a continuación el territorio de la Cirenaica».

El África Korps inició su ataque el 6 de diciembre, avanzando otra vez solo. Los italianos informaron de que sus tropas estaban exhaustas y no utilizables para las operaciones. El enemigo retrocedió lentamente sobre Bir el Gobi, pero no era posible ya destruirlo ni siquiera atacar de flanco ni envolver parte de sus fuerzas. Por el contrario, existía el grave peligro de que nuestras tropas se vieran rebasadas por ambos lados, debido a la superioridad del adversario[39]. A pesar de todo, el ataque se reanudó el 7 de diciembre, aunque sin éxito. Nuestras bajas eran muy elevadas.

En vista de la gran superioridad numérica del enemigo y de las condiciones de nuestras tropas, Rommel decidió abandonar Tobruk por completo, y retirarse luchando hacia la posición de Gazala. Era una decisión muy penosa, ya que los soldados alemanes habían combatido con éxito, infligiendo pérdidas muy graves al adversario. Pero el permanecer más tiempo en Tobruk hubiera conducido a la destrucción de nuestras ya débiles fuerzas y a la pérdida ulterior de Libia.

Carta escrita por el Cabo Günther, asistente de Rommel.

6 diciembre 1941.

Apreciada Frau *Rommel:*

El General partió de nuevo esta mañana, muy temprano, hacia su puesto de mando. Le envío sus más cariñosos salu-

dos, y al propio tiempo la informo de que el General sigue bien de salud y de que todo marcha perfectamente.

La nueva batalla exige mucho del General. No tiene tiempo que perder.

*Abandonamos nuestra vivienda hace quince días, y desde entonces nos hemos trasladado varias veces. Hoy nos hemos aposentado otra vez en un pequeño vado, donde la aviación no podrá distinguirnos fácilmente. Nuestros vehículos están bien camuflados y tienen ya un aspecto muy a tono con el desierto. Todavía tenemos los dos pollos, de los que el General le habrá hablado ya sin duda. Se las componen incluso para encontrar algo de grano. (*Le habían sido regalados a Rommel cierto número de pollos que, a ruegos de Günther, no fueron matados, conservándose como mascotas*).*

Hoy todo está muy tranquilo, en comparación con las últimas semanas. Ya no nos encontramos al alcance de la artillería enemiga que solía disparar con frecuencia a nuestro alrededor y retaguardia. Resulta muy agradable no percibir el silbido de las granadas. Debo terminar. Con mis mejores deseos le envío cariñosos saludos del General para usted y su hijo.

Cabo Herbert Günther

9 diciembre 1941.

Queridísima Lu:

Por los partes de guerra te habrás enterado de lo que estamos haciendo. He debido abandonar toda operación en Tobruk, a causa de las formaciones italianas, así como también por el estado de fatiga de nuestros soldados. Espero conseguiremos escapar al posible cerco enemigo y mantenernos en Cirenaica. Sigo bien. Puedes imaginar lo que

estamos pasando y las preocupaciones que tengo. Parece ser que este año no podremos celebrar las Navidades, que se encuentran ya a muy poca distancia.

Retirada de Cirenaica

Durante la noche del 7 al 8 de diciembre, y mientras se mantenía la defensa del frente occidental de Tobruk, el Áfrika Korps y el Cuerpo Motorizado italiano se despegaron del enemigo. Elementos del XXI Cuerpo italiano no motorizado y de la 90.ª División Ligera estaban llegando ya a la posición de Gazala. El peligro principal para nosotros residía en el flanco meridional, donde el enemigo hubiera podido rebasarnos sin dificultad. En consecuencia, el Áfrika Korps fue mandado a cubrir todo aquel sector. Sin embargo, el enemigo no realizó tan ambiciosa tentativa, sino que limitóse a lanzar algunos ataques contra nuestro frente, todos los cuales fueron rechazados. La línea de Sollum —situada ahora a 200 Km. del grueso de las fuerzas— seguía firme, a pesar de no existir ruta terrestre para aprovisionarla.

Una fuerza substancial fue destinada a proteger el punto más débil y peligroso del flanco germanoitaliano, en el pasillo de Agedabia, donde al enemigo le hubiera resultado extremadamente fácil cortar la línea vital de todo el Ejército del Eje.

Retirándose paso a paso, librando acciones aisladas, a veces muy reñidas, todas las tropas alcanzaron la línea de Gazala en 12 de diciembre, sin que el enemigo lograra aislar a ningún destacamento digno de mención o infligir pérdidas graves.

La decisión de Rommel no fue del agrado del Mando italiano, y en la siguiente anotación de su diario muestra una faceta interesante de los acontecimientos:

«He recibido también la visita de Su Excelencia Bastico, en un barranco al sudeste de la bahía de Ain el Gazala, donde establecimos nuestro Cuartel General el 12 de diciembre. Está muy irritado por el modo en que se desarrolla la batalla, y siente preocupación especial por el sector de Agedabia, a donde quiere mandar una división italiana en cuanto sea posible. Discutimos agriamente y le dije, entre otras cosas, que no estaba dispuesto a desprenderme de ninguna división italiana para que la enviara a otro sector. En este caso no me quedaría más remedio que realizar la retirada de Cirenaica sólo con las fuerzas alemanas, dejando a las italianas correr su propia suerte. Añadí que estaba seguro de abrirme paso, pero que, en cambio, los italianos no lo lograrían sin nuestra ayuda. En resumen, declaré que ni un solo soldado de dicha nacionalidad sería retirado de mi mando, tras de lo cual Su Excelencia Bastico se volvió más tratable».

12 diciembre 1941.

Queridísima Lu:

No te preocupes por mí. Todo saldrá perfectamente. Aún no hemos superado la crisis, que proseguirá seguramente durante otras dos semanas. Pero aún tengo esperanzas de mantenerme aquí. Vivo en una casa auténtica, que dispone de un «sótano para héroes» (refugio antiaéreo*). Paso los días con los soldados.*

Felices Navidades a ti y a Manfred. Espero estar con vosotros poco después de que hayan transcurrido.

El 13 de diciembre un poderoso ataque de la infantería enemiga rompió la línea del XX Cuerpo Motorizado italiano, y sus fuerzas de reconocimiento alcanzaron Bir Temrad, 20 Km. detrás de nuestro frente.

13 diciembre 1941.

Queridísima Lu:

La situación se ha vuelto extremadamente grave, a causa de haber cedido una gran formación italiana. Sin embargo, espero mantener el terreno. Por lo demás, me encuentro bien y en un lugar fijo.

Simultáneamente fuerzas acorazadas enemigas (4.ª *Brigada Acorazada*) estaban envolviendo las posiciones del Áfrika Korps por el lado del desierto. La penetración frontal adversaria quedó temporalmente contenida, gracias a un vigoroso contraataque, pero podía verse renovada en cualquier momento. Además, resultaba evidente la posibilidad de que las fuerzas acorazadas enemigas pudieran alcanzar el cruce de carreteras de Mechili, interrumpiendo nuestros suministros y cortando nuestra retirada de Cirenaica. No servía de nada ocultar el hecho de que el potencial de las fuerzas del Eje estaba próximo a agotarse, y Rommel informó así al Alto Mando: «Tras cuatro semanas de ininterrumpida y costosa lucha, el poder combativo de las tropas —a pesar de algunos actos individuales que califico de soberbios— muestra signos de flaqueza, y más considerando que el suministro de armas y municiones se ha casi interrumpido por completo. El Ejército intentará mantenerse en la zona de Gazala durante el 16 de diciembre, pero la retirada hasta la línea Mechili-Derna será inevitable, a lo más tardar durante la noche del mismo día 16, si queremos escapar a vernos rebasados y destruidos por fuerzas superiores de nuestros enemigos».

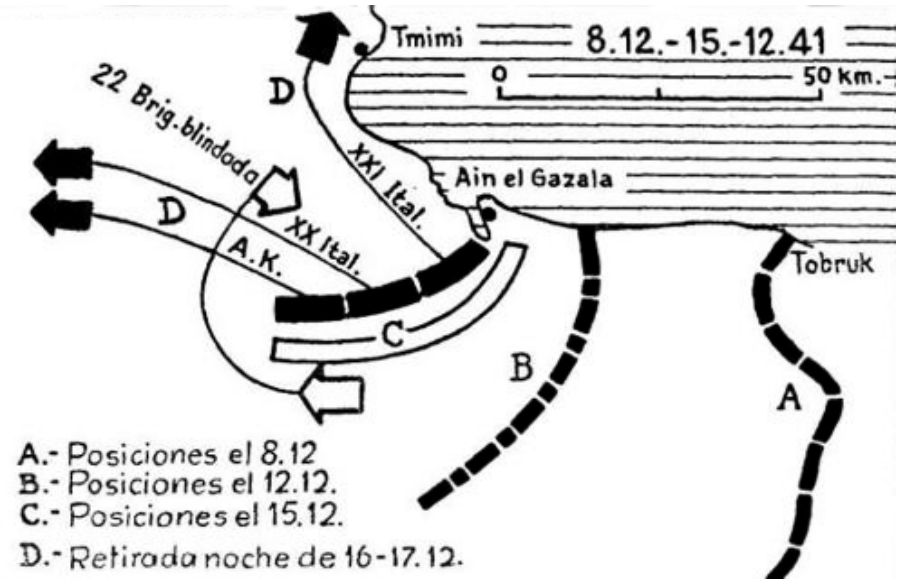
El Alto Mando italiano sintióse horrorizado ante aquel plan. El 16 de diciembre el General Cavallero apareció en el Cuartel General del Ejército y celebró diversas conferencias con Rommel. En el diario de éste se lee lo que sigue:

«En mi entrevista, a las tres y cuarto, con el General Cavallero, puse de manifiesto que, teniendo en cuenta el desa-

rrollo de la lucha, sólo me quedaba una posibilidad: la de despegarme del enemigo durante la noche, al sur de Ain el Gazala y en las cercanías de Tmimi, retirando nuestras tropas hacia Mechili y Tmimi, respectivamente. El enemigo había envuelto la totalidad de dicho frente, y nuestro único camino de retirada lo ofrecía una estrecha franja a través de Tmimi. Las tropas italianas carecían de valor combativo. Cavallero no opuso resistencia.

»Sin embargo, a las once de la noche apareció de nuevo en mi Cuartel General, acompañado ahora del Mariscal Kesselring, Su Excelencia Bastico y el General Gambara. Con voz emocionada pidió que fuera revocada la orden. No veía la necesidad de retirarse, y temía dificultades políticas para el *Duce* si se perdía la Cirenaica. Kesselring lo apoyó enérgicamente, y añadió que de ninguna forma podía abandonarse el aeródromo de Derna. Me mantuve firme y declaré que era demasiado tarde para alterar mi decisión. La orden había sido cursada ya, y en muchos sectores debería estar ejecutándose. A menos que el Grupo Panzer deseara correr el riesgo de una completa destrucción, no tenía más remedio que abrirse camino hacia atrás, a través de las líneas enemigas, durante la noche. Comprendía perfectamente que aquello podía significar la pérdida eventual de Cirenaica, y que se provocarían dificultades de tipo político, pero el dilema al que me enfrentaba era el de permanecer allí sacrificando al Grupo Panzer —y perdiendo Cirenaica y Tripolitania— o iniciar la retirada aquella noche, abriéndome camino hasta Agedabia y defender después Tripolitania. Sólo podía escoger la última de ambas soluciones. Su Excelencia Bastico y Gambara se comportaron de manera tan violenta, que por fin me vi obligado a preguntar a Bastico cuál era su propuesta para salir airosos de la situación, como jefe de las Fuerzas

del Norte de África. Bastico evadió la pregunta, declarando que aquello no era de su incumbencia; se reafirmó sólo en que debíamos mantener nuestras fuerzas unidas. Finalmente, la delegación abandonó mi Cuartel General sin haber conseguido nada en concreto». La tarde del 16 de diciembre el Áfrika Korps y el Cuerpo Motorizado italiano, todos bajo el mando del General Cruewell, iniciaron su retirada por el vértice sur de las montañas de Cirenaica, hacia El Abiar, mientras la infantería italiana no motorizada se retiraba a través de Cirenaica (*por la franja costera*).



Retirada de Cirenaica (diciembre de 1941).

20 diciembre 1941. Queridísima Lu:

Nos retiramos. No nos ha quedado más remedio. Confío en alcanzar la línea escogida. Se nos han estropeado las Navidades.

Me encuentro muy bien. Me las he arreglado para conseguir un baño y una muda, después de haber dormido casi siempre vestido durante las últimas semanas. Han llegado algunos suministros, los primeros desde octubre. De mis

ayudantes, los que no han muerto o están heridos, se sienten enfermos.

22 diciembre 1941.

¡Retirada hacia Agedabia! No te puedes imaginar lo que es esto. Espero salvar al grueso de mis fuerzas y poder detenerme en algún sitio. Poca munición y gasolina y ningún apoyo aéreo. Lo contrario de lo que le ocurre al enemigo. Pero basta de este tema...

23 diciembre 1941.

Las operaciones prosiguen satisfactoriamente, hasta donde es posible suponer tan de mañana. Parece ser que hemos conseguido librarnos de ser envueltos y salvar el grueso de las fuerzas. Si lo conseguimos por completo, las Navidades serán magníficas. ¡Qué modestos nos volvemos! No sirve de nada confiarse en el Alto Mando italiano. Hace ya mucho tiempo que se hubiera dejado atrapar con todas sus tropas.

25 diciembre 1941.

Ayer por la tarde abrí mi paquete de Navidad, complaciéndome mucho las cartas tuyas y de Manfred, y los regalos. Algunos de ellos, como la botella de champaña, los llevé enseguida al vehículo de información para compartirlos con el jefe de la misma, el Ia y el Ie. La noche ha transcurrido tranquila. Pero las divisiones italianas nos han causado muchas preocupaciones. Existen notables indicios de desintegración, y las tropas alemanas se ven obligadas a cada instante a acudir en su ayuda. Los ingleses sufrieron una desilusión en Bengasi, al no poder cortar nuestra retirada ni encontrar gasolina ni víveres. Cruewell se ha convertido en General de unidades Panzer. Realmente lo merece. Me llego al frente cada día, reagrupando y reorganizando

nuestras fuerzas. Confío en que podamos establecer un frente.

P. D.: No creo haberte contado que Schraepler fue víctima de un accidente mortal, al ser arrollado por el «Mammoth».

El 25 de diciembre la retirada hacia Agedabia había terminado, sin que el enemigo explotara ninguna de las numerosas posibilidades de que dispuso para rebasar el flanco alemán. Las tropas germano-italianas no motorizadas ocuparon líneas de defensa eventuales a cada lado de la ciudad, mientras el África Korps y el Cuerpo Motorizado italiano tomaban posiciones alrededor de Agedabia para una defensa móvil.

Debo registrar una victoria obtenida antes de que la retirada terminase: el 19 de diciembre llegó a Bengasi un convoy naval procedente de Italia, transportando dos compañías Panzer alemanas, piezas de artillería y suministros. Eran aquéllos los primeros barcos portadores de armas que habían arribado desde que se iniciara la ofensiva inglesa a mediados de noviembre. Parte del convoy fue hundido durante la travesía, y dos compañías Panzer y una batería se perdieron.

Sigue constituyendo un misterio el porqué los ingleses no se nos adelantaron por aquel excelente terreno desierto, cortando nuestra retirada en el punto más crítico, es decir, en Agedabia. Afortunadamente para nosotros dicho peligro, del que Rommel se preocupó siempre, no llegó a tomar forma[40].

Aun así, la amenaza de que nuestro flanco fuese ampliamente envuelto a través del desierto seguía pendiente sobre Agedabia, posición muy débil desde el punto de vista operativo. En vista de las condiciones de nuestras tropas —especialmente las italianas— y las deficiencias de nuestro sistema de aprovisionamiento, no parecía aconsejable permanecer

mucho tiempo en Agedabia, sino mejor limitarse a retardar desde allí el avance enemigo, y cuando el momento fuese propicio, retirar el grueso de las fuerzas hacia Merse el Brega. Rommel informó en tal sentido cerca del «Commando Supremo», y tras prolongada deliberación, aquél hubo de admitir que permaneciendo en Agedabia podíamos perderlo todo, mientras que retirándonos a Merse el Brega, podríamos conservar Tripolitania. Sin embargo, aún no había llegado el momento de iniciar la marcha.

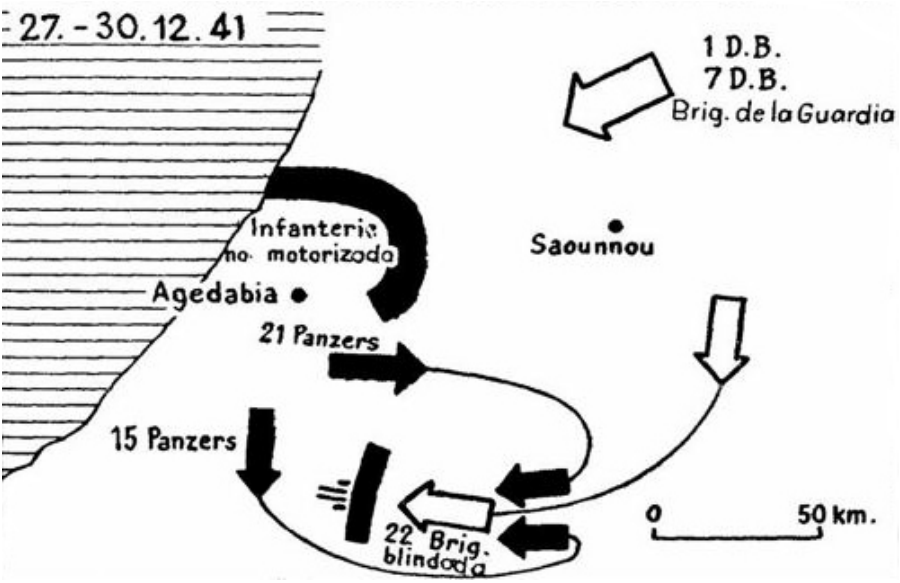
La defensa de Agedabia se centró sobre el Áfrika Korps. Como la posición era incapaz de rechazar un ataque en gran escala, el único modo de defenderse consistía en contraataques y constante movilidad. Entretanto, el enemigo se había situado muy cerca de nuestra línea, rodeando en parte nuestro flanco del desierto. El 27 de diciembre la 22.ª Brigada Acorazada inglesa, reorganizada y aprovisionada hasta contar de nuevo con todos sus efectivos[41], avanzó por El Haseiat, mientras otras formaciones se lanzaban en ataque frontal contra Agedabia. En tres jornadas de lucha de tanques el enemigo fue rebasado por sus flancos, forzado a combatir en un frente contrario al inicial, y finalmente cercado. Unos treinta de sus carros consiguieron escapar hacia el este; la escasez de combustible nos había impedido obtener un éxito completo. Bajo la impresión de esta derrota, los elementos del Grupo de apoyo y de la Brigada de la Guardia, que realizaron el ataque frontal, se retiraron asimismo hacia el nordeste. El peligro inmediato que se cernía sobre Agedabia acababa de ser eliminado. Inmediatamente, Rommel utilizó aquel respiro para evacuar la posición y retirarse, escalonadamente y sin sufrir hostigamiento enemigo, hacia Merse el Brega. La operación se inició el 2 de enero, con la partida de la infantería italiana. Las formaciones móviles siguieron más

tarde, y la totalidad de las tropas quedó dispuesta en la línea de Brega hacia el 12 del mismo mes. Mientras se libraban estas afortunadas acciones, la situación en el frente Halfaya-Bardia, a más de 700 Km. del núcleo principal, era francamente angustiosa, a pesar de la heroica resistencia que sus guarniciones seguían oponiendo. El 30 de diciembre el enemigo lanzó sobre Bardia un ataque decisivo, apoyado por fuerte concentración artillera, así como apoyo naval y aéreo, consiguiendo penetrar profundamente en nuestro dispositivo de defensa. El último de nuestros depósitos de víveres y munición cayó en sus manos, y el jefe del sector —con aprobación de la superioridad— solicitó condiciones para rendirse. La fortaleza fue entregada el 2 de enero.

En la zona de Halfaya, y a pesar de carecer de alimentos, la guarnición se sostuvo hasta el 17, cuando una vez agotados los depósitos y cortado el suministro de agua se vio obligada a capitular. El General italiano De Georgis demostró ser un jefe excelente, durante los dos meses en que las fuerzas germanoitalianas estuvieron bajo su mando.

Como resultado de la caída de las guarniciones fronterizas, las pérdidas de Rommel, que hasta entonces habían sido similares a las inglesas (18 000 hombres), aumentaron mucho más. Unos 4000 alemanes y 10 000 italianos fueron capturados en Bardia, Sollum y Halfaya.

Los ingleses habían sufrido mayores pérdidas que su oponente, en carros blindados, durante el curso de la batalla, pero mientras se efectuaba la retirada de Rommel, pudieron recuperar y reparar a muchos de ellos, de modo que sus pérdidas totales se elevaron a 278, contra los 300 de Rommel (incluyendo a los italianos).



El combate de tanques de Agedabva (diciembre de 1941).

30 diciembre 1941.

Queridísima Lu:

Ayer sostuvimos dura lucha, con buen resultado. La nueva tentativa inglesa para cercarnos y arrojarnos hacia el mar ha fracasado.

Me encuentro de nuevo en el Cuartel General del Ejército. Kesselring y Gambara llegarán hoy. Luego, Gause irá en vuelo a Roma. Allí no tienen la menor idea de las dificultades con que se tropieza en África, y trabajan o se divierten con la rutina y la tranquilidad de siempre.

Está lloviendo, y las noches son muy frías y ventosas. Me mantengo en forma, durmiendo cuanto puedo. Debes comprender que en estos momentos no existe para mí la menor posibilidad de obtener permiso.

*Por hoy, nada más. He de ir a ver al Jefe (*de Estado Mayor*).*

31 diciembre 1941.

Mis pensamientos en este día de fin de año están más que nunca con vosotros, ya que significáis para mí toda la felicidad de este mundo.

Mis valerosas tropas realizan sacrificios sobrehumanos. Las tres últimas jornadas, durante las que hemos atacado sin descanso, han costado al enemigo 111 tanques y 23 vehículos blindados. Las dificultades bajo las que hemos conseguido esta victoria no pueden ser descritas. De todos modos, ha sido un buen final del año 1941, y nos confiere renovadas esperanzas para el 1942.

Me encuentro bien. Un gallo y una gallina han logrado acostumbrarse a esta existencia errante, y corretean en libertad alrededor del camión. Gause es también propietario de ellos.

Os mando mis mejores deseos para el año 1942.

5 enero 1942.

Todo prosigue como había sido planeado. Quizá, a pesar de todo, se nos preparen buenos tiempos. Ayer Gause estuvo visitando al Führer. *Me hubiera gustado dejarle pasar quince días con su esposa en Roma. Está muy fatigado, tras todo cuanto ha debido soportar junto a mí. Nuestro Ia (Teniente Coronel Westphal) resiste bien, aunque en medio del conflicto se le ocurrió pescar una ictericia. Kesselring estuvo ayer aquí. Vamos recibiendo progresivamente material. Está realizando una buena tarea, por lo que respecta a Malta.*

10 enero 1942

Mi carta de ayer llevaba también la misma fecha. Uno no sabe nunca en qué día vive.

Las operaciones prosiguen de acuerdo con lo planeado. Nuestras minas y la Luftwaffe están haciendo muy difícil

la persecución del enemigo. ¡Y pensar que hemos retrocedido 500 Km., hasta una buena línea de resistencia, sin sufrir pérdidas importantes, a pesar de que el grueso de las fuerzas no está motorizado! El que nuestros generales «sin empleo» no cesen de gruñir, es cosa que no me sorprende. La crítica cuesta poco.

Por vez primera desde el 18 de noviembre el Áfrika Korps pasa hoy a segunda línea. La ictericia de Cruewell se ha agravado, y creo difícil que se recupere con facilidad. Pronto voy a ser el único de los jefes alemanes que permanecen aquí, desde el principio. Las noches son muy frías y húmedas. Siempre que puedo permanezco envuelto en mis mantas. Mi estómago sigue bien. Günther procura que mi comida sea digerible. Estoy en movimiento de la mañana a la noche, procurando que las tropas tengan todo lo necesario. Es muy importante. Mis mejores deseos para ti y nuestro hijo.

14 enero 1942.

Todo sigue de acuerdo con lo previsto. Me parece que el choque va a producirse pronto, pero abrigo la mayor confianza respecto al resultado. Kesselring llegará hoy, de modo que no podré partir hacia el frente hasta las nueve y media. Las victorias japonesas son tremendas. Dentro de unas semanas los ingleses habrán sido arrojados del Asia oriental. Ello les conducirá a buscar más victorias en el Norte de África; pero van a sufrir una desilusión. Mis tropas vuelven a estar bien dispuestas para lo que venga.

17 enero 1942.

La situación se inclina a nuestro favor, y estoy fraguando una serie de planes que no me atrevo a confiar a nadie. Me creerían loco.

Pero no lo estoy; simplemente veo algo más lejos que los demás. Ya me conoces. Cada mañana, a primera hora, me dedico a ellos. ¿Cuántas veces, en Francia, hube de ponerlos en práctica, en el transcurso de unas horas? Pues así debe ser, y será, en el futuro.

19 enero 1942.

Al mediodía el sol calienta mucho, igual que un hermoso día de primavera en casa. Los soldados toman baños. Unos días de descanso nos han hecho mucho bien. Gause ha escrito desde Roma. Al parecer, el Führer *ha aprobado todo cuanto llevo hecho, y me hizo objeto de alabanzas y admiración. Los suministros han aumentado, así es que ya leerás su influencia en los comunicados de la Wehrmacht de las próximas semanas. Me siento tan complacido ante el nuevo giro que han tomado las cosas, que apenas puedo dormir. Pero ya sabes que siempre ocurre igual, cuando tengo algo en perspectiva.*

Me espera mucho que hacer, y las discusiones surgen a cada instante.

20 enero 1942.

Son las seis y media. Como de costumbre, unas líneas para vosotros. Deseo os encontréis tan animados como yo. Los ingleses quizás ataquen hoy, pero estoy dispuesto a recibirlos bien. Comprenderás ahora por qué me siento alegre. Semanas de dureza y ansiedades han quedado atrás, y pronto serán olvidadas..., incluso por las tropas.

Para cuando esta carta llegue a ti, ya te habrás enterado del curso de la batalla por los partes de la Wehrmacht. Los preparativos me ocupan todo el tiempo. Cruewell no está aún repuesto, y me pregunto si podrá permanecer con noso-

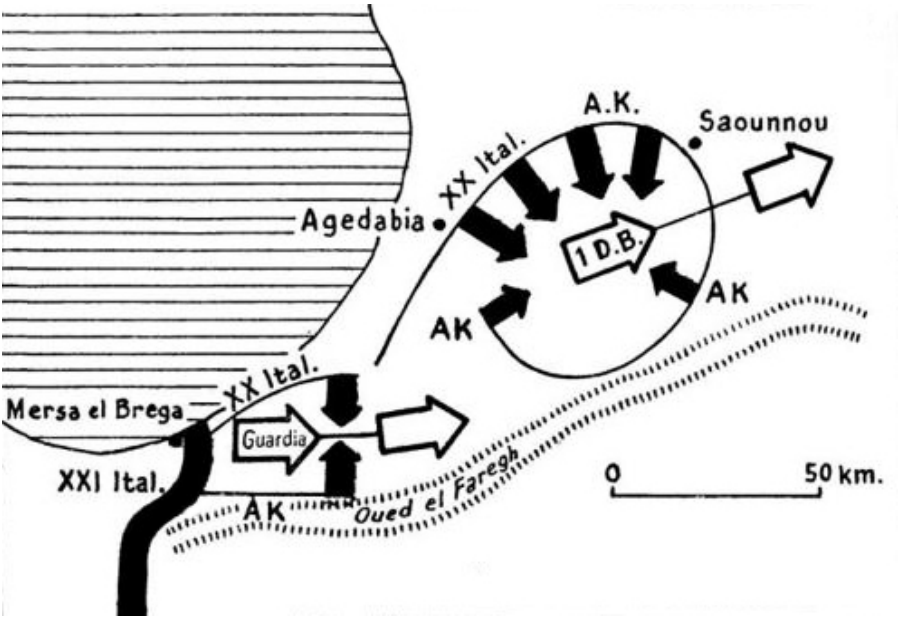
tros mucho tiempo. Lamentaría que tuvieran que ocurrir cambios. Por mi parte, sigo perfectamente.

21 enero 1942.

Dentro de dos horas el Ejército lanzará su contaataque. Tras haber sopesado cuidadosamente todas las posibilidades, he decidido correr el riesgo. Tengo una fe absoluta en que Dios tenderá sobre nosotros su mano protectora y nos otorgará la victoria.

El contraataque

El 5 de enero un convoy naval transportando 55 tanques y 20 vehículos blindados, así como antitanques y pertrechos de todo género, llegó sano y salvo a Trípoli. Aquello era tan favorable como una victoria en el campo de batalla, y Rommel empezó a considerar el pase a la ofensiva. Sus planes para la reconquista de Círenaica estaban ya dispuestos.



El contraataque de Rommel (enero de 1942).

El 20 de enero —fecha para la cual el Áfrika Korps tenía 111 tanques utilizables en el frente y 28 en retaguardia, mientras el Cuerpo Motorizado italiano disponía de 89— Rommel lanzó su contraataque. El objetivo del Áfrika Korps consistía en avanzar de flanco por el Wadi el Faregh, partiendo de la zona meridional, mientras los italianos, junto con un grupo de combate alemán, atacaban de frente. El mal

estado del terreno dificultó el movimiento del Áfrika Korps, y el enemigo logró escapar al cerco.

En el diario de Rommel se lee, con fecha 21 de enero de 1942:

«He mantenido el secreto acerca del ataque del Grupo Panzer, hacia el este, partiendo de Merse el Brega, sin informar ni al Mando alemán ni al italiano. Sabemos por experiencia que en el Cuartel General Italiano no saben callarse nada, y que todo cuanto telegrafían a Roma es escuchado a la perfección por los ingleses. Sin embargo, hice que el Intendente general enterara de ello a todas las Cantonieras (*Depósitos de ruta*) de Tripolitania, el 21 de enero, día en que iba a iniciarse el ataque. En Homs, Su Excelencia Bastico se enteró por tal conducto de nuestras intenciones, mostrándose furioso por no habérsele informado con anterioridad. Lo notificó a Roma, y *no* me sorprendió lo más mínimo que el propio Cavallero apareciera personalmente en Mersa el Brega días más tarde».

El 22 de enero, Agedabia fue tomada, retirándose el enemigo en desorden. El Áfrika Korps empujó entonces hacia la línea Antelat-Saunnu, envolviendo a un grupo de combate de la 1.ª División Acorazada inglesa, que perdió 117 tanques y vehículos blindados, 33 cañones, numerosos transportes y millares de prisioneros. Pero la bolsa no se había cerrado por completo, y buena parte de las formaciones enemigas se las arregló para escapar hacia el norte. Durante la persecución hasta Msus, otros 98 vehículos blindados y 38 cañones quedaron destruidos en un ataque concéntrico[42]. El centro de aprovisionamiento de Saunnu, que contenía gran cantidad de material de guerra, cayó en manos del Áfrika Korps.

22 enero 1942.

Queridísima Lu:

Me pregunto lo que opinaréis del contraataque, iniciado a las ocho y media de ayer. Nuestros enemigos corren como picados por un insecto. La perspectiva es buena para los próximos días. Puedes imaginar mi estado de ánimo. Me siento muy bien, exceptuando la falta de sueño. Las horas tempranas de la mañana me resultan muy favorables para el trabajo a fondo.

El 23 de enero el General Cavallero apareció en el Cuartel General del Ejército para recriminar a Rommel la independencia con que acababa de poner en juego al Ejército Panzer[43]. El diario de Rommel se refiere a este encuentro en los siguientes términos:

«El General Cavallero traía directrices del *Duce* para futuras operaciones. Todo tiende a indicar que Roma se siente muy poco complacida con el contraataque del Ejército Panzer, y desearía detenerlo, a la mayor brevedad. Durante la discusión Cavallero dijo: «Realicen simplemente una salida, y vuelvan a su punto de origen». No me mostré dispuesto a aceptar, y le contesté que estaba decidido a perseguir al enemigo mientras dispusiera de tropas y pertrechos. El Ejército Panzer se halla de nuevo en gran forma, y sus primeros golpes han conseguido buenos resultados. Le expliqué que en primer lugar nos dirigiríamos al sur, destruyendo al enemigo al sur de Agedabia. Luego torceríamos al norte, y más tarde al nordeste. Si las cosas no salían bien, siempre me quedaba el recurso de volver a Mersa el Brega; pero no era esto lo que perseguía. Mi objetivo se hallaba más lejos. Cavallero me imploró no llevar a la práctica dicho plan. Le contesté que nadie sino el *Führer* podía obligarme a cambiar de decisión, más aún teniendo en cuenta que serían tropas germanas las que llevarían el peso del ataque. Finalmente, y tras alguna tentativa de Kesselring para apoyarle, se retiró gruñendo.

Retuve al General Von Rintelen para que al día siguiente pudiera echar una ojeada al campo de batalla. Había pasado la mayor parte del tiempo en Roma, y deseaba inyectarle una comprensión directa de las necesidades del frente africano.

»Cavallero se vengó, reteniendo en la zona de Mersa el Brega a parte del Cuerpo italiano, mientras el resto permanecía en Agedabia, de modo que escapaba prácticamente a mi mando. Sin embargo, y a pesar de todos los obstáculos, las tropas alemanas reconquistaron Cirenaica».

25 enero 1942.

Queridísima Lu:

Hemos dejado atrás cuatro días de constantes éxitos. Nuestros golpes han causado efectos evidentes. Pero aún queda uno decisivo por descargar. Luego nos mantendremos modestamente a la expectativa. La opinión de la prensa extranjera sobre mí vuelve a mejorar. Vino Cavallero, con intención de desplazarme, por orden del Duce. *Pero las directrices de éste, que se me dieron por escrito, son muy distintas y en resumen me dejan amplia libertad de acción.*

27 enero 1942.

Todo marcha perfectamente. Estamos limpiando el campo de batalla, recogiendo cañones, vehículos blindados, tanques, víveres y municiones, que nos vendrán muy bien. Todo esto nos ocupará algún tiempo. Vuelve a hacer frío y a llover, aunque lo último tiene sus ventajas, ya que impide a los ingleses hacer operar a sus aparatos desde los aeródromos de Cirenaica, Gause regresará el 1.º de febrero. Pero jamás será el de antes. Ha tenido que soportar demasiado, de un solo golpe. Yo estoy más acostumbrado a tales cosas.

Nuestras relaciones con el Cuerpo italiano son ahora mejores. Se sienten tan flojos, que no pueden seguirnos. Pero es

culpa suya.

Rommel no podía arriesgarse a proseguir la persecución hasta Mechili, ya que la amenaza que se cernía desde Bengasi sobre sus comunicaciones de retaguardia era demasiado grande. En consecuencia, lanzó, el 28 de enero, un ataque por sorpresa sobre la ciudad. La fortaleza quedó cercada por el norte y luego por el sur, cayendo al día siguiente en nuestras manos. La enorme cantidad de vehículos, armas y material recogida sirvió para equipar y motorizar a varias de nuestras unidades.

Tras esta victoria, Rommel decidió embarcarse en una prolongada marcha hacia el este. Dos grupos de combate mixtos, no demasiado fuertes, atacaron en Cirenaica, habiendo recuperado para el 6 de febrero este inmenso territorio. (*No incluyendo la Marmárica*). Durante dicho período de tiempo el Áfrika Korps y el Cuerpo Motorizado italiano permanecieron inactivos alrededor de Msus y Agedabia. Si hubiésemos podido impulsar a ambas formaciones por Tegender y Mechili, habríamos conseguido, con toda probabilidad, la destrucción de buena parte de las fuerzas enemigas.

Al no ocurrir así, el adversario pudo retirar a sus unidades al sector Gazala - Bir Hacheim Tobruk, donde inició la construcción de gigantescas fortificaciones defensivas. El Ejército del Eje obró de manera similar en la frontera oriental de Cirenaica, entre Mechili y Temrad. Las formaciones motorizadas germanoitalianas quedaron desplegadas tras el frente, con el fin de ser utilizadas en acciones de movimiento.

De aquel modo concluyó la campaña de invierno. Ambos bandos se preparaban ahora para los decisivos encuentros del próximo verano.

4 febrero 1942.

Queridísima Lu:

Estamos en marcha desde el día 2. Hemos recuperado Cirenaica con celeridad pasmosa. Espero estar en casa dentro de diez días, para disfrutar de un pequeño permiso. Pero hasta entonces aún me quedan muchas cosas por hacer.

7 febrero 1942.

La tranquilidad reina de nuevo en nuestro frente, que se extiende en una longitud de 480 Km. entre ambas alas. Resulta muy agradable volver a estar en posesión de Cirenaica. Espero que la situación se estabilice lo suficiente como para permitirme un permiso la semana que viene. Estos días se me ha concedido una nueva condecoración (una estrella en el pecho, que hace juego con la cruz que llevo colgada del cuello).

10 febrero 1942.

... Conflictos con Roma, que no está de acuerdo con el modo en que llevo las operaciones, y se sentiría muy complacida si nos viese salir de Cirenaica cuanto antes.

23 febrero 1942.

... Los italianos me han suprimido un Cuerpo de Ejército, porque no me sitúo todo lo atrás que ellos quisieran. Pero van a lamentarlo.

Resumen de La campaña de invierno

La ofensiva de otoño británica tenía como objetivo la destrucción de las fuerzas germanoitalianas en la Marmárica, la conquista de Libia y la ocupación, junto con las unidades de «franceses libres», de la costa norte de África, que pasaría a constituir la base para un ataque contra el sur de Europa. Como se ve, los propósitos del enemigo eran sumamente ambiciosos.

La concentración de fuerzas se llevó a efecto bajo un camuflaje muy hábil, y quedó favorecida por el tiempo reinante. En consecuencia, el ataque se lanzó por sorpresa. Pero aunque los preparativos fueron ingeniosos en extremo, el desarrollo de la operación no resultó tan eficaz como esperaba el adversario. Las fuerzas avanzarían en rutas divergentes. Debían haberse concentrado primero en *Sidi* Rezegh, y luego embestir en formación escalonada. Mejor aún hubiese resultado un ataque contra Acroma, con el fin de cortar nuestros suministros.

Por otra parte, el frente de Sollum no necesitaba más que ser convenientemente vigilado, y no había necesidad de utilizar dos divisiones para atacarlo. La 4.° División India quedó estacionada allí durante dos meses. La fuerza principal de la ofensiva descansaba en una sola división que contenía al grueso de las fuerzas blindadas, con una segunda división para cubrir el flanco, resultando de ello que el golpe decisivo se descargara por sólo una fracción de las unidades puestas en juego. Contrariando el principio de que el centro de gravedad de la ofensiva nunca es lo suficiente poderoso, y debe concentrarse en él todo el potencial de que se dispone, los

sucesivos ataques fueron realizados por partes aisladas del 8.° Ejército, e incluso las unidades principales empleadas en la operación se lanzaron dispersas a la batalla.

Como resultado de dicha táctica, las formaciones inglesas quedaron o diezmadas o destruidas sucesivamente, desapareciendo del sector, mientras la acción seguía en curso. El mando británico no consiguió ni una sola vez concentrar elementos que asestaran un golpe contundente en el punto decisivo. Este error fundamental fue una de las causas por las que no pudieron conseguir una victoria. Su técnica sumamente rigurosa; su método de lanzar órdenes de manera sistemática, sin olvidarse del menor detalle, dejando escaso margen a los mandos inferiores, y su escasa adaptación a las diferentes fases de la batalla fueron los motivos principales por los que no pudieron derrotarnos.

La inmovilidad y una rígida adherencia a determinadas reglas han demostrado ser inútiles en Europa. En África se las puede calificar de desastrosas. En el desierto todo se mueve en constante fluidez. No existen obstrucciones ni líneas, ni lugares en los que ocultarse; el terreno es abierto y de proporciones infinitas. El jefe ha de adaptarse cada día a situaciones distintas, y poseer un gran sentido de la orientación, además de conservar su libertad de movimientos. Todo se mueve a la vez; ha de permanecer alerta, evitando el peligro de la captura o destrucción de sus soldados. No caben conservadurismos de pensamiento o de obra, concesiones a la tradición, ni dormirse sobre los laureles. La rapidez en las apreciaciones, la facultad de sorprender continuamente al enemigo y el no formarse planes por adelantado, constituyen las reglas básicas de la guerra en el desierto.

El mérito y el valor del soldado se medirán por sus condiciones físicas, su inteligencia, dinamismo, nervio, obstina-

ción, atrevimiento y estoicismo. El jefe requiere dichas cualidades todavía en mayor medida, y al propio tiempo ser excepcional en dureza, muy devoto de sus hombres, hábil conocedor del terreno y del enemigo, y muy veloz en sus reacciones. El General Rommel reunía dichas cualidades en grado sumo. Jamás he conocido a ningún jefe en el que se combinaran de manera tan perfecta.

El soldado inglés luchó bien en el desierto, aun cuando nunca alcanzara el *élan* del germano. Sus oficiales se batieron con valor y se sacrificaron con frecuencia. El propio Rommel expresó a veces su admiración hacia el adversario, y en cierta ocasión, al ver a un grupo de prisioneros, declaró que se sentiría feliz pudiendo conducir a tales hombres a la batalla.

Las acciones en el norte de África durante el invierno 1941-42 no dejaron duda alguna de que el tanque juega un factor decisivo en los encuentros en el desierto, ya que en éste no se tropieza con obstáculo alguno para su puesta en juego.

El alcance de una victoria o derrota debe medirse por el número de tanques destruidos. Pero no sólo importa la cantidad, sino también las cualidades técnicas, capacidad de maniobra y alcance y calibre de sus cañones, porque en el desierto todo se basa en colocar al enemigo bajo un fuego eficaz, y empezar a atacarlo antes de que haya conseguido situarse en posición para la réplica. Lo más importante es «mantenerse más alejado del adversario, que éste de uno». Durante mucho tiempo, el tanque «Matilda» nos causó graves preocupaciones, porque su espesa coraza lo hacía difícil de abatir. Pero, por otra parte, resultaba muy lento y su cañón era de corto alcance y pequeño calibre. A finales de 1941, los «Panzer III» y «Panzer IV» alemanes continuaban

siendo superiores a los modelos enemigos, tanto en alcance y calibre de sus piezas como en facilidad de maniobra. Semejante ventaja se mantuvo hasta mayo de 1942, cuando nuestro adversario situó sobre el terreno a los «Grant» y los «Lee», y más tarde a los «Sherman». La mayoría de los éxitos germanos en las batallas del invierno se deben a nuestra neta superioridad en tanques.

Los principios aplicables al armamento de los carros sirven también para la artillería. Las baterías de largo alcance resultan decisivas..., y en esto los británicos fueron mejores. No resultaba agradable, ni mucho menos, el estar expuestos a los proyectiles de sus «25 libras» sin poder contestar de manera adecuada. Pero los alemanes disponían de una pieza —la de 88 mm., que servía tanto para objetivos terrestres como en calidad de antitanque y antiaéreo— altamente admirada por su versatilidad, en cuyo aspecto permaneció siempre sin posible parangón. Este cañón, que según relatos de los prisioneros, era considerado entre los ingleses como muy peligroso para los tanques, contribuyó también en no pequeña escala a los triunfos alemanes. La infantería desempeñó en ambos bandos un papel relativo en aquella campaña de continuo movimiento, y fue únicamente en el frente estacionario de Sollum donde desarrolló una tarea apreciable.

A igualdad de jefatura, adiestramiento, suministros y apoyo aéreo, el factor decisivo en la guerra del desierto se basa en el número y movilidad de los tanques y el alcance de sus piezas. A ello debemos añadir el número, alcance y calibre de los antitanques, que actúan como contrapartida.

Si uno cualquiera de los bandos es inferior en dichas armas, la calidad de sus tropas y eficacia de sus mandos deberán compensar dicha desventaja. Lo que no admite compen-

sación es la carencia de fuerzas aéreas o la dificultad en el aprovisionamiento.

21 marzo 1942.

Queridísima Lu:

Ayer celebramos con una fiesta el cumpleaños de Cruewell. Todo marchó a la perfección. Dentro de unos días partirá de permiso, y seguramente será sometido a tratamiento. Espero que vuelva, ya que no resultaría fácil reemplazarle. Su substituto es un hombre de extrema frialdad. En Cirenaica todo vuelve a estar verde; incluso lugares habitualmente desiertos se cubren ahora con una alfombra de verdor. La temperatura es cálida al nivel del mar; pero donde nos hallamos hace frío y sopla un viento endiablado. La altitud es de 750 m. Tenemos un trabajo tremendo, aunque nuestras posiciones parecen firmes.

26 marzo 1942.

Nada que señalar. Tropezamos con dificultades para el aprovisionamiento, especialmente en el envío de víveres. Ayer vino a visitarnos el nuevo jefe de Estado Mayor del Ejército. A Gambara le han dado un mando en Italia..., o, en otras palabras, ha caído en desgracia. El substituto ha causado buena impresión.

29 marzo 1942.

Hoy debe ser domingo. Hace diez días que regresé de casa. Estoy actuando a fondo y presionando en todas partes con el fin de que se realicen las tareas más urgentes. Ayer tomé un buen baño de sol, pero protegiéndome con una pomada.

31 marzo 1942.

Ayer no pude escribir, por encontrarme «de traslado». Nos alegra este nuevo lugar, más cerca del frente, porque

así no hay que viajar tanto. Todo es aquí muy bonito, ya que hay todavía gran cantidad de flores. He tomado una película en colores, que mandaré lo antes posible.

Espero que en casa también empiece todo a reverdecer muy pronto. Antes de abandonar lo que ahora es mi nueva casa, los ingleses escribieron en la puerta: «Manténgala en buen estado. Volveremos pronto». Ya veremos si se cumple su pronóstico.

9 abril 1942.

Ayer llegó Kesselring. Sus noticias acerca de nuestros aliados no son alentadoras. Sufren los efectos de una constante obstaculizadora burocracia, y por si esto fuera poco, carecen de la más elemental comprensión de la guerra moderna. El ritmo de sus suministros es inadecuado por completo. Y eso que Malta se encuentra neutralizada como jamás lo estuvo antes.

Nosotros seguimos bien..., aparte de ciertos inconvenientes con una formación italiana. Las próximas semanas serán de mucho ajetreo.

10 abril 1942.

El domingo vendrá otro visitante del Reich..., un Almirante del O.K.W. Es muy conveniente que algunos de estos caballeros se den una vuelta por aquí de vez en cuando. Han llegado muchos paquetes de Pascua. Las cartas amorosas forman verdaderos montones. Una esquirla de metralla penetró un día de éstos por la ventana y fue a quedar sobre mi estómago, tras haber atravesado abrigo y guerrera. Por fortuna no tuvo más consecuencias que una contusión multicolor. Menos mal que se vio detenida por el pantalón. ¡Eso se llama suerte!

25 abril 1942.

Unas líneas antes de partir hacia el sur, por un paisaje lunar. Los amaneceres ofrecen una fantástica belleza en este país de alturas llanas. La temperatura oscila alrededor de cero grados. Pero pronto aumentará.

Ayer celebré un par de animadas entrevistas con Weichhold y el General Barbassetti, sucesor de Gambara. Según me han dicho, éste ha sido substituido porque en presencia de varios oficiales declaró esperar vivir hasta el día en que le dieran el mando de un Ejército contra nosotros, los alemanes. ¡Qué estupidez!

Nada más, por hoy.

27 abril 1942.

Kesselring llegará esta tarde. Estoy ansioso por escuchar sus noticias. Mañana vendrá Bastico a imponerme otra condecoración italiana. Mentiría si dijera que me siento emocionado. Mejor sería que me mandaran tropas.

28 abril 1942.

Hoy no he podido escribir hasta la noche. Kesselring llegó esta mañana. Nada especial de que informar. En Roma se trazan infinidad de planes, pero dudo de que se conviertan en realidad. Y he hablado claramente de ello en el C. G. del Führer. *Todo ha marchado bien con Bastico. En nombre del rey, me ha hecho entrega de la Orden Colonial. Se trata de una gran estrella de plata, mayor aún que la anterior, y una banda roja. Desde luego, ya es bastante.*

12 mayo 1942.

No tengo mucho que explicarte. Calor y polvo. La carretera principal está cubierta de baches, a causa del aumento de tráfico.

En nuestro frente se observa cierta nerviosidad. Los ingleses nos esperan, y nosotros, a ellos. Cualquier día ambos

bandos medirán sus fuerzas. Ya sabrás algo por los periódicos. Todos confiamos en que la guerra termine este año. Pronto hará tres que se inició.

Tercera Parte: Siguen las victorias

(Mayo - Septiembre 1942)

Capítulo IX: Gazala y Tobruk reagrupación de fuerzas

(*Sigue el relato de Rommel*)

Tras de la conclusión de nuestra contraofensiva, que, a principios de 1942, había conducido a la reconquista de Cirenaica, surgieron grandes dificultades a causa del aprovisionamiento.

La culpa de ello —aparte de la escasa atención prestada al teatro de la guerra en África por el Alto Mando alemán, que no reconocía su tremenda importancia— la tenían los italianos, por su escasa cooperación en el mar. Por el contrario, la Marina inglesa se mostró muy activa a principios de 1942, y también la R.A.F. actuó intensamente, causándonos muchas molestias.

El Alto Mando alemán, al que yo estaba subordinado, no captaba el tremendo valor de aquella zona de operaciones. Con medios relativamente modestos hubiésemos conseguido victorias decisivas en el Oriente Medio de valor estratégico y económico tal, que hubiesen sobrepasado a la conquista de la curva del Don (*en Rusia meridional*). Ante nosotros se extendían territorios que contenían inmensos recursos, capaces de librarnos de nuestra preocupación por el carburante. Unas cuantas divisiones más, con la gasolina suficiente, hubiesen bastado para conseguir la completa derrota de las fuerzas inglesas en el Próximo Oriente.

Pero no sería así. Nuestras demandas de tropas adicionales se vieron rechazadas bajo el pretexto de que la gran de-

manda de vehículos en el frente de Rusia hacía imposible la creación de nuevas formaciones motorizadas para África.

Era evidente que la actitud del Alto Mando no había variado desde 1941. Según dicho organismo, África era una «causa perdida», y todo el material y tropas que se mandaran a ella no ocasionarían, a la larga, beneficio alguno. Dicho punto de vista era erróneo y de una lamentable mezquindad, ya que las dificultades «insuperables» sobre las que tanto se insistía no eran así en realidad. Cuanto hacía falta era disponer en Roma de un hombre con personalidad, energía y dinamismo suficientes para allanar cuantos obstáculos surgiesen. No me cabe duda de que ello hubiera provocado roces con determinados elementos italianos, pero el problema se solucionaba nombrando para el cargo a alguien que no se viera frenado por otras funciones de carácter político. La débil política de nuestro Gobierno hacia Italia perjudicó gravemente la causa germanoitaliana en el Norte de África.

El pesado fardo que el frente oriental representaba para los recursos alemanes se había incrementado después de que la campaña de invierno 1941-42 ocasionó la pérdida de buena parte de nuestro material en Rusia. Sin embargo, estoy convencido de que teniendo bien presentes las tremendas posibilidades del África del Norte, deberían haberse abandonado algunos sectores de relativa importancia, con el fin de dotarnos de unas cuantas divisiones motorizadas más.

Pero el interés de aquel sector jamás acabó de comprenderse con claridad, y en consecuencia el deseo de ayudarnos fue casi nulo.

Las consecuencias resultaron muy serias. Con sólo tres divisiones alemanas, cuyos medios de combate fueron con frecuencia escasos, mantuvimos al 8.° Ejército inglés en jaque durante dieciocho largos meses, ocasionándole bastantes

descalabros, hasta que hubimos de ceder definitivamente en El Alamein por falta de recursos. Tras la pérdida de África, un número creciente de divisiones alemanas hubo de ser empleado contra ingleses y norteamericanos, hasta llegar a las setenta lanzadas a la batalla en Italia y Francia. En cambio, durante el verano de 1942, seis divisiones mecanizadas habrían bastado para aplastar a los británicos de manera tan completa, que la amenaza del sur hubiera quedado eliminada para mucho tiempo. No cabe duda de que el aprovisionamiento hubiera podido ser organizado, de haberse tenido interés en el asunto. Más tarde, en Túnez, y cuando ya estaba todo perdido, resultó posible el duplicar los suministros; pero por aquel entonces el convencimiento de que estábamos con el agua hasta el cuello ejercía su influencia en el Alto Mando.

Después de marzo de 1942, durante cuyo mes sólo 18 000 toneladas llegaron hasta nosotros, de las 60 000 que nos eran necesarias, la situación cambió, gracias a la iniciativa del Mariscal Kesselring, cuyas fuerzas aéreas consiguieron la superioridad en el Mediterráneo durante la primavera siguiente. Los fuertes ataques del Eje contra Malta lograron neutralizar durante algún tiempo la amenaza contra nuestras rutas marítimas, haciendo posible una mayor afluencia de material a Trípoli, Bengasi y Derna, consiguiéndose reforzar y aprovisionar convenientemente a las fuerzas germanoitalianas.

No obstante, resultaba obvio que el 8.° Ejército inglés recibía pertrechos con mucha más regularidad que nosotros. El Gobierno británico estaba realizando tremendos esfuerzos para aprovisionarlo con todo el material que fuera posible, y grandes convoyes llegaban, uno tras otro, a los puertos egipcios, con material de guerra de procedencia inglesa o americana, tras haber rodeado El Cabo. Como es natural, semejan-

te viaje de 12 000 millas, que los transportes podían realizar, como máximo, una o dos veces al año, debía exigir grandes sacrificios a los Estados Mayores, ocupados en contrarrestar la acción de nuestros sumergibles. A pesar de todo, la Marina de guerra y la mercante consiguieron mantener el envío de suministros a los puertos del Próximo Oriente, en proporción superior a la nuestra, incluso teniendo que recorrer tan larguísima distancia. Por otra parte, los ingleses disponían de todo el petróleo necesario de las refinerías instaladas en la misma zona en la que efectuaban sus desembarcos.

Dichos puertos de arribada recibían escasa atención por parte de nuestros bombarderos, y desde ellos se aprovisionaba a los frentes por tres rutas distintas:

1. La línea férrea, bien instalada, que iba desde Suez a las proximidades de Tobruk.
2. Por mar. La Marina inglesa había creado una admirable organización de cabotaje, y disponía del puerto de Tobruk, uno de los mejores del África del norte.
3. Por carretera. Tenían la ruta de la costa y abundantes medios de transporte.

Todavía más importante, sin embargo, era el hecho de que en el bando inglés figuraban hombres de considerable influencia y evidente capacitación, que trabajaban obstinadamente en organizar el aprovisionamiento de sus fuerzas de la manera más eficaz posible. A este respecto, nuestro adversario se beneficiaba de múltiples factores:

1. El Norte de África era el principal teatro de operaciones para el Imperio inglés.
2. El Gobierno británico consideraba la lucha en Libia como de influencia decisiva en la guerra.

3. Los ingleses tenían en el Mediterráneo fuerzas navales y aéreas de primera categoría, y además, propias, mientras que nosotros debíamos fiarnos de los ineficaces mandos italianos.
4. El 8.° Ejército inglés estaba motorizado por completo, hasta en sus unidades de menor importancia.

Las formaciones de infantería ordinarias no estaban motorizadas en el verdadero sentido de la palabra, es decir, en el de marchar siempre en sus vehículos. Las fuerzas eran transportadas de un lugar a otro siempre que hubiese medios disponibles. Dichas formaciones no eran tácticamente móviles, y el tener que trasladarlas por grupos limitaba su movilidad estratégica.

Resultaba bien claro que los ingleses tratarían de destruir nuestro Ejército con todos los medios a su disposición, en cuanto se sintieran lo suficiente fuertes como para intentarlo. Nuestro flanco sur estaba perfectamente despejado y disponían de múltiples alternativas[44].

Una amenaza constante se cernería sobre nuestras líneas de aprovisionamiento, y si, bajo el peligro de quedar rebasados, emprendíamos la retirada, ésta tropezaría con dificultades tremendas, debido a que la mayor parte de mis divisiones italianas no eran motorizadas. Pero los ingleses no dispondrían de un momento favorable para explotar tales posibilidades, porque había decidido ser yo quien atacase.

El plan básico inglés para la defensa de Marmárica consistía en imponer al atacante una forma de guerra más conveniente a su mando, que el maniobrar en terreno abierto. La ejecución técnica del mismo fue de primera calidad.

Pero las premisas sobre las que basaban el problema eran falsas. En cualquier posición norteafricana del desierto los sistemas rígidos han de conducir forzosamente al fracaso, ya que el flanco sur permanece siempre abierto. Para que la de-

fensa sea eficaz ha de ser realizada ofensivamente. Como es natural, las líneas fortificadas pueden resultar muy valiosas, al impedir al enemigo determinados movimientos, pero la guarnición de dichas líneas no debe realizarse bajo ningún concepto a expensas de las fuerzas requeridas para la defensa móvil.

El dispositivo inglés de la Marmárica era como sigue:

Una profunda línea de defensa, minada, que se extendía hacia el sur desde la costa, junto a Gaza la, ocupada por las Divisiones 50.ª inglesa y 1.ª sudafricana. Desde el extremo sur de dicha línea, una profunda barrera de minas seguía hasta Bir Hacheim. Dicha plaza, que representaba el bastión meridional del frente inglés de Gazala, estaba fortificada, disponía de amplios campos de minas y la ocupaba la 1.ª Brigada francesa.

La línea había sido planeada con gran habilidad. Era la primera vez que se realizaba una fortificación de tal envergadura en el desierto. El número de minas ascendía a 500 000.

En un cruce de pistas, a pocos kilómetros al este del centro de la línea de Gazala, se encontraba el centro de gravedad de la defensa, denominado Knightsbridge, guarnecido por la 20.ª Brigada de la Guardia inglesa.

La zona alrededor de El Hatian y Batruna estaba muy bien fortificada, con el fin de cubrir los accesos a Tobruk por el sur. En la «caja» de El Adem, como era llamada dicha posición, se encontraba la 5.ª División india. Tobruk servía de base de aprovisionamiento y de apoyo eficaz en toda la línea de Gazala. Desde 1941 los ingleses no habían cesado de mejorar las defensas de la plaza[45], prestando especial atención al emplazamiento de campos de minas en toda el área de defensa. La 2.ª División sudafricana tenía a su cargo la guarnición de tan importante fortaleza.

Todos los núcleos principales estaban dotados de fuertes concentraciones artilleras, así como de abundante infantería y unidades de carros blindados. Todo aquel dispositivo resultaba notable por la perfección técnica desplegada en su emplazamiento. Todos los puntos de importancia eran verdaderos nudos de resistencia, dotados de los máximos adelantos en la guerra moderna. Un número inmenso de minas había sido colocado..., más de un millón en la Marmárica. A juzgar por las 150 000 que mis hombres recogieron después en retaguardia, aún se pensaban esparcir más.

Además de las tropas motorizadas que ya he mencionado, los ingleses disponían de una reserva móvil tras las defensas principales, consistente en poderosas formaciones acorazadas y mecanizadas (1.ª y 7.ª Divisiones acorazadas y varias brigadas y batallones acorazados independientes).

Aunque todo el plan inglés podía considerarse «solución relativa» de múltiples dificultades, en especial por lo que se refiere a la motorización de sus fuerzas, la hábil disposición de los diversos elementos defensivos convertía aquella línea en un hueso duro de roer para nosotros.

El defecto básico de los ingleses consistía en que la zona había sido preparada originariamente como base ofensiva..., bajo presión del Gabinete de Guerra. Las posiciones resultaban más eficaces como pivote para un ataque hacia el oeste que para resistir a una embestida de las fuerzas de Rommel. Además, la inmensa acumulación de efectivos en Belhammed (al norte de Sidi *Rezegh) pesaba en el ánimo de los jefes ingleses, impidiéndoles maniobrar de manera que la base quedara al descubierto.*

El equilibrio de fuerzas

Al iniciarse la batalla, el Ejército Panzer germanoitaliano consistía en dos divisiones acorazadas alemanas y una italiana, junto con una de cada nacionalidad, motorizada. Hay que añadir cuatro italianas de infantería no motorizadas y una brigada de fusileros alemana, colocadas bajo órdenes del Alto Mando germanoitaliano. Durante la batalla, el Comando Supremo nos envió una cuarta unidad: la división acorazada «Littorio». De este modo disponíamos, en total, de tres divisiones y una brigada, alemanas, y de siete divisiones italianas, aunque de estas últimas sólo tres eran motorizadas, y por lo tanto útiles para la clase de guerra que estábamos desarrollando. Muchas formaciones alemanas, y desde luego todas las italianas, se hallaban a un nivel inferior al normal. Por ejemplo, la 90.ª Ligera entró en combate con compañías de cincuenta hombres. Esta carencia de elementos humanos era particularmente grave, hasta el punto de que una división motorizada italiana no cubría los efectivos de una brigada, y una división de infantería se encontraba al nivel de un regimiento.

Al iniciarse la batalla, los ingleses tenían cuatro divisiones motorizadas de infantería, dos acorazadas y cuatro brigadas mecanizadas independientes. Además, recibieron, a mediados de julio, cuatro divisiones más y varias unidades acorazadas independientes. Todas estas fuerzas estaban completas y gozaban de completa mecanización. Como las divisiones acorazadas inglesas, al contrario de las nuestras, eran homogéneas, es decir, consistían exclusivamente en unidades acorazadas[46], nuestra desventaja se hallaba en proporción de 6

contra 9. Nos lanzamos a la batalla con 320 tanques alemanes y 240 italianos, mientras los ingleses se enfrentaban a nosotros con aproximadamente 900. Los refuerzos en carros recibidos por el enemigo no podían compararse a los nuestros[47].

Hasta mayo de 1942 nuestros tanques habían sido ligeramente superiores en calidad a los modelos similares ingleses. Pero tal ventaja había cesado de existir, al menos en la misma proporción. El carro americano «Grant», que apareció por vez primera en las batallas del verano, era de características similares a nuestro «Panzer IV» de cañón largo, pero de este último sólo había cuatro ejemplares en África, al iniciarse la ofensiva, y al no disponerse de munición para los mismos hubieron de permanecer inactivos. Nuestro «Panzer IV» de cañón corto era también comparable favorablemente al «Grant», al que superaba en velocidad y aptitud para la maniobra. Sin embargo, el «Grant» poseía la ventaja de poder disparar sobre el «Panzer IV» desde una distancia que hacía imposible a este último penetrar la pesada coraza del americano. Disponíamos de 40 «Panzer IV» de cañón corto, que oponer a los 160 «Grant» del enemigo.

El principal armamento de nuestras formaciones Panzer consistía en el «Panzer III», que con su cañón de 50 mm., la mayoría de tipo corto, no podían enfrentarse al «Grant». Los tanques ingleses, todavía armados con cañón de 40 mm., aunque muchos modelos antiguos habían sido dotados de piezas de 75 mm[48]., eran inferiores al «Panzer III». Los 240 carros italianos no podían en modo alguno oponerse a los ingleses, y los soldados los llamaban «féretros motorizados».

Lo mismo ocurría con la artillería, de la que los ingleses poseían una superioridad de 8 contra 5. Por lo que a las fuerzas aéreas concierne, resulta justo afirmar que, aparte de

ciertas fluctuaciones en ambos bandos, los germano-italianos estaban a un nivel parecido al británico, por lo menos al empezar la batalla. Más tarde las cosas variaron[49].

En general, el Ejército Panzer se enfrentaba a formaciones inglesas mucho más poderosas. Comparado a lo que había de venir, durante la ofensiva inglesa de invierno (1942-43), el equilibrio resultaba todavía soportable, aun cuando sólo tres divisiones alemanas y tres italianas estuvieran dispuestas para la ofensiva, mientras el resto permanecía en segunda línea a causa de carecer de medios motorizados. Otro factor digno de considerarse era el de que las dos débiles divisiones motorizadas italianas sólo resultaban utilizables bajo protección alemana, debido a su pobreza de medios.

Reglas para la guerra en el desierto

De todos los teatros de la guerra, probablemente el del África del Norte fue aquél en que se emplearon métodos más avanzados. Los dos bandos se sirvieron de elementos completamente motorizados que les permitieron aprovechar las ventajas del desierto, que con sus inmensas extensiones llanas, libres de todo obstáculo, ofrecían posibilidades no soñadas hasta entonces. Fue el único lugar en el que los principios de la guerra mecanizada y de tanques pudo ser aplicado en toda su amplitud, conforme a lo enseñado antes de la guerra en las Academias militares, extrayéndose enseñanzas que permitieron su ulterior desarrollo. En el desierto se libraron encuentros basados puramente en las unidades blindadas. Aun cuando la contienda se estacionara a veces, siempre tuvo su principio en la movilidad, por lo menos en sus fases más importantes, a saber, en 1941-42 durante la ofensiva Cunningham-Ritchie, y en el verano de 1942 con las batallas en la Marmárica y la conquista de Tobruk.

Esto era completamente nuevo en los sistemas militares vigentes, porque nuestras ofensivas en Polonia y en el Occidente de Europa fueron contra adversarios que en todas sus operaciones debían tener en cuenta la existencia de divisiones de infantería no motorizada, con las desastrosas limitaciones que ello impone desde el punto de vista táctico, especialmente en las retiradas. Con mucha frecuencia se vieron obligados a entrar en acción sin disponer de medios con los que contener nuestro avance. Tras nuestra ruptura del frente francés, la infantería enemiga había quedado simplemente desbordada por nuestras fuerzas motorizadas. Una vez en di-

cha situación, el enemigo no tuvo más alternativa que dejar a sus reservas operativas frente a nuestras tropas de asalto, ocupando con frecuencia posiciones desfavorables, en una vana tentativa para ganar tiempo y permitir la retirada de la infantería.

Las divisiones de infantería no motorizadas sólo tienen valor contra un enemigo motorizado y acorazado cuando ocupan posiciones muy bien dispuestas. Si estas posiciones son asaltadas o rebasadas por flanqueo, la retirada las deja a merced de las fuerzas motorizadas enemigas, sin más solución que resistir hasta el último instante. Por el contrario, en una retirada general ocasionan terribles dificultades, porque, como ya he indicado, las formaciones motorizadas han de emplearse con el fin de ganar tiempo para aquéllas. Pude comprobarlo así durante la retirada del Eje en Cirenaica, en el invierno 1941-42, cuando el grueso de la infantería italiana y buena parte de la alemana, incluyendo muchos elementos de lo que después sería 90.ª División Ligera, se hallaban sin vehículos enfrentándose a la alternativa de utilizar un eventual servicio de camiones o marchar carretera adelante. Fue solamente el valor de mis blindados el que permitió la retirada de la infantería ítalogermana contra las fuerzas enemigas completamente motorizadas y dispuestas a una implacable persecución. De modo similar, el fracaso de Graziani debe ser atribuido especialmente al hecho de que la mayor parte del Ejército italiano se encontró desamparado y sin vehículos en pleno desierto, ante fuerzas inglesas más escasas, pero motorizadas, mientras que las unidades motorizadas italianas, aunque demasiado débiles para oponerse a los británicos con probabilidades de triunfo, se veían obligadas a aceptar batalla, quedando destruidas en defensa de sus propias tropas de infantería.

África se basaba especialmente en dichos elementos. De esta contienda puramente motorizada se extrajeron ciertos principios fundamentalmente distintos a los que habían regido en otros sectores. Dichos principios tendrán que ser practicados en el futuro, cuando las formaciones absolutamente motorizadas constituyan el elemento esencial de los combates.

El envolver a una formación motorizada en terreno llano y sin obstáculos ocasiona los resultados siguientes:

1.) Para una formación completamente motorizada el cerco constituye la peor situación táctica que se pueda imaginar, ya que el fuego enemigo procederá entonces de distintos lugares a un tiempo; incluso el conseguido por sólo tres costados provoca una situación que resulta insostenible.
2.) A causa de la mala situación táctica en la que el cerco ha colocado al enemigo, éste se ve forzado a evacuar el sector en el que se mantiene.

El cerco del enemigo y su consiguiente destrucción en el interior de la bolsa es raramente objetivo directo de una operación; con más frecuencia es solamente indirecto, porque cualquier fuerza plenamente motorizada cuya estructura permanezca intacta, podrá normalmente y en territorio apropiado romper el cerco por medio de un anillo defensivo improvisado. Gracias a su motorización, el jefe de una fuerza sitiada se encuentra en condiciones de concentrar sus efectivos en cualquier punto del anillo y escapar[50]. Este hecho quedó demostrado repetidas veces en el desierto.

En consecuencia, las fuerzas enemigas sitiadas podrán ser destruidas:

1.) Cuando sus elementos no sean motorizados o permanezcan inmóviles por falta de combustible, o cuando deban ser protegidos elementos no móviles.
2.) Cuando las fuerzas estén mal dirigidas o su jefe haya decidido sacrificar una formación para salvar las otras.
3.) Cuando su capacidad para la lucha haya quedado eliminada, y reinen la desorganización y el desánimo.

Exceptuando los casos *a* y *b*, que ocurrieron con frecuencia en otros frentes de combate, el cerco del enemigo y su destrucción consiguiente sólo pueden ser intentados si antes se le ha sometido a fuerte quebranto en la batalla, consiguiendo destruir la cohesión orgánica de sus elementos. Para todas las acciones cuyo fin consiste en abatir la resistencia enemiga, aplicaré el término «batallas de desgaste». En acciones a base de fuerzas motorizadas el desgaste material y la tarea de eliminar la cohesión orgánica deben ser los objetivos inmediatos de toda maniobra.

Tácticamente la batalla de desgaste se libra con el mayor grado posible de movilidad. Debe prestarse la mayor atención a los siguientes puntos:

1.) Ha de procurarse, sobre todo, concentrar las fuerzas propias en espacio y en tiempo, mientras se intenta escindir las enemigas y aniquilarlas progresivamente.
2.) Las líneas de aprovisionamiento son especialmente delicadas, ya que todo el carburante y munición indispensables en la batalla deberá discurrir por ellas. En consecuencia, se hará todo lo posible para proteger las mencionadas líneas, al tiempo que se procura hostigar o mejor aún destruir las enemigas. Las operaciones en la zona de suministros enemiga conducirá al hundimiento del adversario en algún lugar del frente, ya que, como he indicado, los suministros forman la base prin-

cipal de la batalla, y a ellos debe dedicarse la máxima atención.

3.) Los blindados forman el núcleo más importante del ejército motorizado. Todo gira alrededor de ellos, y las demás formaciones son solamente auxiliares. La guerra de desgaste contra los blindados enemigos debe ser llevada lo más lejos posible, por la destrucción de sus unidades de tanques. Los propios blindados se utilizarán tan sólo para descargar el golpe final.
4.) Las indicaciones de la observación deberán llegar al jefe en el mínimo posible de tiempo, y aquél adoptará sus decisiones y las llevará a efecto sin perder un instante. La batalla la decide la velocidad de las reacciones. Los jefes de fuerzas motorizadas deberán actuar lo más cerca posible de las mismas, haciendo uso de los elementos de comunicación más apropiados.
5.) La rapidez de movimientos y la cohesión entre las fuerzas constituyen factores decisivos que en ningún concepto han de ser olvidados. Cualquier señal de dislocación deberá ser contrarrestada inmediatamente.
6.) El disimular las propias intenciones es de la mayor importancia si se quiere operar por sorpresa, haciendo posible sacar provecho del tiempo que tarde el mando enemigo en reaccionar. Deben ser puestas en práctica cuantas medidas tiendan a ello, aunque sólo sea para desconcertar al jefe enemigo e inducirle a vacilaciones.
7.) Una vez batido el enemigo, se puede explotar el éxito, intentando arrollar y destruir amplios sectores de sus desorganizadas formaciones. También aquí la velocidad lo es todo. Jamás debe permitirse al enemigo el tiempo necesario para proceder a su reorganización. Es esencial reagruparse con celeridad para la persecución y reorganizar los suministros para las fuerzas encargadas de aquélla.

Respecto a los aspectos técnicos y de organización de la guerra en el desierto, deberán tenerse en cuenta las siguientes observaciones:

1.) Los tanques han de ser esencialmente de fácil maniobra y estar dotados de velocidad y de un cañón de largo alcance, ya que el bando que disponga de mayores piezas tendrá también el brazo más largo y podrá ser el primero en descargar su golpe sobre el enemigo. Ni peso ni blindaje obligarán a disminuir el calibre, y éste sólo podrá ser menor en beneficio de la velocidad y la facilidad de maniobra, elementos tácticos indispensables.
2.) La artillería ha de ser de gran alcance, y sobre todo estar dotada de movilidad extraordinaria, así como disponer de munición en grandes cantidades.
3.) La infantería sirve sólo para ocupar y mantener posiciones que impidan al enemigo determinados movimientos, o para forzarle a dirigirse hacia otras fijadas de antemano. Una vez conseguido este objeto, la infantería deberá ser apartada rápidamente, manteniéndola dispuesta para su empleo en otros lugares. En consecuencia, dispondrá de movilidad y de equipo apropiado que le permita adoptar rápidamente posiciones defensivas en puntos del campo de batalla tácticamente importantes.

Sostengo que las decisiones atrevidas constituyen la mejor garantía de éxito. Pero debe distinguirse entre atrevimiento estratégico o táctico, y lo que no sería sino un juego de azar. Puede calificarse de acción atrevida aquélla cuyo resultado no es absolutamente cierto, pero que, caso de fracasar, deja disponibles las fuerzas suficientes como para salir al paso de lo que pueda ocurrir. Juego de azar es la operación que puede conducir a la victoria o al completo aniquilamiento de las

fuerzas propias. Existen situaciones en las que dicha decisión queda justificada, como, por ejemplo, cuando la derrota es sólo cuestión de tiempo, o cuando el ganar unos días no significa nada y las únicas probabilidades de éxito descansan en una maniobra sumamente atrevida.

El único momento en que un jefe puede pronosticar el curso de la batalla con ciertas posibilidades de acierto es cuando sus fuerzas son tan superiores, que la victoria sobre el enemigo se da por descontada. En este caso el problema no se basa en los medios, sino en el método. Pero aun así sigo creyendo que es mejor operar en gran escala que arrastrarse cautelosamente por el campo de batalla, tomando cuantas medidas de seguridad se crean factibles contra los movimientos enemigos.

Por regla general no existen soluciones ideales para los problemas militares; cada maniobra tiene sus ventajas y sus inconvenientes, y debe elegirse la que mejor parezca, tras haber sopesado las diversas posibilidades, y luego llevarla a cabo con decisión y aceptar sus consecuencias. No valen soluciones intermedias.

Es bajo esta luz como deben considerarse los planes trazados por mí y mis ayudantes. Se trataba de buscar la mejor solución posible bajo las circunstancias más favorables. Los movimientos de mi ejército no quedaban en modo alguno supeditados a la matemática seguridad de un triunfo, ya que, siguiendo mis principios, admití que las cosas podían no marchar como habíamos supuesto. Pero aun así, la situación, al iniciarse la batalla, distaría mucho de sernos desfavorable. Nos enfrentamos a la misma llenos de optimismo, confiando en nuestras tropas, en su soberbio adiestramiento táctico y en su experiencia para la improvisación.

El movimiento inicial de la ofensiva consistiría en un ataque frontal de las divisiones de infantería italianas en la línea de Gazala, contra la 50.ª División británica y los sudafricanos. Apoyaría dicho avance una fuerte concentración artillera. Tanques y camiones discurrirían día y noche en la inmediata retaguardia del frente, para simular la existencia de zonas de concentración de blindados.

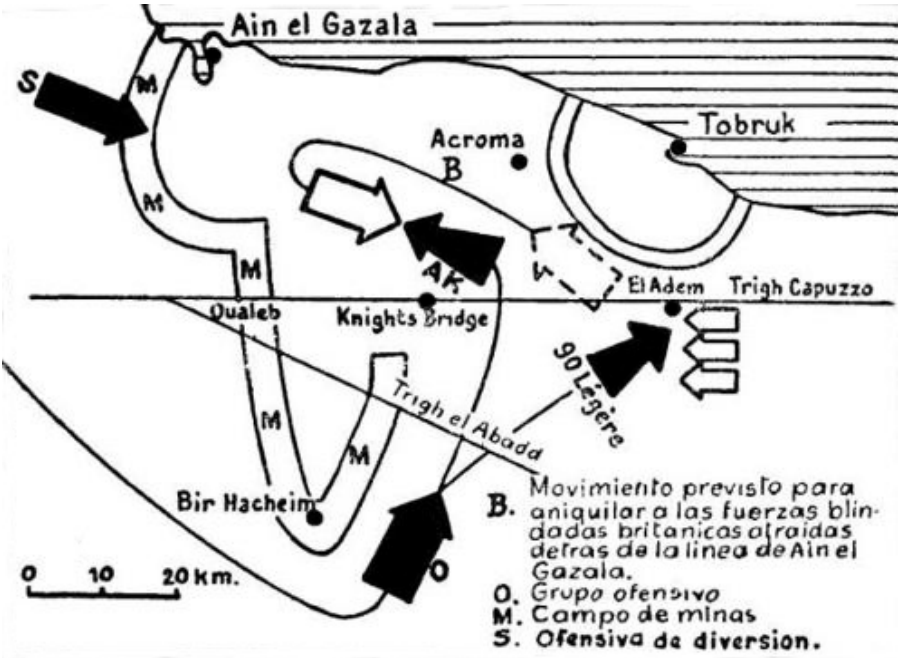
Haríamos creer al mando inglés que nuestro ataque principal tendría lugar al norte y centro de la línea de Gazala. Queríamos persuadirlo a que desplegara sus blindados detrás de las posiciones de dicho sector. La idea de un ataque frontal alemán contra Gazala debía parecer factible a los ingleses, ya que resultaba lógico el preferirlo a un arriesgado rodeo por Bir Hacheim. Si los ingleses no concentraban el total de sus blindados en aquella zona, confiábamos en que al menos mandasen a la misma una parte de los mismos, dividiendo sus fuerzas[51].

Durante el día, los movimientos de mis fuerzas motorizadas tendrían lugar en la zona del ataque italiano, y a la caída de la noche se reunirían en un sector determinado. La fuerza de choque quedaría integrada por el Afrika Korps (15.ª y 21.ª Divisiones Panzer), XX Cuerpo Motorizado italiano (Divisiones «Trieste» y «Ariete») y la 90.ª División Ligera, reforzada por tres regimientos de reconocimiento. El principio del avance, que consistiría en un movimiento de flanqueo por Bir Hacheim, quedó fijado para las diez de la noche.

Desde Bir Hacheim, el Áfrika Korps y el XX Cuerpo Motorizado italiano proseguirían a través de Acroma hacia la costa, con objeto de dispersar y destruir a las divisiones británicas en la línea de Gazala así como a las unidades acorazadas que se hallaban detrás.

La tarea de la 90.ª División Ligera, junto con los tres batallones de reconocimiento, consistía en penetrar en la zona El Adem-Belhammed, para impedir la retirada de la guarnición de Tobruk y la llegada de refuerzos al sector de Acroma. Al propio tiempo separaría a los ingleses de los depósitos que habían establecido en el área oriental de Tobruk. Para que la 90.ª División Ligera pudiera fingir la presencia de una gran masa de blindados, se la proveería de artefactos provocadores de polvo (camiones con hélices). Confiábamos en que las fuerzas inglesas de esta zona no intervendrían en la batalla de Acroma, mientras nuestras formaciones acorazadas intentaban inclinar la balanza hacia nuestro lado.

Luego de destruir a las fuerzas inglesas en la Marmárica, proyectábamos la rápida conquista de Tobruk. Mi libertad de movimientos quedó limitada por el *Duce* al sector comprendido hasta la frontera egipcia.



Plan de ataque de Rommel (mayo de 1942).

Se había estudiado la posibilidad de tomar la isla de Malta por parte de paracaidistas y tropas aerotransportadas italogermanas antes de que se iniciase la ofensiva, pero por algún motivo incomprensible nuestro Alto Mando abandonó el proyecto[52]. Mi propuesta de que tan agradable tarea fuese confiada a mi ejército se había visto rehuída en la anterior primavera.

En vista del rápido incremento del potencial inglés, fijamos la fecha del ataque para el 26 de mayo de 1942.

Lucha por la iniciativa, *26 de mayo a 15 de junio de 1942*

Durante aquellas primeras tres semanas la batalla de desgaste se libró en el desierto occidental de la forma más violenta que imaginarse pueda. Sus principios nos fueron muy desfavorables, pero en la lucha fluctuante que siguió logramos destruir a las formaciones inglesas, una tras otra, a pesar del valor con que se defendieron, gracias a ataques a objetivos limitados y a una serie de afortunadas acciones defensivas.

En vista de la superioridad de fuerzas adversarias, esta victoria ocasionó verdadera sorpresa en el mundo, al tiempo que la actuación de mi adversario, el Teniente General Ritchie, era objeto de severas críticas. Pero ¿cabe suponer que las derrotas inglesas se debían únicamente al error de sus mandos?

Después de la batalla pude leer un artículo, por el crítico militar inglés Liddell Hart, que atribuía los fracasos del mando inglés a la excesiva atención prestada por los generales a la infantería. Mi impresión era muy parecida. El mando inglés no había extraído las debidas enseñanzas a su derrota de 1941-42.

Los prejuicios contra toda innovación son típicos en el elemento militar, que se ha desarrollado dentro de un sistema metódico y ampliamente puesto en práctica. Por ello el ejército prusiano fue derrotado por Napoleón. Dicha actitud quedó patente asimismo durante esta guerra, tanto en los círculos militares alemanes como en los ingleses, donde se perdió toda noción de la realidad a causa del empeño en ce-

ñirse a complicadas teorías. La doctrina desarrollada de antemano hasta en sus menores detalles era considerada como la cúspide de todas las enseñanzas en el terreno militar. Sólo se admitía, pues, cuanto quedara comprendido en sus estrechas reglas. Lo demás era un juego, y si se triunfaba, debíase únicamente a la suerte. Tal actitud creaba una serie de ideas preconcebidas de consecuencias incalculables.

Incluso los sistemas militares están sujetos a progresos técnicos. Lo que era aceptable en 1914, lo es ahora únicamente cuando la mayor parte de las formaciones empleadas por los bandos contendientes, o al menos por el que es atacado, están constituidas por unidades de infantería no motorizadas. En tal caso los blindados actúan aún como la caballería, al objeto de arrollar y diseminar a los infantes. Pero cuando ambos adversarios disponen de fuerzas plenamente motorizadas, deben aplicarse métodos completamente distintos, como ya he dicho en ocasiones anteriores.

Por admirable que resulte el preservar la tradición en lo que a la ética del soldado concierne, debe evitarse en la órbita de los mandos superiores, porque los jefes no sólo deben pensar en el desarrollo de nuevos sistemas que destruyan el valor de los antiguos, sino tener en cuenta que las posibilidades bélicas se ven alteradas a cada instante por los avances de la técnica. En consecuencia, el moderno jefe debe libertarse de métodos rutinarios, demostrar una rápida comprensión de toda novedad y adaptarse a los hechos conforme se produzcan. Si es necesario, ha de saber cambiar toda la estructura de sus ideas cuando las circunstancias lo requieran.

Creo que, al igual que muchos generales de la vieja escuela, Ritchie no había previsto las consecuencias inherentes al desarrollo de operaciones con elementos plenamente motorizados, y a la naturaleza del campo de batalla en el desierto. A

pesar de haber sido extensamente preparados, todos sus planes se vendrían abajo, porque en realidad se trataba sólo de soluciones ambiguas.

26 mayo 1942.

Queridísima Lu:

Para cuando recibas esta carta te habrás enterado ya por los partes de la Wehrmacht de lo que aquí ocurre. Hoy lanzamos un ataque decisivo. La empresa será dura, pero tengo absoluta confianza en que mi ejército consiga la victoria. Después de todo, sabemos muy bien lo que significa esta batalla. No necesito decirte en qué estado de ánimo la emprendo. Voy a exigir de mí lo mismo que espero de mis oficiales y soldados. Mis pensamientos están contigo en estas horas decisivas.

A las dos de la tarde del 26 de mayo, tras una intensa preparación artillera, la infantería italiana, bajo el mando del General Cruewell, lanzó un ataque central contra las posiciones de Gazala. Con el fin de engañar a los ingleses, quienes, como ya dije antes, habían sido inducidos a esperar la ofensiva por dicho punto, obligándoles a concentrar allí sus blindados, un Regimiento Panzer del Áfrika Korps y uno del XX Cuerpo italiano fueron asignados a cada una de las formaciones de asalto. Pero ambos regresarían a sus formaciones de origen apenas cayera la noche. Los puestos avanzados ingleses frente a Gazala ofrecieron escasa resistencia, y se retiraron a sus líneas principales.

Entretanto, el grueso de las fuerzas, consistente en el Áfrika Korps, la 90.ª División Ligera y el XX Cuerpo italiano, se concentraban en el lugar previsto. Durante el atardecer, parte de dichas fuerzas se trasladaron hacia el punto del ataque italiano, y tras haberse dejado ver por los aparatos de re-

conocimiento ingleses, emprendieron el regreso hacia su punto de partida.

A las diez y media de la noche ordené la iniciación de la «Operación Venecia», y los 10 000 vehículos con que contábamos empezaron su avance. Mis ayudantes y yo nos encontrábamos en la columna del Áfrika Korps, que marchaba a la luz de la luna hacia el lugar donde se libraría la gran batalla de blindados. En la distancia brillaba de vez en cuando una bengala; probablemente eran los aparatos de la Luftwaffe tratando de localizar Bir Hacheim. Me sentía tenso e impaciente, deseoso de que el día llegara cuanto antes. ¿Cómo reaccionaría el enemigo? ¿Qué disposiciones habría ya adoptado? Estas preguntas martilleaban mi cerebro. Pero sólo la mañana podría contestarlas. Nuestras formaciones avanzaban sin una sola detención, aunque los conductores tropezaban a veces con dificultades para mantener el contacto con el vehículo de delante.

Poco antes de amanecer descansamos durante una hora a 16 ó 18 Km. al sur de Bir Hacheim; luego la potente concentración inició otra vez la marcha, penetrando en la retaguardia inglesa, entre nubes de polvo y arena. Los campos de minas y las trampas dispuestas por el enemigo nos ocasionaron algunas molestias, pero un par de horas después de amanecer las formaciones del Ejército Panzer avanzaban directamente hacia sus objetivos. La 90.ª División Ligera anunció su llegada a El Adem a las diez de la mañana, lo que constituía un adelanto notable. Muchos de los depósitos del XXX Cuerpo inglés habían caído en nuestras manos. Al mediodía reaccionó el mando británico e inicióse una furiosa batalla.

Entretanto, unidades Panzer del Áfrika Korps entraron en colisión con la 4.ª Brigada Acorazada inglesa y la 3.ª Motorizada hindú, a 10 Km. al sudeste de Bir El Harmat, y un en-

cuentro de blindados se desarrolló en dicho sector. Por desgracia, las unidades Panzer atacaron sin apoyo artillero, aunque había procurado por todos los medios, convencer a los tanquistas para que no actuaran hasta que nuestra artillería hubiera iniciado el fuego. Nos esperaba allí una sorpresa que en modo alguno podía complacernos: el nuevo tanque «Grant», utilizado por vez primera en África. Un carro tras otro, tanto ingleses como alemanes, iban quedando destruidos, hasta que finalmente conseguimos hacer retroceder a los ingleses hasta el Trigh el Abd, aunque a costa de cuantiosas pérdidas. Sin embargo, los ingleses volvieron a la lucha enseguida.

Cuando, alrededor del mediodía, yo y mis ayudantes intentamos trasladarnos al sector de la 90.ª División Ligera en El Adem, nuestra columna se vio atacada por tanques ingleses, y hubimos de retroceder. El contacto entre la 90.ª Ligera y el Áfrika Korps había quedado roto. Al tratar de abrirnos camino hacia nuestro punto de procedencia, nos vimos frente a una batería inglesa que se dirigía probablemente desde Bir Hacheim a Tobruk. Aunque mi Estado Mayor no representaba gran cosa por lo que a poder ofensivo respecta, atacamos a los ingleses, consiguiendo rodearlos. Al parecer, su sorpresa había sido completa.

Por la tarde, una dura lucha de tanques se desarrolló a algunos kilómetros al nordeste de Bir el Harmat, al sur del Trigh Capuzzo. La 1.ª División Acorazada inglesa se unió a la batalla, y sus poderosas unidades blindadas afluyeron desde el nordeste, atacando bajo fuerte protección artillera a las columnas y unidades Panzer del Áfrika Korps, que eran visibles desde muchos kilómetros de distancia. Llamas y humo surgieron pronto de camiones y tanques, y nuestro ataque se detuvo. Una vez más, mis divisiones sufrieron graves pérdi-

das en elementos blindados. Varias de nuestras columnas se retiraron confusamente hacia el sudoeste, para situarse fuera del alcance de la artillería inglesa. Pero el Áfrika Korps siguió avanzando paso a paso hacia el norte, mientras mantenía su defensa en el este. La batalla rugió hasta la caída de la noche, en aquella llanura hasta entonces recorrida solamente por camellos. Por entonces, el grueso del Áfrika Korps había avanzado hasta un punto que se hallaba a 12 Km. al sur y sudoeste de Acroma. Desgraciadamente muchas de las columnas de camiones se habían separado de las divisiones Panzer, y parte de la infantería se vio también imposibilitada de seguirlas. El contacto quedaba también roto dentro de mi propia Plana Mayor. Mi la, el Teniente coronel Westphal, se había adelantado con unos cuantos vehículos de transmisiones, mientras yo, con el resto de mis ayudantes, me encontraba, a la caída de la noche, a unos 3 Km. al nordeste de Bir el Harmat.

Reflexionando sobre lo acaecido durante el primer día de lucha, resultaba evidente que nuestro plan para arrollar las líneas inglesas de Gazala no había triunfado. El avance hacia la costa fracasó también, y no habíamos podido aislar del 8.° Ejército a la 50.ª División británica y a la I.ª sudafricana. La causa principal residía en no haber apreciado la fuerza real de las divisiones acorazadas inglesas. La aparición del nuevo tanque americano había abierto profundas brechas en nuestras filas. Las unidades germanoitalianas se enfrentaban ahora a un encarnizado y destructor combate contra elementos superiores[53].

Desde luego, habíamos castigado seriamente a las brigadas lanzadas por los ingleses contra nosotros al sudeste de Bir el Harmat. La 3.ª Motorizada hindú había sufrido tan cuantiosas pérdidas, que durante el resto de la batalla apenas pudo

intervenir. También la 7.ª División Acorazada tardaría mucho en recobrarse, después de los golpes encajados durante la acción.

Pero no negaré que aquella noche me sentía seriamente preocupado. Nuestras bajas en tanques no constituían un principio feliz (habíamos perdido un tercio de aquéllos). La 90.ª División Ligera, al mando del General Kleeman, se hallaba separada del Áfrika Korps y en situación muy peligrosa. Grupos motorizados ingleses afluían por la brecha y actuaban contra las columnas de transporte que habían perdido contacto con el grupo principal, y de las que dependía la existencia de todo mi ejército.

Sin embargo, y a pesar de lo precario de la situación y de los difíciles problemas a que nos enfrentábamos, aquella noche me sentía lleno de esperanzas respecto al resultado final de la batalla, porque Ritchie había lanzado a sus blindados en grupos sueltos, dándonos la oportunidad de combatirlos por separado. Aquella dispersión resultaba incomprensible. A mi entender, el sacrificio de la 7.ª División Blindada al sur de Bir el Harmat no servía ningún propósito estratégico ni táctico, porque a los ingleses les resultaba igual el que mis blindados aceptaran combate allí o en el Trigh Capuzzo, donde más tarde tomaron parte en la batalla sus demás elementos acorazados. Nuestros oponentes debían haberse concentrado en un solo punto y en un momento decisivo, sin dividir sus fuerzas antes de la batalla o durante nuestro fingido ataque contra la línea de Gazala. La completa motorización de sus unidades les hubiera permitido cruzar el terreno a gran velocidad, acudiendo a cualquiera de los lugares amenazados. La guerra en el desierto ha sido comparada muchas veces a una batalla naval, donde resulta igualmente peligroso atacar en grupos, dejando a parte de la flota en el puerto.

Nuestro plan para el día siguiente consistía en concentrar las fuerzas para un ataque hacia el norte. Intenté despegar a la 90.ª División Ligera de la zona de El Adem, donde tropezaba con fuerte presión enemiga, y unirla al Áfrika Korps más al oeste, incrementando así nuestro poder ofensivo.

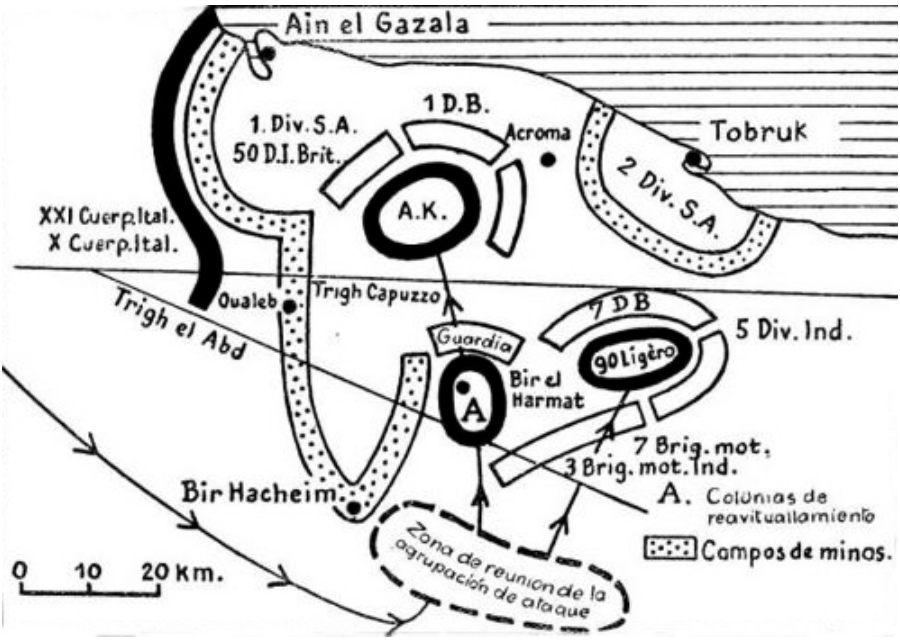
Al amanecer del 28 de mayo observé el horizonte con mis prismáticos, para ver lo que ocurría por los alrededores. Hacia el nordeste del punto en que me hallaba, fuerzas inglesas iban en dirección noroeste. Todavía no teníamos contacto con las otras unidades del ejército Panzer. Poco después, tanques ingleses abrieron fuego sobre mi puesto de mando, que se encontraba junto al *Kampfstaffel*, y nuestros vehículos. Las granadas empezaron a caer por los alrededores, y el parabrisas de nuestro autocar de mando voló en fragmentos. Por fortuna pudimos situarnos fuera del alcance de los cañones ingleses. Durante la mañana me llegué al XX Cuerpo Motorizado italiano, ordenándole dirigirse hacia el norte, detrás del Áfrika Korps.

La 90.ª División Ligera no pudo unirse al Áfrika Korps, y se vio atacada repetidamente por poderosas fuerzas inglesas. Unos 100 tanques enemigos se lanzaron a la lucha, mientras buen número de aparatos lanzaban bombas sobre la división, varias de cuyas unidades quedaron pronto desfondadas. Con el fin de resistir los siguientes ataques enemigos, la división se vio obligada a formar una «posición erizo», a 7 Km. al este de Bir el Harmat.

Por fortuna nos las arreglamos para establecer un frente defensivo, durante la mañana, dedicado a proteger nuestras columnas. Estaba formado por elementos del Áfrika Korps y se hallaba al nordeste de Bir el Harmat.

El Áfrika Korps tropezaba con dificultades muy serias. El enemigo había concentrado prácticamente el núcleo de sus

blindados al norte del Trigh Capuzzo, y lanzaba un ataque tras otros sobre nuestra unidad. Durante la mañana habían llegado noticias de Westphal, quien hubo de ordenar a los italianos un ataque a la línea de Gazala, para impedir que los ingleses y sudafricanos que la guarnecían tomaran parte en la batalla. El ataque iniciado a mediodía estaba progresando favorablemente en Eluet el Tamar, contra fuerzas inglesas bastante débiles, que procuraban resistir.



Situación de la ofensiva el 27 de mayo de 1942.

Me empezaba a sentir intranquilo, y deseando establecer contacto con las dos divisiones Panzer, me puse en marcha por la tarde con mi jefe de Estado Mayor, General Gause, a fin de encontrar una ruta practicable hacia el Áfrika Korps. Entretanto, se habían recibido alarmantes noticias: Parte de la 15.ª División Panzer estaba inactiva por falta de munición. Era imprescindible llevarle lo necesario. A última hora de la tarde conseguimos avanzar con varios vehículos y cañones antitanques hasta una altura, a 16 Km. al norte de Bir el Har-

mat, desde donde podíamos ver al Áfrika Korps. Ante mí se ofrecía el cuadro típico de una batalla en el desierto. Negras nubes de humo se elevaban hacia el cielo, prestando cierta siniestra belleza al paisaje. Decidí utilizar aquella ruta, cuando al día siguiente llevase las columnas de aprovisionamiento hasta el lugar donde se hallaba el Áfrika Korps.

En nuestro camino de regreso al Cuartel General sostuvimos sendas escaramuzas con una columna inglesa y otra italiana. Esta última nos había tomado por el enemigo, y abrió un fuego endiablado, al que nos sustrajimos mediante una rápida retirada. Después de obscurecer avanzamos por un camino abierto por los italianos en los campos de minas, llegando hasta la zona sudoeste de Bir el Harmat, donde encontramos a nuestras tropas y supimos que los ingleses habían arrollado a mi Plana Mayor durante nuestra ausencia. Varios tanques ingleses habían quedado deshechos por el *Kampfstaffel* Kiehl, pero otras columnas inglesas habían penetrado hasta las unidades de aprovisionamiento, causando gran confusión y destruyendo cierto número de camiones de gasolina y munición. Se restableció el orden, y conseguimos ocupar otra vez, durante la noche, nuestras antiguas posiciones.

A última hora de la tarde formé a las columnas de socorro, con el fin de llevarlas a la mañana siguiente hasta donde se encontraba el Áfrika Korps. En vista de la escasa protección de que íbamos a disfrutar, aquel trayecto a través de una comarca dominada por las formaciones enemigas prometía resultar sumamente arriesgado para nosotros.

Por fortuna, la 90.ª División Ligera se había podido despegar de los ingleses durante la noche, y ocupar posiciones junto a Bir el Harmat. Además, la «Ariete» situóse frente a la brecha abierta entre la 90.ª Ligera y el Áfrika Korps, con el

fin de taponarla. Aquellas nuevas disposiciones hacían más segura nuestra ruta. Nos pusimos en marcha al rayar el alba (*29 de mayo*), y todo transcurrió perfectamente.

Al llegar al campo de batalla nos encontramos con que el Áfrika Korps acababa de ser atacado desde el norte y el este por blindados ingleses. La escasez de gasolina y municiones habían limitado mucho su libertad de acción, pero ahora las cosas cambiarían. Durante la tarde instalé mi puesto de mando en aquella zona.

Una vez restablecido el contacto entre los diversos elementos del Ejército, podía formarme una idea clara de la situación de nuestras fuerzas.

Habíamos conseguido concentrarnos a ambos lados del Trigh el Abd, estableciendo una firme línea de resistencia. Pero las unidades germanoitalianas habían sufrido fuertes pérdidas. Nuestra línea de aprovisionamientos había quedado cortada virtualmente al sur de Bir Hacheim por fuerzas motorizadas inglesas. El ataque italiano contra la línea de Gazala había penetrado hasta las principales posiciones británicas, deteniéndose frente a las bien construidas fortificaciones. Su jefe, el General Cruewell, había sido abatido en su «Storch», y más tarde supe que estaba prisionero de los ingleses. No fue el único de nuestros generales eliminado de la batalla aquel día, porque el General Von Vaerst, jefe de la 15.ª División Panzer, se había visto obligado a abandonar el campo de batalla a causa de sus heridas. Los ingleses habían reunido a sus brigadas acorazadas 2.ª, 4.ª y 22.ª, y junto con la 201.ª Brigada de la Guardia lanzaban ataques concéntricos contra nuestro frente.

En esta situación resultaba muy aventurado continuar el ataque hacia el norte, como estaba planeado de antemano. Varié de conclusiones según aconsejaban las circunstancias.

La tarea principal consistía ahora en establecer una ruta de aprovisionamiento segura, para nuestra fuerza atacante, y en consecuencia decidí que unidades de la 90.ª División Ligera y elementos del Áfrika Korps actuaran contra los campos de minas desde el este. Con el fin de cubrir este movimiento, el resto de las fuerzas pasaría a la defensiva en un frente acortado. En cuanto la penetración de las defensas de Gazala se hubiera terminado, hostigaríamos Bir Hacheim, bastión meridional de las líneas inglesas.

Me formé este plan con la seguridad de que mientras fuerzas motorizadas alemanas importantes se encontrasen al sur de la ruta costera, los ingleses no se atreverían a utilizar a ninguna parte de sus formaciones acorazadas para atacar a los italianos en la línea de Gazala, ya que un contraataque de mis divisiones Panzer los hubiese colocado entre dos fuegos. Por otra parte, esperaba que la presencia de la infantería italiana frente a las Divisiones I.ª sudafricana y 50.ª inglesa continuaría obligando al precavido mando adversario a dejarlas completas en la línea de Gazala. Me parecía altamente improbable que Ritchie las ordenara atacar a la infantería italiana sin el apoyo de otras formaciones, ya que tal operación no hubiese estado de acuerdo con el procedimiento normal inglés, que consistía en adquirir la certeza absoluta de su victoria. Presumí que las brigadas mecanizadas inglesas proseguirían atacando nuestras bien organizadas defensas, gastándose inútilmente. La defensa se ejercería con el máximo de elasticidad y rapidez de movimientos.

Las órdenes para tales operaciones fueron cursadas la noche del 29 de mayo.

Al amanecer del 30 las divisiones ocuparon los lugares señalados, situándose a la defensiva. Durante estos movimientos observamos la presencia de nutridas fuerzas inglesas con

elementos blindados en la zona de Ualeb. Era la 150.ª Brigada de la 50.ª División, reforzada. (*La 2.ª Brigada de tanques fue enviada en su apoyo, compartiendo así el mismo destino*). Entretanto, elementos del X Cuerpo italiano habían conseguido atravesar el campo de minas inglés y establecer una cabeza de puente al este del mismo, aunque los pasos recién abiertos se hallaban bajo nutrido fuego de la artillería inglesa, que ocasionaba un efecto perturbador en nuestras columnas. Sin embargo, a mediodía se estableció contacto entre la fuerza atacante y el X Cuerpo italiano, quedando abierta una ruta directa de aprovisionamientos hacia el oeste. Durante esta jornada quedó cercada la brigada inglesa que se hallaba en Got el Ualeb.

Por la tarde me dirigí por los campos de minas hacia el Cuartel General del X Cuerpo italiano, para entrevistarme con el Mariscal Kesselring, el jefe del X Cuerpo italiano y el Comandante Von Below (*ayudante del Führer*). Durante la reunión les informé de mis planes futuros. Mientras el Áfrika Korps formaba ante los campos de minas ingleses, para enfrentarse a cualquier ataque desde el nordeste, nos dedicaríamos a limpiar la parte sur de la línea de Gazala, continuando después la ofensiva. En el curso de esta operación pensábamos destruir en Ualeb a la 150.ª Brigada inglesa, y en Bir Hacheim a la 1.ª de Franceses libres.

El enemigo se mostraba vacilante en seguir nuestros movimientos. La retirada de las formaciones germanoitalianas le había ocasionado una evidente sorpresa, de la que el mando tardaba en reaccionar. Durante la mañana observamos la presencia de concentraciones inglesas al este y norte de nuestro frente, con 280 tanques en una y 150 en la otra, y esperamos que el enemigo atacara de un momento a otro. Nada ocurrió durante la mañana, excepto unas acometidas

contra la «Ariete», que los italianos rechazaron, y otras, más débiles, en el resto del frente. 57 tanques ingleses quedaron destruidos.

Por la tarde reconocí personalmente el terreno, para estudiar las posibilidades de un ataque sobre Got el Ualeb, y señalé las unidades del Áfrika Korps, la 90.ª División Ligera y la División italiana «Trieste», que, a la mañana siguiente, tomarían parte en un asalto a las posiciones inglesas.

La operación se inició a primera hora del 31 de mayo. Unidades germanoitalianas avanzaron metro a metro, contra la resistencia más encarnizada que imaginarse pueda. La defensa se efectuó con una habilidad extraordinaria, y, como de costumbre, los ingleses lucharon hasta el último momento. Durante esta acción emplearon un nuevo antitanque de 57 mm. (*6 libras*). Sin embargo, hacia el final de la jornada habíamos penetrado de manera substancial en las posiciones inglesas.

31 mayo 1942.

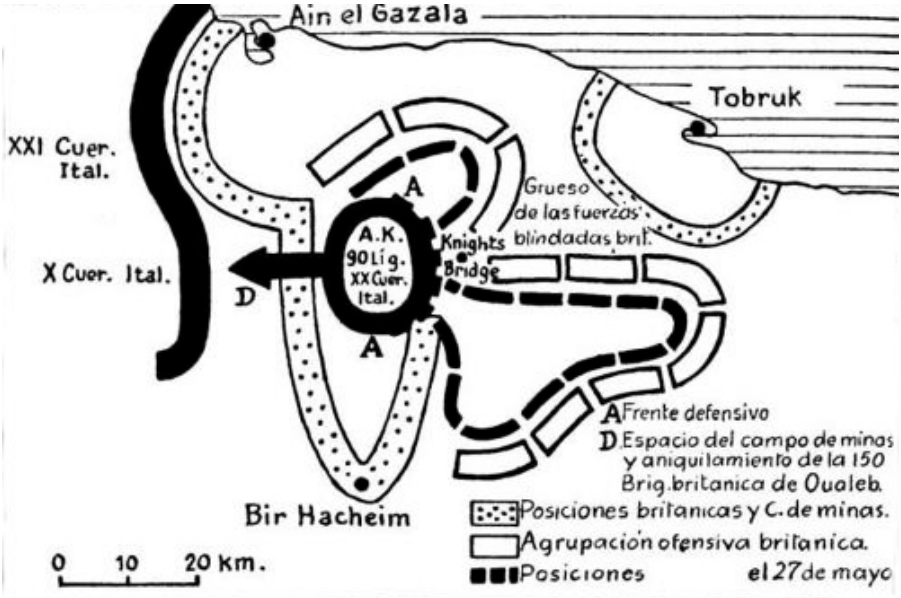
Queridísima Lu:

Me encuentro bien. La gran crisis de la batalla ha terminado y estamos satisfechos. Los próximos días van a ser aún bastante movidos. Desgraciadamente Cruewell ha caído en manos de los ingleses, con su «Storch» y todo, pero tengo confianza en rescatarlo.

Al día siguiente los defensores recibirían un duro golpe. Tras fuertes ataques de los Stukas, la infantería empujó otra vez contra las posiciones inglesas. Yo la acompañé junto con el Coronel Westphal, que por desgracia quedó gravemente herido por los morteros enemigos, y hubo de ser trasladado a Europa, de modo que en las siguientes jornadas tendría que arreglármelas sin él. Aquello constituyó una pérdida es-

encial para el Ejército Panzer, del que fue siempre un elemento sobresaliente, a causa de sus profundos conocimientos, su experiencia y su rapidez de decisiones. Sin embargo, el ataque prosiguió. Una tras otra, las complicadas defensas inglesas fueron conquistadas, hasta que a primeras horas de la tarde toda la posición era nuestra. La postrer resistencia británica había quedado eliminada. Capturamos 3000 prisioneros y destruimos o nos apoderamos de 101 tanques y vehículos blindados, así como de 124 cañones de todas clases.

Por aquel entonces cayó en nuestras manos una orden cursada por la 4.ª Brigada Acorazada inglesa, en la que se ordenaba no dar bebida ni alimento a los prisioneros alemanes o italianos hasta haber sido interrogados. Aquella medida nos pareció extravagante, porque únicamente podía contribuir a hacer aún más trágica la contienda entre ingleses y alemanes. Evidentemente, el mando contrario opinaba lo mismo, porque revocó la orden tras una intervención por nuestra parte.



Situación el 1 de junio de 1942.

A última hora de la tarde del 1.° de junio, tras la caída de Got el Ualeb, las unidades de reconocimiento inglesas atacaron el frente que ocultaba nuestras posiciones hacia el este y sudeste. Siguió una violenta barrera de artillería, en especial sobre mi puesto de mando, y mi jefe de Estado Mayor, General Gause, quedó herido por un fragmento de metralla. Dos de mis más importantes colaboradores habían sido puestos fuera de combate el mismo día. Decidí nombrar jefe del Estado mayor del Ejército al Coronel Bayerlein, jefe del Estado Mayor del Áfrika Korps.

1 junio 1942.

Queridísima Lu:

La batalla prosigue favorablemente para nosotros. Unos 400 tanques adversarios han sido destruidos. Nuestras pérdidas son soportables.

Una vez conquistado Got el Ualeb le tocaba el turno a Bir Hacheim, que al día siguiente sería rodeado y arrollado. Grupos de asalto franceses e ingleses procedentes de la fortaleza

atacaban de continuo nuestra línea de comunicaciones. Era preciso que aquello cesara.

Victoria en el desierto

La noche del 1.° al 2 de junio la 90.ª División Ligera y la «Trieste» operaron contra Bir Hacheim, cruzando los campos de minas sin pérdidas graves, y rodeando la fortaleza por el este.

Tras haber sido rechazadas nuestras peticiones de rendición, se lanzó el ataque hacia el mediodía. La «Trieste», desde el nordeste, y la 90.ª Ligera, desde el sudeste, avanzaron contra las fortificaciones, posiciones de campaña y campos de minas de los franceses. Tras nuestra preparación artillera, se inició una batalla extremadamente dura, que duraría diez días completos. Con frecuencia tomé personalmente el mando de las fuerzas atacantes, y he de reconocer que rara vez tuvimos en África unas jornadas más activas. Los franceses se defendían dentro de un bien planeado sistema de posiciones y pequeños nudos de resistencia, junto con blocaos y nidos de ametralladoras y antitanques, todo ello rodeado por densos campos de minas. Esta forma de defensa es extraordinariamente efectiva contra la artillería o los ataques aéreos, ya que incluso los impactos directos ocasionan pocos daños. Se hace necesaria gran cantidad de munición para ocasionar pérdidas reales a un enemigo que haga uso de la misma.

Resultaba especialmente difícil abrirse paso por los sectores minados, bajo el fuego de los franceses. Se llevaron a cabo hazañas sobrehumanas, por parte de los zapadores, que sufrieron muchas bajas. Actuando bajo pantallas de humo y fuego artillero, se vieron con frecuencia obligados a excavar directamente entre las minas. Nuestra victoria se debió en gran parte a sus esfuerzos.

Bajo continuos ataques de la Luftwaffe (desde el 2 de junio hasta el 11, en que se tomaron las últimas posiciones francesas, la Luftwaffe realizó 1300 salidas contra Bir Hacheim), las posiciones francesas fueron atacadas en el norte por grupos de asalto mixtos, extraídos de varias formaciones, y en el sur por la 90.ª División Ligera. Pero quedaron contenidos por el excelente sistema de defensa inglés.

Durante los primeros días, el grueso de las fuerzas británicas permaneció tranquilo, y su único movimiento consistió en una arremetida, el 2 de junio, contra la «Ariete», que resistió obstinadamente. Tras un contraataque de la 21.ª División Panzer, la situación volvió a estabilizarse. Grupos de combate ingleses hostigaron de continuo nuestro sistema de aprovisionamiento al sur de Bir Hacheim, causándonos grandes molestias. Se colocaron minas en las rutas del desierto y se organizaron ataques contra nuestras columnas, distinguiéndose especialmente el grupo motorizado «August». Nos vimos obligados a utilizar vehículos blindados y cañones a tracción propia, para proteger los convoyes.

El Áfrika Korps aprovechó aquel descanso para proceder a la reparación de parte de su material pesado. El día 2 de junio disponía de sólo 130 tanques utilizables, contra los 320 con que contaba al iniciarse la batalla. Dicho número empezaba a incrementarse lentamente otra vez.

3 junio 1942.

Queridísima Lu:

La batalla prosigue, aunque nuestra situación es tan favorable, que no debemos preocuparnos. Estoy seguro de que saldremos airosos de todo y alcanzaremos nuestros objetivos.

Podíamos observar que algo se estaba preparando. Era evidente que los ingleses lanzarían pronto un ataque, ya en la línea sostenida por nuestros blindados en el norte, ya contra nuestros contingentes enzarzados en Bir Hacheim, al sur[54]. Durante la noche del 4 al 5 de junio situamos a la 15.ª División Panzer en posición al sur de Bir el Harmat, desde donde le sería posible maniobrar hacia el nordeste o sudeste, según la procedencia del ataque inglés. La importancia de tal disposición quedaría plenamente demostrada la mañana del día 5 de junio.

Poco antes de las seis, y tras una hora de fuerte preparación artillera, las brigadas acorazadas inglesas 2.ª y 22.ª, junto con la 10.ª india y la 201.ª de la Guardia, se lanzaron al ataque contra la «Ariete». Con el fin de engañar al adversario, lanzaron cortinas de humo y sometieron a fuerte barrera de artillería a la zona de la 21.ª División Panzer, que enlazaba al norte con la «Ariete». Poco después se iniciaba un ataque en dicho punto por la 4.ª Brigada Acorazada y el 42.° Real Regimiento de Tanques, con objeto de dividir nuestras fuerzas.

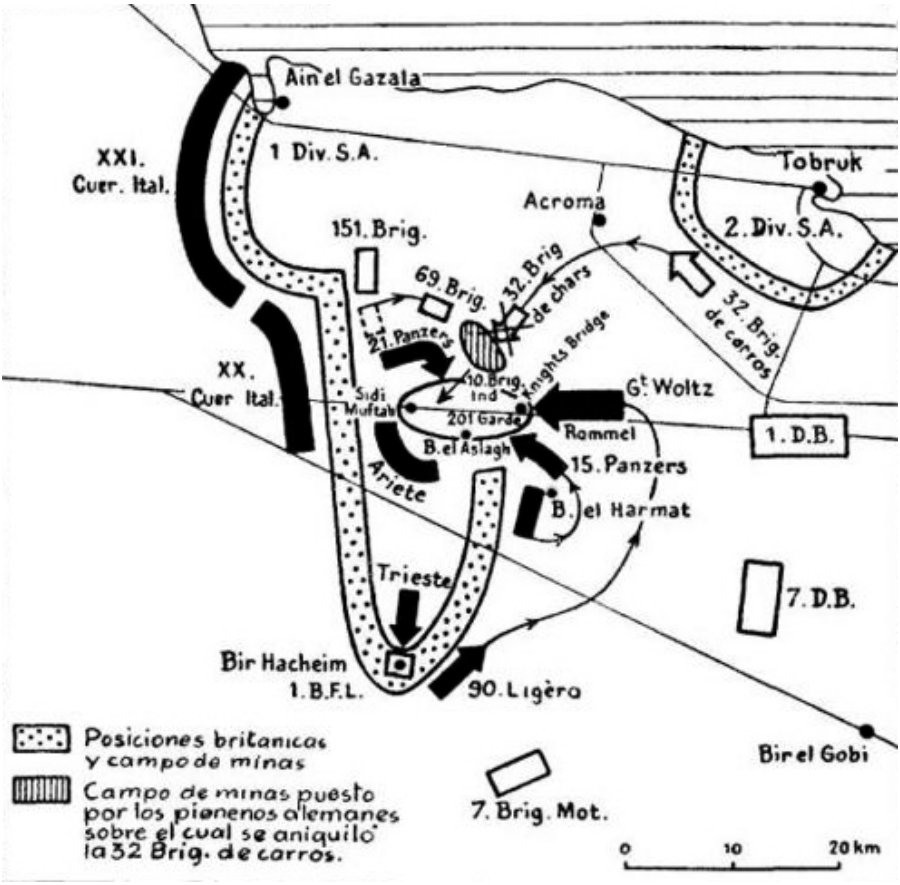
Rommel se engaña en varios detalles. El ataque inicial desde el este fue encomendado a la 10.ª Brigada hindú, que, tras haber capturado Aslagh Ridge dejó a la 22. Brigada Acorazada proseguir la operación, apoyada por la 9.ª Brigada de Infantería. Ambas se encontraron pronto en situación difícil. El ataque convergente del norte fue iniciado por la 32.* Brigada de Tanques, que disponía de dos unidades, el 7.° y el 42.° R.R.T., y parte de la 69.ª Brigada de Infantería. La operación no dio resultado, y no fue hasta más tarde cuando se utilizaron la 2.ª y la 4.ª Brigadas Acorazadas, con el fin de restablecer la situación. Su ataque resultó desconectado y fracasó en su empeño de sal-*

var a la 10.ª Brigada de Infantería india y a cuatro regimientos de artillería, que quedaron aislados y arrollados.

El ataque inglés había sido más fragmentario aún de lo que Rommel imaginaba. En cuanto a sus consecuencias, el propio Auchinleck las revela en su parte: «Este fracasado contraataque ha marcado el punto más crítico de toda la batalla».

En vista de la fuerte presión inglesa —las fuerzas enemigas en este sector eran varias veces superiores a las nuestras— la «Ariete» retrocedió hasta las líneas artilleras, donde el ataque inglés se detuvo, gracias a la fuerte reacción de nuestras piezas. Entretanto, y para aliviar la presión sobre los italianos, el 8.° Regimiento Panzer de la 15.ª División se había abierto camino hasta Bir el Tamar.

Desde estas posiciones, y con su flanco norte asegurado, el Ejército Panzer inició el contraataque. El grupo de combate Woltz, desplegado como reserva 10 Km. al nordeste de Bir Hacheim. avanzó bajo mi mando hasta la retaguardia inglesa en Knightsbridge. La 15.ª División Panzer marchaba a nuestra izquierda. Su tarea consistía en encerrar a los ingleses por el sur. Pronto las piezas de nuestros tanques dispararon desde todas direcciones sobre los ingleses, que se retiraron luchando con extraordinaria tenacidad, según su costumbre, pero con movimientos bastante rígidos. Por la tarde, más de 50 tanques británicos quedaban destruidos sobre el campo de batalla.



El ataque a Bir Hacheim y la contraofensiva inglesa (5 y 6 de junio de 1942).

A las seis de la mañana siguiente, la masa de la 21.ª División Panzer, hasta entonces muy bien contenida por los ingleses, pudo lanzar un ataque hacia el este. Por fin el enemigo empezaba a ceder. El grupo de combate Woltz cerró el Trigh Enver Bei por el oeste, obligando a los británicos a afluir al lugar en el que las fuerzas del Eje prodigaban un fuego destructor. Pronto el grupo Woltz sufrió un fuerte ataque del este, y tras verse rebasado por el sur, hubo de retirarse durante la noche a Bir el Harmat.

Una vez más las fuerzas del Eje habían peleado soberbiamente. Bajo presión de tres lados distintos, los ingleses sufrieron cuantiosas pérdidas. Unos 4,000 soldados, especial-

mente de la 201.ª Brigada de la Guardia y de la 10.ª hindú, pasaron los días 5 y 6 de junio a nuestros campos de prisioneros. La última de dichas unidades, recién llegada al frente, había quedado eliminada.

Esta derrota ocasionó un gran quebranto a la potencia ofensiva del adversario. Como había pronosticado, el mando inglés no quiso emplear elementos de las dos divisiones de la línea de Gazala, con el fin de formar un segundo sector que presionara sobre la 21.ª División Panzer. Tampoco se emplearon a dicho efecto unidades de la 2.ª sudafricana. En un momento tan decisivo, lo más lógico hubiera sido arrojar a la lucha a todas las tropas disponibles. ¿De qué sirve poseer la superioridad si se permite la destrucción de las fuerzas propias una tras otra, por un enemigo que en cada encuentro concentra una masa superior en el punto decisivo?

Tras esta derrota inglesa, ya no esperamos más ataques sobre nuestras unidades alrededor de Bir Hacheim, y confiamos en que nuestro asalto a la plaza se realizara sin dificultades.

Entretanto, se había originado una pausa en la lucha frente a las posiciones francesas. El día 6 de junio, a las once de la mañana, la 90.ª División Ligera reanudó su ataque contra los soldados del General Koenig. Las puntas de lanza consiguieron aproximarse hasta 800 m. del Ridotta[55] Bir Hacheim, pero una vez allí hubieron de detenerse otra vez. Una granizada de fuego cayó sobre nuestras filas, en aquel terreno rocoso y despejado, y el asalto se aplazó hasta la noche. El dogal alrededor de Bir Hacheim era cada vez más asfixiante. Débiles ataques realizados por la 7.ª Brigada Motorizada inglesa sobre nuestra 9.ª División Ligera fueron rechazados sin dificultad.

La noche del 6 al 7 de junio la 90.ª División Ligera abrió diversos pasos en los campos de minas, y grupos de asalto se aproximaron, amparados por la obscuridad, hasta una distancia conveniente, para iniciar el ataque, que sería apoyado por el grupo de combate Wolf. La mañana del 7 de junio, después de un bombardeo aéreo y de artillería, la infantería se lanzó a la conquista de las posiciones francesas. Sin embargo, y a pesar del ímpetu de nuestros muchachos, también este intento fracasó. Sólo en el norte se señalaron algunas penetraciones. Aquello constituía un gran éxito de los franceses, que se encontraban completamente aislados del resto de sus fuerzas. Con el fin de cansarles, a la noche siguiente se dispararon multitud de bengalas y se sometió a la plaza a un fuego incesante de ametralladora. Pero aun así, cuando las patrullas de asalto reanudaron su actividad por la mañana, los franceses contestaron con irrreductible violencia. Las tropas adversarias se aferraban a sus trincheras, ocultándose perfectamente a nuestra vista.

8 junio 1942.

Queridísima Lu:

Los dos días últimos han sido particularmente agitados, pero también fructíferos. Por los partes de guerra te habrás enterado de cómo marchan las cosas por aquí. La pugna durará otra quincena, pero por aquel entonces confío en que haya transcurrido lo peor.

En medio de las batallas de tanques del 6 de junio (*cumpleaños de Frau Rommel*) me acordé de ti, confiando en que mi felicitación llegara puntualmente.

El 9 de junio me puse al frente de un nuevo grupo de combate del Áfrika Korps, para que apoyase el ataque a Bir Hacheim. Desde primeras horas de la mañana nuestra infantería se lanzó en oleadas contra las defensas enemigas. Al me-

diodía, la 90.ª División Ligera, que hasta entonces se había limitado a apoyar con sus armas pesadas al grupo que atacaba en el norte, se unió al asalto desde sus posiciones situadas al sur. Expuestos continuamente al fuego de los franceses, que lucharon denodadamente hasta el fin, nuestros soldados sufrieron numerosas bajas. Sin embargo, a las ocho de la noche se habían abierto camino hasta unos 220 m. del Ridotta Bir Hacheim. Durante la jornada, Ritchie había lanzado un débil ataque de diversión contra las unidades de cobertura de la 90.ª Ligera, al sur de Bir Hacheim, utilizando batallones motorizados y un regimiento acorazado de la 4.ª Brigada. No tropezamos con dificultades para rechazarlo.

Entretanto, habían surgido complicaciones con Kesselring, el cual era objeto de severas críticas por los lentos progresos de nuestro ataque contra los franceses. Lo que más le preocupaba era el tener que emplear continuamente a las formaciones de la Luftwaffe sobre Bir Hacheim, a pesar de las graves pérdidas sufridas. (*En un solo día la R.A.F. había derribado a 40* «Stukas»). Insistía en que se lanzara un inmediato asalto con todas nuestras formaciones blindadas, pero ello resulta imposible, porque los tanques no pueden ser mandados impunemente a través de los campos de minas. Además, Ritchie no hubiera permanecido inactivo en los demás frentes. Semejante operación hubiese resultado catastrófica. Hicimos lo posible para aplacar a Kesselring, quien probablemente tenía una idea muy superficial de las dificultades con que tropezábamos.

Al día siguiente, 10 de junio, el grupo de combate del Áfrika Korps, bajo el mando del Coronel Baade, consiguió, por fin, introducirse en la posición clave del enemigo, al norte de Bir Hacheim. El ataque se desarrolló bajo intenso fuego artillero y bombardeos aéreos, mientras los franceses defen-

día desesperadamente cada nido de resistencia y sufrían cuantiosas bajas. Después de aquella penetración ya no era posible proseguir la defensa.

Nos pareció probable que el enemigo ayudase a la guarnición francesa, con el fin de animarla a una salida. Parte de la 7.ª Brigada Motorizada, que hasta entonces se había dedicado a hostigar nuestras líneas de aprovisionamiento, había sido señalada, por nuestra observación, en marcha hacia Bir Hacheim. Con el fin de estar prevenido, ordené a la 15.ª División Panzer que se dirigiera a dicho lugar. Al día siguiente obligaríamos a los franceses a cesar en su enconada y terca resistencia.

No obstante, y a pesar de las medidas tomadas, la mayor parte de la guarnición logró escapar durante la noche, bajo el mando de su jefe, el General Koenig, desapareciendo en las tinieblas hacia el oeste, donde se unió a la 7.ª Brigada Motorizada inglesa. Más tarde descubrimos que las instrucciones cursadas para el cierre absoluto del cerco no habían sido cumplidas en el lugar por el que se efectuó la fuga. Una vez más quedaba demostrado que por desesperada que sea una situación, un jefe resuelto puede salir airoso, si sabe aprovechar las circunstancias.

La 90.ª División Ligera ocupó Bir Hacheim a primera hora de la mañana del 11 de junio. Unos 500 soldados franceses cayeron en nuestro poder, la mayoría heridos. Más tarde inspeccioné la fortaleza objeto de tan enconada lucha y cuya caída había esperado con tanta impaciencia[56].

A pesar del valor demostrado por los ingleses en Ualeb y los franceses en Bir Hacheim, Ritchie se había equivocado, si creyó que mis fuerzas flaquearían ante aquellas feroces batallas. Desde luego, habíamos sufrido cuantiosas pérdidas, pero en modo alguno podían compararse a las de los ingleses,

porque en los núcleos de resistencia que cercamos, miles de británicos hubieron de rendirse por falta de agua y municiones. El sacrificio de formaciones enteras por motivos psicológicos es generalmente un grave error[57]. Aunque considerables ventajas pueden obtenerse a veces al ordenar a ciertas formaciones que resistan hasta el fin, debe siempre reflexionarse cuidadosamente antes de adoptar tal decisión, porque la confianza del soldado, tan necesaria a su jefe, podría debilitarse. Los hombres dejarán de obedecer las órdenes cuando empiecen a temer que en un momento de crisis se les deje en la estacada.

La tarde del 11 de junio puse en movimiento a las fuerzas empleadas en la conquista de Bir Hacheim, dirigiéndolas al norte, con el fin de forzar una decisión sin mayor retraso.

A última hora de la tarde, la 15.ª Panzer y la 90.ª Ligera, con los Batallones de Reconocimiento 3.° y 33.°, todos bajo mi mando, alcanzaron una zona situada a 10 ó 15 Km. al sudoeste de El Adem. Con el fin de eliminar el peligro que significábamos, Ritchie trasladó a la 2.ª Brigada Acorazada inglesa desde un punto situado al sur de Acroma hasta las inmediaciones de Bir Lefa. Tras encarnizada batalla con la concentración de blindados ingleses, que lucharon apoyados por fuerte masa artillera, conseguimos ocupar los alrededores de El Adem y el sur de Trigh Capuzzo, antes del mediodía del 12 de junio. La 90.ª División Ligera procedió a la conquista de El Adem. Los ingleses sufrieron considerables pérdidas en tanques, y les hicimos 400 prisioneros. La 29.ª Brigada hindú se defendió valientemente en la «caja» de El Adem.

La misma mañana (*del 12*) un grupo de combate de la 21.ª División Panzer marchó hacia el este, presionando a los blindados ingleses, que, situados entre las dos divisiones Panzer alemanas, carecían ya de libertad de movimientos. En

este sector sumamente reducido, Ritchie situó a la 32.ª Brigada de Tanques, sacada de la línea de Gazala. Una continuación del ataque hacia el noroeste, por parte de la 15.ª División Panzer, prometía dar excelentes resultados. La iniciativa se encontraba ahora en nuestras manos.

Por la mañana situé a mi *Kampfstaffel* en una altura al sudeste de El Adem, desde donde observé el curso de la batalla entre la 90.ª División Ligera y los indios. Incesantes bombardeos aéreos ingleses estaban haciendo pasar muy mal rato a la división. Más tarde quise trasladarme a la 15.ª Panzer, pero nuestros vehículos fueron atacados desde el norte y el sur y obligados a permanecer inmóviles en terreno descubierto, durante varias horas. Por la tarde llegué a la 15.ª División Panzer, a la que pude acompañar en su ataque hacia el oeste. Durante el anochecer fuimos bombardeados por algunos de nuestros «Stukas». Al parecer, eran perseguidos por los cazas ingleses, y a causa de su poca velocidad veíanse obligados a descargar sus explosivos sobre nosotros. Sin embargo, los tres —Bayerlein, el chófer y yo— escapamos sin un rasguño.

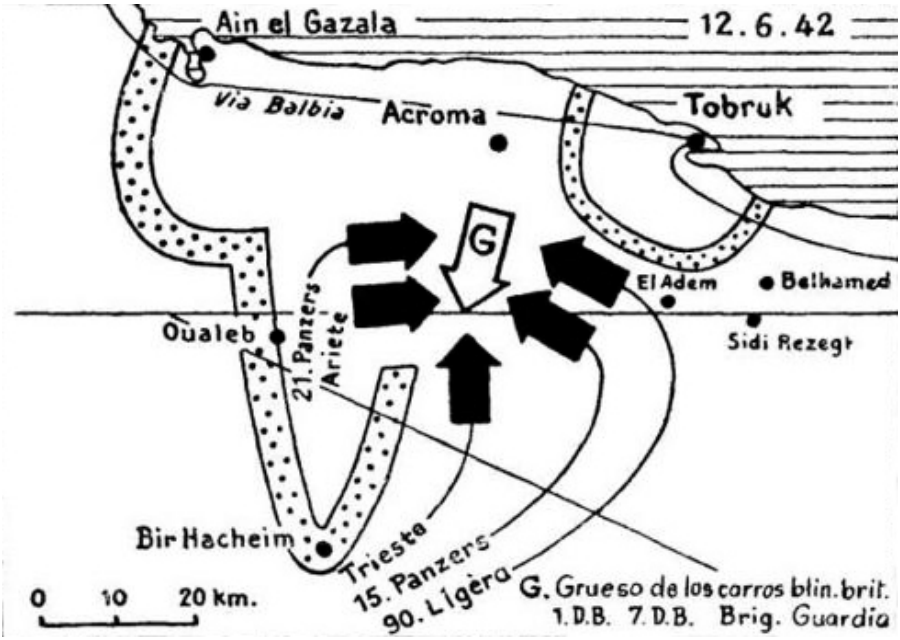
Pasé el día siguiente (13 *de junio*) con el Áfrika Korps, cuya 15.ª División Panzer limpiaba el terreno escarpado hacia el oeste, mientras las divisiones italianas «Trieste» y «Ariete» empujaban a los británicos hacia la zona septentrional del Trigh Capuzzo. La 21.ª División Panzer empezó también a avanzar, a última hora de la tarde, en dirección este, en medio de una furiosa tempestad de arena, que a veces eliminaba toda visibilidad. La destrucción de tanques ingleses prosiguió. Uno tras otro, de los 120 que probablemente poseían, quedaron sobre el campo de batalla. Un fuego infernal se desencadenaba desde diversos lugares sobre las aprestadas

formaciones, cuya fuerza disminuyó gradualmente. Sus contraataques eran cada vez menos frecuentes.

Por desgracia, la 90.ª División Ligera estuvo varias horas sin poder cumplir las órdenes recibidas, ya que los ingleses atacaban por todos lados, obligándola a luchar por su supervivencia. Por la tarde pudo despegarse, y tras haber eludido una fuerte columna británica, se dirigió a su posición.

La Brigada de la Guardia evacuó Knightsbridge, aquel día, tras haber sido sometida durante toda la mañana al fuego combinado de cuantas piezas pudimos concentrar. Dicha brigada era un reflejo claro de las virtudes y defectos del soldado inglés: tremendo valor y tenacidad, combinados con una extraordinaria rigidez de movimientos. La mayor parte de las fuerzas acorazadas de que disponía la brigada quedó destruida durante el día o en la retirada de la noche siguiente.

Tenía la intención de concentrar a todas mis fuerzas motorizadas, tanto alemanas como italianas, durante el día siguiente o el otro, con el fin de llegar hasta el mar. Las divisiones inglesas de la línea de Gazala, que empezaban a marchar hacia el este por la ruta de la costa, serían rechazadas y destruidas. Los aparatos de Kesselring atacaban ya a las columnas, y los incendios iluminaban la Vía Balbia.



Combates del 12 y 13 de junio de 1942.

Resultaba claro que la lucha sería encarnizada durante el día siguiente, ya que los ingleses parecían decididos a sostenerse en Acroma, con el fin de mantener abierta la carretera para las tropas que se retiraban de la línea de Gazala. Ritchie sacrificaría hasta el último tanque con el fin de conseguirlo.

Al atardecer del día 13, las fuerzas blindadas inglesas quedaban reducidas a 70 tanques. Aunque Rommel había perdido también muchos, disponía de una superioridad de más de dos contra uno, y al hallarse en posesión del campo de batalla, podía recuperar y reparar los averiados, cosa imposible a Ritchie.

La batalla, que tan mal había empezado para nosotros, estaba adoptando un cariz favorable, gracias al valor de los soldados alemanes e italianos.

Durante la noche del 13, las dos divisiones del Áfrika Korps quedaron desplegadas al oeste de Trigh Bir Hacheim para un ataque hacia el norte. Las divisiones italianas «Ariete» y «Trieste» actuarían de protección para el flanco orien-

tal. La 90.ª División Ligera se desplazó hacia el este, a fin de colocarse en posición para un rápido avance hasta las proximidades de Tobruk.

A la mañana siguiente (*día 14*) las Divisiones Panzer alemanas empezaron a rodar hacia el norte. Se ordenó «a toda marcha», puesto que los vehículos ingleses corrían hacia el este a millares. Yo iba con los tanques, instando a sus jefes a mantener la rapidez de la marcha. De improviso nos encontramos en un amplio cinturón de minas. Ritchie había intentado formar un nuevo frente defensivo, trasladando al mismo a todos sus blindados. El avance se detuvo, y sobre nuestros vehículos cayó una catarata de proyectiles perforantes.

Inmediatamente ordené a los regimientos de reconocimiento abrir pasos en los campos de minas, tarea que se realizó con facilidad, gracias a la violenta tormenta de arena que se desencadenó hacia el mediodía. Entretanto, mandé a nuestros cañones de 170 mm. que abrieran fuego sobre la Vía Balbia. El tronar de nuestras piezas se mezcló al fragor de las demoliciones, ya que ingleses y sudafricanos estaban volando sus depósitos de munición en la línea de Gazala.

Por la tarde, el 115.° Regimiento de Fusileros atacó la cota 187. A pesar de la violenta reacción de los tanques, la artillería y los antitanques ingleses, el ataque ganó terreno. Hacia las cinco los ingleses empezaron a disminuir su fuego, al que durante algunas horas había estado expuesto mi propio vehículo, y la resistencia enemiga se desmoronó. Fuertes contingentes cedieron, con la más negra amargura pintada en sus rostros. Al atardecer, la barrera inglesa quedó perforada. Tras una victoriosa aunque violenta lucha, que podía ser medida por los 45 tanques ingleses que quedaron sobre el terreno, las Divisiones Panzer alemanas llegaron a la zona del

este de Acroma. El camino hacia la Vía Balbia quedaba virtualmente abierto.

La 1.ª División Acorazada inglesa no se encontraba en condiciones para actuar, y abandonó el campo de batalla durante la noche.

Sus restantes carros fueron transferidos a la 4.ª Brigada Acorazada (de la 7.ª División Acorazada). Esta brigada, única que quedaba indemne, fue reforzada hasta 60 tanques.

Aquella misma noche, unidades de la 50.ª División inglesa consiguieron abrirse paso a través del 10.° Cuerpo italiano y escapar hacia el sur. Aunque destruímos 400 vehículos y capturamos varios centenares de prisioneros, los efectivos de cerca de una brigada lograron huir. Después, el jefe inglés condujo a sus tropas en pequeñas columnas por nuestra zona de abastecimientos, donde ocasionaron considerables daños. Hubiera resultado favorable a las dos divisiones inglesas escapar por aquel mismo lugar, ya que de este modo hubiesen disfrutado de mejores condiciones que las que reinaban en la Vía Balbia, y las brigadas acorazadas no hubiesen quedado destruidas en la difícil posición de Acroma. Tal como ocurrieron las cosas, la destrucción de los blindados ingleses, cuyos restos dirigíanse a Egipto, representó para Ritchie perder la última oportunidad para contender con eficacia en la Marmárica.

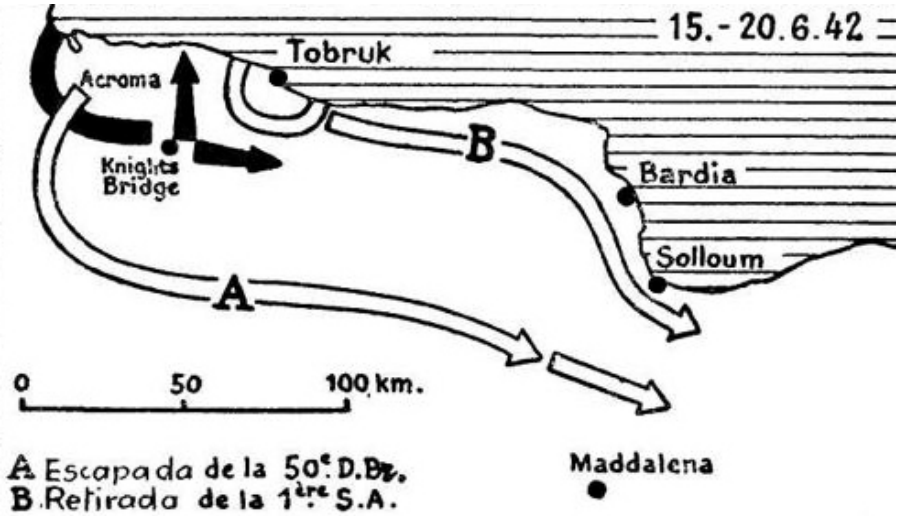
Tras la caída de Got el Ualeb y Bir Hacheim, el mando inglés hubiera hecho mejor en comprender que nada podía esperarse de la zona norte de la línea de Gazala. No había servido de nada sacrificar a la 1.ª Brigada francesa, a menos que el tiempo ganado hubiese permitido llevar a las dos divisiones de Gazala al sector Acroma-Gazala, utilizándolas en una defensa móvil contra el esperado avance de mis unidades motorizadas. Con sus 300 cañones y sus 300 vehículos blin-

dados ligeros y auto ametralladoras hubiesen inclinado la balanza en su favor. Mis divisiones italianas, con sus armas prehistóricas y, peor aún, su carencia de vehículos, no podrían haber sido enviadas al desierto, a menos de contar con un fuerte apoyo motorizado alemán. En las primeras horas del 15 de junio, unidades de la 15.ª División Panzer atravesaron la Vía Balbia en dirección al mar. Sin embargo, y contrariamente a mis instrucciones, el destacamento que debía cerrar la ruta costera era sólo de siete tanques. Los ingleses y sudafricanos no tuvieron dificultad en eliminarlo y superar el obstáculo; de este modo algunas unidades más escaparon hacia el este, muchas de ellas en rápida fuga. Poco después la brecha quedaba finalmente cerrada. Entretanto, se habían unido a la persecución las divisiones italianas y la brigada alemana procedentes de la línea de Gazala.

15 junio 1942.

Queridísima Lu:

Hemos ganado la batalla, y el enemigo está deshecho. Ahora nos dedicamos a eliminar grupos cercados. Excuso decirte lo satisfecho que estoy. Esta vez la limpieza ha sido completa. Desde luego, también nosotros hemos sufrido pérdidas. Gause y Westphal han sido heridos. El primero regresará dentro de tres o cuatro semanas, y el segundo, en un mes o dos. Mi salud sigue buena. He vivido en mi vehículo durante días enteros, sin tiempo para abandonar el campo de batalla ni siquiera al caer la noche. Después de todo, quizás en julio podamos vernos.



La retirada inglesa (15-20 de junio de 1942).

Había retirado ya a la 21.ª División Panzer de Acroma durante la mañana, enviándola al este, a través de El Adem, con la 90.° División Ligera y un grupo de reconocimiento. El ataque sobre la «caja» de El Adem, con sus núcleos fortificados de Batruna y El Hatian, se inició en formación abierta, y un violento intercambio de disparos tuvo lugar bien pronto entre nuestros tanques y los hindúes que defendían la plaza. Aquella noche se tomó al asalto Batruna, capturándose 800 prisioneros, numerosos cañones y mucho material de guerra. A pesar de los ataques de la aviación inglesa, la división alcanzó *Sidi* Rezegh antes de que transcurriera mucho tiempo, y al cerrar la noche se detuvo provisionalmente el avance, bajo el nutrido fuego de los británicos. La 90.ª División Ligera no consiguió tomar aquel día El Hatian, posición clave de El Adem, a pesar de las numerosas tentativas realizadas.

Entretanto, los restos del 8.° Ejército inglés se habían retirado hasta la zona fronteriza egipcia. Evidentemente, Tobruk y El Hatian desempeñarían el papel de núcleos de contención, mientras se fortificaba convenientemente la frontera.

Estaba convencido de que en Tobruk debía existir una gran desorganización, porque parte de la 2.ª División sudafricana nos había combatido en Acroma. Debíamos, pues, atacar y tomar la ciudad aprovechando la confusión reinante, mientras la moral del adversario acusaba los efectos de nuestra victoria en el desierto. Una vez más, la velocidad resultaba elemento primordial.

La segunda batalla de Tobruk

Tobruk era una de las fortalezas más potentes de todo el norte de África. En 1941, y guarnecida por excelentes tropas, nos había hecho pasar por momentos difíciles. Muchos ataques se estrellaron ante sus defensas, y toda la extensión de su perímetro atrincherado quedó literalmente cubierta de sangre. A veces se libraron verdaderas batallas por la posesión de un metro de terreno. La zona de Tobruk no nos era, pues, desconocida.

Esta vez intentábamos atacar y conquistar la fortaleza, de acuerdo con el plan que abandonamos en 1941, pero que fue previsto por Cunningham. Según él mismo, se lanzaría un ataque por el sudoeste, que ocultase nuestros verdaderos propósitos y mantuviera activa la guarnición. Las formaciones designadas para el asalto principal llegarían inesperadamente al campo de batalla. A dicho fin, marcharían hacia el este, pasando ante la plaza como para dar la impresión de que queríamos cercarla de modo similar al anterior. Retrocederían luego velozmente hacia el sudeste, desplegándose durante la noche, y tras fuerte acción artillera y de bombardeo en picado inciarían su avance al amanecer, cogiendo al enemigo por sorpresa.

Para cada uno de nosotros Tobruk era el símbolo de una resistencia inglesa que deseábamos quebrantar de una vez para siempre.

La mañana del 16 de junio avancé en mi coche hasta la Vía Balbia, siguiéndola después hacia el oeste. Había cesado la lucha en Gazala, y otros 6000 ingleses se hallaban en nuestros campos de prisioneros. Tanto en la carretera como en

sus aledaños se observaban muestras de la derrota británica. Gran cantidad de material aparecía disperso por el campo, vehículos incendiados destacaban sobre la arena, y convoyes enteros de camiones habían caído intactos en nuestras manos. Algunos fueron puestos en servicio sin pérdida de tiempo, mientras otros esperaban su recuperación por las patrullas destinadas al efecto. Al parecer, los ingleses habían evacuado por mar a algunas de sus unidades. Bien pronto encontramos a nuestras tropas que avanzaban hacia el este, procedentes de Gazala. Recibieron órdenes de apresurar la marcha hasta el límite occidental de la zona de Tobruk, y se les asignaron camiones que transportasen a los hombres hasta el frente. La rápida concentración de fuerzas era el factor decisivo y más urgente.

Una de las primeras lecciones que había extraído de mis experiencias en la guerra motorizada era la de que la velocidad de maniobra y la rapidez de las disposiciones del mando son elementos primordiales para el éxito. Las tropas deben operar con la máxima celeridad y perfectamente coordinadas. El contentarse con unas cuantas normas fijas resulta fatal. Se debe pedir a todos el máximo rendimiento, porque el bando que actúa con más rapidez y eficacia ganará la batalla. Oficiales y suboficiales deben adiestrar continuamente a sus tropas de acuerdo con ello.

A mi entender el jefe no ha de limitarse a cambiar impresiones con su Plana Mayor, sino que debe preocuparse también de los detalles y realizar frecuentes visitas a la línea de fuego, por los siguientes motivos:

1.) La cuidadosa ejecución de sus planes resulta de la máxima importancia. Es erróneo creer que cada jefe de unidad obrará de manera apropiada a las circunstancias; muchos de ellos sucumben a una extraña inercia.

Luego se recibe un parte notificando que por tal o cual motivo las disposiciones no han podido llevarse a cabo. Hallar una excusa es fácil. A estas personas se les debe hacer sentir la autoridad del jefe, al tiempo que se les obliga a sacudir su apatía. El jefe ha de ser el primer elemento en la batalla, y las tropas han de aprender a confiar en él, lo que se consigue muchas veces por su intervención directa.

2.) El jefe ha de hacer cuanto esté de su mano para mantener a sus tropas al corriente de todos los avances tácticos, insistiendo en su aplicación. Procurará que sus subordinados se adiestren en cuantas novedades vayan surgiendo. La mejor forma de mantener a las tropas en perfectas condiciones consiste en un adiestramiento completo, que suprima bajas innecesarias.
3.) El jefe deberá proceder, siempre que le sea posible, a una visión personal del frente, obteniendo una clara idea de los problemas a que se enfrentan sus subordinados. Es de este modo como logrará mantenerse al nivel de la realidad y sabrá adaptarse a cuantos cambios ocurran. Si considera las batallas como una partida de ajedrez, se ceñirá a teorías académicas y acabará por admirar sus propias ideas. El éxito sonríe con más frecuencia a quien no las canaliza rígidamente, sino que sabe adaptarlas a las condiciones reinantes.
4.) El jefe ha de mantenerse en contacto con sus hombres, ser capaz de sentir y pensar como ellos. El soldado ha de tener absoluta confianza en sus mandos. Existe un principio que recordar: jamás deben demostrarse falsas emociones ante los hombres. El soldado está dotado de una perspicacia para distingir lo verdadero de lo fingido.

Los hindúes seguían sosteniéndose en El Hatian. El 16 de junio, y a pesar del valor desplegado por sus elementos, la 90.ª División Ligera no pudo extenderse dentro del sistema

defensivo en el que la noche antes habían penetrado los destacamentos de asalto. Como ocurrió con los demás sistemas defensivos ingleses en la Marmárica, aquella posición estaba construida con gran habilidad técnica y de acuerdo con las ideas más modernas. Siguiendo el ejemplo de Bir Hacheim, parte de la guarnición (consistente en la 29.ª Brigada india) logró abrirse camino durante la noche y desaparecer hacia el sur.

Los hindúes concentraron su fuerza en un sector, abrieron fuego con todas sus armas y luego salieron, demostrando una vez más las dificultades que existen para envolver a un enemigo plenamente motorizado cuya estructura de mandos permanece intacta.

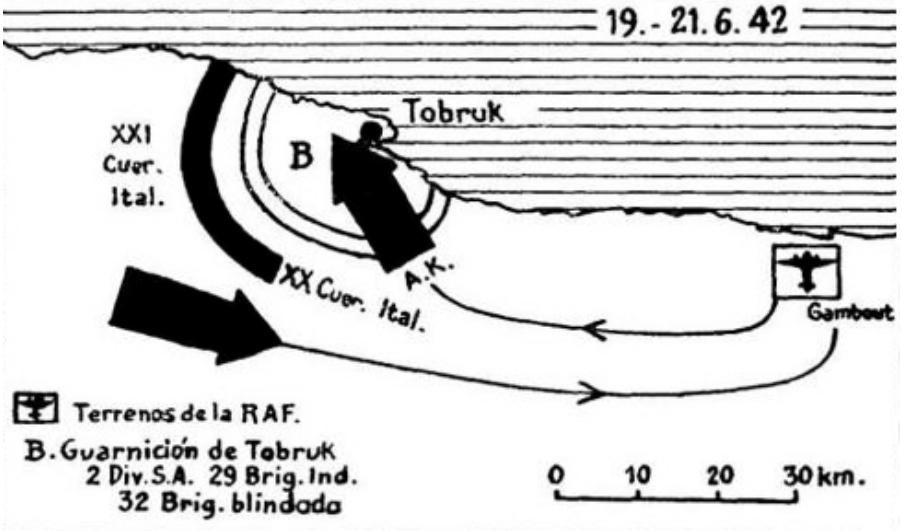
El resto de los hindúes de El Hatian se rindió al atardecer del 17 de julio, cayendo en nuestras manos 500 prisioneros y mucho material de guerra.

Los poderosos fuertes de El Duda y Belhammet habían sido ya conquistados el día anterior por el Áfrika Korps. En cuanto hubo caído El Hatiam, mandé a la 90.ª División Ligera contra otros núcleos de resistencia que aún daban señales de actividad, y que fueron rodeados y tomados.

El grueso del Áfrika Korps, junto con la División «Ariete», fueron puestos en marcha hacia Gambut y su zona meridional. Como ya dije antes, deseábamos distraer la atención de los ingleses de Tobruk, y al propio tiempo obtener la necesaria libertad de movimientos en nuestra retaguardia para el ataque decisivo. Este avance iba dirigido también contra la R.A.F., que, por tener sus bases muy cercanas, se estaba mostrando desagradablemente activa. Deseábamos eliminarla de Gambut y mantenerla alejada durante nuestro asalto a Tobruk.

Mi ejército marchaba de nuevo hacia el este. La «Ariete», que tenía instrucciones para seguir al Áfrika Korps, quedó retrasada y perdió el contacto. Partí a ver lo que ocurría, y observé que pronto la división quedaba envuelta en un combate de tanques. Las granadas estallaban por doquier, y nos alegró poder escapar de aquella peligrosa zona. Poco después conseguimos comunicar con la «Ariete» por radio y dirigirla hacia el lugar previsto.

Hacia las siete y media de la tarde (*día 17*) ordené a la 21.ª División Panzer un giro hacia el norte, y con mi *Kampfstaffel* me situé a 3 Km. a su vanguardia. Una breve escaramuza tuvo lugar al sur de Gambut, y unos cuantos legionarios fueron hechos prisioneros. Finalmente, tras sobrepasar, no sin dificultades, los extensos campos de minas ingleses, llegamos a Gambut, hacia las diez. El grueso de las tropas se quedó toda la noche ante los campos de minas.



La toma de Tobruk (19-21 de junio de 1942).

Al amanecer del 18 de junio, aviones ingleses aparecieron sobre la 21.ª División Panzer, que marchaba hacia el norte.

La carretera y el ferrocarril fueron alcanzados poco después de las cuatro y media.

Dicha vía férrea, construida por los ingleses durante los meses anteriores, iba desde Marsa Matruh hasta las afueras de Tobruk. La cruzamos, levantando algunos rieles. El 4.° Regimiento de Fusileros había capturado a 500 ingleses durante la noche, y la cifra crecía sin cesar. En los aeródromos, que el enemigo no evacuó hasta el último instante, nos apoderamos de 15 aparatos en buen uso y de considerables cantidades de gasolina y petróleo, que nos resultaron muy útiles.

Al regresar por la noche al Cuartel General observamos que la vida allí se había vuelto muy insegura, a causa de las actividades de una batería de artillería que empezó a bombardear la posición. Mandé al Capitán Kiehl, con el *Kampfstaffel*, para que la alejara, lo que consiguió; pero los ingleses la emplazaron pronto en otro sitio y nos honraron de nuevo con sus atenciones. Pronto empecé a irritarme, y mandé que el Cuartel General se trasladara a El Hatian, donde se había alojado antes el mando del 30.° Cuerpo inglés.

La limpieza de la zona comprendida entre Tobruk y Gambut quedó terminada el 18 de junio, e inmediatamente se realizaron los movimientos necesarios para marchar sobre la plaza. Se llevó a cabo una espléndida tarea al organizar los suministros para el asalto. Durante nuestro avance habíamos encontrado algunos de los depósitos de artillería y municiones que nos vimos obligados a abandonar durante la ofensiva de Cunningham en 1941, y que fueron puestos otra vez en funcionamiento.

El Áfrika Korps pasó a ocupar su nueva posición la tarde del 19, mientras la 90.ª División Ligera se desplazaba hacia el este para apoderarse de los depósitos ingleses que se encontraban entre Bardia y Tobruk. El movimiento de dicha di-

visión tenía también por objeto incrementar la incertidumbre del adversario acerca de nuestras verdaderas intenciones. Además, las divisiones «Pavia» y «Littorio», esta última acorazada y de la que empezaban a llegar las primeras unidades, protegerían el ataque a Tobruk por el oeste y sur.

Aquella noche tuvimos la impresión de que nuestros movimientos habían sido observados por el enemigo de manera muy superficial, y de que, por lo tanto, existían posibilidades de que el ataque lograra una auténtica sorpresa. Dejando aparte la fortaleza de Tobruk, no quedaban blindados ingleses dignos de tenerse en cuenta en todo el desierto occidental, y nuestra empresa contaba con muchas posibilidades de triunfo.

A pesar de las dificultades sufridas hasta entonces, el Ejército seguía firme y confiado en la victoria. La víspera de la batalla cada soldado estaba en su puesto y preparado para el asalto.

La conquista de Tobruk

La guarnición de la fortaleza era aproximadamente la misma que en 1941, y consistía en las siguientes tropas del Imperio Británico:

- 2.ª División de Infantería sudafricana, reforzada.
- 11.ª Brigada hindú.
- Dos batallones de la Brigada de la Guardia.
- Varios regimientos de tanques de infantería, bajo el mando de la 32.ª Brigada de tanques.
- Artillería en número tal a poder formar varios regimientos.

Los datos no son exactos. La 2.ª División sudafricana constaba sólo de dos brigadas de infantería. Por otra parte, la 201.ª Brigada de la Guardia disponía de dos batallones y parte de un tercero. La 32.ª Brigada de Tanques estaba compuesta por dos batallones de carros de infantería. No había artillería adicional, aparte de la 4.ª Brigada Antiaérea.

Aunque estas fuerzas correspondían en número a la guarnición de 1941, no cabía esperar una resistencia tan tenaz y bien organizada, porque el grueso de las mismas nos habían presentado ya batalla y estaban deprimidas y cansadas. Además, el mando inglés, siempre algo lento en las tareas de reorganización, no había dispuesto de tiempo para proceder a una defensa adecuada.

Además de dichas tropas, Ritchie disponía de cinco divisiones de infantería, tres de ellas muy maltratadas, y dos recién llegadas al frente. Sus dos divisiones acorazadas habían quedado virtualmente deshechas en los recientes encuentros,

pero estaban recibiendo refuerzos y pertrechos desde el Delta del Nilo.

Digamos ahora unas palabras acerca de las defensas de Tobruk.

Ceñida por el este y el oeste por terreno rocoso y accidentado, la ciudad se extiende hacia el sur por una llanura arenosa. En los tiempos de Balbo había sido muy bien fortificada por los italianos, teniéndose en cuenta los efectos de las armas más modernas, al construir sus fortificaciones. Las numerosas posiciones defensivas que rodeaban la fortaleza estaban hundidas en el terreno, de tal forma, que sólo podían ser localizadas desde el aire. Cada una de ellas estaba dotada de un sistema de túneles que conducían a los nidos de ametralladoras y antitanques. Dichos nidos, de los que había gran cantidad, debían esperar hasta el último instante para deshacerse de su enmascaramiento y hacer objeto de un mortífero fuego a las tropas atacantes. La artillería no podía someterlos a tiro directo, por carecer de aberturas que sirvieran de puntos de referencia. Cada posición aislada estaba rodeada por un foso antitanque y espesas alambradas. Además, la zona disponía de fosos antitanques en todos aquellos lugares por los que los blindados podían pasar.

Tras el cinturón exterior, provisto, en muchos puntos, de varias líneas escalonadas, se disponía de potentes concentraciones artilleras, posiciones de campaña y varios fuertes. La mayoría de las fortificaciones estaban protegidas por extensos campos de minas.

El ataque de diversión por el sudoeste sería ejecutado por el XXI Cuerpo italiano, en cuyo apoyo se habían mandado algunos tanques. El núcleo que realizaría el ataque principal estaba compuesto por el Áfrika Korps y el XX Cuerpo italiano. Antes de iniciarse la operación, la zona situada al su-

deste de la fortaleza sería bombardeada por la totalidad de las fuerzas aéreas germanoitalianas en África. Una vez la infantería hubiese tomado las líneas fortificadas, el Áfrika Korps presionaría sobre los cruces de carreteras en dirección al puerto, abriendo la Vía Balbia hacia el oeste. El XX Cuerpo italiano seguiría tras el Áfrika Korps, para tomar las defensas inglesas y dirigirse luego hacia Ras el Madauer, a retaguardia de los sudafricanos.

20 junio 1942.

Queridísima Lu:

Anoche dormí sólo dos horas. Hoy será la jornada decisiva. Espero que mi suerte se mantenga. Estoy muy cansado, aunque bien.

Mis formaciones de asalto se concentraron en los lugares previstos, la noche del 19 de junio. A las cinco y veinte minutos varios centenares de aparatos lanzaron sus bombas sobre el punto de ruptura, al sudeste de la fortaleza. Observé los efectos de dicho bombardeo. Inmensos surtidores de polvo surgían de las posiciones mantenidas por los indios, arrojando al aire alambradas y armas. Los proyectiles llovían sobre el enemigo.

Cuando la aviación hubo terminado, la infantería del Áfrika Korps (15.ª Brigada de Fusileros) y el XX Cuerpo italiano se lanzaron al asalto. La noche anterior habían sido abiertos pasos en los campos de minas. Dos horas después las formaciones alemanas habían abierto una brecha en las defensas. Una posición tras otra fueron atacadas por mis «africanos» y conquistadas tras feroces combates cuerpo a cuerpo.

A las ocho los ingenieros habían tendido puentes sobre la fosa antitanque. Su hazaña mereció particulares alabanzas.

Es difícil concebir lo que significan trabajos de tal género bajo el intenso fuego enemigo. Sin embargo, el camino estaba abierto y di rienda suelta a los blindados.

Acompañado de mi *Gefechtsstaffel*, me dirigí a la 15.ª División Panzer, atravesando el sector ocupado por la «Ariete». En un transporte acorazado alcancé los pasos de los campos de minas sometidos a intenso fuego artillero. Como resultado del mismo, se habían producido considerables atascos, y en vista de ello mandé inmediatamente al Teniente Berndt para que organizara el tráfico. Media hora después crucé el foso antitanque, con Bayerlein, examinando dos de las posiciones conquistadas. Entretanto, el Áfrika Korps se estaba convirtiendo en blanco de los tanques británicos situados fuera de la fortaleza, y poco después se iniciaba una violenta batalla de carros, a la que se unió la artillería de los dos bandos. Hacia las once ordené a la «Ariete» y a la «Trieste», que se hallaban detenidas en la zona de defensa más allá del foso antitanque, seguir la penetración del Áfrika Korps. El ataque alemán prosiguió sin tropiezos, y tras una breve acción, en la que 50 tanques británicos quedaron destruidos, el Áfrika Korps alcanzó el cruce de *Sidi* Mahmud. La llave de Tobruk estaba en nuestras manos.

Acompañé el avance del Áfrika Korps desde el mencionado cruce. Un furioso fuego se abatía sobre las masas atacantes procedente de la zona del fuerte Pilastrino, y varios nidos de la depresión del Jebel. Algunos buques ingleses levaron anclas como dispuestos al rescate de las fuerzas adversarias. Inmediatamente ordené a la artillería y antiaéreos que disparasen sobre ellos, lo que así hicieron, hundiendo a seis, y siendo hechas prisioneras la mayor parte de sus tripulaciones.

El avance prosiguió, y pronto alcanzamos la pendiente que conduce a la ciudad, donde tropezamos con un núcleo fortificado, cuya guarnición se batió con extraordinaria tenacidad. Mandé al Teniente Von Schlippenbach para que conminara a rendirse a los 50 hombres que la componían. Su respuesta consistió en un fuego devastador sobre nuestros vehículos. El cabo Huber, cubierto por seis artilleros de los antiaéreos, consiguió acercarse y destruir la resistencia con granadas de mano.

Pilastrino ofreció capitular a última hora de la tarde, y en vista de ello se suprimió el proyectado ataque de los Stukas. El fuerte Solaro fue tomado por mis hombres, y otro buque quedó hundido en el puerto. Al caer la noche, dos tercios de la fortaleza se hallaban en nuestras manos. La ciudad y el puerto habían sido conquistados por el Áfrika Korps.

A las cinco de la mañana del 21 de junio entré en Tobruk. Prácticamente todos los edificios estaban reducidos a escombros o habían desaparecido por completo, la mayor parte como resultado de nuestro cerco de 1941. Luego fui hacia el oeste por la Vía Balbia. La Plana Mayor de la 32.ª Brigada de Tanques ofreció rendirse, lo cual nos dotó de 30 carros en perfecto uso[58]. A ambos lados de la Vía Balbia sólo se veían vehículos en llamas, y por doquier que se mirase reinaban el caos y la destrucción.

Hacia las nueve y cuarenta minutos, y a 7 Km. al oeste de Tobruk, me encontré en la Vía Balbia con el General Klopper G.O. C, de la 2.ª División de Infantería sudafricana y jefe de la guarnición de Tobruk. Le había sido imposible evitar la derrota por más tiempo, aunque hizo cuanto pudo para conservar el control de sus fuerzas.

Indiqué al General, que iba acompañado por su jefe de Estado Mayor, que me siguieran en su coche hasta Tobruk. A

ambos lados de la Vía Balbia se alineaban 10 000 prisioneros.

Al llegar al Hotel Tobruk hablé un rato con el General Klopper. Al parecer le habían fallado las comunicaciones cuando intentaba librarse del cerco. Todo había ocurrido demasiado de prisa. Di instrucciones al General sudafricano para que él y sus oficiales se hicieran responsables del orden entre los prisioneros y organizaran el reparto de víveres procedentes de los almacenes capturados.

21 junio 1942.

Queridísima Lu:

¡Tobruk! Ha sido una batalla memorable. Aún queda mucho que hacer en la zona de la fortaleza. Voy a procurar dormir unas horas, ahora que todo ha terminado. Me acuerdo mucho de ti.

La conquista de Tobruk, que había sido lograda sin interferencias exteriores, marcó la conclusión de la lucha en la Marmárica. Para cada uno de mis «africanos», el 21 de junio representó el punto culminante de la campaña de África. Redacté el siguiente Orden del Día para el Ejército Panzer:

«¡Soldados!

La gran batalla en la Marmárica se ha visto coronada por vuestra rápida conquista de Tobruk. Hemos capturado 45 000 prisioneros y destruido o tomado más de 1000 vehículos blindados y cerca de 400 cañones. Durante la dura lucha de las últimas cuatro semanas habéis descargado golpe tras golpe sobre el enemigo, con un valor y una tenacidad admirables. Vuestro espíritu de ataque le ha costado la pérdida del núcleo de su Ejército, que se hallaba en posición para emprender la ofensiva, y sobre todo la de su po-

deroso Ejército acorazado. Mi especial felicitación a oficiales y soldados por tan soberbia hazaña.

¡Soldados del Ejército Panzer de África!

Conseguiremos la completa destrucción del enemigo. No descansaremos hasta ver eliminados a los restos del 8.º Ejército inglés. Durante las jornadas que nos aguardan pediré de vosotros un esfuerzo más, que nos conduzca a la meta final.

Rommel».

Al día siguiente, Rommel supo, por un telegrama del Cuartel General de Hitler, que, en recompensa por su victoria, había sido nombrado Mariscal. Tenía cuarenta y nueve años. En los días siguientes estuvo tan ocupado, que se olvidó por completo de cambiar sus insignias, consistentes ahora en dos bastones cruzados. No fue hasta llegar a El Alamein, cuando Kesselring se lo hizo recordar, al tiempo que le entregaba dos de las suyas. Rommel recibió su bastón en Berlín, del propio Hitler. Por aquel entonces —septiembre del 42— manifestó a su esposa: «Hubiera preferido que me entregara una división».

Capítulo X: Persecución en Egipto

Tras la victoria de Tobruk, también nosotros habíamos agotado nuestras fuerzas, ya que las largas semanas de enconada lucha contra un enemigo superior en hombres y material obraron un efecto apreciable sobre las formaciones del Eje. Sin embargo, teniendo en cuenta el inmenso botín capturado, que incluía municiones, gasolina, alimentos y material de guerra de todas clases, podía pensarse en organizar una nueva ofensiva.

Roma me había asegurado varias veces que podía garantizarnos suministros en cantidad adecuada, siempre y cuando los puertos de Tobruk y Marsa Matruh cayeran en nuestras manos. Aquello incrementó mi resolución de explotar la debilidad de los ingleses, tras la batalla de Tobruk, penetrando cuanto pudiera en Egipto.

Pero no era éste el motivo principal de mi proyecto. Estaba decidido a toda costa a negar al enemigo la oportunidad de crear un nuevo frente, y ocuparlo con formaciones de refresco, procedentes del Cercano Oriente. El 8.° Ejército se hallaba diezmado, quedando reducido su núcleo tan sólo a dos divisiones de infantería; sus formaciones acorazadas, traídas a toda prisa de Egipto, carecían de poder ofensivo digno de tenerse en cuenta. La situación de nuestras fuerzas respecto a las inglesas resultaba alentadora, comparándola a los pasados tiempos. Nuestro propósito consistía en arrollar al 8.° Ejército por medio de una veloz marcha hacia el este, obligándole a la lucha antes de que hubieran afluido a él elementos procedentes del Oriente Medio. Si conseguíamos destruir

a los maltrechos restos del 8.° Ejército, que habían escapado a las batallas de la Marmárica, así como a sus dos divisiones de refresco —lo cual no era imposible—, los ingleses no dispondrían en Egipto de nada capaz de oponerse a nuestro avance hasta Alejandría y el Canal de Suez.

El plan tenía posibilidades de triunfo. íbamos a intentarlo. La existencia de mi ejército no quedaría en modo alguno comprometida, porque tal como estaban las cosas, podríamos cuidar de nosotros frente a cualquier posible contingencia[59].

Aquella operación hacia Egipto había sido objeto de comentarios adversos en varios lugares. Se dijo que la ruta de aprovisionamiento desde Bengasi a El Alamein era demasiado larga para que las columnas pudieran mantenerla mucho tiempo, mientras los ingleses se beneficiaban de la corta distancia entre su frente y Port Said.

Contra ello quiero exponer lo siguiente:

1.) La superioridad inglesa hubiese logrado resultados mejores en Sollum que en El Alamein, porque en Sollum hubieran podido rebasar nuestra línea por medio de amplias maniobras en el desierto, y con sus brigadas acorazadas —que para el tiempo de la batalla de El Alamein eran superiores a las nuestras, no sólo en número, como antes, sino también en calidad— habrían aplastado a nuestras divisiones motorizadas. Además, las posibilidades de retirar de Sollum a nuestra infantería no motorizada, hubieran sido menores que en El Alamein. Dichas formaciones, que formaban nuestro núcleo principal en El Alamein, hubieran resultado ineficaces en Sollum, donde el enemigo no habría tenido que romper sus líneas, bastándole con rodearlas sin esfuerzo alguno, convirtiéndose en presa fácil para él o en un lastre muy pesado para nuestra retirada.

2.) Nuestros aprovisionamientos no hubieran experimentado mayores ventajas en Sollum, porque con el frente tan hacia el oeste, en vez de ser atacados por los aviones ingleses los puertos de Tobruk y Marsa Matruh, lo hubieran sido los de Tobruk y Bengasi. De este modo, Bengasi hubiese quedado cerrado para los grandes buques, lo que hubiera significado una prolongación hasta Trípoli, distancia que nuestros transportes no hubieran podido cubrir. La base inglesa de aprovisionamiento no hubiese sufrido, por otra parte, perjuicio alguno, porque el enemigo disponía de ferrocarril, carretera y navegación de cabotaje[60].

Desde luego, es cierto que nuestras columnas de aprovisionamiento se enfrentaban a serias dificultades como consecuencia del avance en Egipto. Pero los órganos superiores de Roma debían haber contribuido con un esfuerzo similar al de cada tanquista o fusilero, extenuados por tantas semanas de continua lucha. Debía haber sido improvisado el suministro por mar a puertos de retaguardia, en la cantidad que siempre se nos había prometido. Las autoridades italianas pudieron hacerlo en cualquier momento. Cuando di órdenes de avanzar hacia Egipto, presumí que la posibilidad de una victoria en dicho país, ya casi al alcance de la mano, empujaría al Commando Supremo Italiano a un esfuerzo adecuado.

Basándome en tales argumentos, solicité del *Duce* el levantamiento de las restricciones que pesaban sobre el Ejército Panzer y que impedían avanzar más allá de la frontera. Una vez obtenido el permiso, se cursaron órdenes a todas las unidades para que se dispusieran a la marcha.

Nuestra maniobra de aproximación se efectuó sin un solo fallo. A pesar de la fatiga de las últimas semanas, las tropas estaban animadas de excelente espíritu y una vez más se hacía evidente la alta moral del Ejército Panzer. Mis fuerzas

empezaron su avance hacia el este el 22 de junio. Yo crucé la frontera el 23, detrás de la 90.ª División Ligera, que había recorrido ya un largo trecho. Espesas nubes de humo se elevaban hacia el este. Los ingleses habían evacuado la zona, y, según documentos capturados, el 8.° Ejército iba a ocupar posiciones en Marsa Matruh. Durante varios días, lo esencial para nosotros era conservar la velocidad de nuestra marcha.

23 junio 1942.

Queridísima Lu:

Otra vez avanzamos, y espero descargar el próximo golpe muy pronto. Todo reside ahora en la celeridad. Los acontecimientos de las pasadas semanas me parecen un sueño. Gause ha vuelto. Tiene un aspecto cansado, pero no podía permanecer más tiempo en retaguardia. Sigo bien y duermo como un tronco.

El 24 de junio acompañé a la columna de la 90.ª División, instándola a acelerar cuanto pudiera. Por desgracia, el África Korps andaba escaso de gasolina y permaneció inmovilizado varias horas. Afortunadamente encontramos gran cantidad de gasolina inglesa en la estación de Habata, pudiendo salvar parte de la misma, aun cuando ya había empezado a arder. A pesar de las dificultades, nuestro avance continuaba, y al día siguiente nos encontrábamos a 48 Km. al oeste de Marsa Matruh.

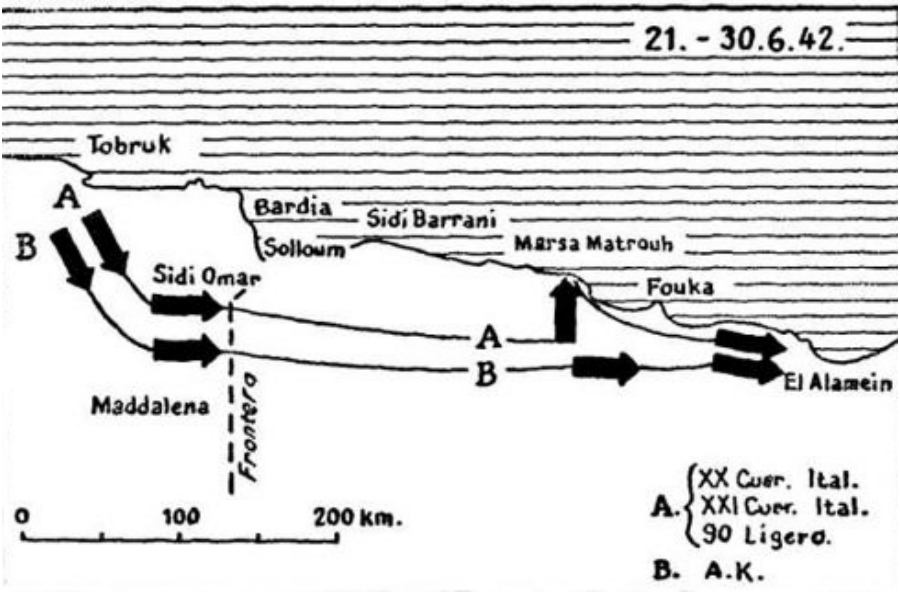
Mis formaciones se vieron atacadas repetidas veces por los bombarderos ingleses. Nuestra Luftwaffe se estaba reagrupando, y no podía mandar cazas. El Áfrika Korps, con sus 50 tanques, era el blanco más frecuente de los bombardeos. Una parte sorprendente de nuestros transportes consistía en vehículos capturados a los ingleses, y a cierta distancia era imposible distinguirnos de aquéllos. El *Kampfstaffel* Kiehl consiguió engañar a muchos británicos rezagados, a los que

hizo prisioneros, ante su profundo disgusto. También los italianos sufrían dificultades.

El 25 de junio, entre la «Ariete» y la «Trieste» poseían un total de 14 tanques, 30 cañones y 2000 soldados.

La «Littorio» quedó inmovilizada durante varias horas por falta de gasolina, y no pudo mantenerse al nivel de las demás. Se exigía lo imposible a los suministros. Los ataques aéreos ingleses sobre nuestras columnas prosiguieron durante la noche. Una salida tras otra fueron realizadas por los 200 aparatos de varios motores y los 360 de uno, de que Ritchie disponía en el Egipto occidental.

La mañana del 26 de junio bandadas de aviones continuaron actuando, y consiguieron destruir una columna de aprovisionamiento, lo que originó, durante algún tiempo, una grave carestía de carburante en el Áfrika Korps. A pesar de tales dificultades, aquel día conseguimos llegar a un punto situado 16 Km. al sudoeste de Marsa Matruh. Los restos de la 1.ª y 7.ª Divisiones Acorazadas inglesas retrocedieron desde dicha zona, dejando atrás tan sólo unidades de reconocimiento. No esperábamos gran resistencia en aquel lugar, pero sí una tentativa para retrasarnos el tiempo preciso que emplearan en evacuar el equipo de sus numerosos aeródromos e instalaciones, en la zona que rodeaba a Marsa Matruh y El Daba.



El avance sobre Egipto (junio de 1942).

Nuestra intención era atraer aún a la batalla a los ingleses, con el fin de destruir a la mayor parte de su infantería. Para ello planeamos cercar la fortaleza de Marsa Matruh, con su poderosa guarnición, y tomarla luego al asalto. Con el fin de disponer del espacio suficiente, los blindados ingleses serían rechazados mediante un rápido avance hacia el este, impidiéndoles operar alrededor de la fortaleza.

26 junio 1942.

Queridísima Lu:

Hemos recorrido un largo trayecto durante los últimos días, y esperamos lanzar hoy mismo nuestro ataque sobre los restos del enemigo. Llevo mucho tiempo acampado al aire libre, en el coche, con Gause. La comida ha sido buena, pero la cuestión del lavado tropezó con dificultades. Durante las pasadas veinticuatro horas he tenido mi puesto de mando junto al mar, y ayer y hoy he podido bañarme. Pero el agua no refresca; está demasiado caliente. Tengo mucho que hacer. Cavallero y Rintelen vendrán hoy, quizá para

aplicarnos los frenos hasta donde puedan. Esos mendigos no variarán nunca.

El mismo día 26 de junio se hizo evidente que Ritchíe intentaba detenerse provisionalmente en la línea Marsa Matruh-Bir Chalda[61]. Sin embargo, después de que el Áfrika Korps hubo arrojado a las unidades de reconocimiento inglesas sobre dicha línea, la 90.ª División Ligera se adelantó, rebasándola por el norte, y en rápida embestida alcanzó la costa, cerrándola en ambas direcciones.

Marsa Matruh quedaba, pues, cercada. Esta fortaleza disponía de defensas similares a las de Tobruk, pero su construcción distaba mucho de ser tan perfecta. Gran cantidad de minas —probablemente unas 200 000— habían sido colocadas en las cercanías. Dentro de la fortaleza se hallaba el grueso de las divisiones neozelandesa y 10.ª hindú, con elementos de la 50.ª inglesa y de la 5.ª hindú, que constituían el núcleo principal de la infantería inglesa[62].

Entretanto, el Áfrika Korps, mandado por el General Nehring, y el XX Cuerpo italiano, cuyo valeroso jefe el General Baldassare había caído el día anterior bajo los proyectiles británicos, tropezaron con una concentración de blindados al norte de Khalda. Tanques medianos estadounidenses, muchos de ellos recién traídos a Egipto, lanzaron un ataque tras otro contra nuestras formaciones. La batalla se prolongó hasta última hora de la tarde, quedando destruidos 18 blindados americanos. Por desgracia la falta de gasolina y munición nos impidió explotar debidamente dicho triunfo.

27 junio 1942.

Queridísima Lu:

Seguimos en acción, y espero conseguir mis objetivos. Ello me obliga, desde luego, a un gran esfuerzo, pero se tra-

ta de una oportunidad única. El enemigo se bate desesperadamente en retirada, utilizando sus fuerzas aéreas.

P.D.: Quizás aún pueda ir a Italia en el mes de julio. Procúrate pasaportes.

Las fuerzas motorizadas inglesas habían sido derrotadas otra vez, y no existía posibilidad de que pudieran ayudar a las tropas cercadas en Marsa Matruh. En dichas circunstancias era poco probable que, tras su experiencia de Tobruk, el mando inglés nos diera la oportunidad de destruir en el oeste de Egipto lo que quedaba de su infantería, porque ello hubiese significado abrirnos el camino hasta la capital. Esperábamos, pues, que toda la infantería motorizada inglesa intentase romper el cerco de Marsa Matruh, aún no bien cerrado, el 27 de junio, con el fin de ganar el desierto y escapar hacia el este. Muchos de sus vehículos trataron de huir por la zona sur, una vez la fortaleza quedó envuelta.

Para impedir nuevas tentativas de tal género, ordené a las unidades de la «Brescia» y la «Pavia», llegadas en camiones, que avanzaran cuanto pudiesen por el sur de Marsa Matruh. Sin embargo, con su defectuoso equipo y sus escasos elementos de transporte, aquella maniobra resultó horriblemente lenta. Otras formaciones italianas habían ocupado ya el sector oeste y sudoeste de la fortaleza. Las unidades que cubrían la línea recibieron órdenes de establecer la más estrecha vigilancia durante la noche.

La División Neozelandesa, al mando del General Freyberg, antiguo conocido mío de anteriores campañas, consiguió concentrar sus fuerzas durante la noche y escapar por el sur. Siguió una reñida escaramuza, en la que quedó envuelto incluso mi puesto de mando, que se hallaba en aquella zona. El *Kampfstaffel* Kiehl y elementos de la «Littorio» se trasladaron al lugar del encuentro. El fuego entre mis fuerzas y las

neozelandesas se hizo extremadamente violento, y mi puesto de mando quedó muy pronto rodeado por vehículos en llamas que lo convirtieron en un blanco excelente para los proyectiles enemigos. En vista de ello ordené el traslado hacia el sudeste. La confusión que reinó aquella noche resultó indescriptible. La obscuridad era tan densa, que apenas veíamos a pocos metros de distancia. La R.A.F. bombardeó a sus propias fuerzas, y mientras las trazadoras iban de un lado a otro, también las unidades alemanas se atacaron entre sí.

A primeras horas de la mañana, varios centenares de vehículos neozelandeses escaparon por las brechas existentes al sudeste de nuestro frente. En la guerra del desierto es sumamente difícil improvisar una larga línea, capaz de rechazar el ataque de unidades que han conservado la cohesión y que, gracias a sus elementos motorizados, pueden concentrarse súbitamente en un lugar determinado[63].

A las cinco de la mañana siguiente (28 de junio) me dirigí al lugar de ruptura, donde tan vivamente se había luchado la noche anterior. Encontramos a buen número de camiones llenos de cadáveres neozelandeses, destrozados por las bombas británicas. Aunque el grueso de las tropas enemigas se hallaba ahora hacia Fuka, Marsa Matruh seguía defendido por unidades de la 10.ª División hindú, la neozelandesa y la 50.ª inglesa, reforzadas por artillería y un regimiento de la 4.ª Brigada Acorazada recién llegado al frente. Las unidades, dispersas y peor organizadas que antes, seguían realizando renovados intentos para romper el cerco.

Las tropas de Matruh podían haber huido antes de que la carretera quedara cerrada. Pero parte de sus transportes habían sido utilizados para hacer más movible a la División Neozelandesa, que iba a cubrir el flanco. Sin embargo, muchos soldados se las compusieron para escapar durante la noche si-

guiente, aunque abandonando munición y pertrechos. El que parte de los mismos no pudieran lograrlo, subraya el parecer de Rommel acerca del valor de las formaciones plenamente motorizadas, aunque se equivoca al considerar como tales a las inglesas.

Hacia las cinco de la tarde, la 90.ª División Ligera, el 580.º Regimiento de Reconocimiento, el *Kampfstaffel* Kiehl y las unidades del XX y XXI Cuerpos italianos, recién llegados, se dispusieron al asalto. A pesar de la obstinada resistencia inglesa, el ataque frontal de la 90.ª División dio buenos resultados. La encarnizada lucha se prolongó toda la noche, mientras grupos de vehículos ingleses, grandes y pequeños, trataban continuamente de escapar. Muchos de ellos quedaron destruidos. En algunos lugares los británicos prendieron fuego a los camiones, con los cuerpos de sus camaradas dentro, y trataron de huir a pie. Debido a la claridad lunar, no nos fue difícil cercar a la mayoría de aquellos grupos. Enormes incendios se elevaban en la zona fortificada de Marsa Matruh.

29 junio 1942.

Queridísima Lu:

La batalla de Marsa Matruh ha sido ganada, y nuestras unidades de vanguardia se encuentran a sólo 200 Km. de Alejandría. Unos encuentros más y habremos alcanzado nuestra meta. Creo que lo más difícil ha pasado ya. Me encuentro bien.

Algunas acciones han exigido de nosotros esfuerzos incalculables. Pero existen momentos de calma en los que recobrarse del cansancio. Nos hallamos a 480 Km. al este de Tobruk. El sistema inglés de ferrocarriles y carreteras es excelente.

Por fin, a primera hora de la mañana siguiente, 29 de junio, la 90.ª División Ligera, por el este, y el *Kampfstaffel* Kiehl y el 580.° Regimiento de Reconocimiento, por el sur, se abrieron camino hacia la fortaleza. El fuego disminuyó paulatinamente, hasta cesar por completo. El botín fue enorme. Además de los grandes depósitos de víveres, cayó en nuestras manos material de todas clases, hasta formar el equipo de una división completa. Quedaron destruidos 40 tanques adversarios y 6000 soldados ingleses pasaron a los campos de prisioneros. Nuestros soldados habían luchado otra vez con admirable valentía. Por desgracia los neozelandeses mandados por Freyberg lograron escapar. Esta división, a la que ya nos habíamos enfrentado en 1941-42, estaba considerada como una de las más selectas en el Ejército enemigo, y hubiese preferido verla encerrada en uno de nuestros campos, que libre y dispuesta a contenernos.

El último puerto fortificado del desierto occidental egipcio se hallaba en nuestro poder, y los ingleses habían sufrido, de nuevo, considerables pérdidas. Sin embargo, pudieron trasladar el núcleo de su infantería a El Alamein, donde desde hacía algún tiempo se estaban llevando a cabo considerables trabajos de fortificación. Las posiciones habían sido ocupadas ya por unidades de refresco. Inmediatamente después de la caída de Marsa Matruh puse otra vez en marcha a mis tropas. Planeamos atravesar el frente de Alamein mientras su organización fuese todavía incompleta y antes de que los restos del 8.º Ejército hubiesen montado la defensa. Aquella línea era el último bastión desde donde los ingleses podían oponerse a nuestro avance. Una vez conquistado, la ruta quedaba libre.

Las fuerzas empleadas en Marsa Matruh partieron en dirección este, en cuanto la fortaleza hubo caído. También la

infantería italiana se puso en marcha hacia Fuka. Luego nuestros vehículos reanudaron su progresión. Al pasar ante el aeródromo de Bir Teifel Fukasch, balas de ametralladora empezaron a rebotar contra el suelo a nuestro alrededor. Inmediatamente me dirigí al Coronel Marcks, valeroso jefe de la 90.ª División Ligera, dándole instrucciones para que hiciese describir a su columna un giro hacia el sur. Sin embargo, pronto pudimos ver que había sido la «Littorio» la que hizo fuego sobre nosotros, confundiéndonos con ingleses en retirada. Amigos y enemigos no se distinguían ya, puesto que ambos bandos utilizaban los mismos vehículos. A mediodía supimos, por un mensaje interceptado, que los británicos abandonaban Haneish. Inmediatamente ordené que se rodeara a los «tommies», y un número considerable de ellos fue hecho prisionero. Varios kilómetros al sudeste de Fuka, la 90.ª División Ligera fue objeto de vivo fuego artillero inglés, procedente del sudeste y dirigido, al parecer, por vehículos de descubierta. Dichos vehículos fueron dispersados por unos cuantos cañones que situamos rápidamente en posición, después de lo cual el fuego disminuyó hasta desaparecer. Proseguimos nuestro avance. Kilómetros más allá tropezamos con franjas minadas, situadas entre los campos y ambos lados de la carretera. Pronto se produjeron estallidos bajo las ruedas de los vehículos de vanguardia. Después de que yo y unos cuantos más hubimos eliminado el peligro, la columna continuó su marcha. A la caída de la noche nos detuvimos a 10 Km. al oeste de El Daba. Fuertes explosiones se escuchaban hacia el este, lo cual nos causó desazón, por significar que los ingleses estaban volando unos depósitos cuyo contenido nos hubiera resultado inapreciable.

Hay momentos en que el lugar de un jefe no es a retaguardia, con su Plana Mayor, sino a la vanguardia de las tro-

pas. Resulta insensato afirmar que el mantenimiento de la moral es tarea privativa del comandante de batallón. Cuanto más alto sea el rango, mayor es el efecto que se consigue con las acciones personales. Los soldados tienden a no sentirse en contacto con un jefe al que saben bien protegido en su Cuartel General. Lo que desean es verlo físicamente entre ellos. En momentos de pánico, fatiga, desorganización, o cuando se pidan esfuerzos extraordinarios a la tropa, el ejemplo del jefe obra maravillas, especialmente si ha tenido la habilidad de crear cierta aura de leyenda a su alrededor.

Durante el período que relato, los sacrificios exigidos a mis fuerzas resultan inimaginables. Los oficiales se veían obligados a aportar un continuo ejemplo y a servir de modelo a sus subordinados[64].

30 junio 1942.

Queridísima Lu:

Marsa Matruh cayó ayer, tras de lo cual el Ejército continuó su marcha hasta última hora de la noche. Nos encontramos a 80 Km. más al este, y a menos de 160 de Alejandría.

La mañana del 30 de junio supe que elementos avanzados de la 15.ª División Panzer habían llegado ya a un punto situado más allá de El Daba. Un gran botín había caído en manos del Áfrika Korps, incluyendo una batería inglesa de 150 mm., que inmediatamente fue puesta en acción. Por desgracia los italianos se hallaban de nuevo en apuros, y era ya casi medianoche cuando alcanzaron la zona al oeste de El Alamein.

Mientras realizaba un reconocimiento me tropecé con un par de camiones y un cañón ruso[65] al extremo sur de la línea telegráfica. Uno de los camiones estaba cargado, y en las

cercanías se encontraban pistolas ametralladoras y fusiles. Al parecer, los ingleses habían sorprendido al grupo durante su sueño, haciéndolo prisionero. En El Daba encontramos, junto a la carretera, un gran depósito de víveres, en una de cuyas barracas instalamos nuestro puesto de mando. Sin embargo, los ataques de los cazabombarderos me decidieron a trasladarme más al este; pero también allí escuchamos pronto el tableteo de los aviones ingleses, que volaban a baja altura y que, al parecer, utilizaban nuevos aeródromos. En vista de ello, emprendimos un segundo traslado. Varios de nuestros vehículos habían sido incendiados.

Durante la tarde hablé del próximo ataque a El Alamein con varios de mis generales y jefes. Decidimos que se iniciara a las tres de la mañana siguiente. Entretanto, mis «africanos» afluían a las zonas de concentración. La misma tarde partí en mi coche hacia el este, en medio de una violenta tempestad de arena, encontrándome al Coronel Bayerlein, quien en su camino hacia el Cuartel General del Ejército había tropezado con las columnas de la 7.ª División Acorazada inglesa, que habíamos quebrantado antes.

Discutimos otra vez los pormenores del inminente ataque. Por la noche resultó claro que no podríamos adaptarnos al horario previsto, ya que las formaciones que lo llevarían a cabo habían sido hostigadas fuertemente por los ingleses en retirada, y además eran muchas las dificultades que ofrecía el terreno.

Capítulo XI: La iniciativa cambia de bando, el obstáculo de el Alamein

Mi ejército Panzer llevaba ya cinco semanas batallando contra fuerzas superiores inglesas. Durante cuatro de ellas la lucha se había librado en los alrededores de Tobruk, y mediante ataques a objetivos limitados, así como en acciones de defensa, habíamos conseguido derrotar a los británicos. Tras la caída de Knightsbridge y Gazala habíamos entrado al asalto en Tobruk. Los ingleses se retiraron primero a Marsa Matruh, y más tarde, a El Alamein.

Este continuo combatir había dejado exhaustas a mis tropas. Con nuestras reservas de material empezando ya a agotarse, sólo el alto espíritu de las formaciones y la voluntad de triunfar habían conseguido mantenerlas en pie. No sólo no había llegado material de repuesto, sino que, con una inexplicable falta de apoyo, las autoridades superiores nos habían mandado sólo 3000 toneladas durante el mes de junio, contra las 60 000 que necesitábamos, cifra que, por otra parte, nunca se alcanzó. Los depósitos capturados al enemigo nos ayudaron mucho a sobrepasar la crisis planteada tras la caída de Tobruk, pero hubiese sido necesario que los aprovisionamientos propios afluyeran después de manera regular.

En Roma se aportaba una excusa tras otra para paliar el fracaso de la organización que se suponía destinada a aprovisionar mi Ejército. Resultaba muy fácil decir: «Imposible», porque para ellos no era cuestión de vida o muerte. Pero si todos a una se hubiesen puesto a la tarea de buscar soluciones, se hubiera acabado por superar las dificultades técnicas.

He aquí algunas razones por las que falló nuestro sistema de abastecimiento:

1.) Muchas de las autoridades responsables no realizaron esfuerzo alguno, por la sencilla razón de que no se sentían directamente amenazadas. En Roma reinaba la paz, y no existían señales de inmediato desastre. Además, eran muchos los que no comprendían que la guerra en África se aproximaba a su punto culminante. Algunos empezaban a verlo, pero por motivos inexplicables no hicieron nada para enmendar el yerro. Conocía bien a esta clase de gentes. Siempre que surgían dificultades declaraban que nuestro abastecimiento era un problema insoluble, y lo demostraban con una avalancha de estadísticas. Carecían por completo de energía y de iniciativa. Dichos funcionarios debían haber sido relevados cuanto antes y substituidos por personal más competente.
2.) La protección de nuestros convoyes marítimos corrió a cargo de la Marina italiana. Pero buena parte de sus mandos, al igual que muchos italianos, no eran partidarios de Mussolini, y preferían vernos derrotados a victoriosos. En consecuencia, llevaron a cabo una continua labor de sabotaje. Sin embargo, no se extrajeron de ello las necesarias conclusiones políticas.
3.) La mayoría de los jerarcas fascistas eran demasiado corruptos y pomposos para hacer nada bueno. Además, con frecuencia se desentendían por completo del teatro de la guerra africano.
4.) Quienes hicieron lo posible para mandarnos refuerzos, apenas pudieron conseguir resultados concretos, a causa de la superabundancia de organismos existentes en Roma.

Considerando que en una guerra moderna son los suministros quienes deciden la batalla, resulta fácil comprender

hasta qué punto el desastre se cernía sobre mi Ejército.

Por otra parte, los ingleses no habían ahorrado esfuerzo para hacerse dueños de la situación, y organizaron la llegada de tropas de refresco a El Alamein con admirable celeridad. Sus jefes habían comprendido claramente que la próxima batalla en África determinaría la situación futura, y examinaban sus posibilidades con gran frialdad. Nuestro adversario consiguió tremendos resultados, ya que es en momentos de extremo peligro cuando se llevan a cabo acciones consideradas como imposibles hasta entonces. El riesgo mortal constituye un antídoto eficaz contra las ideas preconcebidas.

Más tarde las autoridades de Roma consideraron perfectamente natural el mandar abastecimientos a Túnez en cantidades nunca vistas en África, en una época en la que la mayor parte de los buques de que disponíamos en el verano de 1942 habían sido hundidos, y los ingleses ejercían en el Mediterráneo una vigilancia mucho mayor que durante nuestro avance hasta El Alamein. Pero entonces era ya demasiado tarde, porque los suministros del adversario habían alcanzado un nivel mucho más alto que los nuestros.

Hasta entonces mis ayudantes y yo nos las arreglamos gracias a la abundancia del material capturado. El 85 por 100 de nuestros vehículos eran ingleses. Mis tropas se habían portado espléndidamente, pero nuestra salvación se debía a la superioridad de algunas armas sobre sus equivalentes británicas. Ahora existían ya señales de que los tanques y antitanques ingleses eran de calidad mucho mejor, y si tal ventaja se incrementaba, significaría el fin de todas nuestras esperanzas.

Por este motivo resultaba esencial hacer lo posible para provocar el colapso inglés en el Cercano Oriente, antes de que llegaran de los Estados Unidos transportes de armas en

cantidad considerable. Durante el mes de julio tuvieron lugar una serie de sangrientas batallas frente a El Alamein, caracterizadas por los continuos bombardeos de la R.A.F. Conseguimos tomar algunas fortificaciones y avanzar unos cuantos kilómetros más allá de las mismas. Pero nuestro ataque hubo de detenerse finalmente por carecer de medios. Formaciones enemigas superiores a todo cuanto podíamos esperar embistieron entonces contra nuestras líneas. La posibilidad de arrollar a los restos del 8.° Ejército y ocupar Egipto quedaba anulada de manera irremediable.

El día 1.° de julio, y tal como habíamos previsto la tarde anterior, el Áfríka Korps se retrasó en el desarrollo del ataque contra las líneas adversarias. Sin embargo, al principio nuestras unidades consiguieron algunas ventajas.

A las dos y media de la madrugada me dirigí al frente desde mi puesto de mando, situado al sur de El Daba, con el fin de observar el curso de las operaciones. La ruta costera estaba sometida a un violento bombardeo artillero. Durante la mañana dos formaciones de aparatos ingleses descargaron sus proyectiles a lo largo del *Gefechtsstaffel* y nuestros vehículos. Me dirigí en primer lugar al mando del Áfrika Korps, y puse en acción a la artillería contra los cañones ingleses. A la una de aquella madrugada había pedido a la Luftwaffe que contribuyera con todos sus efectivos a la próxima batalla. Las piezas británicas cesaron lentamente de disparar. Bajo un bombardeo continuo de la aviación y los ataques rasantes de los cazas, trasladamos nuestro puesto de mando a la cota 31, sobre la pista de «emergencia». (*Pista del desierto, que corría muy cercana al frente y daba rápido acceso al mismo a cuantas tropas se encontraban en el sector*). Las baterías cercanas eran objeto de atención especial por parte de los bombarderos. Hacia las nueve, la 21.ª División Panzer se

lanzó contra el núcleo fortificado de Deir el Shein, que fue tenazmente defendido por la 8.ª División hindú, recién llegada del Irak.

Se trataba de la 28.ª Brigada de Infantería hindú..., no de la División completa.

Una vez más, los extensos campos de minas enemigos nos causaron grandes dificultades. El avance de la división se detuvo, entablándose una lucha feroz.

Al mediodía observamos el desarrollo en la zona sur de la batalla, entre la 21.° División Panzer y los indios. Las granadas enemigas caían alrededor de mi *Gefechtsstaffel*. El *Kampfstaffel*, que se hallaba en posición al nordeste, era fuertemente bombardeado, y varios vehículos ardían.

La 90.ª División Ligera notificó que su ataque se había iniciado a las tres y veinte, realizando algunos progresos, pero viéndose obligada a detenerse hacia las siete y media, ante la fortaleza de El Alamein.

No fue hasta que la división se trasladó más al sur cuando su ataque empezó a dar otra vez resultados. Ello ocurría hacia las doce. Lentamente la unidad se fue abriendo camino por la zona sudeste de El Alamein (*la misma se caracteriza por la inestabilidad de sus arenales*). Una vez allí, formó un frente defensivo contra el sur y el norte, y hacia las cuatro de la tarde renovó el ataque con objeto de penetrar hasta la carretera, cercando así la fortaleza y destruyendo su guarnición u obligándola a entregarse. Fue un momento de grave peligro para los ingleses, quienes, comprendiéndolo así, reunieron cuantos cañones les fue posible, desparramando una granizada de proyectiles sobre nuestras posiciones de ataque. Gradualmente el ímpetu del mismo disminuyó, hasta que las tropas se vieron obligadas a afianzarse al terreno, bajo un cañoneo infernal. La 90.ª División Ligera envió un

mensaje pidiendo artillería, ya que la suya no estaba en condiciones de proseguir actuando. Inmediatamente mandé al *Kampfstaffel* Kiehl al sur de la división, y en un coche blindado me adelanté para observar directamente lo ocurrido. Sin embargo, el denso cañoneo adversario nos obligó pronto a retroceder.

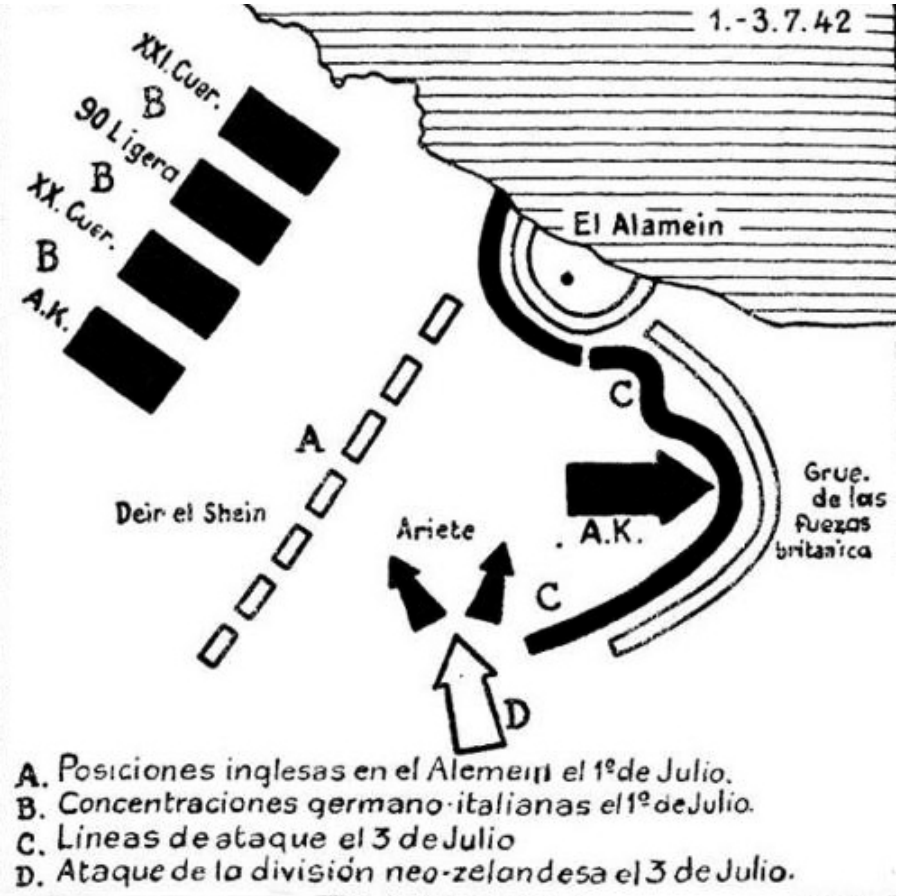
Nehring (*jefe del Áfrika Korps*) notificó que su unidad había arrollado a la mayor parte de los hindúes que defendían Deir el Shein. A última hora de la tarde la batalla había cesado, haciéndose prisioneros a 2000 hindúes y destruyéndose o capturándose 30 cañones ingleses.

Decidí aportar cuantos medios pudiera para apoyar el flanco sur de la 90.ª División. Acompañado por mi *Gefechtsstaffel*, me dirigí hacia allá junto con el *Kampfstaffel* Kiehl. Un nutrido fuego de artillería cayó sobre nosotros. Granadas inglesas llegaban rugiendo desde tres direcciones, norte, este y sur, y las trazadoras de los antiaéreos enfilaban a nuestras formaciones. Bajo tan tremendo peso, el ataque se interrumpió. Apresuradamente desparramamos nuestros vehículos y nos pusimos a cubierto, mientras los proyectiles seguían lloviendo sobre la zona. Durante dos horas, Bayerlein y yo nos vimos obligados a permanecer tendidos en el suelo.

De improviso, y para colmo de males, una poderosa formación de bombarderos se acercó, aunque por fortuna algunos cazas alemanes que habían escoltado a un grupo de «Stukas» la obligaron a emprender la retirada. A pesar del fuerte fuego antiaéreo inglés, nuestros «Stukas» volvieron al ataque varias veces, provocando incendios en la zona afectada. Cuando al atardecer la reacción inglesa empezó a debilitarse, ordené a mi *Gefechtsstaffel* regresar con la máxima rapidez a nuestro antiguo puesto de mando. El *Kampfstaffel* se sostendría en el lugar alcanzado.

A las nueve y media de la noche mandé a la 90.ª División que continuara su ataque hacia la ruta costera, a la luz de la luna. Deseaba abrir el camino hacia Alejandría lo antes posible. La defensa inglesa en el sector amenazado aumentaba a cada instante. Durante la noche, el jefe de la Luftwaffe me notificó que la flota británica había abandonado Alejandría. Ello me indujo a buscar una decisión durante los días siguientes. Al parecer, los ingleses no confiaban ya en su suerte y se disponían a retroceder. Estaba convencido de que una ruptura a través de tan amplio frente provocaría un verdadero pánico en las fuerzas adversarias.

Sin embargo, el ataque nocturno de la 90.ª División Ligera hubo de detenerse, debido al fuego de artillería y de ametralladora, que diezmó a los 1300 hombres que componían la unidad. Hacia el norte, la división se enfrentó a fortificaciones de cemento muy bien construidas, mientras hacia el este se le oponía un compacto sistema de defensas de campaña. Era imposible avanzar contra tales elementos, pero aun así el ataque se reanudó al día siguiente.



El primer ataque de El Alamein (1 a 3 de julio de 1942).

Las defensas al sur de El Alamein no eran excesivamente fuertes, por encontrarse desconectadas entre sí y carecer de profundidad. El disgusto de Rommel al verse detenido influyó indudablemente en la impresión que nos da de las mismas.

Entretanto, el Áfrika Korps continuó su ataque el 2 de julio con una embestida hacia el nordeste. Su objetivo consistía en profundizar hasta la costa, a unos 12 Km. al este de El Alamein, y luego tomar la fortaleza por asalto. Al principio los ingleses retrocedieron, pero poco después lanzaban un fuerte ataque contra nuestro expuesto flanco sur. La 15.ª División Panzer partió a refrenarlo, y sus blindados se enzarzaron bien pronto en violenta lucha. Las unidades de la 21.ª Di-

visión Panzer se vieron obligadas a la defensiva en aquel terreno arenoso y cubierto de matorrales, hasta que, por la noche, el grueso del Áfrika Korps quedó empeñado en dura lucha contra 100 tanques y unas 10 baterías.

También esto ultimo resulta exagerado, probablemente debido a que dos escuadrones de «Grants» llegaron al sector. El ataque alemán careció de empuje, y los prisioneros hechos durante aquellos días eran hombres al cabo de sus fuerzas.

Más y más tanques y cañones ingleses continuaban afluyendo al frente. El General Auchinleck, que entretanto se había hecho cargo del mando en El Alamein, manejaba a sus tropas con una habilidad extraordinaria y con unas dotes tácticas más eficaces que las de Ritchie; parecía contemplar la situación con fría tranquilidad, y no permitió que se propusiera mejora alguna a las maniobras planeadas. Esto último quedaría de manifiesto en los acontecimientos que siguieron.

Al cabo de tres días de vanos intentos contra el frente adversario, llegué a la conclusión de que valía más aplazar la ofensiva, tras el ataque siguiente. Los motivos que me impulsaron a ello tenían como causa principal la creciente fuerza adversaria, la mala situación de mis divisiones, que no disponían más que de 1200 ó 1500 hombres, y sobre todo las terribles dificultades con que tropezaba nuestro aprovisionamiento.

3 julio 1942.

Queridísima Lu:

Aquí se pierde toda noción del tiempo. La lucha por las últimas posiciones ante Alejandría es muy dura. He permanecido en primera línea unos cuantos días, viviendo en el coche o en un agujero abierto en la tierra. Las fuerzas

aéreas enemigas nos han hecho pasar muy malos ratos. Sin embargo, espero que todo se solucione bien. Te agradezco mucho tus queridas cartas.

*Están llegando montones de correspondencia, y Boettcher (*secretario de Rommel*) no se halla aquí. Probablemente se encuentra todavía con el coche-vivienda, a 700 Km. al oeste.*

Al mediodía del 3 de julio, tras varias horas de bombardeo inglés alrededor de mi Cuartel General, situado cerca de la punta de lanza del ataque, lancé adelante al Áfrika Korps contra la línea enemiga. Pero tras un triunfo inicial, la unidad se vio finalmente obligada a cesar en sus esfuerzos, a causa del fuego concéntrico defensivo. El mismo día empezaron a observarse síntomas de desintegración entre los italianos. Un ataque de los neozelandeses contra la «Ariete», a cuyo cargo corría la protección del flanco sur, triunfó de manera total. Veintiocho de nuestros treinta cañones fueron tomados por el enemigo, que capturó además 400 prisioneros, mientras el resto de los soldados huía presa de pánico.

Este revés nos cogió completamente de sorpresa, porque durante las semanas que duró la lucha alrededor de Knightsbridge, la «Ariete» —cubierta, es cierto, por tanques y cañones alemanes— se había batido bien, sufriendo cuantiosas bajas. Sin embargo, ahora los italianos no estaban a la altura de lo que se exigía de ellos.

La amenaza contra nuestro flanco sur, resultante de su acción, significó el que el proyectado y decisivo ataque hubiese de ser descargado por solamente la 21.ª División Panzer, cuya fuerza resultaba insuficiente. Más tarde se unió a la misma la 90.ª División Ligera, que tampoco fue capaz de forzar una decisión. El avance se detuvo.

En tales circunstancias, la continuación del mismo al día siguiente no hubiese producido otro resultado que un inútil desgaste. Aunque considerásemos inapreciable para los ingleses el otorgarles aquel respiro, no podíamos eludir un descanso de algunos días a nuestras tropas, al tiempo que intentábamos una amplia reorganización. Nuestro proyecto consistía en reanudar el ataque en cuanto fuese posible.

Como podía ocurrir que durante las próximas jornadas el enemigo contraatacara, las formaciones Panzer se reagruparon para la defensa, a lo largo de la línea.

4 julio 1942.

Queridísima Lu:

Por desgracia las cosas no marchan como yo quisiera. La resistencia es grande y nuestras tropas están exhaustas. No obstante, espero encontrar la manera de conseguir nuestro propósito. Me siento algo cansado.

5 julio 1942.

Estamos atravesando momentos muy críticos. Pero confío en superarlos. Gause ha sufrido otra vez los efectos de un impacto cercano (explosión de un obús), y Bayerlein lo reemplazará probablemente unos días. La recuperación de nuestras tropas es muy lenta. No resulta agradable verse forzado a la inmovilidad a sólo 96 Km. de Alejandría. Pero todo acabará bien.

Nuestra intención consistía ahora en retirar a las unidades motorizadas y acorazadas, una por una, con el fin de reorganizarlas y aprovisionarlas, reemplazándolas por divisiones de infantería italianas, la mayoría de las cuales se hallaban desgraciadamente todavía en zonas de retaguardia. La 21.ª División Panzer abandonó la línea el 4 de julio. Creyendo, sin duda, que eran los principios de una retirada ge-

neral, los ingleses la siguieron y atravesaron nuestra línea en una anchura de 4 Km.; 40 tanques ingleses se lanzaron a toda marcha hacia el oeste[66]. La situación era altamente desagradable, porque no disponíamos de munición artillera ni de antitanques. El mando de la artillería anunció que todas las piezas habían agotado sus proyectiles. Por fortuna una batería utilizable había sido observada en el grupo Zech, y gracias a sus últimas granadas se pudo contener a los ingleses. Inmediatamente ordené el uso inmediato de ciertos artilugios, entre los que se contaban tanques y cañones de 88 mm. simulados, para que los ingleses abandonaran sus intenciones. Luego procedimos a reforzar algunas baterías. Por fortuna encontramos 1500 proyectiles en Deir el Shein, núcleo de resistencia capturado, los cuales nos permitieron mantener en acción a unas cuantas baterías de «25 libras», asimismo capturadas. Los italianos tenían aún algunos depósitos, y por el momento pudimos considerar superada la crisis.

Desgraciadamente el aprovisionamiento de nuestras unidades se efectuó con suma lentitud, debido a que, por alguna razón inexplicable, los pocos buques encargados de abastecernos seguían teniendo como puertos de llegada Bengasi o Trípoli, en vez de Tobruk o de Marsa Matruh. Ello significaba que nuestro abastecimiento debía efectuarse por columnas o por embarcaciones de poco tonelaje, desde 1200 ó 2240 Km., lo cual significaba una distancia exorbitante, para la cual no estábamos preparados.

La actividad de los ingleses quedó restringida a ataques locales, que pudimos rechazar. Gradualmente la infantería italiana fue cubriendo la línea, y relevando a nuestras fuerzas motorizadas. Un hecho destacado en este período fue el derroche de munición efectuado por el enemigo en sus prime-

ras barreras de artillería. Durante la noche del 7 al 8 de julio, sus cañones dispararon 10 000 proyectiles en un sector pequeño, cubierto por la 15.ª División Panzer. Luego, en medio de densas tinieblas, su infantería avanzó hasta la proximidad de nuestras líneas arrojando cargas explosivas en los núcleos de defensa. Dicho ataque había sido precedido por tentativas continuas de los carros, efectuadas durante el día contra mis exhaustas tropas, que permanecieron todo el tiempo en sus trincheras y nidos, expuestas a un sol implacable. Mediante dicha táctica consiguieron tomar parte de nuestra línea. Pero cuando trataron de avanzar más, fueron rechazados por un animoso contraataque de las reservas.

El día 8 de julio nuestros efectivos totales eran los siguientes:

Tropas alemanas:

El Áfrika Korps con la 15.ª y 21.ª Divisiones Panzer, sumando un total de 50 tanques. Cada una incluía un regimiento de fusileros (300 hombres y 10 antitanques) y un regimiento de artillería de 7 baterías.

La 90.ª División Ligera, consistente en cuatro regimientos de infantería con un total de 1500 hombres, 30 antitanques y 2 baterías.

Tres batallones de reconocimiento, con 15 vehículos blindados en total, 20 transportes acorazados y 3 baterías capturadas al enemigo.

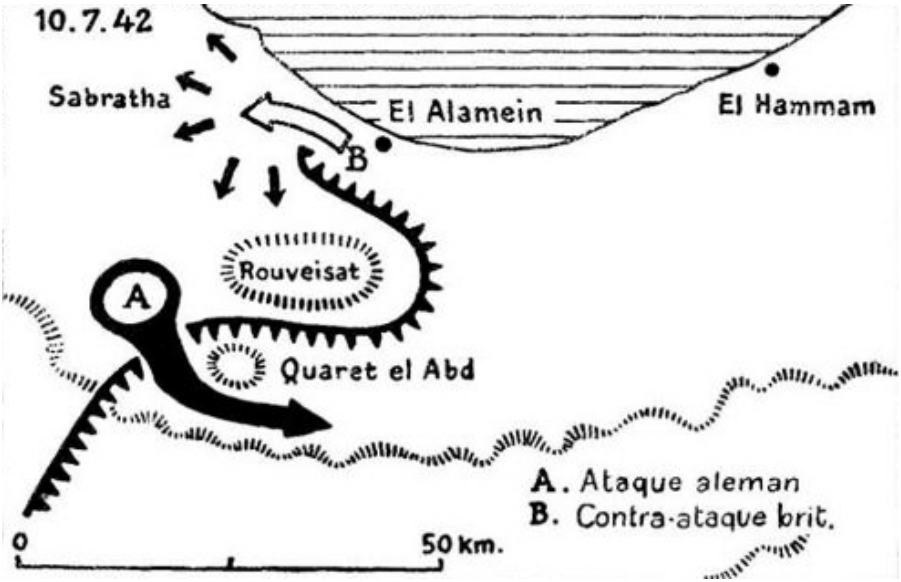
Artillería, con 11 baterías pesadas y 4 ligeras, así como 26 antiaéreos de 88 mm. y 25 de 20.

Tropas italianas:

XX Cuerpo Motorizado, comprendiendo 2 divisiones acorazadas y una motorizada, con un total de 54 tanques,

y 8 batallones motorizados (1600 soldados), así como 40 antitanques y 6 baterías ligeras.

Elementos del X y XXI Cuerpos italianos, consistentes en total en 11 batallones de infantería —cada uno de ellos de 200 hombres— y 30 baterías ligeras y 11 pesadas. Cuatro más, de estas últimas, se hallaban asignadas a la artillería del Ejército[67].



Combates del 8 al 10 de julio de 1942.

Puede verse claramente que mis unidades no merecían ya el título de divisiones. Por lo que a los italianos respecta, semejante escasez de medios no había sido ocasionada por la lucha, ya que se mantuvo similar durante toda la campaña. Sólo en las divisiones motorizadas y acorazadas se habían sufrido pérdidas a causa de acciones militares.

Entretanto, me había procurado un conocimiento exacto de la fuerza inglesa en El Alamein, descubriendo el sector más débil, por donde el 9 de junio intentaríamos asestar un duro golpe a los neozelandeses, tomando sus posiciones y utilizando dicha base para una ruptura.

Durante la noche del día 8, un grupo de reconocimiento de la 21.ª División Panzer penetró en Quaret el Abd, guarnecido por los neozelandeses. A la mañana siguiente el Ejército Panzer, con la 21.ª División Panzer, la «Littorio» y la 90.ª Ligera, avanzaron sobre la zona sur del frente inglés, que rompieron, continuando hasta el anterior punto de penetración en el centro de la línea. Los neozelandeses se retiraron cubiertos por unidades de la 5.ª División hindú y elementos de la 7.ª División Acorazada[68]. Entretanto, la 21.ª División Panzer había conseguido ocupar la totalidad de Quaret el Abd, evacuado por los neozelandeses. A primera hora de la tarde me entrevisté con el General Von Bismark, jefe de la 21.ª División Panzer, en la localidad de referencia, y discutimos nuestros planes futuros. Era nuestra intención atacar desde allí en dirección este, con el propósito de que cayera en nuestras manos toda la línea de El Alamein.

Quaret el Abd se encontraba en un terreno extremadamente favorable, y las fortificaciones estaban bien construidas con cemento, disponiendo de emplazamientos artilleros y extensos campos de minas. Los neozelandeses habían abandonado grandes cantidades de munición y equipos, sin que pudiéramos comprender el motivo de aquella retirada. Decidí trasladar allí mi cuartel general, durante la noche, y pasarla en una de las fortificaciones de cemento. Todo estaba tranquilo. Observando que la 5.ª División india y la 7.ª Acorazada habían sido hechas retroceder por nuestras fuerzas, planeamos continuar la presión al día siguiente, con todos los efectivos disponibles.

La mañana del 10 de julio nos despertamos hacia las cinco, escuchando el sordo tronar de la artillería hacia el norte. Inmediatamente comprendí que algo malo se estaba fraguando. De improviso, llegaron alarmantes noticias de que el enemi-

go había atacado desde El Alamein, arrollando a la División «Sabratha», que sostenía la línea a cada lado de la carretera. El enemigo perseguía a los italianos fugitivos y corríamos el grave riesgo de que llegara a destruir nuestros depósitos. Inmediatamente partí hacia el norte con el *Kampfstaffel* y un grupo de combate de la 15.ª División Panzer. El ataque desde Quaret el Abd hubo de ser cancelado, ya que las fuerzas que allí quedaban eran demasiado débiles para ejecutarlo con posibilidades de éxito.

Entretanto, la batalla proseguía en la costa. La División «Sabratha» había sido aniquilada casi por completo, perdiéndose buena parte de las baterías que se le asignaron. Parecía ser que los jefes de aquéllas no habían disparado sobre el enemigo que avanzaba sobre ellos, por no tener órdenes. Los italianos abandonaron la línea, empavorecidos, y sin intentar siquiera defenderse, buscando el desierto, y arrojando armas y municiones por el camino. Fue al mando del Ejército Panzer, dirigido entonces por el Teniente coronel Von Mellenthin, a quien hubimos de agradecer la contención del ataque británico. Ametralladoras y antiaéreos habían sido reunidos a toda prisa, y con la ayuda de parte del 328.º Regimiento de Infantería y de la 164.ª División Ligera, que se encontraba en camino hacia el frente, se pudo formar una línea de defensa improvisada a 3 Km. al sudoeste de su puesto de mando.

Hacia el mediodía las fuerzas retiradas del sur avanzaron contra el flanco del saliente inglés, pero el ataque fue contenido por un terrible fuego de artillería procedente de El Alamein. Al día siguiente, 11 de julio, los ingleses continuaron su ataque al sur de la ruta costera, utilizando poderosas concentraciones artilleras y apoyo aéreo, y varias unidades italianas más, esta vez de la «Trieste», fueron arrolladas y he-

chas prisioneras. Un número creciente de aquéllas hubo de ser retirado del sur y arrojado a la lucha en la zona meridional de la carretera. Muy pronto la totalidad de la artillería entró en acción, conteniendo el ataque inglés hasta que éste cesó. La marcha de nuestros adversarios a lo largo de la costa había conseguido la casi total destrucción de la «Sabratha» y buena parte de la «Trieste», cayendo en sus manos un amplio territorio. Nos vimos obligados a decidir que los italianos no eran ya capaces de sostener su línea. Se les había exigido demasiado, teniendo en cuenta sus cualidades, y los resultados eran catastróficos[69].

Existían espléndidos oficiales italianos que habían hecho lo indecible para mantener el espíritu de lucha entre sus hombres. Por ejemplo, Navarrini (del XXI Cuerpo), hizo lo que pudo, mereciendo mi profunda estima. Más tarde volveré a tratar este tema de las unidades italianas.

No podíamos pensar siquiera en lanzar un ataque importante en un futuro próximo. Me vi obligado a trasladar al frente a cuantos soldados se hallaban descansando, porque en vista de la derrota de tan gran núcleo de nuestras fuerzas italianas, la situación se estaba haciendo verdaderamente grave.

El frente se estaciona

Día tras día, refuerzos y formaciones de refresco y pertrechos afluían al 8.° Ejército, cuyas tropas disponían ahora de un mando eficaz. Con el abandono de nuestros planes ofensivos, al que las circunstancias nos obligaban, se eclipsó la idea de arrojar a los ingleses de la línea de El Alamein, mientras sus formaciones sufriesen aún las consecuencias de las últimas pérdidas. Por el contrario, el jefe británico estaba ahora en condiciones de llevar a cabo a toda prisa el refuerzo y aprovisionamiento de sus unidades. Debíamos reconocer que era ya imposible explotar nuestros éxitos en la Marmárica, hasta conseguir un triunfo decisivo.

El frente se había estabilizado, y el mando inglés se hallaba en su elemento, porque la forma moderna de los combates de infantería y la guerra de trincheras constituían su fuerte. Los ataques locales, bajo protección de tanques y artillería, eran una de las especialidades de nuestros adversarios. El frente de El Alamein llegaba al mar por el norte, mientras por el sur se abría la depresión de Quattara, llanura de arena blanda salpicada de marismas, y por lo tanto impracticable para los vehículos. La línea no podía ser envuelta, y, como resultado de ello, la campaña adoptó un cariz en el que ambos bandos poseían gran experiencia y conocimientos teóricos, pero que no permitía técnicas revolucionarias ni innovaciones de ningún género. En la guerra estacionaria la victoria se inclina hacia el bando que puede derrochar más munición.

Mi propósito había sido el de escapar a unas normas tan rígidas y alcanzar el desierto frente a Alejandría, donde

nuestra superioridad en tal clase de acciones hubiese sido decisiva; pero no pude conseguirlo. Los ingleses nos habían obligado a detenernos.

Durante las últimas jornadas, el jefe contrario había demostrado considerable audacia. Bien pronto comprendió que los italianos, con la apatía derivada de su enorme cansancio, eran una presa fácil. Con toda probabilidad continuaría sus ataques contra ellos.

Con el fin de aliviar un poco tan desagradable situación y eliminar la amenaza pendiente sobre nuestro frente sur a causa de las posiciones enemigas al oeste de El Alamein, decidí lanzar a la 21.ª División Panzer contra la fortaleza. El ataque (*13 de julio*) sería apoyado por cuantos cañones y aparatos pudieran utilizarse. La división aislaría la fortaleza por el este, en un ataque relámpago, penetrando luego en ella.

12 julio 1942.

Queridísima Lu:

La grave situación de los últimos días mejora paulatinamente. Pero la atmósfera está todavía cargada de electricidad. Espero poder avanzar mañana un nuevo paso.

13 julio 1942.

Hoy será otra jornada decisiva en esta dura lucha. Las tropas se mueven ya por el desierto. Con estas breves líneas, un saludo afectuoso para ti y Manfred.

Pero el ataque fracasó, sin que se pudiese llegar siquiera a la zona de la 9.ª División australiana, que algunos días antes había relevado a la 1.ª sudafricana en la fortaleza. La razón de este fracaso —aparte de la fuerte reacción artillera y de la perfección del atrincheramiento, que incluía tanques semienterrados—, fue probablemente la de que la infantería de

la 21.ª División Panzer no se había concentrado en la línea italiana, sino en un sector situado a 2000 ó 3000 m. tras de la misma. Como resultado de ello, los artilleros enemigos habían podido concentrar su fuego sobre las tropas desde las primeras etapas de la operación, deteniéndolas antes de que sobrepasaran nuestras propias líneas.

Al atardecer decidí interrumpir la acción. Me sentía de extraordinario malhumor, porque una fuerte tormenta de arena se había desencadenado durante la jornada, impidiendo toda visibilidad a los ingleses. Tal circunstancia nos hubiese favorecido extraordinariamente. Acabábamos de perder una oportunidad única.

Lo anterior resulta algo confuso, y quizás la observación de Rommel fuese redactada bajo la influencia de su estado de ánimo. El fracaso era casi inevitable, teniendo en cuenta que la situación era desventajosa para él.

14 julio 1942.

Queridísima Lu:

Mis esperanzas de ayer sufrieron un rudo desengaño. No pude conseguir éxito alguno. Sin embargo, debemos descargar el golpe y planeamos con entusiasmo futuras operaciones. Físicamente me encuentro bien. Hoy llevo pantalón corto por vez primera, ya que hace mucho calor. La batalla en el Este[70] *sigue espléndidamente, lo cual nos da valor para resistir aquí.*

Al día siguiente, 14 de julio, volví a dar orden de avanzar a la 21.ª División Panzer. Esta vez el objetivo era la posición abandonada por la «Sabratha», al oeste de El Alamein, y que ahora los australianos estaban fortificando. El ataque se inició tras un fuerte bombardeo de nuestros aviones. Pero la infantería se retrasó también y no pudo aprovechar los efectos

de dicha preparación. Fuertes ataques aéreos ingleses dispersaron a nuestras formaciones, y una vez más su artillería actuó de manera continua. Con el sol a la espalda, nuestras unidades se abrieron camino, de sur a norte, hasta la zona situada entre la carretera y la vía férrea, deteniéndose allí. A continuación tuvo lugar un encarnizado combate con los australianos, a los que conocíamos muy bien desde el sitio de Tobruk. La lucha duró hasta bien entrada la noche. Habíamos intentado continuar la operación al día siguiente, pero un nuevo retroceso nos obligó a cambiar de idea.

Aquella noche (14-15 de julio) los ingleses atacaron en el cerro de Ruweisat, penetrando en las posiciones del XX Cuerpo italiano. Poco después consiguieron abrir brecha en la «Brescia», llegando hasta las posiciones alemanas artilleras y de tanques, donde sus tropas de vanguardia fueron, por fin, detenidas en vigorosa lucha cuerpo a cuerpo. A primeras horas de la mañana siguiente continuaron el ataque, consiguiendo tomar el cerro, desde donde el grueso de las fuerzas atacó hacia el oeste. Parte de las mismas torcieron de nuevo en dirección contraria hasta alcanzar la retaguardia de la «Brescia» y la «Pavia», capturando al grueso de las mismas.

No fue eso todo, ya que la línea al sudeste de Deir el Shein cedió también; nuestros destacamentos antiaéreos se vieron pronto arrollados, a causa de no querer disparar sobre los numerosos grupos de italianos hechos prisioneros. A primeras horas de la mañana los ingleses se dispusieron a entrar en Deir el Shein, y con grandes dificultades los regimientos de reconocimiento y un grupo de combate del África Korps pudieron impedir la catástrofe que representaba la pérdida de un punto tan vital.

Inmediatamente mandé interrumpir el ataque de la 21.ª División Panzer en el norte, y la dirigí al lugar de reunión del Áfrika Korps, al sudoeste de Deir el Shein.

El contraataque del Cuerpo Panzer tuvo lugar por la tarde, ganando terreno lentamente contra la tenaz resistencia enemiga. A última hora la penetración pudo quedar contenida, y se hicieron 1200 prisioneros.

Al día siguiente, 16 de julio, los ingleses atacaron otra vez, aunque sólo en puntos aislados. Tras intensa preparación artillera, los australianos avanzaron a primeras horas de la mañana, apoyados por tanques, consiguiendo tomar algunos núcleos de resistencia guarnecidos por la «Sabratha» (*lo que quedaba de ella*). Muchos de los prisioneros capturados fueron enviados a nuestras propias líneas, llevándose cautivo al resto. Bajo el fuego concéntrico de la artillería germanoitaliana y los terribles efectos de los antiaéreos, el enemigo abandonó pronto el terreno ganado, dejando buen número de muertos y heridos.

Tras haber recorrido el frente, hacia las cinco de la madrugada, y haber sufrido los efectos de una violenta barrera de la artillería enemiga, así como un bombardeo de la R.A.F., conferencié con los jefes del Áfrika Korps acerca de cómo mantenernos en aquella difícil situación. Nuestras deliberaciones se vieron interrumpidas, porque no menos de nueve bombardeos aéreos tuvieron lugar entre las seis de la mañana y las tres de la tarde en las inmediaciones del lugar que ocupábamos.

La noche del 16 fue tranquila; sin embargo, cuando llegué al vehículo de operaciones, hacia las seis de la mañana siguiente, empezaron a llegar mensajes. Los australianos habían atacado otra vez desde El Alamein en dirección sudoeste, penetrando en nuestras líneas por los sectores de la

«Trento» y la «Trieste», capturando a un número considerable de italianos. Intentaban rodear nuestro frente por el sur.

17 julio 1942.

Queridísima Lu:

Todo marcha muy mal para mí, por lo menos en un sentido militar. El enemigo utiliza su superioridad en infantería para destruir una a una a las formaciones italianas, mientras las nuestras están ya demasiado débiles para poder resistir solas. Te aseguro que hay para llorar.

Habíamos planeado un ataque en el sector central, con el fin de recuperar el territorio perdido durante el asalto inglés al Cuerpo italiano, pero tuvimos que abandonar el proyecto, porque las tropas alemanas reunidas al efecto hubieron de marchar hacia el norte sin pérdida de tiempo, con el fin de taponar la nueva penetración. Los australianos empezaron a flaquear ante la línea improvisada por las unidades germanas. Mis «africanos» contraatacaron por la tarde, y por la noche habían vuelto a ocupar nuestra antigua posición. El enemigo desencadenó ataques similares sobre la «Trento», pero fue rechazado por el fuego de la artillería italiana y los bombardeos aéreos.

Aquel día todas las reservas alemanas hubieron de ser lanzadas a la brecha. Nuestras fuerzas eran tan inferiores a las inglesas, que podíamos considerarnos afortunados si lográbamos mantener el frente. El Mariscal Kesselring y el Conde Cavallero llegaron a mi puesto de mando hacia las cuatro de la tarde. Como de costumbre, Cavallero intentó disminuir la importancia de nuestras dificultades con el abastecimiento, a pesar de lo mucho que yo había insistido sobre su gravedad. Siguió una larga disputa, hasta que Kesselring y yo solicitamos una solución concreta. Aquella entrevista puso en evidencia lo apurado de nuestra situación y lo poco que podía-

mos esperar de los italianos. Cavallero prometió que a partir de entonces serían utilizadas barcazas para el abastecimiento del frente, y que el ferrocarril que llegaba a la línea entraría en servicio dentro de poco tiempo. Nos prometió también más formaciones italianas, pero, tras nuestras experiencias anteriores, nos mostramos escépticos..., acertando en ello, como el futuro se encargó de demostrar.

18 julio 1942.

Queridísima Lu:

Ayer fue un día especialmente crítico. Avanzamos de nuevo. Pero esto no puede seguir así, ya que el frente se desmoronará cuando menos lo esperemos. Militarmente es el período más difícil por el que he atravesado. Hay ayuda en perspectiva, pero ¡quién sabe si viviremos lo suficiente como para verla! Ya sabes lo optimista que siempre he sido, pero hay situaciones en que se ve todo negro. Sin embargo, confío en que este difícil período también transcurrirá.

Durante los cuatro días siguientes el frente permaneció más o menos tranquilo, y los ingleses no emprendieron ningún ataque. Era la calma que precedía a la tempestad. El 19 y el 20 de julio observamos concentraciones inglesas en el sector central, a donde afluían masas de artillería y de tanques.

La noche del 21 estalló la tormenta. Oleadas de infantería inglesa se lanzaron contra la 15. División Panzer, penetrando en sus defensas. Se pudo salir al paso de la situación, y 500 ingleses quedaron prisioneros. Como resultado de las inmensas bajas sufridas recientemente por los italianos, nuestras líneas estaban escasamente guarnecidas, aun cuando las habíamos acortado, retirándonos a una línea situada a la altura de Deir el Shein y Quaret el Abd. Carecíamos virtualmente de reservas.

En el norte, una numerosa fuerza australiana apoyada por tanques había atacado también, ganando terreno, metro a metro, hacia el sudoeste, contra la feroz resistencia de la infantería germanoitaliana.

Hacia las ocho de la mañana (día 22) el ataque principal se desencadenó en el centro por una fuerza que comprendía las divisiones 2.ª Neozelandesa, 5.ª Hindú y 1.ª Acorazada, junto con la 23.ª Brigada de Tanques, llegada aquel mes de Inglaterra. Mediante el apoyo de más de 100 tanques, los soldados ingleses se lanzaron contra nuestra línea en Deir el Shein, y más al sur, arrollando las posiciones en dicho punto, tras de que la infantería germanoitaliana hubo resistido hasta el final. Hacia las nueve el enemigo se hallaba peligrosamente detrás de nuestro frente. Por fin, la punta de lanza de los tanques se detuvo en la pista empedrada, donde cierto número de ellos quedó deshecho. Entonces intervino la 21.ª División Panzer, logrando rechazar el ataque inglés y eliminar todavía más blindados.

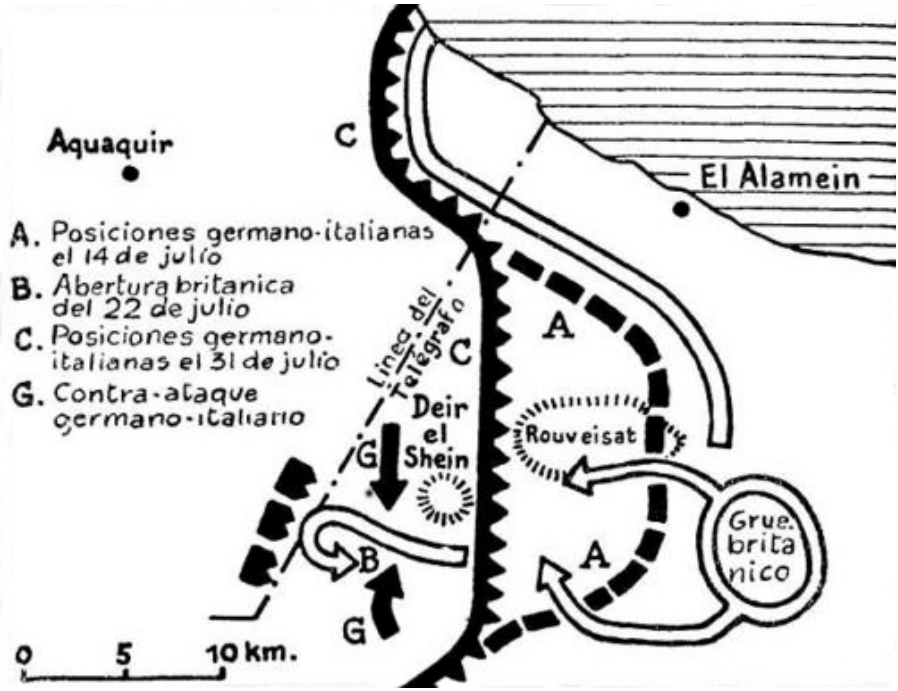
Teniendo en cuenta lo crítico de la situación en el centro, un número cada vez mayor de formaciones hubo de ser retirado del extremo sur. La batalla, que libramos con el máximo de movilidad y que exigía el uso de hasta nuestras últimas reservas, continuó durante todo el día. Poco a poco el ataque inglés fue frenado. Al atardecer, los australianos operaron de nuevo en el norte, aunque sin resultados apreciables. Su infantería tuvo que detenerse ante nuestro fuego defensivo, y los carros que intervinieron quedaron destruidos por mis formaciones móviles.

Al llegar la noche habíamos conseguido una notable victoria defensiva. 1500 ingleses se hallaban prisioneros y 140 de sus tanques quedaron destruidos (*dicha cifra es correctamente aproximada*).

La mayoría de tales vehículos se hallaba en territorio dominado por nuestras armas, y no pudieron ser salvados por los servicios de recuperación.

Pero nuestras pérdidas eran también apreciables y no carecían de gravedad, teniendo en cuenta la carencia de soldados. Algo más de tres batallones de infantería habían quedado eliminados, y aunque los blindados salieron airosos de la prueba, nos sentíamos preocupados ante la perspectiva de nuevos ataques.

Pero, al parecer, los ingleses lo pensaron mejor, o probablemente se sentían también cansados. El día siguiente también fue tranquilo, exceptuando en el aire, donde nuestra Luftwaffe atacó al enemigo con todos los medios a su disposición. Antes del ataque inglés, los zapadores del Ejército Panzer se habían dedicado a colocar minas en cantidad extraordinaria, y ahora prosiguieron dicha tarea. Explosivos de todas las procedencias, ingleses, alemanes e italianos, fueron enterrados en la arena, y muy pronto diversos sectores quedaron protegidos considerablemente.



La situación entre el 14 y el 31 de julio de 1942.

Tras de la lucha del 22 de julio hice transmitir a las tropas el siguiente mensaje: «Expreso a todos mi especial satisfacción por su valor durante nuestra victoriosa defensa del 22 de julio. Estoy seguro de que cualquier nuevo intento enemigo tropezará con idéntica reacción».

Entretanto, refuerzos de infantería habían ido afluyendo, y los boquetes se cerraban paulatinamente, aunque por desgracia no todas las tropas eran aptas para el «servicio tropical». Elementos de la 164.ª División de Infantería habían sido traídos desde Creta por vía aérea, aunque desprovistos de armas pesadas y vehículos. Varias unidades de una división de paracaidistas italianos —tropas de aspecto excelente— llegaron también al frente. Entretanto, el Ejército realizaba febriles esfuerzos para fortalecer la línea. Sin embargo, a pesar de dichas mejoras, no podíamos considerar eliminado el peligro

hasta que una adecuada reserva operativa se hallara detrás de nuestro dispositivo de combate.

26 julio 1942.

Queridísima Lu:

Ayer fue un día muy tranquilo. Estuve en la gran depresión (Cattara)..., un panorama fantástico. Se halla muy por debajo del nivel del mar. Nuestra zona se va repoblando lentamente. Lo peor ha pasado.

La noche del 26 de julio los australianos atacaron de nuevo, a la claridad de la luna. Su objetivo eran las líneas alemanas, al oeste de la pista El Alamein-Abu Dweis. La concentración se había llevado a cabo en el mayor secreto, y el asalto, precedido por un violento bombardeo de la R.A.F., consiguió cogernos casi por sorpresa. A pesar de la cortina de fuego tendida inmediatamente por la artillería germanoitaliana, los australianos consiguieron penetrar en nuestro frente y eliminar a gran parte del batallón alemán. Sin embargo, el atrevido contraataque del grupo de combate Briehl, el 3.er Regimiento de Reconocimiento y el *Kampfstaffel* Kiehl consiguieron provisionalmente cerrar la brecha y repeler al enemigo, causándole numerosas bajas.

El sector central de nuestro frente sufrió el ataque de la recién reorganizada 50.ª División inglesa, y parte de un batallón italiano quedó arrollado. El contraataque del 200.° Regimiento de Infantería y de un grupo de combate del Áfrika Korps consiguió también allí rechazar al enemigo hasta sus líneas.

La acción fue librada por la 69.ª Brigada de Infantería (de la 50.ª División), a la que seguiría la 1.ª División Acorazada. Pero el jefe de la última no quedó satisfecho ante la amplitud del paso abierta en el campo de minas por los zapadores sudafrica-

nos, y su retraso en avanzar estropeó el conjunto de la maniobra. La 69.ª Brigada de Infantería quedó momentáneamente aislada, y sufrió duras pérdidas hasta que se la pudo rescatar.

Los ingleses habían vuelto a experimentar un número de bajas considerable —1000 prisioneros y 32 tanques—, y su mando perdió las ganas de atacar de nuevo. El frente germanoitaliano había demostrado ser impenetrable para fuerzas como las que acababan de intentar romperlo. Después de la crisis sufrida, el imaginar que lograríamos sostenernos resultaba alentador. Aunque las pérdidas inglesas eran superiores a las nuestras, el precio satisfecho por Auchinleck no resultaba excesivo, porque lo más importante para él era contener nuestro avance, cosa que, por desgracia, había logrado.

La frase final de Rommel constituye un acertado veredicto a los acontecimientos de aquellas semanas cruciales. Por el contrario, su afirmación de que el mando inglés «había perdido las ganas de atacar de nuevo» no podía aplicarse a Auchinleck, aunque sí a algunos de sus subordinados. Una vez vistos los resultados de la batalla, el primero llegó a la conclusión de que no podía proseguirse la ofensiva sin refuerzos y un nuevo adiestramiento de las tropas. Durante el mes de julio el 8.º Ejército había sufrido 13 000 bajas, aunque capturando a 7000 prisioneros, de los cuales un millar eran germanos. El precio hubiera sido menor, y las ganancias mayores, de haberse desplegado más habilidad en la ejecución de los planes. La diferencia de bajas entre ambos bandos no resultaba excesiva, pero Rommel se encontraba en peor situación que su oponente para reponerlas. Su relato demuestra lo cerca que estuvo de una derrota en el mes de julio. Por otra parte, su desengaño se hace ya evidente.

Ojeada retrospectiva

Así terminó la gran campaña de verano, que se iniciara con tan fantástica victoria. Pero tras la caída de Tobruk, los inmensos recursos del Imperio inglés habían comenzado a afluir, haciendo cambiar el rumbo de los acontecimientos. Durante unos días pudimos confiar en que alcanzaríamos la zona del Canal de Suez, tras haber conquistado El Alamein. Pero mientras luchábamos de continuo con las mismas formaciones, los británicos pudieron retirar a las suyas de la línea de fuego para proceder a su reorganización, substituyéndolas por otras de refresco, completamente equipadas y con sus efectivos totales. Mis tropas eran cada vez menores en número, y las bajas por muerte, heridas o enfermedad aumentaban sin cesar. Una y otra vez los mismos batallones, transportados en vehículos cogidos al adversario, se lanzaron al ataque por los arenales. Una y otra vez, los mismos tanques, con idénticas tripulaciones, atravesaron las líneas adversarias, mientras la artillería, con sus sirvientes jamás relevados, entraba en posición. Lo conseguido durante aquellas semanas por oficiales y tropa sobrepasa los límites de la resistencia humana.

Había exigido de mis soldados esfuerzos tremendos, sin concederles un descanso, ni concedérmelo a mí. Después de la caída de Tobruk y el colapso del 8.° Ejército, comprendí que el camino hacia Alejandría había quedado abierto, y tanto mis ayudantes como yo hubiésemos sido unos insensatos, de no intentar aprovechar aquella oportunidad única. No cabe la menor duda de que si el éxito hubiera dependido de la voluntad de vencer de mis hombres, habríamos sobrepasado

El Alamein. Pero nuestro aprovisionamiento había cesado..., gracias a la pereza, la ineptitud o la desgana de los organismos superiores.

Luego se derrumbó el poder combativo de muchas unidades italianas. Un deber de camaradería me impulsa a declarar que las derrotas de nuestros aliados en el frente de El Alamein no se debieron exclusivamente a las tropas. El italiano fue voluntarioso, abnegado y buen camarada, y considerando las condiciones en que luchaba se portó mejor de lo que cabía esperar. Las unidades italianas, en especial las formaciones motorizadas, sobrepasaron en aquella corta época lo logrado por su Ejército entero en cien años. Muchos jefes y oficiales se ganaron nuestra admiración, como hombres y como soldados.

La derrota italiana tenía su origen en el sistema militar operante, en la pobreza de sus medios y en la falta de interés hacia la guerra demostrado por los hombres de Estado y los círculos oficiales del país. Con mucha frecuencia los fracasos de nuestros aliados impidieron llevar a efecto mis planes.

En general, los defectos principales derivaban de las siguientes causas:

El mando italiano no se hallaba, en su mayor parte, a la altura de las cualidades exigidas por la guerra en el desierto, donde lo esencial era la rapidez de las decisiones, seguida de acción inmediata. El adiestramiento del soldado resultaba a todas luces insuficiente. El equipo era tan malo, que ninguna unidad podía sostenerse sin ayuda alemana. Quizás el mejor ejemplo de dicha inferioridad —aparte de los graves defectos técnicos de los tanques, con sus piezas de corto alcance y sus débiles motores— lo aportase la artillería, de escasa movilidad y débil potencia. Los antitanques no estaban a la altura de las circunstancias. El alimento era tan insuficiente, que en

muchas ocasiones el soldado italiano tuvo que pedir comida al alemán. Otro aspecto sumamente perjudicial de la cuestión residía en la gran diferencia de trato entre soldados y oficiales. Mientras los primeros se preparaban sus víveres de cualquier manera, sin cocinas de campaña, los segundos no renunciaban jamás a sus menús de varios platos. Muchos oficiales no consideraban necesario hacer acto de presencia durante las batallas, rebajando hasta el máximo la moral de sus subordinados. Teniendo en cuenta lo antedicho, no resulta extraño el que el soldado italiano —que, por otra parte, era muy modesto en sus necesidades— desarrollase un fuerte sentimiento de inferioridad, que en muchas ocasiones fue la causa del fracaso. No existía la menor esperanza de que ello cambiara, aunque algunos jefes se esforzasen para conseguirlo.

Durante la marcha hacia El Alamein mi mayor deseo consistió en que el enemigo no pudiera acumular material al oeste de Alejandría, ya que, en tal caso, la superioridad inglesa hubiera resultado mayor que en la Marmárica, y su mando pondría en práctica lo aprendido en aquella ocasión. Pero también quería evitar a toda costa el convertir la guerra en una pugna estacionaria, porque las tropas británicas estaban muy bien adiestradas para tal clase de lucha. Las buenas cualidades del adversario, como, por ejemplo, su tenacidad, ocasionarían graves daños, mientras sus defectos, como la inmovilidad y rigidez, afectarían poco a la situación global.

Habíamos fracasado en ambas cosas, y el futuro se presentaba obscuro.

Desde luego, estábamos ocasionando graves pérdidas al enemigo.

Entre el 26 de mayo y el 30 de julio, 60 000 ingleses, sudafricanos, hindúes, neozelandeses, franceses y australianos

pasaron a nuestros campos de prisioneros. Mis muchachos llevaban destruidos más de 2000 tanques y vehículos acorazados. El material de todo un ejército yacía destrozado en el desierto, y miles de sus vehículos eran utilizados por mis tropas.

Pero también nuestras pérdidas eran graves. Del lado alemán habían muerto 2300 oficiales y soldados, 7500 resultaron heridos y 2700 fueron hechos prisioneros. Las fuerzas italianas sufrieron la pérdida de 1000 oficiales y soldados muertos, más de 10 000 heridos y unos 5000 prisioneros. No es preciso añadir que el descalabro era grande, por lo que al material respecta.

Tras resonantes victorias, la espléndida campaña de verano terminaba en un peligrosísimo marasmo.

2 agosto 1942.

Queridísima Lu:

Sin novedad, exceptuando gran actividad aérea contra mis líneas de abastecimiento. Agradezco cada día que transcurre en calma. Muchos enfermos. Por desgracia gran número de oficiales antiguos han causado baja. También yo me siento muy cansado, a pesar de haberme cuidado en lo posible.

El ferrocarril desde Tobruk al frente no funciona todavía. Esperamos locomotoras.

El mantenernos en la línea de El Alamein nos obliga a la lucha más cruel que hemos conocido en África. Sufrimos diarrea a causa del calor, aunque soportable. Hace un año tuve ictericia, y aquello resultó muchísimo peor.

5 agosto 1942.

Dificultades con los suministros. Rintelen no hace apenas nada en Roma, y se deja engañar constantemente, porque a

los italianos les llegan con regularidad.

10 agosto 1942.

Kesselring estuvo aquí ayer. Llegamos a un acuerdo sobre el futuro. Es preciso utilizar hasta el máximo las semanas de que disponemos. La situación varía lentamente a nuestro favor.

Memorias

Los efectivos nominales de las fuerzas alemanas, a finales de agosto de 1942, eran los siguientes:

África Korps

25 000 soldados.

371 tanques.

246 antitanques.

72 piezas de artillería.

5600 vihículos diversos (600 con cadenas).

90.ª División Ligera

12 500 soldados.

220 antitanques.

24 piezas de artillería (el resto no llegó a ser mandado a África).

2400 vihículos (250 con cadenas).

Artillería de campaña

3300 soldados.

56 piezas.

1000 vehículos (100 con cadenas).

164.ª División de Infantería

11 500 soldados.

45 antitanques.

36 cañones.

(Se había intentado convertirla en «División Ligera», pero no se consiguió disponer de antitanques y vehículos de transporte en la necesaria cantidad. El número de estos últimos era sólo de 300, incluyendo los capturados a los ingleses).

Índice de Croquis

Primera parte: Francia

La ofensiva en el Oeste y el avance de la División de Rommel (mayo - junio de 1940): **Ver Mapa**.

El paso del Mosa: **Ver Mapa**

Movimientos de la División de Rommel en torno de Arras y Lille: **Ver Mapa**

El paso del Somme: **Ver Mapa**

La ofensiva de Rommel hacia Elbeuf y Saint Valery: **Ver Mapa**

El ataque a Cherburgo: **Ver Mapa**

Segunda parte: Victoria en África

Mapa general de operaciones en el norte de África: **Ver Mapa**

Marcha de aproximación hacia el Agheila: **Ver Mapa**

El avance de Cirenaica (Marzo - Abril de 1941): **Ver Mapa**

Ataques a Tobruk (abril de 1941): **Ver Mapa**

La ofensiva británica (junio de 1941): **Ver Mapa**

El contraataque alemán (junio de 1941): **Ver Mapa**

Ofensiva inglesa (noviembre 1942): **Ver Mapa**

Plan de contraataque de Rommel (24 de noviembre de 1941): **Ver Mapa**

El repliegue alemán: **Ver Mapa**

Retirada de Cirenaica (diciembre de 1941): **Ver Mapa**

El combate de tanques de Agedabia (diciembre de 1941): **Ver Mapa**

El contraataque de Rommel (enero de 1942): **Ver Mapa**

Tercera parte: Siguen las victorias

Plan de ataque de Rommel (mayo de 1942): **Ver Mapa**

Situación de la ofensiva el 27 de mayo de 1942: **Ver Mapa**

Situación el 1 de junio de 1942: **Ver Mapa**

El ataque a Bir Hachein y la contraofensiva inglesa (5 y 6 de junio de 1942): **Ver Mapa**

Combates del 12 y 13 de junio de 1942: **Ver Mapa**

La retirada inglesa (15-20 de junio de 1942): **Ver Mapa**

La toma de Tobruk (19-21 de junio de 1942): **Ver Mapa**

El avance sobre Egipto (junio de 1942): **Ver Mapa**

El primer ataque de El Alamein (1 a 3 de julio de 1942): **Ver Mapa**

Combates del 8 al 10 de julio de 1942: **Ver Mapa**

La situación entre el 14 y el 31 de julio de 1942: **Ver Mapa**

ERWIN JOHANNES EUGEN ROMMEL (Heidenheim del Brenz, Alemania el 15 de noviembre de 1891 - 14 de octubre de 1944). Llamado el Zorro del Desierto, fue un militar alemán muy brillante, que participó en la Primera Guerra Mundial y en la Segunda Guerra Mundial.

Su carrera en la Primera Guerra Mundial, comenzó como alférez, y durante la contienda ascendió a teniente; destacó en el frente occidental y sobre todo en los Alpes, donde llevó a cabo acciones meritorias durante la batalla de Caporetto, y más tarde en la toma de Longarone.

En todas estas acciones demostró gran habilidad para la infiltración y las maniobras sorpresivas. Sus actuaciones le valieron la Cruz de Hierro de Primera Clase y la Medalla al

Mérito Militar. Acabada la guerra, continuó en el reducido ejército alemán al mando de un batallón.

El ascenso al poder del partido nazi y la política hitleriana de rearme dieron un giro crucial a su carrera. Ya con el rango de general, formó parte del cuartel general de Hitler desde el principio de la Segunda Guerra Mundial. En la campaña de Francia, al mando de la VII División Acorazada, tuvo un papel relevante en la ruptura de las líneas aliadas en el Mosa y la posterior penetración que condujo a la victoria alemana. Por su rapidez de movimientos, su unidad fue conocida como «la División Fantasma».

En 1941 fue enviado a Libia con el Afrika Korps para apoyar a los italianos en la guerra del desierto. Allí, su habilidad se puso de manifiesto al infligir una derrota tras otra a los británicos, pese a contar con medios muy inferiores. Finalmente, escaso de material y combustible, fue vencido por el VIII Ejército Británico en El-Alamein y hubo de retirarse.

En 1943 se hizo cargo de las defensas del Muro del Atlántico en Francia y del grupo de Ejércitos B, por lo que estuvo al mando de las fuerzas encargadas de repeler el desembarco de Normandía en junio de 1944. En julio fue herido en un ataque aéreo y, aún convaleciente, fue acusado de haber formado parte del complot para matar a Hitler. Para evitar un juicio público, decidió aceptar la opción de suicidarse que le ofreció el propio Füher.

Notas

[1] Guerra relámpago. (N. del t.). <<

[2] Fuerzas populares. (N. del t.) <<

[3] Esta nota inicial ha sido redactada por el editor, Capitán B.H. Liddell Hart. Las demás aclaraciones intercaladas por el mismo en el texto de Rommel van en letra cursiva. <<

[4] La 7.ª División Panzer comprendía:

Unidades blindadas: 25.° Regimiento Acorazado. 37.° Batallón Acorazado de Reconocimiento.

Infantería Motorizada: 6.° Regimiento de Fusileros. 7.° Regimiento de Fusileros. I.° Batallón de Motocicletas. Ingenieros: 58.° Batallón de Zapadores.

Artillería: 78.° Regimiento de Artillería de Campaña (de tres batallones, cada uno con tres baterías de cuatro piezas). 42.° Batallón de Antitanques. <<

[5] En el Ejército alemán, las unidades y formaciones eran designadas con mucha frecuencia por el nombre de su jefe. <<

[6] *Nota por Manfred Rommel*: Hanke era un miembro prominente del Partido nazi y funcionario del Ministerio de Propaganda de Goebbels. Parece ser que se hizo impopular entre sus compañeros a causa de su conducta arrogante, y Rommel acabó por retirarlo de su Plana Mayor, tras de un incidente en el comedor, cuando sugirió que tenía poder suficiente pa-

ra quitar el mando incluso a Rommel. Éste redactó luego un largo imforme al ayudante de Hitler.

Más tarde fue nombrado *gauleiter* de Silesia, haciéndose famoso por su defensa deBreslau, ciudad que resistió basta el último momento. Cuando, completamente en ruinas, acabó por capitular, Hanke no se quedó en ella, sino que huyó en un aeroplano, abandonando a la población a las brutalidades de los rusos. A partir de entonces nada ha vuelto a saberse de él. <<

[7] *Eingetroffen*, en vez de *eingeschlossen*. (N. del t.) <<

[8] El propio Rommel. <<

[9] El *Gefechtsstaffel* a que Rommel se refiere en sus campañas era una plana mayor, consistente en tropas de transmisiones y un pequeño grupo de combate que disponían de vehículos apropiados, incluyendo camión de radio, y que siempre los acompañaban en sus operaciones, actuando como una especie de Estado mayor avanzado. <<

[10] En la Historia oficial de la 7.ª División Panzer se declara que las pérdidas de la unidad en aquella jornada fueron de 86 muertos, 116 heridos y 173 desaparecidos, es decir cuatro veces mayores que en la arremetida contra territorio francés <<

[11] Los que Rommel considera pesados debían ser sin duda tanques «Mark II» «Matilda» de 26 Tm., más lentos que los medianos alemanes «Panzer III» (20 Tm. y 35 Km. por hora). Pero la Brigada Británica había quedado reducida a una compañía de dieciséis tanques, entre los que se hallaba un solo «Mark II». <<

[12] *Nota de Manfred Rommel*: —Durante la Segunda Guerra Mundial se concedieron las siguientes condecoraciones al valor militar: a) Cruz de hierro de Primera y Segunda clases

(la Primera especialmente para oficiales), *b*) Cruz alemana de Oro (grado intermedio entre la Cruz de hierro de Primera clase y la Cruz de Caballero. Se otorgó a unos 3000 hombres), *c*) Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro (concedida a un número que oscila entre 1500 y 3000). *d*) Hojas de roble para la Cruz de Caballero (250 a 300 condecorados), *e*) Hojas de roble con espadas (entre 80 y 100). *f*) Hojas de roble con espadas y brillantes (unos 30).

En un período más avanzado de la guerra, se concedieron también por acciones en campaña. <<

[13] En realidad, 200, por la ruta seguida por Rommel. <<

[14] El mando alemán había recibido informaciones acerca de una posible rebelión en la zona no ocupada de Francia. Caso de que así ocurriera, se proyectó penetrar en el sur del país en cuanto se tuvieran indicios de que la situación se agravaba. <<

[15] General von Rintelen, agregado militar germano en Roma y representante del Alto Mando Alemán cerca del Comando Supremo italiano. <<

[16] El 5.° Regimiento Panzer iba equipado con 120 tanques, pero de ellos sólo 60 eran de tipo mediano (Panzer III y IV). La división italiana Ariete operó con 80 tanques… todos cuantos por aquel entonces estaban disponibles. <<

[17] Ghibli era el nombre con el que designaban a los aparatos italianos. Procedía de la misma palabra árabe, que significa «tormenta de arena», en cuyo sentido se le emplea más adelante en este mismo párrafo. <<

[18] Blindados ligeros para el transporte de infantería. (N. del t.) <<

[19] Alfred Ingemar Berndt, funcionario del Ministerio de Propaganda, incorporado a las fuerzas de Rommel. <<

[20] El *Kampfstaffel*, que no debe confundirse con el *Gefechtsstaffel*, era una unidad formada para la protección del Cuartel General del Cuerpo de Ejército. Normalmente constaba de una compañía para el Cuerpo, y de un batallón para el Ejército. Durante el curso de la campaña de África el *Kampfstaffel* fue utilizado, cada vez con más frecuencia, como grupo de combate para tareas especiales. <<

[21] Aparato ligero, capaz de volar a muy escasa velocidad y que era utilizado para la observación, evacuación de heridos, etc. (N. del t.) <<

[22] Otro término para designar al *Gejechtsstafjel*. <<

[23] Vehículo acorazado de mando, capturado a los ingleses por Rommel en las cercanías de Agheila. <<

[24] En el Ejército alemán el «Ic» es la Sección de Información del Cuartel General. El término también se usa, como aquí ocurre, para designar al jefe de dicha Sección. <<

[25] El *Führungsstaffel* estaba compuesto por las secciones «la» (operaciones) e «Ic» (información). Por regla general se le colocaba en los sectores avanzados, mientras Rommel ejercía el mando con su *Gefechsstaffel* movible. <<

[26] O'Connor había sido enviado a relevar a Neame, pero en un rasgo de consideración muy comprensible, había preferido actuar como consejero hasta que terminara la batalla. El coche en el que ambos viajaban tropezó con una patrulla alemana, y ambos fueron capturados. <<

[27] Al referirse a Cirenaica, alemanes e italianos aplican el nombre a la parte occidental del país, mientras la que se extiende al este de Gazala es llamada por ellos Marmárica. <<

[28] El General Paulus era *Oberquartiermeister I* del O.K.H., cargo que pudiera definirse como el de subjefe del Estado Mayor. Sufría un error al afirmar que el avance de Rommel

había obligado a una retirada en Grecia. Ésta se debió al rápido colapso yugoeslavo bajo los efectos de la *Blitzkrieg*, que creaba una amenaza al flanco izquierdo británico en la península. Los propios griegos lo solicitaron, basándose en que de este modo impedirían la devastación de su país, a lo que el Gobierno y el jefe inglés accedieron con presteza. El General Wilson se retiró a toda prisa hacia el Peloponeso, resistiendo la tentación de situarse en las Termópilas, mientras la marina se aprestaba al reembarque. Tres cuartas partes de las fuerzas fueron salvadas, pero 12 000 soldados quedaron en Grecia, junto con casi todo el equipo. <<

[29] Rommel expone aquí sucintamente los principios de la *Blitzkrieg*, llevada a cabo de manera tan brillante por las formaciones acorazadas alemanas durante las campañas iniciales de la guerra. Nadie hubiera podido exponer mejor dicha teoría en una sola frase maestra. Es difícil encontrar un término expresivo para el procedimiento (*Blitzkrieg* o «guerra relámpago» resulta algo vago). Al enunciar algo parecido en 1920, lo bauticé con el nombre de «torrente expansivo», que quizás cuadra mejor a esa mezcla de concentración, penetración inicial, expansión lateral y exploración en profundidad. <<

[30] O.K.W. (Oberkommando der Wehrmacht), Mando Supremo de las Fuerzas Armadas. <<

[31] O.K.H. (Oberkommando des Heeres), Alto Mando del Ejército, subordinado al O.K.W. <<

[32] Hacha de guerra (N del T.). <<

[33] Parece ser que Rommel comete un error, y debe querer referirse al frente de Sollum, situado a 110 kilómetros al este de la plaza y protegiendo el cerco de la misma. <<

[34] El grueso de las fuerzas acorazadas inglesas penetró sólo unos kilómetros al norte de la línea Capuzzo Musaid, durante la batalla. <<

[35] Voggenreiter era el editor de Rommel, y el libro a que alude es el famoso *Infanterie Greift An*, del que en Alemania se vendieron 400 000 ejemplares antes y durante la guerra. <<

[36] Jefe del Cuerpo de Ejército italiano. <<

[37] Cada una de ambas divisiones Panzer comprendía los siguientes efectivos:

Un regimiento Panzer de 2 batallones (de 4 compañías). Cada compañía con 21 tanques, siendo el total de vehículos en el regimiento, incluyendo los de mando y transmisiones, de 194. Sin embargo, una compañía de cada batallón se encontraba todavía en Alemania al empezar la ofensiva inglesa de otoño, denominada «Operación Crusader» (noviembre 1941). En la primavera de 1942 las compañías habían sido enviadas a África, creciendo también la proporción de tanques medianos. En agosto de 1942 los efectivos (nominales) de cada regimiento quedaron reducidos a 180 tanques.

Un regimiento motorizado de infantería, de 3 batallones (de 4 compañías).

Un regimiento de artillería, de 3 batallones (cada uno, de 3 baterías, y cada batería, de 4 piezas). Uno de ellos era pesado, provisto de obuses de 150 mm.

Un batallón antitanque (de 3 compañías, cada una con 12 piezas).

Un batallón acorazado de reconocimiento (con 30 carros).

Ingenieros y otras tropas.

La fuerza teórica de la división Panzer era aproximadamente de 12 000 hombres y 120 antitanques. <<

[38] «Domingo de los Caídos», día que en Alemania se dedica al recuerdo de los muertos en la Primera Guerra Mundial. (N. del t.) <<

[39] Cruewell, que comprendía que la destrucción del enemigo sólo podía lograrse con la cooperación de los italianos, mandó repetidos mensajes por radio, preguntando: «¿Dónde se encuentra Gambara?», pero éste no apareció en el campo de batalla. La frase de Cruewell se convirtió después en expresión irónica muy corriente entre las tropas de África. <<

[40] La persecución de los ingleses quedaba obstaculizada por la dificultad en mantener los aprovisionamientos, ya que la línea de los mismos se iba alargando progresivamente. En consecuencia, las tropas de persecución no sólo hubieron de ser disminuidas sino también reducida su potencia, conforme proseguía el avance. La 22.ª Brigada Acorazada, que había recibido nuevos equipos, constituía el principal elemento pesado, pero por dos veces hubo de detenerse por falta de combustible. Resulta evidente que el aprovisionamiento de Rommel se adaptaba mejor que el inglés a los movimientos rápidos y de largo alcance. El propio Auchinlek insiste en que Rommel «obtuvo grandes ventajas de la notable elasticidad de su organización de suministros». <<

[41] El dato no es exacto. La brigada disponía de 130 tanques, pero muchos de ellos se habían averiado durante la prolongada marcha por el desierto desde Gazala. En la batalla que siguió quedaron destruidos 65. <<

[42] La 1.ª División Acorazada perdió 70 tanques, de sus 150 iniciales, durante el primer encuentro; más de la mitad del resto, durante el camino hacia Msus, y asimismo, 30 cañones de campaña, 30 antitanques y 25 antiaéreos ligeros. <<

[43] El *Panzergruppe Afrika* (Grupo Panzer Afrika) quedó convertido, el 22 de enero de 1942, en *Panzerarmee Afrika*

(Ejército Panzer de África), e incluía todas las formaciones italianas, consistentes en: El XX Cuerpo (División Acorazada «Ariete», y División Motorizada «Trieste». XXI Cuerpo (Divisiones de Infantería «Pavia», «Trento» y «Sabratha»). X Cuerpo (Divisiones de Infantería «Bologna» y «Brescia»). <<

[44] Las perspectivas de un flanqueo quedaban obstaculizadas no sólo por la superioridad artillera de los tanques germanos, sino también por el admirable adiestramiento y los eficaces mandos de sus formaciones blindadas, como declara francamente Auchinleck en su nota de 21 de marzo de 1942. <<

[45] Desde que en diciembre de 1941 los alemanes se retiraron de Tobruk, abandonando el cerco, no se habían mejorado las defensas. Por el contrario, quedaron relegadas a segundo término, y muchas de las instalaciones se habían vuelto inservibles antes del verano de 1942. <<

[46] La apreciación de la fuerza enemiga no es correcta. La organización de las divisiones acorazadas inglesas había sufrido un cambio, comprendiendo por entonces una brigada acorazada (de tres unidades de tanques y una motorizada de infantería) y una brigada de infantería transportada en camiones (tres batallones), aunque en ocasiones se añadía otra brigada motorizada. <<

[47] Por el lado inglés, las fuerzas que tomaron parte en la batalla fueron:

Divisiones de infantería: 50.ª, 1.ª y 2.ª sudafricanas, y 5.ª hindú.

Grupos de brigada: 3.° motor, hindú, y 1.° ds franceses libres.

Divisiones acorazadas: 1.ª (con la 2.ª y la 22.ª Brigadas Acorazadas, y 201.ª Brigada Motor, de la Guardia) y 7.ª (con la 4.ª Brigada Acorazada y la 7.ª Motorizada). Brigadas de tanques: 1.ª y 32.ª (carros de infantería).

Además, acababa de llegar la recién equipada 1.ª Brigada Acorazada, que pasaría a la 7.ª División Acorazada, de modo que cada división dispusiera así de dos brigadas acorazadas. Aquello significaba una gran ventaja para el mando inglés, ya que las divisiones Panzer alemanas contaban sólo con una. Pero la 1.ª Brigada Acorazada no estaba dispuesta para la acción cuando se inició el choque, y fue empleada en cubrir bajas en las otras tres.

Puede observarse que Rommel subestima el número de formaciones acorazadas que se le opusieron, mientras con el empleo constante del término «motorizado» confunde a las distintas formaciones. Su cifra de 900 tanques en el lado británico es correcta, contando los refuerzos llegados al campo de batalla durante la acción. En la etapa inicial de ésta, el número de tanques ingleses no era muy superior al de los alemanes, pero el tipo «Grant», de los que entraron en juego 200, poseía una capacidad ofensiva superior a cualquiera de los de Rommel, mientras los 240 italianos y los 50 «Panzer II» eran de poca utilidad en un encuentro de tal género. La contrapartida de Rommel residía en sus piezas de 88 mm., de las que sólo poseía 48. Incluso en El Alamein, el total de las mismas no fue nunca superior a las 70. <<

[48] El dato no es exacto. Sin duda Rommel fue mal informado acerca del mismo. <<

[49] El número de aparatos de primera línea ingleses era de 604. mientras los germanoitalianos disponían de sólo 542. Pero 120 de los 351 cazas del Eje eran Messerschmidts 109, superiores a los Hurricanes y Kittyhawks británicos. <<

[50] La primera parte de este comentario está bien fundamentada, pero la conclusión quizá vaya demasiado lejos. La ruptura del cerco se hará sumamente difícil si los jefes de la fuerza envolvente comprenden bien los problemas defensivos de la guerra moderna. <<

[51] Una larga carta escrita por Auchinleck a Ritchie, el día 20 de mayo, es decir, cerca de una semana antes de iniciarse el ataque, demuestra que el primero consideraba más probable que Rommel intentase una ruptura por el centro, si bien admitía la posibilidad de otra maniobra cualquiera. Además, instaba a Ritchie a mantener ambas divisiones acorazadas juntas y completas, a horcajadas sobre el Trigh Capuzzo, listas para un contraataque concentrado de flanco contra los blindados de Rommel cuando éstos hubiesen adoptado una dirección concreta en un sentido o en otro. Pero mientras situaba a la 1.ª División Acorazada al sur del Trigh Capuzzo, Rommel puso a la 7.ª División Acorazada (la más débil de las dos) 16 Km. más al sur, en el flanco vulnerable del desierto, alrededor del cual hizo maniobrar a su ala derecha. Esta disposición resultó fatal. La primera mañana (27 de mayo) la 7.ª División Acorazada fue arrollada a causa de su aislamiento. Una de las dos brigadas acorazadas de la 1.ª División partió a reforzar a la 7.ª, pero hubo de librar combate sola, saliendo seriamente maltratada. <<

[52] Una vez trazado el plan para esta «Operación Hércules», Mussolini dirigióse a Berchtesgaden, a finales de abril, para conferenciar con Hitler. En la reunión se convino que el ataque a Malta se iniciase a principios de julio, después de la ofensiva de Rommel en África, que sería detenida con el fin de emplear contra la isla a todas las fuerzas aéreas disponibles. Sin embargo, después de este acuerdo, Hitler expresó renovadas dudas, y en discusiones con su Estado Mayor pu-

so de manifiesto diversos argumentos contra la operación; tales como que los italianos no eran capaces de mantener un secreto, que no poseían espíritu para tan difícil aventura, que no serían puntuales en acudir en apoyo de los paracaidistas alemanes, que su Marina no podía enfrentarse a la inglesa y que las fuerzas alemanas quedarían en difícil posición por carecer de aprovisionamientos.

Así fue como el 21 de mayo decidió que los preparativos continuaran sólo sobre el papel, y que la operación se suspendiese si Rommel lograba conquistar Tobruk. Según él, podían mandarse barcos a dicha plaza, vía Creta, evitando Malta. Aunque este parecer resultaba dudoso, sus sospechas acerca de la Marina italiana quedaron justificadas por la extremada precaución que esta última demostró en los meses siguientes. <<

[53] Las anteriores palabras ponen de manifiesto lo diferente que se ve la situación desde «el otro lado». Bajo la impresión de las pérdidas sufridas ante los tanques «Grant», los alemanes no apreciaban adecuadamente las ventajas que acababan de conseguir al desorganizar a una buena parte de las fuerzas acorazadas inglesas. Por el lado inglés se falló al no iniciar ningún esfuerzo encaminado a explotar la debilidad del atacante. Ello otorgó a Rommel un respiro para reorganizarse, permitiéndole aprovechar las ventajas de una defensiva hábilmente preparada para conseguir una compensación ante la superioridad inglesa. Fue gracias a dicha defensa que pudo preparar su arrollador ataque de algunos días más tarde. Como muchos militares dinámicos, se sentía inclinado a despreciar la defensa, pero cuando las circunstancias lo impulsaban, demostraba conocer a fondo su técnica sutil, y en ello se basaron muchas de sus victorias.

Sus métodos estaban de acuerdo con las máximas del famoso púgil Jim Mace: «Dejad que se aproxime el adversario; él mismo se derrotará»; palabras que quedaron más claramente definidas por otro gran boxeador, Kid McCoy: «Obligad al contrincante a que ataque, y procurad que tenga las dos manos ocupadas mientras a vosotros os queda una libre». <<

[54] Auchinleck había expresado su ansiedad acerca del modo en que se permitía a Rommel consolidar su avance en las posiciones inglesas. También había insistido en que se iniciara un contraataque indirecto sobre las líneas de comunicación enemigas, pero Ritchie lo consideraba sumamente arriesgado y creía mejor conservar suficientes blindados junto a Acroma, para proteger su retaguardia, ya que el total de ellos no bastaba para intentar al propio tiempo un golpe a la retaguardia enemiga. (Disponía de 400 tanques utilizables, mientras Rommel no podía contar sino con 130 alemanes y unos 100 de «los casi ineficaces M 13» italianos).

Ritchie prefirió organizar un asalto directo sobre el saliente enemigo, que en la práctica resultó muy costoso y convirtióse en un auténtico desastre. La superioridad inglesa en tanques desapareció durante las renovadas tentativas para arrollar al enemigo mediante un asalto de frente. El 6 de junio, Ritchie tenía sólo 170 tanques, facilitando el decisivo empujón de Rommel, que entretanto había experimentado pocas pérdidas. <<

[55] Pequeño fuerte del desierto. <<

[56] *Nota por el General Bayerlein*: Las obras de defensa alrededor de Bir Hacheim comprendían, entre otras cosas, 1200 nidos, posiciones de combate, etc., para la infantería y las armas pesadas. <<

[57] Las ideas de Rommel al respecto debían verse influenciadas por lo ocurrido el invierno anterior, cuando retrocedió hacia el oeste, dejando fuertes guarniciones en la frontera egipcia, que luego fueron rodeadas y capturadas. <<

[58] Debían hallarse en reparación y no fueron rendidos por el personal. Sólo unos cuantos carros permanecieron en acción junto a la brigada, tras de la desesperada lucha del día anterior, y el jefe de aquélla ordenó que fuesen destruidos por la noche, antes de intentar la huida a pie y en pequeños grupos. <<

[59] Resulta interesante observar como Rommel se defiende repetidas veces contra las críticas de que era objeto por parte de quienes lo tachaban de lanzarse a la ventura. Evidentemente, tales críticas lo molestaban. En general, su diario aporta la evidencia de que todos sus planes fueron cuidadosamente elaborados y de que su atrevimiento se basaba en profundos cálculos. <<

[60] *Nota por el General Bayerlein*: Los argumentos de Rommel son correctos. Debemos añadir, sin embargo, que para Montgomery estaba más lejos Sollum que El Alamein. No existe duda alguna de que ello hubiera obligado a un aplazamiento, no sólo de la ofensiva del 8.° Ejército, sino también de las operaciones en el noroeste de África, porque es difícil de suponer que los aliados hubiesen desembarcado en dicho punto antes de que Montgomery inmovilizara al ejército de Rommel. Resulta dudoso el que, teniendo en cuenta las condiciones del aprovisionamiento, el tiempo ganado por el ejército Panzer hubiese significado ventajas que compensaran los defectos (expresados por Rommel) de la posición de Sollum, comparada a la de El Alamein.

En su libro El *Ejército Alemán en el Oeste*, el General Westphal expresa su opinión de que hubiera sido mejor inte-

rrumpir la ofensiva en Sollum y trasladar el ejército germanoitaliano a Catania, para utilizarlo en la toma de Malta. Ello resulta algo inverosímil. Dejando aparte el hecho de que Malta no hubiera sido tampoco atacada —el O.K.W. y el Commando Supremo habían tenido ya dieciocho meses para hacerlo—, la retirada de las fuerzas aéreas germanoitalianas, que habían sufrido cuantiosas pérdidas en las batallas de la Marmárica, era imposible, a menos de eliminar el dominio del aire inglés después de la caída de Tobruk. Rommel ha dado ya buenas razones, relativas a su plan, a tal respecto. Existe otro punto que debe ser mencionado: en el verano de 1942, la O.K.W. suministró a la 7.ª y 10.ª Divisiones Panzer equipo tropical, al tiempo que las preparaba para partir a África. Ello debió conducir a Rommel a la creencia de que podía contar con un aumento en sus fuerzas acorazadas. Pero más tarde ambas divisiones fueron mandadas a Rusia. <<

[61] Según deduce Rommel, la primera intención inglesa había consistido en defender Marsa Matruh, aunque no provisionalmente, sino con carácter definitivo. Pero la noche del 25, Auchinleck asumió el control directo del 8.° Ejército, nombrando al Comandante General E.E. Dorman-Smith como su ayudante principal en las medidas adoptadas para solucionar la crisis. La primera decisión consistió en no detenerse en Marsa Matruh para formar frente, sino conservar la movilidad del 8.° Ejército. Este cambio de actitud resultó afortunado, como puede observarse por la reacción de Rommel, que planeaba cortar la retirada del 8.° Ejército y destruirlo a continuación. <<

[62] El dato no es exacto. La guarnición había sido disminuida, y la División Neozelandesa se encontraba a 32 Km. al sur de Marsa Matruh. <<

[63] Rommel no tenía una noción clara de las circunstancias, debido probablemente a la confusión reinante. Sus tropas habían rebasado la posición principal de Matruh y la que ocupaban los neozelandeses en Minqua Quuaim, y algunas unidades habían conseguido, el día 27, envolver a aquéllos. Pero por la noche, la 4.ª Brigada neozelandesa se desplegó para el asalto a la bayoneta y consiguió abrirse camino, a pie, a la luz de la luna. El resto de la división se deslizó en camiones por la brecha. Freyberg resultó gravemente herido durante la jornada, y la salida en cuestión fue dirigida por el Brigadier inglés. <<

[64] *Nota por el General Bayerlein*: El valor atribuido por Rommel al ejemplo personal queda patentizado en unas palabras pronunciadas en 1938 en la Academia Militar de Wiener Neustadt, de la que era Director, con motivo de la ceremonia de final de curso:

«Servid de ejemplo a vuestros hombres, tanto en el terreno militar como en la vida privada. No ahorréis sacrificios y haced comprender a las tropas que sois infatigables y no os amilanáis ante las privaciones. Mostrad siempre un tacto y una educación extraordinarios, y enseñad lo mismo a vuestros hombres. Evitad la excesiva dureza o una voz demasiado imperiosa, signos ambos de que se tiene alguna cosa que ocultar». <<

[65] Gran número de cañones rusos de 76 mm., capturados en el frente oriental, fueron mandados a África, donde Rommel los utilizó como piezas de campaña y antitanques. <<

[66] La mayor parte de estos 40 tanques no eran en realidad más que vehículos blindados. Los tres regimientos acorazados de Auchinleck habían sido asimilados a la 2.ª Brigada Acorazada, que a partir de entonces se llamó «Brigada Lige-

ra Acorazada». La parte de la misma que penetró por la ruptura alcanzó casi El Daba. <<

[67] *Nota por el General Bayerlein*: Los efectivos completos de dichas formaciones hubiesen sido: Áfrika Korps (15.ª y 21.ª Divisiones Panzer): 371 tanques y 246 antitanques. 90.ª División ligera: 220 antitanques. XX Cuerpo italiano motorizado (Divisiones «Ariete», «Littorio» y «Trieste»): 430 tanques y 120 antitanques. <<

[68] Esta retirada se ordenó con el fin de evitar el riesgo de ocupar una posición aislada. No hubo penetración real de la «línea Alamein» ni tampoco línea de ninguna clase en el sentido literal de la palabra. Se esperaba también que dicha retirada desconcertase a Rommel y le hiciese incurrir en algún error. <<

[69] Auchinleck intentaba producir un derrumbamiento al descargar su golpe sobre el punto más vulnerable de Rommel, es decir, las tropas italianas y su débil moral. Dorman-Smith, principal ayudante de Auchinleck en aquel período crucial, se inclinaba decididamente por la aproximación indirecta. Dos años antes había ayudado a trazar el plan por el que el Ejército de Graziani fue atacado por retaguardia y destruido en *Sidi* Barrani. <<

[70] La ofensiva alemana de finales de junio en Rusia, con ánimo de conquistar Stalingrado y los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. <<

ÍNDICE

Memorias I: Los años de la victoria 2
Cubierta 6
Introducción 7
Cómo fueron recuperados los documentos de Rommel 22
Advertencia 32
Primera Parte: Francia (1940) 35
Capítulo I: La ruptura a través del Mosa 36
Capítulo II: El cerco se cierra 77
Capítulo III: La ruptura por el Somme 102
Capítulo IV: Persecución hacia Cherburgo 140
Segunda Parte: Victoria en África (Febrero 1941 - Mayo 1942) 173
Capítulo V: Causas y efectos de la derrota de Graziani 174
Capítulo VI: Primer período de la guerra en África 185
A través de Cirenaica 201
Primeras lecciones 220
El asalto a Tobruk 224
La batalla en la frontera 247
Capítulo VII: La ofensiva inglesa durante el verano de 1941 257
Análisis de la batalla de Sollum 266
Capítulo VIII: La campaña de invierno 1941-1942 278
El ataque inglés 282
La batalla de tanques del Totensonntag 289
La incursión en Egipto 293

Repliegue 300
Retirada de Cirenaica 311
El contraataque 325
Resumen de La campaña de invierno 331
Tercera Parte: Siguen las victorias (Mayo - Septiembre 1942) 339
Capítulo IX: Gazala y Tobruk reagrupación de fuerzas 340
El equilibrio de fuerzas 347
Reglas para la guerra en el desierto 350
Lucha por la iniciativa, 26 de mayo a 15 de junio de 1942 360
Victoria en el desierto 377
La segunda batalla de Tobruk 395
La conquista de Tobruk 402
Capítulo X: Persecución en Egipto 409
Capítulo XI: La iniciativa cambia de bando, el obstáculo de el Alamein 423
El frente se estaciona 440
Ojeada retrospectiva 452
Memorias 457
Índice de Croquis 459
Autor 461
Notas 463